JULIAN SANCTON



Un manicomio
EN EL FIN DEL MUNDO

El viaje del ***BELGICA*** a la larga noche antártica

Capitán Swing

Un manicomio EN EL FIN DEL MUNDO

La odisea del *Belgica* en la Antártida

JULIAN SANCTON

Traducción de

David Muñoz Mateos

Capitán Swing

Un manicomio
EN EL FIN DEL MUNDO

La odisea del *Belgica* en la Antártida

A Jess, Maya y Leila (y Suki)

Prólogo 20 de enero de 1926

Leavenworth, Kansas La luz fría y gris del amanecer se filtraba por las estrechas ventanas enrejadas del hospital de la prisión de Leavenworth. El anciano doctor, agotado tras un turno de dieciséis horas, recogió los bártulos del puesto y le indicó al guardia que estaba listo para regresar a su celda. Al ceder sus funciones al médico de la cárcel, volvía a ser el preso número 23.118.

Se desplomó sobre la cama. Había sido una noche muy larga. Por todo el país, la epidemia de opioides alcanzaba niveles sin precedentes y cada noche la planta superior del hospital se convertía en una «casa de locos», en palabras del doctor, donde resonaban los aullidos de los adictos en la agonía de la abstinencia, desesperados por inyectarse. La celda del doctor, una luminosa habitación en el tercer piso del edificio de ladrillos, contaba con una cama individual, una silla y agua corriente. En las paredes colgaban los elaborados trabajos de bordado que él mismo había realizado. Era el recluso con más lujos de la penitenciaría, a pesar de que en aquella época convivía con Big Tim Murphy, el gánster de Chicago que fue su amigo y protector, y que poco después encerrarían en ella al prolífico y tenaz asesino en serie Carl Panzram (que no fue ni lo uno ni lo otro). Bien es cierto que los delitos del preso 23.118 eran de otra clase. A sus sesenta años, cumplía condena por lo que parecía una estafa piramidal en la venta de acciones de compañías petrolíferas. Era el tercer año de los catorce que le habían impuesto, un castigo mucho más severo de lo habitual para este tipo de delitos, pero proporcional a su notoriedad.

Le costaba recordar sus años de juventud. Mucho antes de su caída en desgracia, el doctor había sido un famoso explorador polar. Su supuesta conquista del Polo Norte en 1908 lo convirtió en héroe nacional, hasta que empezó a sospecharse que la hazaña era, en

realidad, un fraude, y que no era la única. «Siempre se le considerará uno de los mayores impostores del mundo», afirmaría *The New York Times*. «Ese, y no el descubrimiento del Polo Norte, será su salvoconducto a la inmortalidad».

Esa tarde, uno de los guardias le informó de que tenía visita. Desde que entrara en prisión, el doctor se había negado a recibir a amigos y familiares. Puede que la única persona viva por la que estaba dispuesto a hacer una excepción fuera el hombre que le esperaba hoy, pues apenas pasaba un día en que el prisionero no se acordara de su antiguo camarada, un noruego fornido, de cincuenta y tres años, con el que había servido en una horrible expedición a la Antártida casi tres décadas antes. El noruego, en aquel viaje, había sido aprendiz del doctor, que ya tenía una amplia experiencia en aventuras polares. Sin embargo, hoy era uno de los mayores exploradores que el mundo vería jamás: el legítimo conquistador del Polo *Sur*. Sus proezas, que ocupaban las portadas de los periódicos, así como la aparente facilidad con que las llevaba a cabo, lo habían rodeado de un aura casi mítica. Un ciclo de conferencias internacionales le llevaba por Estados Unidos y había querido presentar sus respetos a su antiguo mentor.

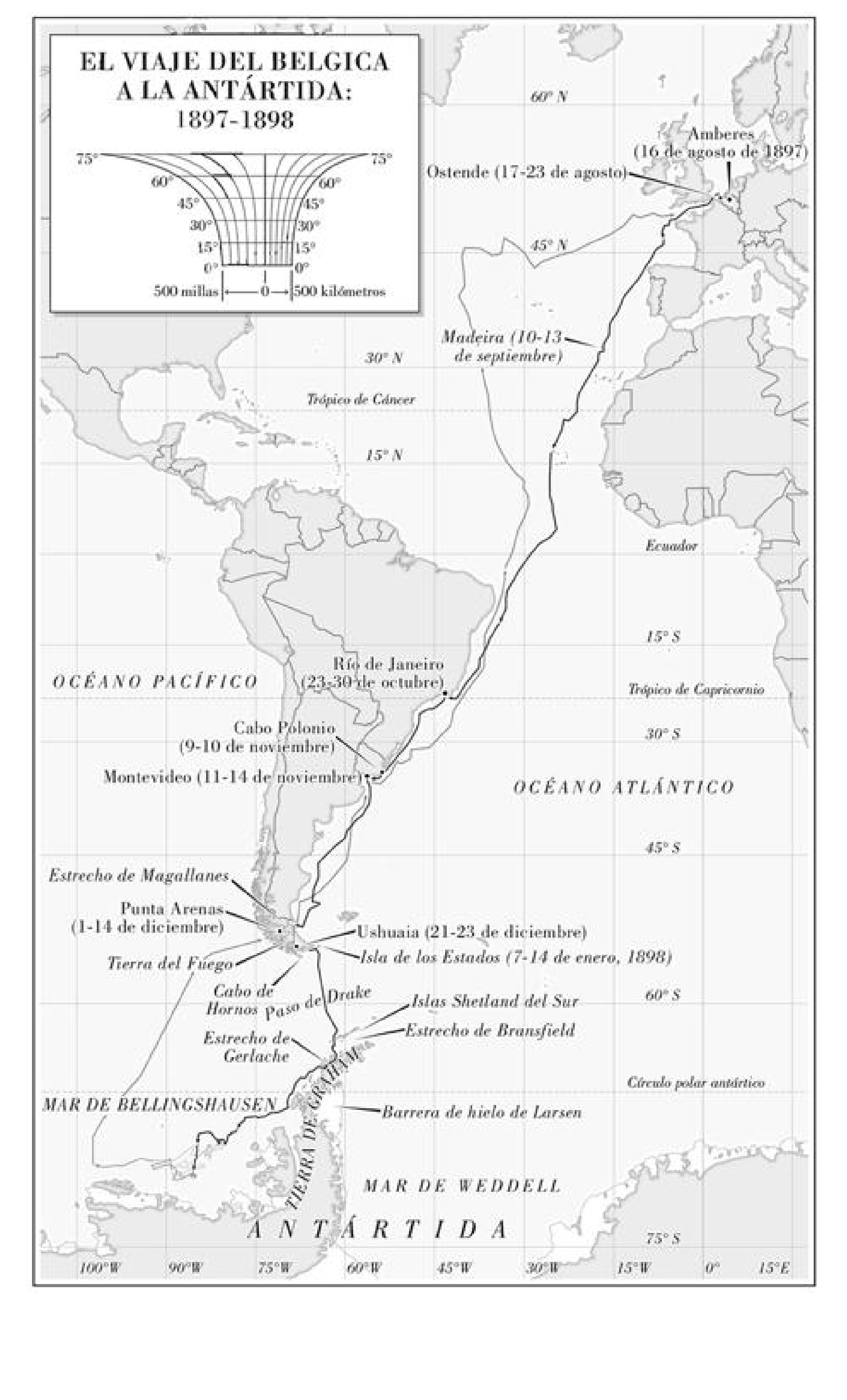
La noticia de que el ilustre viajero iba a encontrarse con el preso más famoso de Leavenworth no tardó en salir a la luz y a los pocos minutos un enjambre de periodistas corría hacia la penitenciaría. El noruego arriesgaba su reputación con ese gesto público de apoyo. No obstante, la visita no era un mero acto compasivo hacia un viejo amigo en apuros. Años de competición obsesiva por los logros geográficos más codiciados del planeta habían hecho mella en su espíritu. El fuego que ardía en su interior le había consumido. Se había vuelto resentido, paranoico, y no contaba con muchos amigos que le comprendieran tan bien como ese doctor del que tanto había aprendido en otra época, más sencilla, en la que su única preocupación era la supervivencia. No solo eso: el noruego se sentía en deuda con el hombre al que creía deberle la vida.

Era evidente que, desde el último encuentro, sus destinos habían tomado caminos opuestos. El encarcelamiento había acabado con el color y la vitalidad del doctor. El tono pizarroso de sus ojos había perdido el toque eléctrico, el frondoso cabello era ahora mucho más ralo y su enorme nariz se había hecho aún más grande, si es que tal

cosa era posible. Pero un destello de su juventud volvía a brillar cada vez que sonreía, mostrando varios dientes de oro.

El noruego se puso en pie. Superaba en altura al doctor. Más tarde, este recordaría que su cara «era oscura, quemada por las nieves polares; mostraba arrugas profundas y un gratificante vigor». El explorador «se encontraba en la cumbre de la gloria [mientras que] yo estaba en el pozo de la condena penal… Fue un momento doloroso, pero las barreras que nos separaban no tardaron en desaparecer. Éramos como hermanos».

Se estrecharon la mano y ya no se soltaron. Para evitar oídos indiscretos, empezaron a hablar en lo que el doctor llamaba el «batiburrillo de lenguas del Belgica». El Belgica era el barco en el que habían realizado esa primera expedición a la Antártida, en su juventud. Los distintos idiomas que hablaban los científicos, los oficiales y la tripulación a bordo terminaron convirtiéndose en una amalgama babélica de francés, holandés, noruego, alemán, polaco, inglés, rumano y latín. El viaje les había enseñado a ambos hasta qué punto el frío y la oscuridad pueden arrasar el alma del ser humano. Fue entonces cuando el médico comenzó su culto al Sol. También allí había estado preso, pero no entre barrotes y cerraduras, sino en la extensión infinita del hielo. Y también allí había oído, por la noche, alaridos enajenados.



EL VIAJE DEL BELGICA A LA ANTÁRTIDA: 1897-1898
75°
60°
45°
30°
15°
0°
500 millas
0
500 kilómetros
60° N
45° N
30° N
15° N
Trópico de Cáncer
Ecuador
15° S
Trópico de Capricornio
30° S
45° S
60° S
Círculo polar antártico
75° S
Amberes (16 de agosto de 1897)
Ostende (17-23 de agosto)
Madeira (10-13 de septiembre)
Río de Janeiro (23-30 de octubre)
Cabo Polonio (9-10 de noviembre)
Montevideo (11-14 de noviembre)
OCÉANO PACÍFICO
OCÉANO ATLÁNTICO
Estrecho de Magallanes
Punta Arenas (1-14 de diciembre)
Ushuaia (21-23 de diciembre)
Isla de los Estados (7-14 de enero, 1898)
Tierra del Fuego
Cabo de Hornos
Paso de Drake
Islas Shetland del Sur
Estrecho de Bransfield
Estrecho de Gerlache
MAR DE BELLINGSHAUSEN
Barrera de hielo de Larsen
TIERRA DE GRAHAM
MAR DE WEDDELL
ANTÁRTIDA
100°W
90°W
75°W
60°W
45°W
30°W
15°W
0°
15°E

DESCUBRIMIENTO DEL ESTRECHO DE GERLACHE Del 23 de enero al 12 de febrero de 1898

Isla de Auguste (primer desembarco)

Isla de Brabante

Isla de Amberes

Isla de Wiencke

COSTA DE DANCO

Isla de Renard (último desembarco)

62°S

64°S

66°S

68°S

70°S

72°S

Islas Shetland del Sur

Estrecho de Bransfield

Estrecho de Gerlache

(VÉASE EL DETALLE A MAYOR ESCALA ARRIBA A LA IZQUIERDA)

TIERRA DE GRAHAM

Círculo polar antártico

Barrera de hielo de Larsen

MAR DE WEDDELL

MAR DE BELLINGSHAUSEN

(VÉASE EL DETALLE ABAJO)

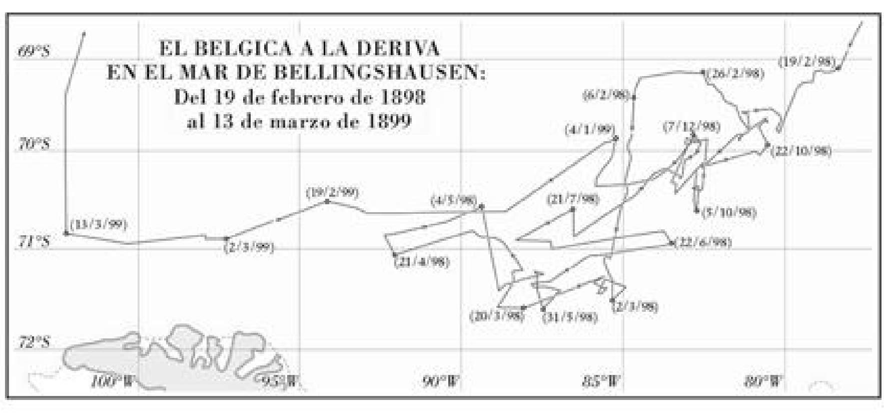
100°W

90°W

80°W

70°W

60°W



PARTE I

«La ciencia puede ser, a veces,
una excusa para la exploración.
En mi opinión, no suele ser su motivo».

George Leigh Mallory

01

¿Por qué no Bélgica?

16 de agosto de 1897

Amberes

Desde el norte de Francia, el río Escalda serpeaba lánguidamente, atravesando Bélgica hasta el puerto de Amberes, donde viraba bruscamente al oeste. Allí, su anchura y su profundidad le permitían recibir a los transatlánticos. Aquella mañana, más de veinte mil personas se reunían a su paso por la ciudad para despedir al Belgica y celebrar su gloria, bajo un cielo sin nubes. Recién pintado de un gris acerado, el ballenero de vapor, de treinta y cuatro metros de eslora, tres palos y calderas alimentadas con carbón, ponía rumbo a la Antártida con el objetivo de explorar costas ignotas y recabar información sobre la flora, la fauna y la geología del continente. Sin embargo, lo que convocaba allí al gentío no era la promesa de avances científicos, sino el orgullo patriótico: Bélgica, la pequeña Bélgica, un país que se había independizado de Países Bajos sesenta y siete años antes —más joven que muchos de sus habitantes, por tanto—, iba a inscribir su nombre en la nueva frontera de la exploración humana.

A las diez en punto, el barco levó anclas y avanzó majestuosamente hacia el mar del Norte, tan cargado de carbón, provisiones y equipamiento que la cubierta flotaba a escasos treinta centímetros del nivel del agua. Se presentó ante la ciudad escoltado

por una flotilla de yates, desde los que deseaba buena suerte un buen número de funcionarios del gobierno, periodistas y ciudadanos. Pasó delante de las banderas izadas en las casas que bordeaban el río, se despidió de la catedral gótica flamígera que dominaba el perfil urbano y dejó atrás Het Steen, la fortaleza medieval que se alzaba sobre el río. Desde uno de los pontones, una banda militar tocó «La Brabançonne», el himno nacional belga, cuya majestuosidad contrasta con las dimensiones del país. Hubo salvas de cañones desde ambas orillas del río en señal de homenaje. Navíos llegados de todo el mundo hicieron sonar sus sirenas e izaron la bandera negra, amarilla y roja de Bélgica. Los vítores se sucedían entre la multitud al paso del barco. La ciudad entera parecía vibrar de emoción.

Desde el puente de mando contemplaba el agitado mar de banderolas, sombreros y pañuelos Adrien de Gerlache de Gomery, el comandante de la expedición, de treinta y un años. Su rostro apenas dejaba entrever emoción alguna, pero ardía de entusiasmo tras los pesados párpados. Se había preocupado de cada detalle de su apariencia para la ocasión: la curvatura del bigote, el afeitado de la barba, el nudo de la corbata. El oscuro gabán cruzado resultaba demasiado abrigado para esta mañana de agosto y sería completamente inútil en los gélidos confines de la Tierra, pero le procuraba la elegancia que se le supone a un hombre que está a punto de hacer historia. Disfrutando del clamor, no hacía más que quitarse la gorra con la insignia del Belgica y agitarla hacia la multitud exultante, sosteniéndola por la visera de charol. Hacía mucho tiempo que ansiaba los vítores. Partir era la meta. «Mi estado anímico», escribió, «era el de un hombre que acaba de lograr su objetivo».

Y, en cierto sentido, lo había logrado. Si el barco zarpaba era gracias a él. Pese a la exhibición de patriotismo de aquella mañana, la Expedición Antártica Belga no fue tanto un empeño nacional como la manifestación de la firme voluntad de Adrien de Gerlache. Llevaba más de tres años planificando, recaudando fondos y buscando personal para la expedición. Gracias a su determinación, había convencido a los escépticos, aflojado los bolsillos y reunido el apoyo de toda la nación. Por eso, pese a encontrarse aún a miles de kilómetros de su destino, saboreaba ya el placer de la gloria. Bajo los vivas y hurras de sus conciudadanos en este día de gloria, a De Gerlache se le olvidaba que

sus honores eran prestados y que aún tendría que sobrevivir a uno de los territorios más hostiles de la Tierra, un continente de condiciones tan adversas que nadie había pasado en él más que unas pocas horas, para ganárselos de verdad.

El río Escalda atravesaba la frontera entre Bélgica y Países Bajos a unos veinte kilómetros al noroeste de Amberes. Antes de cruzarla, el Belgica atracó en el muelle de Liefkenshoek para estibar su último cargamento. El jolgorio continuaba en el muelle y en los yates que acompañaban al barco, mientras la tripulación colocaba en la bodega del Belgica media tonelada de tonita, un explosivo que se consideraba más potente que la dinamita. Los cartuchos, guardados en grandes cajones, eran el seguro de vida de De Gerlache. No sabía qué le aguardaba en los hielos de la Antártida, pero era consciente de que un continente que había mantenido a raya a la humanidad hasta el siglo XIX merecía respeto. Podía imaginar numerosos riesgos para la expedición: embestir contra un iceberg, chocar con un arrecife que no apareciese en los mapas. No obstante, es posible que su mayor miedo fuera el de verse atrapado en el hielo, cuya presión haría añicos el barco o lo atraparía por tiempo indefinido, condenando a los hombres a morir de hambre. Conocía varias expediciones a las regiones polares septentrionales que habían acabado de ese modo. De Gerlache creía que con media tonelada de tonita podría romper la garra del mar helado. Era la primera vez que subestimaba el poder de la Antártida, pero no sería la última.

Mientras la tripulación cargaba la tonita, una bandada de dignatarios abandonaba uno de los yates y subía al Belgica para desear buena suerte a De Gerlache y sus hombres. El comandante, marinero hasta la médula, se encontraba más cómodo en el océano que entre los hombres. Estaba harto de saludos y apretones de manos. Hacía tres años que mendigaba fondos, más tiempo del que esperaba pasar en la Antártida. Mientras intercambiaba cumplidos con ministros, grandes mecenas y autoridades de la Real Sociedad Geográfica Belga, el organismo que financiaba la expedición, sintió el peso de la responsabilidad hacia todos ellos. Su escaso temor al continente helado se contrarrestaba con el excesivo miedo que sentía al juicio de estos hombres.

Fracasar no solo significaba cargar con la decepción de todo un

país, también supondría manchar el apellido de su ilustre familia. Los De Gerlache eran una de las dinastías aristocráticas más antiguas de Bélgica, cuyos orígenes podían rastrearse hasta el siglo XIV. A ella pertenecía el barón Etienne-Constantin de Gerlache, padre fundador de la nación belga, coautor de la Constitución y primer jefe del Gobierno (aunque únicamente estuvo once días en el cargo). El abuelo y el padre de Adrien habían sido oficiales condecorados del Ejército. Los De Gerlache estaban destinados a la grandeza y ahora, tras apoyar públicamente la expedición a la Antártida, en la prensa y entre la alta sociedad de Bruselas, el buen nombre de la familia estaba en juego. Eso solo añadía presión al comandante.

Los padres, la hermana y el hermano de Adrien —este último, un prometedor teniente del Ejército— también subieron al Belgica, y no lo abandonaron cuando los dignatarios regresaron a su yate. Solo una mecenas pudo quedarse a bordo: Léonie Osterrieth, la más dedicada y apasionada defensora de la expedición. Esta mujer rolliza, de cuarenta y cinco años, viuda de un próspero comerciante amberino, trataba a De Gerlache como a su propio hijo. Y él, a su vez, la llamaba «Mamá O» y la tenía por su más leal confidente (tras su generosa contribución a la expedición, entre la tripulación se la conocería con el sobrenombre de «Mère Antarctique», que significa «Madre Antártica» y es también un homófono de «Mer Antarctique» o «Mar Antártico»). Llegado el momento de las despedidas, el padre de Adrien, Auguste, abrazó a cada uno de los miembros de la expedición, desde los científicos al último marinero de cubierta, y con voz trémula los llamó «queridos hijos». La madre del comandante, Emma, lloraba desconsolada, como si tuviera la premonición de que nunca volvería a ver a su hijo mayor. Georges Lecointe, el capitán del Belgica, un hombre bajo y pendenciero de veintiocho años, les juró que él y sus hombres se pondrían en cuerpo y alma al servicio de su hijo. No era el tipo de persona que faltaba a una promesa. Lecointe hizo que la tripulación gritara un «¡Larga vida a Madame de Gerlache!» por tres veces. Sobre el Escalda resonaba aún el último y conmovedor grito cuando el capitán se dirigió a la tripulación.

—¡Todos a sus puestos!

La familia De Gerlache abandonó el Belgica para subir al yate, de nombre Brabo, que puso rumbo a Amberes. Despidiéndose con la

gorra desde el puente, el comandante logró contener las lágrimas, pero, en palabras de un testigo, «una violenta emoción le atravesó el rostro».

—*Vive la Belgique*! —gritó, en dirección al río por el que se alejaba el Brabo.

Ascendió por la jarcia con la agilidad de un acróbata y en menos de quince segundos se encontró en el puesto de vigía —un barril dispuesto para tal uso—, desde donde continuó agitando la gorra, hasta que desapareció en el meandro el yate donde se encontraban casi todas las personas a las que quería.

*

Aunque había residido toda su vida en Bélgica, De Gerlache solo se sentía en casa dentro del camarote de un barco, cualquiera que fuera su rumbo. Había nacido en Hasselt, Bélgica, el 2 de agosto de 1866. A diferencia de su hermano, su padre, su abuelo y una larga ascendencia de hombres con su mismo apellido, que se remontaba varios siglos, nunca le interesó la carrera militar. Era pacifista de corazón y soñaba con la vida en el mar, una fascinación poco habitual para un joven criado en Bélgica, un país que, tras la independencia de Países Bajos en la revolución de 1830, contaba con una exigua flota mercante, una Armada prácticamente inexistente y menos de setenta kilómetros de costa.

De niño, De Gerlache no era de los que jugaban a la guerra con el resto de chiquillos. Él dedicaba incontables horas a fabricar barcos en miniatura, de un extraordinario detallismo, a solas. Su obra maestra había sido un magnífico barco de vela con una jarcia perfectamente operativa, construido a lo largo de un invierno con ayuda de su entregada madre. Cuando estuvo terminado, lo bajó a un riachuelo cerca de la casa familiar y lo botó con orgullo. El viento le hinchó las velas, con el dobladillo cuidadosamente cosido, y Adrien contempló, impotente, cómo la corriente lo escoraba y se lo llevaba por encima de una pequeña represa. El Cambrier, como lo había bautizado, fue el primer barco que gobernaba y, también, su primer naufragio.

El incidente, que no olvidaría, no hizo mella en sus anhelos marítimos. En un primer momento, la familia achacaba esa pasión a

una fase de la infancia, y así la consentía, pero conforme pasaban los años, la fijación por el mar no hizo más que aumentar, alimentada por la lectura de multitud de historias de hazañas náuticas. A los dieciséis años, se matriculó en la Universidad Libre de Bruselas y completó sus estudios con las mejores calificaciones. Cada verano, se enrolaba como grumete en transatlánticos que le permitían cruzar el océano, de Amberes a Nueva York o Filadelfia, entre otros destinos.

A esas alturas, el coronel Auguste de Gerlache no aprobaba la vocación que Adrien había escogido, pues le parecía indigna de la clase social y la educación de su hijo. Le atormentaba imaginar a Adrien fregando cubiertas, durmiendo sobre adujas de jarcia, comiendo bizcochos de mar duros como piedras y sufriendo las novatadas habituales entre la tripulación. Instó a Adrien a encontrar una carrera más respetable, pero no tardó en comprobar que su hijo no soportaba la vida en tierra firme. «La nostalgia se apoderaba de él en cuanto llegaba a casa», recordaba Louise, la hermana de Adrien. «Empezó estudios de ingeniería por sentido del deber y de la obediencia, pero su salud se deterioró gravemente, le consumió la melancolía y en sus ojos había la mirada característica de marinos y viajeros, esa expresión con que, aunque te miren fijamente a los ojos, parecen contemplar siempre horizontes infinitos y lejanos».

Auguste terminó por ceder. Le permitió continuar los estudios náuticos y alistarse en la escueta Armada belga. Adrien de Gerlache trabajó duro para demostrar que era digno de la confianza de su padre. Sus maestros descubrieron que se movía con perfecta desenvoltura en cubierta y que poseía un don para leer los vientos y las corrientes. De ese modo, De Gerlache no tardó en cambiar la ropa ancha y el enorme sueste de marinero por los uniformes a medida de un oficial en formación. Se convirtió en una de las mayores promesas de la marinería belga, lo que no era mucho decir, dado que la Armada nacional únicamente supervisaba una ruta de transporte en el mar del Norte. Si quería obtener la experiencia necesaria para convertirse en capitán de barco, De Gerlache tenía que servir en navíos extranjeros. Fue así como atisbó por primera vez la extraordinaria fuerza destructora del mar. En una travesía con rumbo a San Francisco doblando el cabo de Hornos, los vientos y las rocas de Tierra del Fuego golpearon con tanta furia el Craigie Burn, el barco británico en

el que servía, que la tripulación tuvo que abandonarlo. Era su segundo naufragio.

Tras varios años en transatlánticos neerlandeses, se le ascendió a teniente y se le puso al mando de la línea de transbordadores Ostende-Dover. En 1890, en esta misma ruta, fue donde De Gerlache conoció al rey de Bélgica, que se dirigía a Londres. Alto, imperial, con una prominente nariz y barba gris y rectilínea, Leopoldo II se había interesado por la carrera de De Gerlache, tanto por su apellido como por su talento, que empezaba a ser conocido. El monarca acudió al puente de mando, donde se encontraba el teniente, de veintitrés años, y le preguntó si le gustaba servir a Bélgica.

—Mucho, majestad —respondió—. Salvo que el trabajo naval en nuestro país es bastante monótono. Es todo cuanto tenemos, no hay otra opción.

Para Leopoldo, el hecho de que Bélgica careciera de presencia marítima importante era una vergüenza nacional. Le asombró la franqueza de De Gerlache.

—Es cierto —dijo el rey—. Por ahora.

De Gerlache no tardó en recibir una propuesta real: participar en la expedición que cartografiaría el sistema fluvial del Estado Libre del Congo, una franja de dos millones y medio de kilómetros cuadrados que Leopoldo reclamaba no como colonia belga, sino como propiedad personal, susceptible de explotar para su propio enriquecimiento. La misión le habría llevado a las mismas aguas turbias que navegaran Kurtz y Marlow en *El corazón de las tinieblas* de Joseph Conrad, y habría supuesto un gran impulso para su carrera, congraciándolo con Leopoldo.

Sin embargo, a riesgo de contrariar de nuevo al rey, el teniente declinó la propuesta. No le interesaban la navegación en agua dulce ni el Congo. Ya había fijado el rumbo hacia horizontes más fríos.

Vastas zonas de la Tierra eran aún ignotas para los exploradores occidentales —fundamentalmente en África, América del Sur y Asia Central—, pero había un continente que seguía siendo prácticamente desconocido para toda la humanidad: la Antártida. La región más meridional de la Tierra, de una extensión superior a la de América del Norte, era un gran vacío en los mapas del mundo. Desde que se divisara por primera vez, en 1820, el puñado de exploradores,

balleneros y cazadores de focas que se habían aventurado hasta esas latitudes solo habían esbozado algunos contornos del litoral. No se sabía si más allá de la costa había aguas abiertas, un océano de hielo o un vasto continente sólido. Se trataba del último gran misterio geográfico.

Solo tres expediciones habían navegado más allá del paralelo 70 sur. Eran viajes caros y peligrosos y había pasado más de medio siglo desde el último. Las sociedades geográficas preveían ya la llegada de una nueva era de exploración antártica, y De Gerlache, fascinado desde niño por las narraciones de aventuras polares, estaba decidido a formar parte de ella. En 1891, cuando oyó que el barón y explorador sueco Adolf Erik Nordenskiöld planeaba una expedición a la Antártida, De Gerlache solicitó alistarse en ella y le ofreció ayuda para recaudar fondos en Bélgica. Su carta no obtuvo respuesta. El rechazo podría haber desanimado a otros, pero el teniente de veinticinco años lo vio como una oportunidad. Después de que Nordenskiöld no consiguiera materializar su empeño y que nadie más ocupara su lugar, la idea que llevaba tiempo germinando en la mente de De Gerlache se convirtió en un plan de acción. Decidió ignorar su relativa falta de experiencia y organizar él mismo una expedición, que les llenaría de gloria a él y a toda Bélgica. No se le ocurrió preguntarse *¿Por qué yo?*, ni *¿Por qué Bélgica?* Las preguntas que se hacía eran *¿Por qué* no *yo?* y *¿Por qué* no *Bélgica?*

Una respuesta obvia era el coste del proyecto. El viaje que proyectaba De Gerlache duraría varios años, y para ello necesitaba convencer a sus compatriotas de la importancia de la expedición y de su propia valía. Eso requería una campaña de persuasión tan compleja y minuciosa como los barcos en miniatura que había construido de niño.

De Gerlache sabía que los potenciales mecenas podían mostrar reservas ante lo que cabía calificar como la fantasía adolescente de un comandante inexperimentado. Decidió apelar a su patriotismo. Soplaban vientos nacionalistas en toda Europa, y De Gerlache, como buen navegante, supo identificarlos y maniobrar para aprovecharlos. Una expedición que llevara la bandera belga hasta los confines de la Tierra, convocando a la prensa de todo el mundo, sería la mejor campaña de publicidad para la joven nación.

Por otro lado, el joven teniente creía que su mejor baza para obtener apoyos era presentar el proyecto como una expedición científica. El siglo XIX fue una época de frenesí exploratorio, conforme las naciones europeas luchaban por colonizar nuevos territorios que les permitieran aumentar su influencia global y asegurar recursos para su insaciable industria. Sin embargo, los motivos con que se justificaban esas exploraciones habían variado a lo largo del siglo. Ya no solo las llevaban a cabo los navegantes, soldados, comerciantes o misioneros. Ahora también participaban naturalistas como Charles Darwin o Alexander von Humboldt. La información científica —sobre flora, fauna, geología, poblaciones— era una recompensa tan preciada como antes lo fueran el oro, las especias o la mano de obra barata. Occidente había conquistado buena parte del mundo conocido y ahora trataba de comprenderlo. En el seno de las sociedades geográficas europeas y americanas se desarrolló una cultura de competición deportiva cuyos trofeos eran el progreso científico y el derecho al alarde patriótico. Y si al mismo tiempo se descubrían recursos naturales, tanto mejor.[1]

Puede que para De Gerlache la investigación científica fuera solo un medio, y no un fin en sí mismo, pero le importaba lo suficiente como para pedir consejo a varios intelectuales belgas de renombre. Pese a que nunca habían oído hablar de él, aunque sí reconocerían su apellido, estos se mostraron entusiasmados ante el proyecto antártico. Con su ayuda, Adrien redactó una larga propuesta que envió a finales de 1894 a la Real Sociedad Geográfica Belga, en Bruselas, una institución que contaba con cierto poder de decisión en las misiones de exploración bajo bandera belga y a la hora de asignar fondos gubernamentales. Escrita con perfecta caligrafía, parecía el trabajo de un alumno obediente. Sabía que su juventud podría asustarles, por lo que buscó un tono grandioso, empleando la primera persona del plural, el «nosotros» mayestático: «Habiendo sentido siempre la irresistible atracción de aumentar el conocimiento sobre las regiones polares, nos preguntamos si cabría organizar una expedición belga con el objetivo de explorar el océano Antártico».

La sociedad le invitó a presentar su plan en el fastuoso Palacio de la Academia, de estilo neoclásico, en el centro de Bruselas. El 9 de enero de 1895, De Gerlache describió su proyecto al detalle ante los

venerables representantes del saber científico belga. Tenía veintiocho años. Sostuvo que mientras el mundo veía cómo se sucedían constantemente las expediciones al Ártico —ese mismo año había al menos cuatro distintas dirigiéndose al Polo Norte—, «el océano Austral permanece inexplorado, al menos científicamente». Esbozó el amplio programa de observaciones naturales que pretendía llevar a cabo. Entre otras cosas, se proponía recabar información zoológica, botánica, oceanográfica y meteorológica; medir el magnetismo terrestre, y estudiar el fenómeno de la aurora austral, muy poco conocido. Cartografiaría la costa desde el extremo de la península antártica hasta la Tierra de Victoria, al otro lado del globo, donde el intrépido navegante británico James Clark Ross había establecido el récord aún vigente de navegación meridional, a una latitud de 78°09' sur, cincuenta años atrás.

La expedición que proyectaba duraría al menos dos años. Partiría en septiembre de 1896, alcanzaría la Antártida a principios de diciembre y proseguiría en dirección sur hasta mediados del año siguiente. Esperaba pasar lo peor del invierno (que coincide con el verano del hemisferio norte) en Australia y regresar a la Antártida en primavera, en cuanto el mar de hielo pudiera atravesarse de nuevo. Ningún ser humano había contemplado jamás la posibilidad de invernar al sur del círculo polar antártico, donde el mar de hielo se solidifica y el sol desaparece durante semanas. De Gerlache tampoco pretendía hacerlo. Sin embargo, con el barco apropiado, esperaba adentrarse en el hielo más de lo que nadie lo había hecho antes.

Cuando terminó la presentación, la sala de conferencias estalló en aplausos. Todos los científicos presentes manifestaron su firme apoyo a la expedición antártica belga, revigorizados por la audacia y la juventud de De Gerlache.

Para pasar a la historia —y demostrar a su padre que no se había equivocado persiguiendo sueños de gloria marítima—, De Gerlache tendría que regresar con un récord, ser el «primero en algo». Hacía tiempo que la historia de la exploración polar se construía a base de grandes gestas: quién alcanzaba las latitudes más altas, quién soportaba las temperaturas más bajas, quién recorría las mayores distancias. Tales logros hacían vibrar al público y satisfacían el profundo anhelo humano de adentrarse en lo desconocido.

De Gerlache consultó a los científicos para definir la que sería su gran hazaña. A los consejeros les había interesado particularmente la propuesta de estudiar el magnetismo terrestre. «Tal consideración, por sí sola», sugirió el astrónomo Charles Lagrange, «bastaría para dar a la expedición una razón de ser». Lagrange afirmó que el descubrimiento del polo sur magnético, que Ross no había podido alcanzar en 1841, «haría historia».

En aquella época, se consideraba que el polo sur magnético se encontraba cerca del paralelo 75. Establecer su ubicación exacta sería útil, pues permitiría a los navegantes ajustar con mayor precisión la lectura de la brújula. Sería, además, una gran hazaña, lo que resultaba determinante. De Gerlache modificó el itinerario: montaría un campamento invernal en Tierra de Victoria, al sur de Nueva Zelanda, y dejaría allí cuatro hombres para aventurarse en busca el polo magnético en cuanto observaran las primeras señales de la primavera. [2]

La validación de la sociedad geográfica no pudo llegar en mejor momento. Poco más de seis meses después, en julio de 1895, el Sexto Congreso Geográfico Internacional —un encuentro de las sociedades geográficas de todo el mundo— se reunió en Londres y determinó que la exploración de la Antártida era una prioridad urgente. El propio informe oficial establecía una fecha límite: «La exploración habrá de realizarse antes de que el siglo llegue a su fin». La carrera por la Antártida había comenzado y situaba a un joven oficial de la marina belga, tan intrépido como desconocido, compitiendo contra las grandes potencias de la navegación —Alemania, Gran Bretaña o Suecia—, cuyos planes para explorar el continente no tardarían en anunciarse.

De Gerlache no tenía tiempo que perder. Había aún, sin embargo, un obstáculo importante: la sociedad geográfica le brindaba su apoyo, pero no le proporcionaba financiación. De Gerlache calculaba que la expedición tendría un coste de unos trescientos mil francos (1,8 millones de dólares, al cambio actual). Los consejeros científicos consideraban que esa cantidad no era suficiente —representaba, ciertamente, una fracción de lo que presupuestarían otras naciones en sus expediciones a la Antártida—, pero para De Gerlache tenía la ventaja de que no era una suma imposible de obtener.

Se lanzó así a la búsqueda de mecenas y financiadores. Acudió en

primer lugar al ciudadano más importante de Bélgica: el rey Leopoldo en persona. Pensó que al monarca tal vez le interesaría la perspectiva de dar nombre a una tierra recién descubierta. Su propuesta, enviada al palacio real, no obtuvo respuesta. El teniente supuso que Leopoldo aún le guardaba rencor por haberse negado a participar en el proyecto del Congo.

No se desanimó. Llamó a las puertas de la alta sociedad belga gracias a la amplia red de contactos de su familia. Desde la refinada casa de sus padres, en un próspero barrio de Bruselas, realizó una campaña agotadora de envío de cartas. Le respondieron con una gran cantidad de ánimos sinceros, pero ni un solo céntimo.

Justo cuando estaba a punto de perder la esperanza, consiguió que Ernest Solvay, el magnate de la sosa, de cincuenta y siete años, del que se decía que era el hombre más rico de Bélgica y que invertía gran parte de su fortuna en avances científicos, le asegurara veinticinco mil francos. Le conmovió la audacia de De Gerlache, recordándole tal vez su propia historia de ascenso social por sus propios medios. Gracias a ese crédito, la Expedición Antártica Belga dejó de ser una quimera. Envalentonado, De Gerlache comenzó a buscar un barco, que representaría su mayor desembolso.

Había considerado la posibilidad de fabricar un navío para la expedición, pero no tardó en darse cuenta de que eso acabaría con su presupuesto. Decidió que lo más sensato era comprar o alquilar un barco que ya hubiera resistido a las condiciones polares. En los puertos belgas no había ninguno de esas características, por lo que se dirigió al norte, a Escocia y Noruega, donde podía encontrar buques reforzados que soportaran la intensa presión del hielo. En marzo de 1895, un agente marítimo le invitó a participar en una expedición de caza de ballenas y focas de tres meses por la costa de Groenlandia, a bordo del Castor, un elegante barco noruego de tres palos y motor de vapor. Había merodeado el perímetro de la Antártida hacía solo dos años, y estaba a la venta. El propósito del viaje, así, era doble: De Gerlache podría tomarle el pulso al barco y aprender los entresijos de la navegación polar, pues, pese a todos los años que llevaba en el mar, el hielo le era completamente desconocido.

La temporada de caza en el Ártico resultó espléndida y De Gerlache contempló con cierta aprensión cómo los marineros

desollaban calderones boreales y apaleaban brutalmente miles de crías de focas, cuya piel poseía una suavidad sin igual. No eran los únicos que cazaban en aquellas aguas, y, aunque había ido para evaluar el Castor, aprovechó para observar la competencia. En las proximidades de Jan Mayen, una isla volcánica en el océano Ártico, a medio camino entre Noruega y Groenlandia, divisó el Patria, una embarcación de once años. Con treinta metros de eslora y doscientas cuarenta y cuatro toneladas, era el hermano pequeño de la flota ballenera noruega y carecía de la elegancia del Castor, pero a Adrien le maravilló la agilidad con que sorteaba el hielo y la dureza con que embestía contra los icebergs, deslizándose sobre los bloques de hielo a la deriva y destrozándolos bajo su peso. Fue un flechazo. Cuando preguntó discretamente su precio, sin embargo, le dijeron que no estaba a la venta. Tampoco importaba: pese al compromiso de Solvay y de los nuevos mecenas que se sumaban a la causa, aún no tenía dinero suficiente para adquirir un barco.

De Gerlache regresó a Bélgica con las manos vacías en agosto de 1895. El proyecto parecía hacer aguas. Había pasado un año desde la primera propuesta y la Expedición Antártica Belga consistía únicamente en el propio Adrien de Gerlache, un poco de tinta y unas hojas de papel. No se le ocurrían nuevas fuentes de financiación. Y abandonar la empresa tras exponer sus audaces intenciones ante toda la sociedad belga, rechazando la oferta de Ernest Solvay, representaría una humillación intolerable.

Como las solicitudes al rey y al Gobierno no habían funcionado, De Gerlache se dirigió directamente a la población belga. En enero de 1896, la Real Sociedad Geográfica Belga le ayudó a preparar una campaña de apoyos a nivel nacional para financiar la expedición. Llegaron donaciones de toda clase: un maestro dio un franco; un cartero, tres; un senador entregó mil. La sociedad geográfica, en compañía de patronos y mecenas locales como Léonie Osterrieth, organizó actos por todo el país, desde conciertos y conferencias a una competición de ciclismo o una carrera de globos aerostáticos.

Dos mil quinientos ciudadanos belgas contribuyeron. En mayo de 1896, la campaña había recaudado un total de ciento quince mil francos. Los planes de De Gerlache empezaban a materializarse, gracias a lo cual, el Gobierno abrió por fin las arcas: las dos cámaras

legislativas votaron en junio la aprobación de un crédito suplementario de cien mil francos. La expedición cobraba de repente una nueva dimensión, lo que multiplicó la emoción y la ansiedad de Adrien. El dinero no solo contribuía a financiar su sueño antártico. Hasta ese momento, el viaje solo había existido en su mente, pero ahora lo hacía también en la de sus compatriotas, deseosos de compartir su gloria. Había sido necesario que el país realizara una inversión emocional para materializar el proyecto, y Adrien tendría que rembolsarla. Este peso le acompañaría siempre, deslizándose entre sus pensamientos, cerniendo sobre el fulgor de su ambición la sombra del miedo al fracaso y al escarnio.

De Gerlache comprendió que, desde ese momento, la expedición ya no le pertenecía solo a él. Debía encontrar un equilibrio entre las expectativas contrapuestas de la sociedad geográfica (que demandaba el máximo rigor científico), los mecenas (que esperaban un empleo prudente de su dinero), la sed de gloria de la ciudadanía (que pedía heroicidades que desafiaran a la muerte) y su propia familia (que contaba con que no mancillara su nombre). El malabarismo resultaría imposible.

Por fin pudo permitirse un barco. A través de un intermediario —Johan Bryde, director del consulado belga en Sandefjord, nacido en Noruega—, presentó una oferta por el Patria, el barco que se le había resistido el año anterior. Bryde era un negociador hábil y logró que se lo vendieran por setenta mil francos. En el verano de 1896, De Gerlache viajó a Sandefjord, Noruega, para tomar posesión del navío. Sintió la cubierta bajo sus pies y pasó la mano sobre las regalas. Tenía ya un barco propio, el primero desde aquellos modelos en miniatura de su infancia. El 5 de julio lo rebautizó como el Belgica.

Era por esos días cuando De Gerlache había previsto comenzar el viaje, pero aún no estaba preparado. De ese modo, tuvo que posponer la expedición un año entero, pues quería evitar a toda costa llegar a la Antártida durante el temible invierno austral.

Pasó varios meses en Sandefjord, donde supervisó los trabajos que necesitaba el barco. Aprendió a hablar noruego con fluidez. El revestimiento del casco del barco era de la madera más robusta conocida, una variedad tropical conocida como palo verde, que lo

protegería de los violentos ataques del hielo. Con la ayuda de un constructor de nombre Lars Christensen (que resultó ser el suegro de Bryde), De Gerlache añadió capas de fieltro y tablones para aislar el interior y protegerlo de los gusanos de barco. Christensen remplazó el motor y añadió una nueva hélice retráctil, de acero, que podía recogerse en caso de que el barco quedara atrapado en la banquisa de hielo. Amplió la cubierta de popa y construyó una dependencia para los oficiales y un cuarto oscuro en el que revelar láminas fotográficas. Por último, preparó dos laboratorios en la cubierta, que De Gerlache equipó con el instrumental científico más avanzado del momento, llegado de toda Europa. Cuando Christensen finalizó, el Belgica tenía la apariencia reluciente de un yate de recreo. No quedaba rastro de la pátina grasienta ni del olor mantecoso del antiguo ballenero.

El siguiente paso era llenar el barco de científicos y marineros. De inmediato, tuvo que enfrentarse a algo que seguiría atormentándole en alta mar, un problema que tal vez estuviera más en su cabeza que en la realidad. De Gerlache, al que le causaba mayor temor el deshonor que la muerte, había desarrollado un miedo casi patológico a la chovinista prensa belga y estaba seguro de que los periódicos le harían pedazos si la tripulación y los científicos del barco no eran plena y orgullosamente belgas. Algo que, en la práctica, resultaba imposible. Dada la pobre tradición marítima del país, De Gerlache albergaba escasas esperanzas de hallar marineros belgas con la suficiente competencia como para tripular la expedición. Además, el viaje que proponía era peligroso y poco rentable: los aventureros belgas preferían ir al Congo en busca de fortuna. Y si bien el país contaba con grandes científicos, los mejores habían acudido a su llamada para marcharse poco después. Tras el anuncio de la expedición, De Gerlache recibió a numerosos académicos belgas interesados en acompañarle, pero conforme se posponían los preparativos, abandonaron el proyecto uno por uno, desilusionados y frustrados por los continuos retrasos y lo que parecía un plan mal financiado y desorganizado.

El único que no abandonó a De Gerlache fue Emile Danco, uno de sus primeros colaboradores, que también le había acompañado en la expedición ballenera del año anterior. A ambos les unía el hecho de ser los hijos reservados y retraídos de familias de tradición militar. Si

De Gerlache hizo carrera naval, Danco se alistó en el Ejército belga y alcanzó el rango de teniente de artillería. Su aspecto era el de un aventurero antártico en toda regla, con su constitución fornida y el mentón cuadrado, pero no era científico ni marinero. Ahora bien, compensaba su falta de cualificación con entusiasmo. Su madre había fallecido cuando él era un niño y, tras la muerte de su padre, un hombre rico y autoritario, se quedó solo con una considerable herencia y el deseo desesperado de salir de Bélgica a conocer mundo. De Gerlache no podía encontrar un colaborador más entregado. Danco no solo se enroló en la expedición gratuitamente, sino que contribuyó con varios miles de francos a la expedición. En cuanto la asignación se hizo oficial —tras una exoneración militar especial firmada por Leopoldo II—, Danco comenzó a referirse a su amigo de la infancia como *mon commandant*, sustituyendo también el pronombre informal *tu* por un *vous* más respetuoso.

Sin embargo, dos hombres hacían aún una tripulación escasa. Teniendo que decidir entre reclutar a cierto número de extranjeros, recurrir a belgas inexpertos o posponer aún más la expedición, si no cancelarla, De Gerlache se arriesgó a comprometer la naturaleza patriótica del proyecto. Depender de una tripulación belga poco preparada podía condenar el proyecto al fracaso. Tampoco podía llevar a cabo una misión científica sin científicos. De ese modo, la Expedición Antártica Belga cobró desde sus orígenes un carácter internacional. Afortunadamente.

Como segundo miembro del equipo, De Gerlache contrató a Henryk Arctowski, un químico y geólogo polaco tan pobre como brillante, vinculado a la Universidad de Lieja, en Bélgica. Un hombre de semblante adusto, trajes impecables, barba voluminosa y con una extensa lista de publicaciones en su haber, que, sin embargo, tenía veintitrés años. Solo meses después confesaría que, estrictamente, no había terminado sus estudios. «Debo decirle que carezco de título académico», le escribió a De Gerlache. «Me he dedicado al estudio de manera absolutamente independiente y aún estoy lejos de alcanzar el objetivo que me he propuesto». Al no tener más opciones, De Gerlache no pudo ponerse quisquilloso. Arctowski conservó el puesto. El Belgica sería su diploma.

Le costó mucho más tiempo encontrar al zoólogo de la expedición.

Emile Racovitza, de veintisiete años, había nacido en una adinerada familia rumana y estudiado en la Sorbona, en París, donde su extraordinario trabajo sobre las especies pelágicas y particularmente acerca de los gusanos marinos había causado gran impresión entre los profesores. Pese a que lo había recomendado Arctowski, uno y otro no podían ser más diferentes. Sus personalidades reflejaban los respectivos campos de estudio: el geólogo era seco, rígido, duro como el pedernal, mientras que el zoólogo era amable y animoso. Otro punto a favor de Racovitza fue que se ofreció a servir sin sueldo.[3]

A continuación, vino la marinería. Los miembros belgas a los que De Gerlache había conseguido mantener tras un año de retraso no eran, ni mucho menos, lo mejor de cada casa. Estaba el mecánico naval, Joseph Duvivier, cuya carta de recomendación parecía más bien una advertencia: «En resumen, *es posible* que el señor Duvivier logre entender el funcionamiento de un motor tan sencillo como el del Belgica, pero no puedo garantizarlo», había escrito su superior. De Gerlache lo contrató.

Otro candidato belga fue Louis Michotte, un gandul de veintiocho años que regresaba de cinco de servicio en África con la Legión Extranjera Francesa, durante los que un habitante de la zona le había arrancado un pulgar de un mordisco. «Cometí algunos pecadillos de joven», le escribió a De Gerlache, «y mi padre continúa echándomelos en cara, pero si pudiera acompañarle en la calidad que usted considere oportuna, entonces, señor, tal vez recibiera su perdón, y usted, señor, podrá añadir una buena obra a su gloria». Mencionaba sus dotes de esgrima entre las aptitudes que él mismo consideraba útiles para una expedición a la Antártida. De Gerlache también lo contrató.

Para el grueso de la tripulación, sin embargo, De Gerlache aún necesitaba hombres en los que pudiera confiar, capaces de navegar por el mar de hielo en condiciones extremas. Noruega —con una industria naval próspera y un extenso litoral; con sus tradiciones vikingas y sus mitos marinos— era el lugar indicado para buscar. Era raro encontrar a un noruego que no tuviera conocimientos sobre barcos y navegación. Aún en Sandefjord, con el Belgica, De Gerlache contrató a un buen número de nórdicos entusiastas, que iban desde veteranos de las campañas del Ártico a novatos adolescentes.

A finales de julio de 1896, De Gerlache recibió una carta que le

llamó la atención.

> Al teniente A. de Gerlache:
>
> He sabido que su expedición a la Antártida no zarpará hasta el año próximo y querría saber si todavía hay puestos vacantes en el personal de su expedición. De ser así, querría enrolarme como marinero.
>
> Tengo veinticuatro años. En 1894 serví en el «Magdalena», por el mar glacial, con el capitán Stöcksen y este año a bordo del «Jason», capitán Evensen.
>
> Tengo la enseñanza media, el bachiller y he aprobado el examen de la escuela de navegación. En salud he obtenido los mejores certificados. Y querría añadir también que soy un buen esquiador y he realizado travesías difíciles en las montañas.
>
> Le estaría agradecido si tuviera a bien responderme pronto…
>
> Roald Amundsen

De Gerlache, intrigado, se reunió con Amundsen en persona. El hombre al que encontró parecía salido de las páginas de las novelas de aventuras que leía de niño. Metro noventa de alto y noventa kilos de músculo, el rostro duro, halconado: Amundsen parecía un vikingo moderno. Al belga le impresionó especialmente que el joven afirmase poseer tanta destreza en el esquí de fondo. Era la época en que esta actividad comenzaba a conocerse más allá de su lugar de origen, en las profundidades de Escandinavia: si De Gerlache quería aventurarse hasta el polo sur magnético, necesitaba a un buen esquiador a su lado. Y de nuevo un punto a su favor: Amundsen, igual que Danco y Racovitza, no quería que se le pagara. Lo único que le interesaba era la experiencia.

Fue Bryde quien le envió la candidatura de Amundsen. El diplomático había añadido un comentario entusiasta en una de las esquinas de la carta: «¡Llévalo contigo, amigo mío!». De Gerlache tenía ante sí una joya. No era un genio juzgando a la gente, pero hasta él se daba cuenta de que estaría desaprovechando sus habilidades si lo colocaba como uno más de la tripulación. Amundsen había solicitado un puesto de marinero, pero De Gerlache lo nombró primer oficial, un cargo que, según las reglas de la marinería, le colocaban en la línea de sucesión del mando del Belgica. Tener a un noruego como candidato a hacerse con el timón del barco no era ideal. Según Danco, eso podría hacer que la lealtad de la tripulación noruega se tambaleara, e incluso

facilitar un motín.[4]

Era solo cuestión de tiempo que la prensa descubriera que, de los hombres que formaban la Expedición Antártica Belga, solo la mitad eran belgas. El equipo que el comandante había reunido constituiría una de las primeras expediciones científicas verdaderamente internacionales de la historia, pero De Gerlache no quería que se le recordara por ello. Exploró posibles soluciones, como negociar la nacionalidad belga para algunos de sus hombres, pero abandonó la idea cuando Arctowski le dijo que él deseaba regresar algún día a Polonia y que, bajo el régimen zarista ruso, cualquier súbdito que obtuviera una nacionalidad extranjera sin autorización era condenado a trabajos forzados.

Encontró una solución más conveniente en junio de 1897, dos meses antes de que el Belgica zarpara, cuando reclutó a uno de los pocos talentos navales, junto a él mismo, que había en Bélgica. Georges Lecointe, de veintiocho años y antiguo compañero de Danco en la Real Escuela Militar, era teniente de la Marina belga, que servía entonces en las fuerzas francesas. Era conocido por sus dotes en astronavegación y De Gerlache lo nombraría capitán del Belgica, un rango solo por debajo del comandante, haciendo que Amundsen descendiera un peldaño en la jerarquía. Un periodista belga lo describió como un hombre pequeño, «todo nervios, con la vivacidad de una ardilla». Su estilo de liderazgo, en contraste con la serenidad de De Gerlache, era más bien agresivo.[5]

A finales de junio, el Belgica zarpó de Sandefjord a Vlissingen, en Países Bajos, donde harían escala para recoger a Lecointe. El día veintiocho, antes de la llegada del capitán, el barco encalló en un banco de arena frente al puerto de Den Helder. Lecointe se preguntó dónde se había metido: si la tripulación no era capaz de navegar las aguas perfectamente cartografiadas de Europa, ¿cómo iban a enfrentarse a los desconocidos peligros de la Antártida? «Me parecía extraordinario», escribió, «que este barco fuera a emprender tal viaje con una tripulación aún incompleta y con marineros indisciplinados, cuando no peligrosos». Aunque le suscitara dudas, nunca cuestionó la autoridad de De Gerlache: se convertiría, de hecho, en su mayor valedor.

Tras engatusar astutamente a varios miembros del Gobierno y organizar visitas al Belgica, varado en el puerto de Amberes, De Gerlache alcanzó por fin los trescientos mil francos necesarios. Hasta el último día realizó cambios en la tripulación. De Gerlache contrató a Jan van Mirlo, un amberino joven e impulsivo que solicitó un puesto para evitar el servicio militar y mintió sobre su falta de experiencia en el mar (el único trabajo que había desempeñado hasta la fecha era el de repartir pan en triciclo para su padre, panadero). También trajo a un cocinero francés llamado Albert Lemonnier, un hombre irascible y descomunal, muy dado a la bebida y con tendencia a insultar a todo el que estuviera cerca.

Varios marineros belgas abandonaron el barco sin permiso durante largos periodos de tiempo, como anticipo de los problemas disciplinarios que vendrían. Un suboficial llamado Coene desertó, directamente. El mecánico principal, Henri Somers, se fue dos días de borrachera por Amberes, y Lecointe, alarmado, lo denunció a De Gerlache: Somers «había comprometido gravemente y en público la buena reputación de la tripulación, embriagándose escandalosamente (en uniforme)», escribió. Lecointe recomendó a De Gerlache que lo despidiera inmediatamente. Las máquinas del Belgica quedaban así en las incapaces manos de Duvivier.

Lo más difícil fue encontrar un cirujano, por una mezcla de mala suerte y de autosabotaje. El secretario general de la Real Sociedad Geográfica belga había seleccionado al primer candidato, el doctor Arthur Taquin, pero el comandante temía que se tratara de un caballo de Troya con el que la sociedad geográfica pretendía arrebatarle el control de la expedición. Como De Gerlache rehuía toda confrontación, fue su padre quien hizo el trabajo sucio por él. El coronel Auguste de Gerlache utilizó su considerable influencia para expulsarlo de la expedición, mencionando casos de mala praxis previa y amenazándolo con emprender acciones legales.[6]

Se barajaron otros médicos antes de que De Gerlache optara por un joven doctor belga llamado Jules Pouplier, recién salido de la escuela de medicina. Sin embargo, el 15 de agosto, un día antes de la fecha prevista para la partida, el hermano mayor de Pouplier le envió una nota a De Gerlache, comunicándole que Pouplier debía quedarse en casa a cuidar de su hermana enferma y, por tanto, no podía viajar.

La tripulación del Belgica estaba lejos de ser ideal y no había médico a bordo. De Gerlache comprendía lo insensato de partir hacia las aguas en esas condiciones, pero, si no zarpaba ahora, tal vez no zarpara nunca. El 16 de agosto, entre hurras y música y banderas belgas ondeando al viento, De Gerlache se convenció a sí mismo de que, de un modo u otro, todo iría bien.

De Gerlache bajó del puesto de vigía del Belgica tras perder de vista el yate en el que su familia se alejaba. Sentía la dicha de la libertad. «Se habían terminado los ingratos deberes que me habían consumido durante tres años, las solicitudes, los compromisos, la búsqueda infinita de recursos indispensables […]. Zarpar era escapar, liberarse […] esperanzas infinitas».

El Belgica atracó frente al puerto holandés de Vlissingen, en la desembocadura del Escalda, para pasar la noche. Cuando el último sol del día iluminó el camarote del comandante, orientado a estribor y decorado con escenas polares y una fotografía de su padre sobre la cama, Adrien se sentó a su escritorio y dejó que las ideas poblaran el silencio. Al convertir sus sueños polares en una empresa nacional, se había sometido a una presión tan intimidante como aquella a la que esperaba enfrentarse en el hielo. El éxito de su expedición dispararía el prestigio de Bélgica en el mundo, pero De Gerlache sabía que, si algo salía mal, toda la culpa caería sobre él.

Solo hubo que esperar un día para que algo saliera mal. En el momento en que el Belgica entraba a mar abierto y la tripulación alimentaba las máquinas, el condensador, bajo la supervisión de Duvivier, se recalentó y falló. De Gerlache tuvo que atracar en Ostende, junto a la costa del mar del Norte, para realizar reparaciones, un movimiento humillante tras los honores que había recibido en la despedida.

Probablemente, De Gerlache esperaba que la escala en Ostende pasara desapercibida, pero eligió el peor lugar para echar el ancla, justo al lado del yate del rey Leopoldo, el Clémentine, donde esperaban la llegada del monarca de un momento a otro. El encuentro, inevitable, resultó bochornoso: Leopoldo quiso departir con la tripulación del Belgica y fingió no reconocer el barco.

El rey subió a bordo. A De Gerlache, la breve visita le resultó

incómoda, resentido aún por que el monarca no hubiera contribuido a la expedición. «El rey nos hizo algunas preguntas bastante triviales y nos deseó buena suerte», le confió a Léonie Osterrieth. «Fue amable, pero nada más. Según él, si había tenido éxito era gracias a que los más altos estratos no me habían ayudado. Es decir, ¡nos había hecho un favor al ignorarnos!».

Tres hombres abandonaron la expedición en Ostende, viendo quizá signos de mal agüero en los problemas de las máquinas. Dos tripulantes noruegos veteranos —el carpintero y el contramaestre—, que se quejaban de que los belgas no obedecían sus órdenes, y uno de los mecánicos, que declaró estar enfermo y nunca regresó. Desesperado, De Gerlache volvió a contratar a Henri Somers, el ingeniero al que había destituido por embriaguez en público. El comandante era consciente de que su indulgencia sentaba mal precedente, pero no era buena idea contar con Duvivier como único mecánico tras el incidente con el condensador.

De Gerlache tuvo que volver casi de incógnito a Amberes para reclutar sustitutos. Sustituyó a los dos noruegos por otros dos noruegos, mucho menos experimentados, Engelbret Knudsen y Ludvig Hjalmar Johansen. Sin embargo, la insubordinación de los marineros belgas amenazaba con causar serios problemas. El comandante recelaba especialmente de la banda formada por Frans Dom, Maurice Warzée y Jan van Damme, tres hombres con muchas millas navegadas, pero indisciplinados y poco dispuestos a colaborar con los extranjeros. De Gerlache tenía ganas de echarlos del barco, pero temía las consecuencias. Despedirlos reduciría la tripulación nada más comenzar la expedición y aumentaría la proporción de hombres foráneos. De ese modo, el grupo contaba con cierto poder sobre De Gerlache y puso límites a su autoridad desde el principio. La susceptibilidad del comandante ante la acusación de parcialidad contra sus propios compatriotas les permitía actuar con impunidad.

En Ostende, reclutó a un científico más, un joven estudiante llamado Antoni Dobrowolski, compatriota y conocido de Arctowski. Se trataba de un separatista polaco sin pelos en la lengua, sentenciado a tres años en una prisión zarista, que había escapado poco antes y vivía desde entonces en Bélgica, pobre, llenando el estómago «de aire, o algo parecido». Estaba dispuesto a servir en el Belgica sin sueldo y

llevar a cabo los trabajos más monótonos, lo que a De Gerlache le venía de perlas.

Pese a la satisfacción con su nuevo puesto —y con las comidas que recibía—, Dobrowolski albergaba, en privado, serias dudas sobre la expedición, su tripulación y su líder. «No me fío ni del Belgica —un cascarón diminuto con fallos de fabricación— ni de su capitán [De Gerlache], que sabe aparentar, pero no me parece que sea un genio», escribió el nuevo recluta en su diario. «Veremos, en cualquier caso. El descontento entre los marineros de cubierta [hacia él] ha quedado claro desde el principio».

De ese modo, lo único que le faltaba era un médico. Días antes de que el Belgica debiera partir de Ostende, De Gerlache tomó un tren hacia Gante, en un último intento de contratar a un doctor belga. No lo consiguió.

Había recibido propuestas procedentes de otros países, pero hasta ese momento no las había considerado, pues sabía que la prensa arremetería contra él por añadir a un extranjero más a la expedición. Sin embargo, ahora tenía que decidir entre contar con un médico extranjero o viajar sin médico. Entonces, observó un telegrama que había recibido desde Brooklyn, Nueva York, algunas semanas atrás, y que había ignorado hasta entonces.

> PODRÍA UNIRME A SU EXPEDICIÓN EN MONTVIDEO [*sic*] SI DE ACUERDO LLEVO EQUIPAMIENTO ÁRTICO TAMBIÉN PERROS ESQUIMALES POR MI CUENTA RESPONDA + DR COOK.

---

[1] Con frecuencia, el progreso científico sirvió también de pretexto para la colonización y la exploración con vistas a obtener beneficios. De hecho, en un primer momento, Leopoldo II presentó la brutal explotación del Congo como una misión científica. (Todas las notas son del autor, salvo que se mencione lo contrario).

[2] El polo sur magnético es el punto en el hemisferio sur en el que las líneas del campo magnético de la Tierra se dirigen verticalmente hacia el cielo. No debe confundirse con el polo sur geográfico, a una latitud de 90° sur, que es el lugar en el que convergen todos los meridianos y desde el que toda dirección es norte. Los polos sur y norte magnéticos están en constante movimiento, pues dependen de las agitaciones de la capa de hierro fundido alrededor del núcleo sólido de la Tierra.

[3] «Emile Racovitza» es la manera en que firmaba cuando escribía en francés. La grafía rumana era «Emil Racoviţă».

[4] Los historiadores no están de acuerdo acerca de si Amundsen era el primer o el segundo oficial. En los registros, su título varía alternativamente, de primer a segundo teniente, pero los rangos marítimos franceses y belgas no concuerdan exactamente con la jerarquía angloamericana. Dado que Amundsen realizaba las tareas habitualmente reservadas al primer oficial, y no había otro cargo por encima de él, en este libro nos referiremos a él como primer oficial, igual que hacía el propio Amundsen.

[5] Aquí, la terminología jerárquica resulta, de nuevo, confusa. De Gerlache era líder de la expedición y del barco: a todos los efectos era capitán del Belgica. Si Lecointe recibió el título de capitán fue por la equivalencia entre su rango en la Marina francesa —«teniente del barco»— y el de «capitán-comandante» del Ejército belga.

[6] De Gerlache padre acusó a Taquin de haber eludido sus responsabilidades a bordo de un barco que volvía del Congo a Bélgica. Declaró que el doctor había permanecido en el camarote durante todo el trayecto, en el que fallecieron cuatro personas. Para preparar la acusación, el padre de Adrien entrevistó a docenas de pasajeros, de los que seis confirmaron por escrito que Taquin podría haber hecho más para salvarles. En su defensa, Taquin alegó que había estado enfermo por intoxicación alimentaria.

02

«Oro y diamantes»

La tarde del 19 de agosto, un mensajero con uniforme de la Western Union recorría en bicicleta las húmedas calles de Brooklyn y sorteaba los tranvías eléctricos, que se llevaban por delante a los peatones con cierta frecuencia, lo que había inspirado el nuevo nombre del equipo de béisbol de la ciudad, los Brooklyn Trolley Dodgers [los sorteadores de tranvías de Brooklyn]. No se detuvo hasta llegar al 687 de la avenida Bushwick, el moderno edificio de apartamentos en el que había de entregar un telegrama.

En esa dirección, el doctor Frederick Albert Cook recibía a su último paciente del día con la mente puesta ya en la cena. Tras unos comienzos difíciles, el médico, de treinta y dos años, comenzaba a conocer el éxito profesional. Su costumbre de visitar a los pacientes en un moderno cabriolé tirado por un resplandeciente caballo blanco le había hecho conocido en el barrio, si bien su fama se debía a que había sido el cirujano de una famosa expedición al Ártico. Esa circunstancia le confería prestigio a su consulta y le daba un toque aventurero incluso a las más rutinarias revisiones.

Cook poseía una capacidad asombrosa para conectar con los pacientes. Sabía ganarse su confianza, cuando no su amor. Puede que fuera esa cualidad lo que le permitiera no estar muy presente esos días. Tenía la mente a miles de kilómetros, navegando entre los paisajes helados de la Antártida, un destino con el que jamás había

dejado de fantasear. Tales sueños le inundaban hasta los cuadernos médicos, donde, entre páginas llenas de notas taquigráficas —sobre la tos persistente del señor Luran o la obesidad y frecuente flatulencia de la señora Greene—, había recortes de artículos que hablaban del inalcanzado Polo Sur, de la formación de los icebergs, del sol de medianoche en el verano polar. La atracción que Cook sentía hacia los polos parecía magnética. Su espíritu viajero, su sed insaciable de aventuras y gloria le impedían contentarse con una vida sedentaria de médico de familia.

Oyó que alguien llamaba a la puerta. Cuando Cook abrió, el chico de la Western Union le hizo entrega de un billete al mundo de sus fantasías secretas.

Frederick Cook había escapado a la pobreza paralizante de su infancia gracias a una inagotable energía. La suya fue una más de las historias que conformaron colectivamente la mitología del sueño americano. Nació en el Nueva York rural, solo separado de Pensilvania por el río Delaware, dos meses antes de que terminara la guerra de Secesión. Su padre, un inmigrante alemán llamado Theodor A. Koch, había servido como cirujano durante la guerra, y fue en esa época cuando la familia anglicanizó el apellido a Cook. En casa, Frederick hablaba alemán con sus padres. Cuando su padre falleció de neumonía, en 1870, su madre —Magdalena— se dedicó a acudir a los antiguos pacientes de Theodor para reclamar las deudas y mantener así a los cinco hermanos. Esos ingresos, sin embargo, no duraron mucho. Como él mismo recordaría, Cook creció «mal alimentado y con demasiada escuela». Con frecuencia, no tenían nada que llevarse a la boca. El ocasional guiso de marmota era una delicia.

Obligada a ganarse la vida, Magdalena se mudó con su familia río abajo, donde encontró empleo de costurera en un taller clandestino. Alquilaron una chabola en la calle Uno Sur, en Williamsburg, un húmedo barrio industrial que bordeaba el East River, donde se respiraba el hedor dulzón de una refinería de azúcar cercana. Al poco de llegar, el hermano pequeño de Cook, August, falleció de escarlatina.

Cook comenzó a trabajar a los doce años para ganarse el sustento. Era un chaval de complexión ancha y su nariz había adquirido ya un

volumen considerable. Lo contrataron como farolero, se machacó en el fulgor magmático de los fuegos de una fábrica de cristales. Junto a su hermano William, más tarde, atendería un puesto de frutas y verduras en el mercado Fulton de Manhattan. Pese a que el horario era criminal —de dos de la mañana hasta el mediodía—, Cook nunca dejó de estudiar.

Siguiendo los pasos de un padre al que casi no recordaba, se matriculó en la escuela de medicina. No le arredró el hecho de no poder permitírselo. Una infancia recorriendo los bosques con los pies descalzos, en compañía de los niños casi asilvestrados del condado Sullivan, le había curtido y enseñado a vivir con poco; la adolescencia en Brooklyn le había hecho agudizar el ingenio. Ya de niño poseía unas capacidades de inventiva y resolución de problemas asombrosas, a las que recurriría toda la vida. Con sus escasos ahorros, compró una pequeña imprenta de segunda mano y comenzó a fabricar carteles, folletos, anuncios y tarjetas de felicitación para los comercios locales. En cuanto empezó a dar beneficios, vendió el negocio y montó uno nuevo. Adquirió una ruta de reparto de leche y la trabajó con sus hermanos mayores. La Cook Bros Milk & Cream Company creció rápidamente y llegó a extenderse hasta la playa de Rockaway. Cook no dejaba de inventar formas de superar a la competencia. Cuando la gran ventisca de 1888 cubrió la costa este de varios metros de nieve y paralizó el tráfico de Nueva York, Cook y sus hermanos montaron bajo una barca unos patines de trineo y la ataron a un caballo, lo que les permitió repartir carbón por toda la ciudad y conseguir, de paso, un buen beneficio.

Cook había ingresado en la Facultad de Medicina y Cirugía de la universidad de Columbia en 1887. Cuando Columbia se mudó a la parte alta de Manhattan, él trasladó su expediente a la escuela de medicina de la Universidad de Nueva York, que en aquella época estaba en la calle Veintiséis. Le quedaba más cerca de casa, lo que le permitió repartir leche en Brooklyn por la noche y estudiar por el día. Y dormir muy poco.

De algún modo, encontró tiempo también para salir con una joven taquígrafa llamada Libby Forbes, a la que conoció en una fiesta del movimiento por la templanza en una iglesia metodista de Williamsburg. Se casaron en la primavera de 1889 y Libby se quedó

embarazada en otoño. El porvenir de Cook se presentaba tranquilo: nueve meses más tarde se graduaría en la escuela de medicina y se convertiría en padre. Vendería su negocio de reparto de leche y abriría una consulta. Sosegaría su frenético ritmo de vida y la familia Cook disfrutaría de las rutinas de lo que en aquella época todavía no se llamaba clase media alta. Eso era, al menos, lo que se decía a sí mismo. Nada hacía pensar que podía ser feliz sentando la cabeza. Tal vez no había tenido aún la oportunidad de averiguarlo.

Le arrebataron ese futuro antes de que pudiera disfrutarlo. Libby dio a luz a una niña en el verano de 1890, pero el bebé murió a las pocas horas debido a complicaciones en el parto. Libby la siguió una semana después, aquejada de peritonitis. Una de las últimas cosas que Cook pudo decirle fue que había aprobado su examen.

Destrozado, Cook se mudó al otro lado del río y abrió una consulta en Manhattan. A sus veinticinco años había conocido ya las penurias y el dolor de alguien mucho mayor, pero estos no habían dejado huella en su rostro juvenil. Llevaba barba, como hacen los hombres cuando atraviesan momentos difíciles y como hacían los médicos jóvenes cuando querían que se les tomara en serio. Aunque esperaba encontrar consuelo en el trabajo —y había logrado un bigote digno de tal nombre—, los pacientes no acudían.

Por primera vez en más de una década, Cook no tenía nada que hacer. Sentarse ociosamente en la consulta solo acrecentaba la soledad y la desolación de la vida en la ciudad. Él era un chico de campo, que no se había hecho a Nueva York —«Cuando nevaba, todo estaba sucio y cenagoso, y en verano era imposible dejar de sudar por culpa del calor», escribiría—, y la ciudad se le había vuelto aún más insoportable desde la muerte de su esposa. Pasaba las horas leyendo sobre los rincones más recónditos de la Tierra, lugares mucho más cálidos o mucho más fríos que Nueva York. En particular, le atraían los relatos de aventureros como Elisha Kent Kane, el temerario médico americano cuyo barco había quedado atrapado en el hielo ártico durante la década de 1850 y había sobrevivido a durísimos inviernos, o Henry Morton Stanley, el egocéntrico explorador galés-estadounidense que había cartografiado gran parte de África Central a instancias de Leopoldo II de Bélgica.

Las crónicas de los viajes de Stanley, igual que las de las más famosas expediciones polares, aparecieron en *The New York Herald*, que Cook leía asiduamente. En su interior comenzaba a crecer el deseo de irse muy lejos. «Con tanto tiempo para pensar y planificar, sentí el ansia de salir a recorrer el mundo, de abrir nuevas rutas y vivir una vida llena de aventuras», escribió.

Al comienzo de la primavera de 1891, leyó un pequeño anuncio en el periódico, firmado en Filadelfia, que cambiaría el rumbo de su vida para siempre, dirigiéndolo hacia los polos. El ingeniero naval Robert E. Peary buscaba voluntarios para una expedición más allá del círculo polar con el propósito de determinar los límites septentrionales de Groenlandia. Cook no se lo pensó dos veces. Envió su candidatura y unas semanas después se reunió con Peary en Filadelfia. Nunca había salido del estado de Nueva York, ni se había enfrentado, en su breve experiencia como médico, a algo semejante a lo que podía esperarle en las condiciones brutales, casi bélicas, de una expedición polar. Pero tenía don de gentes y sabía lo que su interlocutor quería escuchar. Cuando Frederick Cook deseaba algo de verdad, solía ser capaz de convencer a quien hiciera falta. Peary percibió su pasión y su audacia. Al regresar a Brooklyn, Cook había logrado un puesto como cirujano y etnólogo de la expedición.

La expedición de Peary estaba formada por el propio ingeniero, Cook, cuatro hombres más y la esposa de Peary, Josephine, una de las pocas mujeres que participaría en las primeras exploraciones polares. Navegaban a bordo del Kite, un viejo bergantín-goleta con motor de vapor que les llevó hasta la bahía de Melville, en el noroeste de Groenlandia, a una latitud de 76° norte, a principios de julio. Antes incluso de bajarse del barco, Cook pudo experimentar los rigores del Ártico. El 11 de julio, cuando el Kite golpeaba los hielos flotantes que se formaban cerca de la costa, un grito procedente de cubierta le heló la sangre. El timón del barco había dado con un trozo de hielo y la caña había golpeado la pierna derecha de Peary, aplastándola contra el camarote de cubierta. Cook logró colocarle los huesos maltrechos y se las arregló para fabricarle una tablilla, una férula y un par de muletas. Los miembros de la tripulación señalarían con frecuencia el extraordinario ingenio del médico. «El doctor Cook», recordaba el joven explorador noruego Eivind Astrup, el único miembro no

estadounidense de la expedición, «posee un afortunado don para crear cosas útiles y necesarias con los materiales más variopintos».

El equipo construyó su refugio sobre un acantilado rocoso en la bahía de McCormick. Durante los seis meses que tardó en curar la pierna de Peary, Cook fue el encargado de contactar con los clanes inuits de los alrededores. Los exploradores dependían de lo que los nativos pudieran contarles sobre la zona y esperaban intercambiar con ellos carne fresca, perros de tiro, pieles y botas, entre otros artilugios. A Cook nunca se le dieron especialmente bien los idiomas, pero aprendió lo suficiente del idioma local para hacerse entender, con la ayuda de señas y de su carisma natural.

En calidad de etnólogo de la expedición, Cook pidió a hombres y mujeres inuits que se desnudaran ante la cámara de Peary. Tomó medidas detalladas de sus cuerpos, en una práctica habitual en aquella época, cuando la antropología daba sus primeros pasos como disciplina. Sin embargo, su curiosidad y su empatía le llevarían mucho más allá.

Los inuits llegaron a considerar a Cook como una especie de *angakok*, o chamán. «De vez en cuando», recordaba Cook, «surgía la oportunidad de realizar alguna pequeña operación quirúrgica o de administrarles medicamentos, lo que hacía las delicias de los esquimales, que al final creyeron que poseía poderes sobrenaturales». Le invitaron a observar de cerca sus rituales. Comió carne de caribú con ellos y escuchó sus historias. Vio cómo les abatía la noche polar, que duraba todo un mes, y cómo recuperaban la energía y la pasión cuando el sol regresaba. Le fascinaron sus creencias animistas, o lo que pudo comprender de ellas: la noción de que la luz poseía poderes divinos, de que el alma de una persona residía en su sombra o de que la desaparición estacional del sol provocaba una suerte de evanescencia del espíritu. Con el tiempo, llegaría a considerar que estas ideas no eran mero folclore.[7]

Una noche de 1892, Cook sufrió una de esas experiencias que cambian para siempre la forma en que un hombre piensa en la muerte. Habían escalado hasta una planicie elevada, donde iban a aguardar el regreso del sol tras su larga ausencia, cuando se levantó una violenta ventisca. Cook, Astrup y Peary (cuya pierna había sanado) levantaron un precario iglú y se refugiaron en él. Se metieron

en los sacos de dormir, hechos de piel de reno, y se quedaron dormidos con relativa comodidad. Al despertar, por la mañana, el tejado —plano, sujeto por vigas hechas de esquís, y no abovedado como los inuits— se había venido abajo con el vendaval y los tres hombres se encontraban enterrados en la nieve.

Cook y Peary consiguieron liberarse. Presas del pánico, trataron de sacar a Astrup del montón de nieve que le cubría de los pies a la cabeza. Para que el noruego pudiera respirar, mantuvieron un agujero abierto mientras lo desenterraban, primero con las manos y luego con una pala. Los tres hombres se acurrucaron contra la pared casi derruida del iglú para protegerse del viento ensordecedor. Estaban en ropa interior, pues los zapatos y las pieles permanecían bajo la nieve, inalcanzables. Todo lo que podían hacer era esperar a que amainara la tormenta, sin más abrigo que unos sacos de dormir empapados. Pasaron un día entero soportando el viento y la nieve. Cada minuto fue una agonía de la que no había escapatoria.

La nieve se convirtió en granizo, después en lluvia helada. Peary, Cook y Astrup dormitaban a duras penas. De vez en cuando, Peary les gritaba para recordarles que tenían que sacudirse y moverse si no querían congelarse en el sitio. Apenas podían oírse. Poco después, la luz de la luna atravesó las nubes oscuras y la nieve se detuvo, aunque el viento siguió barriendo el altiplano. La temperatura cayó en picado. Cook sintió el entumecimiento de las extremidades y empezó a temblar de manera incontrolable. Su saco estaba atrapado en el hielo. No se podía mover, lo que empeoraba la sensación de frío. Peary cavó un hoyo con forma de tumba y, tras picar el hielo para liberar a Cook, le hizo rodar hasta el hoyo, tumbándose encima para proteger al médico del viento. Cook no mencionaría lo que sintió en ese momento, echado, inmóvil bajo el cuerpo de Peary: si le consumía el miedo o si el *shock* le había sumido en un mutismo ausente. Sin embargo, cabe imaginar que tal vez se preguntó si aquella primera aventura sería también la última. Cuando la tormenta amainó y recuperó la sensibilidad en brazos y piernas, supo que había sobrevivido a su bautismo polar. Gracias a aquel calvario, ya nunca olvidaría el inmenso poder de la nieve y el hielo, lo fácil que es hallar la muerte cuando se está cerca de los polos.

Aquella expedición fue la escuela donde Cook aprendió a ser

explorador. Resistió al terrible invierno ártico. Sus compañeros le enseñaron, entre otras muchas cosas, a esquiar y a disparar, y aprendió por su cuenta a escalar barrancos de hielo y nieve abriendo puntos de apoyo con un hacha. Sin embargo, puede que lo más valioso de todo fuera la temporada que Cook pasó con los inuits, de los que no solo adquirió habilidades que le resultarían indispensables —a manejar perros de tiro, a construir iglús, a curar pieles—, sino también una profunda humildad ante las fuerzas de la naturaleza.

«En nuestro breve contacto con los aborígenes polares, aprendimos a desprendernos un poco de la inteligencia civilizada para recuperar una perspectiva más primitiva y mucho más útil», escribió Cook. «Todo aquel que vaya a vivir en el Ártico haría bien en recuperar cuanto antes los hábitos de la gente salvaje».

Reconociendo que Cook le había «evitado a la tripulación hasta las indisposiciones y dolencias más llevaderas», Peary invitó a Cook a acompañarle como cirujano y segundo de a bordo en su siguiente viaje al Ártico. En un primer momento, Cook aceptó la oferta. Sin embargo, cuando Peary le impidió publicar sus observaciones sobre los inuits en una revista científica, invocando la regla no escrita de que solo el líder podía publicar cualquier hallazgo realizado durante la expedición, Cook renunció. Se negó a seguir a la sombra de otro explorador y los caminos de ambos se separaron. Cordialmente, por el momento.

De vuelta a Brooklyn, Cook abrió una nueva consulta y comprobó que salir en los periódicos era estupendo para el negocio. Sin embargo, mientras atendía a pacientes en la calle Rutledge, su imaginación seguía vagando por latitudes extremas. Groenlandia lo había transformado. Ansiaba sentir los pulmones llenos del aire del Ártico, contemplar los blancos paisajes que empequeñecían incluso la mayor ciudad de Estados Unidos. Puede que la sensación más embriagadora e irresistible fuera la de haber burlado a la muerte. Su destino estaba escrito. El hielo lo llamaba.

Decidió organizar una expedición polar por su cuenta. En parte porque no quería competir con Peary en el norte y en parte porque había percibido la misma oportunidad que De Gerlache en el sur, Cook dirigió sus miras hacia la ignota Antártida.

Pensó que adoptar la vestimenta y la forma de viajar de los inuits

aumentaría sus posibilidades de éxito en el Polo Sur. Antes de anunciar formalmente el proyecto, tendría que volver a territorio inuit para comprar perros de trineo y abrigos de piel, y para completar su estudio de los «montañeses del Ártico», como se conocía a los inuits en aquella época. Para ello, y para obtener fondos que financiaran la expedición, Cook organizó un crucero comercial por Groenlandia, subvencionado en gran medida por un rico profesor de artes de Yale, cuyo hijo, obsesionado con los polos, había asistido a una conferencia de Cook en la universidad sobre sus aventuras árticas y ansiaba visitar los páramos septentrionales.

En el verano de 1893, Cook alquiló y reaparejó el Zeta, una goleta de veinticuatro metros de eslora, para llevar a sus acaudalados clientes por la península de Labrador y la costa occidental de Groenlandia. Regresó a Brooklyn a principios de octubre con una docena de perros groenlandeses, varios baúles llenos de pieles de animal y dos adolescentes inuits, Kahlahkatak y Mikok, a los que él llamó Clara y Willie. Tras ver cómo la hermosa Kahlahkatak, de dieciséis años, realizaba una deslumbrante danza tradicional en el puesto comercial de Rigolet, en Labrador, no hacía más que pensar en que causaría sensación en Estados Unidos. Convenció al padre de la chica para que le permitiera llevársela a Nueva York junto con su hermano, Mikok, prometiéndole que estarían de vuelta en la primavera siguiente. Tendrían la ocasión de ver la gran ciudad y Cook haría que actuaran durante su gira, utilizándolos como ejemplo vivo en sus conferencias.

Los jóvenes inuits acamparon en el jardín de la nueva casa de la madre de Cook en Manhattan, en la calle Cincuenta y Seis. Cada vez que paseaba por el Midtown escoltado por los jóvenes inuits y una manada de *huskies* jadeantes abriendo camino, Cook atraía multitudes. Los perros consiguieron tres premios en el concurso del Westchester Kennel Club, pero no soportaron el verano neoyorquino. Algunos murieron por culpa del calor. El médico tuvo que enviar a los que sobrevivieron a la granja de su hermano en el condado de Sullivan, donde esperaba criarlos. El verano tampoco era del gusto de Kahlahkatak y Mikok, que coincidían en que los helados eran asquerosos. En invierno, se quejaron de que hacía frío. Cook les ayudó a construir un iglú.

El médico esperaba que las conferencias le ayudaran a financiar el

proyecto antártico y para ello contrató a un promotor estrella, el oficial J. B. Pond, el mismo que había organizado giras para Peary, Stanley, P. T. Barnum, Mark Twain y un joven William Churchill (aunque Churchill lo menospreciaría más tarde, llamándolo «vulgar empresario yanqui»). Sobre el escenario, el médico demostraba un talento innato y una gran capacidad para espolear la imaginación del público. «El doctor Cook sabe cómo mantener la atención de la audiencia», recordaba el dueño de un «museo de diez centavos» en el que en esa misma época actuaba con frecuencia Harry Houdini, que mantuvo en cartel a Cook durante cuatro semanas. Pese a presentarse como conferencia antropológica, el relato de los viajes de Cook por el Ártico —que realizaba hasta nueve veces al día— era, en realidad, un espectáculo similar a los de Buffalo Bill sobre el salvaje oeste o al de la mujer barbuda que Barnum presentaba como atracción de feria: no tan sensacionalista, quizá, pero igual de parasitario. Cook se vestía con las pieles inuits y narraba aventuras embellecidas según consideraba oportuno. Con Kahlahkatak y Mikok a su lado, describía la horrorosa e interminable noche polar y las prácticas exóticas de los pueblos del norte de Groenlandia (ni a Pond ni a Cook les importaba demasiado que Kahlahkatak y Mikok procedieran de un puesto comercial relativamente occidentalizado muy por debajo del círculo polar ártico, ni que su relación con tales prácticas fuera escasa).

Cuando la conferencia llegaba a su fin, Cook hablaba del viaje que se proponía llevar a cabo a la Antártida, presentándolo como una hazaña grandiosa. La expedición que tenía en mente era similar al plan de De Gerlache, y similar fue también su manera de buscar su materialización. En 1894 envió una propuesta a la Sociedad Geográfica Estadounidense, defendiendo que, si el Ártico se había explorado minuciosamente, «nos hemos olvidado de las regiones del Polo Sur, de las que se conoce muy poco». Igual que el teniente belga (cuya existencia ignoraba aún), Cook planeaba realizar el viaje en un ballenero de vapor, «especialmente indicado para navegar entre bloques de hielo» y llevar a cabo observaciones científicas durante la expedición.

La principal diferencia entre ambos era que Cook pretendía ser el primero en pasar el invierno en el continente para, durante el verano siguiente, viajar en trineo hacia el sur y tratar de alcanzar el polo

geográfico. Había otra diferencia en sus planes: dado que Cook ya había padecido algunos de los rigores del invierno polar, comprendía la necesidad de preparar a sus hombres para los estragos de la oscuridad. «Cuando el sol desaparezca», escribió en la propuesta, «las exploraciones sobre el terreno habrán de detenerse y se implantará una rutina sistemática de ejercicio mental y físico».

El médico calculaba que el coste de la expedición alcanzaría los cincuenta mil dólares, un poco menos de lo que había presupuestado De Gerlache. «Espero obtener los fondos mediante el mecenazgo privado y la ayuda de diversas sociedades científicas», anotó. «Una parte considerable de esa cantidad ya está asegurada, y cuento con obtener otra parte gracias a una serie de conferencias».

En realidad, los donantes privados eran prácticamente inexistentes. La esperanza que depositaba en su propio éxito, sin embargo, le llevó a hacer un pedido de sobres y folios con el membrete del «Despacho Oficial de la Expedición Antártica Estadounidense. Dr. Frederick A. Cook, Comandante». Y si bien sus conferencias no le habían permitido adquirir un barco —mucho menos equiparlo o contratar a la tripulación—, sí habían generado la suficiente publicidad e interés como para permitirle organizar una segunda excursión turística a Groenlandia, que, esperaba, le acercaría a los cincuenta mil dólares necesarios para la aventura antártica.

Cook anunció una expedición para cazar osos polares, descubrir las costumbres de los inuits y conocer la naturaleza groenlandesa. El precio por persona era de quinientos dólares. Vendió cincuenta y dos pasajes en poco tiempo, la mayoría a estudiantes y profesores de universidades de élite. Durante el viaje, llevaría a Kahlahkatak y Mikok a casa, junto con otros inuits procedentes de la península de Labrador que habían quedado abandonados en Estados Unidos tras ser exhibidos en la Exposición Mundial Colombina de Chicago de 1893.

El grupo, así, era numeroso, y Cook alquiló un barco de vapor de sesenta y siete metros de eslora, fabricado en hierro, llamado Miranda. No le importó que, por sus múltiples colisiones contra rocas y otros navíos, arrastrara fama de barco maldito. Sin embargo, la expedición no tardaría en confirmar tal reputación. El 17 de julio de 1894, frente a la costa de Terranova, los pasajeros que se encontraban desayunando oyeron un estrépito de cubiertos caídos, que algunos

confundieron con una explosión, seguido por un chirrido de metal rayado. El Miranda había golpeado un enorme iceberg. El choque había perforado gravemente el casco a estribor y desprendido inmensos trozos de hielo que cayeron a cubierta. Tres semanas después, tras cruzar el mar de Labrador y llegar a costas groenlandesas, el Miranda se estrelló contra un arrecife, provocando el pánico a bordo. «Me da que hemos fondeado con la quilla», le confesó a Cook un marinero.

En esta segunda colisión, los daños fueron aún más graves: el Miranda hacía agua y no podía continuar cumpliendo su función. Con la resolución que le había granjeado la admiración de Peary, Cook se llevó a un pequeño grupo en una barca ballenera. Recorrieron casi doscientos kilómetros por la costa groenlandesa, bajo el azote del viento, con la esperanza de encontrar un barco que llevara a puerto a los pasajeros varados del Miranda. Uno de los guías inuits de Cook avistó la goleta de pesca Rigel, que había zarpado de Gloucester, Massachusetts. El capitán aceptó detener la campaña de pesca para ayudar a sus compatriotas estadounidenses a cambio de cuatro mil dólares y una parte de lo que pudiera salvarse del Miranda. Cook no tenía elección. Cada vez estaba más claro que esa expedición terminaría costándole más dinero del que le reportaría. Se alejaba el objetivo de alcanzar el Polo Sur. Cook y su grupo continuaron hasta Halifax, donde embarcaron en el Portia, que resultó ser un barco gemelo del Miranda, e igual de malhadado. La mañana del 10 de septiembre, frente a Cuttyhunk Light, Massachusetts, el costado del Portia partió en dos una goleta llamada Dora M. French. Tres de sus tripulantes quedaron atrapados entre las jarcias y se los tragó el océano, junto con el barco.

De regreso a Brooklyn, Cook restó importancia a los fracasos del viaje. Siempre había sido un genio del autobombo y trató incluso de presentarlo ante la prensa como un éxito: «Un viaje espléndido, repleto de aventuras, lleno de situaciones extraordinarias y no exento de peligros; ningún pasajero se ha quejado, a pesar de lo vivido». Cook mentía descaradamente, pues las quejas habían sido constantes desde que chocaran contra el iceberg frente a las costas de Nueva Escocia. La mayoría no culpaba al doctor directamente, pero el desastre del Miranda le acompañaría ya como un mal olor. Empañó su reputación

y la campaña de recaudación de fondos para la expedición a la Antártida se vio comprometida.

Cook redobló los esfuerzos publicitarios y ajustó la estrategia de ventas para sobreponerse al aumento de las dudas. Por pura desesperación, redujo el presupuesto a la mitad: la expedición costaría solo veinticinco mil dólares, en lugar de los cincuenta mil que había previsto inicialmente. La influencia de su promotor, el histriónico J. B. Pond, le llevó a aumentar el dramatismo de su propuesta a niveles dignos del famoso P. T. Barnum. Dio a entender que, tras sus exploraciones, una nueva fiebre del oro podría traer una nueva ola de bonanza similar a la de finales de la década de 1840. «No se puede descartar la posibilidad de encontrar oro y diamantes en la Antártida, igual que en África», afirmó el médico, según parafraseó un reportero de *The New York Times*. Sugirió que la expedición podría descubrir una nueva civilización, basándose en una misteriosa entrada del diario del capitán noruego Carl Anton Larsen, quien en 1893, durante una expedición ballenera en las inmediaciones del extremo de la península antártica, aseguró haber descubierto unas «bolas de arena y cemento sobre pilares de los mismos materiales. Nos llevamos medio centenar, que parecían fabricados por la mano del hombre». El hecho de que un rayo las hubiera destruido era, para los escépticos, una casualidad demasiado grande, pero permitía a Cook darle a Larsen el beneficio de la duda.

—Se trata de la primera prueba de existencia humana en la Antártida —pronunciaba Cook con su rítmica voz de tenor, que ascendía al final de cada frase—. A mi juicio, la vida humana no ha de ser imposible en las costas antárticas, y no es improbable en ningún caso que hallemos una tribu aislada de hombres, alimentándose y vistiendo gracias a la generosidad del mar.

Cook conseguía siempre cautivar a su público, pero los patronos seguían reacios a abrir la chequera, o, al menos, a ser los primeros en hacerlo. Los meses pasaban y las únicas ofertas que Cook recibía eran de tipos excéntricos o chiflados, como el inventor brasileño que aseguraba haber desarrollado un vehículo en forma de pájaro capaz de deslizarse sobre el hielo a doscientos kilómetros por hora.

A cada día que pasaba, el proyecto de Cook parecía menos realizable. Su sueño antártico se marchitaba lentamente y se llevaba

consigo una parte de su espíritu. A principios de 1897, Cook se puso a buscar a un mecenas que pudiera costear el total de la expedición. Como tantas otras veces, apuntó a lo más alto: ¿por qué llamar a las puertas de todos los ricos, se preguntaba, cuando podía buscar directamente al más rico de todos? Se dirigió al magnate del acero Andrew Carnegie, de Pittsburgh, un hombre de sesenta y un años con renombre internacional, y consiguió que le concediera una reunión.

Carnegie recibió a Cook en la sede del Union League Club, en Manhattan, una mansión columnada en la esquina de la Quinta Avenida y la calle Treinta y Nueve, encarnación arquitectónica de los excesos de la *Gilded Age*.[8] Bajo las motas luminosas que proyectaban las abarrotadas vidrieras polícromas diseñadas por Louis C. Tiffany, Carnegie se sentó a escuchar el discurso del explorador. Poco a poco, la expresión impertérrita en su rostro barbudo y el ceño fruncido se suavizaron. A Cook le sorprendió el genuino entusiasmo que mostró, pues Carnegie tenía fama de ser un hombre de negocios feroz. Puede que el inmigrante escocés, que había llegado a Estados Unidos sin un penique, reconociera en Cook a alguien cortado por el mismo patrón, hijos de Europa en una tierra que no ponía límites a su ambición. Pasaron una hora charlando en tono distendido sobre exploraciones polares, al cabo de la cual Carnegie se levantó, le dio la mano a Cook y le dijo: «Doctor, compartimos el interés por el hielo, pero deje de venderme oro. ¿No hay otra cosa que pueda ofrecerme? Venga a verme el próximo lunes o escríbame».

La alusión de Cook a una potencial fiebre del oro en la Antártida no le había convencido. Carnegie buscaba ganancias más concretas. No hubo comentarios de cortesía en la segunda reunión, en un rincón de una fastuosa sala impregnada de olor a puro. Cook sabía que aquí no le servirían sus encantos ni sus relatos fantasiosos, así que había preparado una explicación detallada acerca de su programa científico y los beneficios que reportaría. Desde el principio se refirió «a la rentabilidad pura y dura», como recordaría más tarde. Su discurso pareció surtir efecto, pero justo cuando el médico se aproximaba a su clímax, otro miembro del club se acercó a Carnegie e «interrumpió, groseramente, lo que parecía un acuerdo cerrado». Cuando Cook recuperó la atención de Carnegie, el momento había pasado.

Carnegie se levantó y acompañó a Cook hasta las escaleras.

—Doctor, hay demasiadas cosas de qué ocuparse sin irse tan lejos —dijo—. A cinco kilómetros al norte tenemos todo el hielo que nos hace falta. Encuentre una forma de traerlo hasta aquí.

Cook estaba hecho polvo. Se dio cuenta de que, al mostrarse interesado «por el hielo», Carnegie se refería literalmente al negocio del hielo, a la posibilidad de arrasar los glaciares de la Antártida para propósitos tan mundanos como la refrigeración o poner cubitos en los cócteles.

Esta negativa selló el destino de la Expedición Antártica Estadounidense. Vencido, Cook se resignó a una vida respetable y anodina de médico en Brooklyn. A menos que un golpe de suerte le permitiera ver la Antártida con sus propios ojos, siempre le quedarían sus aventuras en el Polo Norte, recordadas con un toque sutil de nostalgia, como un capricho de juventud. La madre de su difunta esposa llevaba las tareas domésticas de su casa y se había instalado en ella junto a las dos hijas que le quedaban. Cook comenzó a salir con la más joven, Anna Forbes, y poco después estaban prometidos.

Siguió recibiendo pacientes sin dejar de recortar artículos y de leer cuantos libros aparecían sobre la Antártida. El interés por el continente helado había aumentado desde que el Sexto Congreso Geográfico Internacional declarara urgente su exploración. A Cook le atormentaba enterarse de la existencia de nuevos aspirantes a un premio que, en el fondo de su ser, consideraba suyo y sentía un amargo alivio cuando todas esas expediciones fracasaban antes de partir.

Todas, claro, salvo una. El 6 de agosto de 1897, hojeando la edición neoyorquina de *The Sun*, descubrió una pequeña pieza sobre la inminente expedición a la Antártida que partiría, incomprensiblemente, desde Bélgica.

Una embriagadora mezcla de envidia y emoción le recorrió por dentro. El teniente Adrien de Gerlache, quienquiera que fuera, había conseguido lo que a Cook tanto se le resistió. Sin embargo, el mero hecho de que hubiera una gran misión científica rumbo a la Antártida provocaba en él una vicaria excitación.

El artículo no mencionaba que De Gerlache no lograba encontrar a un cirujano, y ni siquiera hacía referencia a que necesitara más hombres, pero eso no cambiaba nada para Cook, siempre reactivo a

las oportunidades. El texto era una invitación. A estas alturas de su vida quería liderar una expedición, no participar en una. Mucho menos a las órdenes de un comandante desconocido y sin experiencia, y *aún menos* si la gloria no regresaba con él a Estados Unidos. No obstante, las ocasiones de poner a punto sus habilidades de explorador eran escasas y no podían dejarse pasar. Quién sabe si no desaparecerían por completo cuando comenzara su vida de casado.

El 6 de agosto, Cook telegrafió a De Gerlache, expresándole el deseo de unirse a la expedición. Se ofreció a costearse el viaje y a llevar los perros groenlandeses que le quedaban.

La respuesta de De Gerlache llegó algunos días después: desafortunadamente, tenía que rechazar la generosa propuesta de Cook, pues todas las camas del Belgica estaban asignadas.

Cook sentía aún el aguijón del rechazo la tarde del 19 de agosto, cuando oyó que llamaban a la puerta. El repartidor de la Western-Union, sin resuello, le entregó un telegrama procedente de Ostende.

> POUVEZ REJOINDRE MONTEVIDEO, MAIS N'HIVERNEREZ PAS — CDT DE GERLACHE

Tenían que ser buenas noticias —¿por qué le volvería a escribir De Gerlache de no serlo?—, pero no estaba seguro, pues no comprendía una palabra de francés, y menos aún de francés de telegrama. A medianoche, con el mensaje en la mano, cruzó el puente de Brooklyn y subió a las oficinas aún bulliciosas de *The Sun* para reunirse con su amigo Cyrus Adams, editor geográfico del periódico. Cook le enseñó a Adams el telegrama y este se lo tradujo, tras su gran bigote de morsa: «Puede unirse en Montevideo, pero no invernará».

Exultante, Cook respondió por telegrama a las dos de la mañana: «SÍ LISTO PARA MANDAR».[9] Justo antes de que el Belgica se echara definitivamente a la mar, Cook recibió nuevas instrucciones; debía esperar al barco en Río de Janeiro.

Mientras se preparaba para el viaje, Cook habló sobre la expedición con un reportero del *World* neoyorquino. «Hace años que mantengo correspondencia con el teniente Adrien de Gerlache», le dijo, lo que era absolutamente falso, pues el primer contacto entre ambos había tenido lugar hacía solo un mes. Cook intentaba que su

incorporación al Belgica no pareciera el acto desesperado que en realidad era, tanto por su parte como por la de De Gerlache. Y, tras tantos años publicitándose, era un experto en modificar la realidad a su antojo.

Cook anunció que tomaría el vapor Hevelius en dirección a Río de Janeiro el sábado 4 de septiembre. A las ocho de la mañana de ese día, una gran multitud le esperaba junto al muelle de la calle Fulton, en Manhattan, para despedirle. Allí estaba su madre y su hermana, entre neoyorquinos curiosos que querían poner cara al individuo que se convertiría en el primer estadounidense en cruzar los dos círculos polares. Hombres y mujeres estiraban el cuello para divisarlo, pero, cuando llegó la hora de partir, Cook no había aparecido. Dado que se trataba del pasajero más ilustre del barco, el capitán aguardó. Varios minutos después, decidió que no podía esperar más y zarpó.

El Hevelius se divisaba aún, cerca de la Estatua de la Libertad, cuando corrió la voz de que Cook, tras reexaminar los horarios marítimos, había decidido salir algunos días más tarde, pues aún podría desembarcar en Río de Janeiro a tiempo para subir al Belgica. En realidad, sin embargo, albergaba dudas. Anna, su prometida, se encontraba enferma, y aunque los médicos de la Universidad de Nueva York no encontraban el origen de su mal, Cook sospechaba que se trataba de tuberculosis. Ya había enterrado a una esposa, no podía soportar la idea de abandonar a la segunda. Se quedó a su lado hasta que, un par de semanas después, Anna pareció recobrar la salud. Viendo el abatimiento de su prometido ante la idea de que el Belgica llegara a la Antártida sin él, Anna le aseguró que se sentía mucho mejor y le instó a que se marchara.

La fría y lluviosa tarde del 20 de septiembre, en el muelle de la calle Fulton, Cook cruzó la pasarela y desapareció en las entrañas del vapor Coleridge, seguido por una procesión de bultos aparentemente infinita, en los que había dos trineos, un par de esquís, un cajón de medicamentos y hasta quince baúles llenos de botas de nieve, libros, pieles groenlandesas, material para fabricar tiendas, equipamiento ártico diverso y una bandera estadounidense de tres metros de ancho y cuatro y medio de largo. Ni rastro de los perros.

El Coleridge salió del muelle para abandonar lentamente el puerto de Nueva York. Manhattan se empequeñecía y Cook sentía cómo los

problemas rutinarios se disipaban de su mente. Las circunstancias de su partida hacia el continente helado no eran como las había imaginado. Sin embargo, y pese a no saber nada de De Gerlache, de sus planes ni de sus hombres, no se arrepintió un instante. «La Antártida siempre fue el sueño de mi vida», escribiría después, «y dirigirme a su encuentro era mi ideal de felicidad».

---

[7] La manera en que Cook describe las creencias de los inuits resulta, necesariamente, incompleta e inexacta. No había recibido formación antropológica —que aún no era una disciplina académica plenamente asentada— y apenas comprendía su idioma. Sin embargo, su testimonio es valioso en la medida en que nos permite reconocer lo que él obtuvo de su experiencia entre los inuits.

[8] En Estados Unidos, la Edad Dorada, el periodo de la década de 1870, tras la guerra de Secesión, a la década de 1890, caracterizado por una gran expansión económica, industrial y demográfica (*N. del T.*).

[9] La frase es extraña, aun para un telegrama, pues Cook era consciente de que De Gerlache era el comandante de la expedición. Puede que el mensaje quisiera decir «Sí, estoy listo para ponerme a sus órdenes», pero sigue habiendo algo misterioso en él.

03

Tributo a Neptuno

El Belgica partió de Ostende el 23 de agosto de 1897, al atardecer. «Esta vez sí emprendemos nuestro viaje», le escribió el comandante a Léonie Osterrieth. «He preferido zarpar “sin tambores ni trompetas”». Comenzaba por fin la aventura. Le acompañaban trece belgas, diez extranjeros y dos gatos: Nansen y Sverdrup.

Mucho antes de enfrentarse a los ignotos peligros de la Antártida, el Belgica tuvo que soportar las tormentas, conocidas, del golfo de Vizcaya, frente a la costa de Francia. La fuerza del viento los empujó hacia el sur. Mientras el barco subía y bajaba las escarpadas olas, por las ventanas rectangulares del camarote de De Gerlache se divisaban, alternativamente, nubes de tormenta y la espuma del océano. Para apaciguar la furia del mar, De Gerlache ordenó arrojar bolsas de aceite al agua, una práctica habitual a finales del siglo XIX. Un par de litros de aceite bastaban para dejar sobre un área muy extensa de la superficie una capa oleaginosa de solo una molécula de espesor. Esta película pegajosa rebajaba los efectos del viento, que, según la teoría, se deslizaba suavemente en lugar de levantar cabrillas espumosas. Sin embargo, aunque calmara las aguas que rodeaban al barco, el aceite no podía hacer nada contra las gigantescas olas que se formaban a lo lejos.

Los mareos afectaron a casi toda la tripulación. En el diario del joven marinero noruego Carl August Wiencke encontramos una escena

muy gráfica: «El capitán Lecointe se encuentra en el puente. Allí maneja el timón y vomita. Los científicos están tumbados sobre la escotilla, vomitando. Los ingenieros se han sentado a vomitar en la sala de máquinas y los marineros vomitan desde la cubierta superior».

Wiencke fue uno de los pocos inmunes al mal que se había adueñado del barco. Mientras sus camaradas se retorcían, sacando la cabeza por la borda, él seguía obedeciendo órdenes con el mismo celo, brincando por la agitada cubierta, subiendo y bajando por la jarcia sin preocuparse demasiado de su propia seguridad. Con sus mejillas imberbes y sus rasgos redondeados, Wiencke parecía aún un niño, especialmente con el traje a rayas de marinero y la gorra del Belgica. Se había enrolado en el barco para vivir aventuras y el día antes de partir había cumplido veinte años. Era inteligente y curioso, no le tenía miedo al trabajo y toda la tripulación le adoraba. En público, nunca mostró otra cosa que no fuera devoción rendida hacia la expedición. Sin embargo, su diario permite descubrir que albergaba grandes dudas acerca de quienes la dirigían.

«El capitán Lecoint [*sic*] mostró hoy un lado sumamente negativo de sí mismo», escribió el 31 de agosto, mientras las olas del golfo de Vizcaya zarandeaban el Belgica como a un pato de goma.

> «Sverdrup» hacía sus necesidades en cubierta. El capitán se encontraba mareado, no vio dónde pisaba, y allí que fue. Se enfadó tanto que agarró al gato por el cuello y lo lanzó por la borda. El pobre animal estuvo nadando y maullando hasta que lo perdimos de vista. Esa clase de comportamientos no le ayudan a llevarse bien con la tripulación.

Wiencke mostró idéntica sinceridad al referirse a De Gerlache. Se burlaba de la insistencia con que el comandante trataba de convencerles de que en el Belgica todos los hombres eran iguales, de que los oficiales y los científicos no recibirían un trato especial. «Los comentarios de De Gerlache sobre la equidad son completamente satíricos», escribió. «Uno no puede dirigirse a un oficial salvo que este le hable primero y, en general, hay una distancia enorme entre los superiores y el resto de la tripulación».

Desde el comienzo, la combinación de inexperiencia e indisciplina entre algunos de los miembros de la tripulación generó numerosos problemas. A principios de septiembre, estuvo a punto de provocar

una catástrofe. Navegando contra el viento del suroeste, el Belgica necesitaba los motores de vapor para avanzar. En el mejor de los casos, el aire en la cubierta media resultaba agobiante, pero al comienzo del viaje, cuando la montaña de carbón llegaba hasta el techo, los tanques rebosaban agua y las insaciables calderas rugían, la atmósfera se volvía completamente irrespirable. El vapor se escapaba por las juntas y las válvulas, condensándose en las paredes. El agua goteaba de los techos bajos y el sudor empapaba las caras ennegrecidas de los hombres. Después de dos horas introduciendo carbón, Jan van Mirlo dejó caer la pala, se arrodilló en el suelo y se echó a llorar.

Los marineros le ayudaron a levantarse y le acompañaron a tomar el aire en la cubierta superior. Nadie se dio cuenta de que se había hecho con uno de los revólveres colgados en la pared. Al salir, saltó a la borda y empuñó el arma.

Amundsen no sabía si Van Mirlo pretendía utilizarla contra sí mismo o contra los compañeros de tripulación, o si iba a arrojarse al mar. No esperó a descubrirlo; se lanzó a por el belga, lo derribó y le arrebató el revólver. Ambos forcejearon en cubierta: Amundsen era, de toda la tripulación, el más fuerte y corpulento, pero hicieron falta cinco hombres para reducir a un Van Mirlo completamente fuera de sí.

Cuando se calmó, el zoólogo rumano Emile Racovitza se encargó de examinarlo. De momento, era lo más parecido a un médico que había a bordo. Determinó que Van Mirlo había sufrido un ataque de locura debido a la presión mental, por culpa del agotamiento.

Sorprendentemente, Van Mirlo regresó a su puesto unos días después, como si nada hubiera ocurrido. No obstante, el perturbador episodio incrementó las dudas que De Gerlache albergaba hacia sus hombres. Con prisa por sacar la expedición adelante, se había rodeado de marineros sin experiencia ni cualificación. Su esperanza era que el viaje hasta la Antártida fuese preparación suficiente para los desafíos mentales y físicos que les aguardaban allí. Las cosas, sin embargo, empezaban a descontrolarse.

De Gerlache tenía la impresión de no poder hacer gran cosa para mejorar la fiabilidad y la estabilidad emocional de sus hombres. Sensible, distante y con una disposición intelectual, no era el tipo de líder apasionado capaz de inspirar en sus hombres devoción a la

empresa. Tampoco era alguien autoritario por naturaleza, ni impetuoso como Lecointe: resultaba impensable verlo arrojar un gato por la borda solo porque hubiera ensuciado la cubierta. Tenía, además, pocos medios para imponer disciplina, en el caso de que estuviera dispuesto a intentarlo. El Belgica no estaba adscrito a ninguna comisión naval —navegaba técnicamente bajo la bandera del club de yates de Amberes— y, por tanto, no podía amenazar a sus hombres con un consejo de guerra ni apresar a quienes infringieran las normas. Al contrario que los oficiales, la mayor parte de los marineros no habían firmado un contrato vinculante. El único recurso del comandante era expulsar a los insubordinados del barco, pero las escalas en la ruta hasta la Antártida eran escasas y distantes. En realidad, ni siquiera se planteaba tal opción, obsesionado como estaba por la posible reacción de la prensa nacional ante el despido de un marinero belga.

Los problemas, así, no dejaban de crecer. No era fácil controlar a una tripulación díscola, multilingüe y multicultural. Las disputas étnicas eran constantes, dividiendo a oficiales y marineros: noruegos contra belgas, belgas de Flandes que hablaban neerlandés contra los belgas francoparlantes de Valonia. Nadie soportaba a Lemonnier, el cocinero francés. La tarea de mantener el orden solía recaer sobre Lecointe y Amundsen, que, pese a ser más jóvenes que De Gerlache, tenían mayores dotes para la disciplina. Sus estilos de liderazgo eran tan distintos como su constitución física. Lecointe era bajo, enérgico y se cabreaba con facilidad; Amundsen era enorme y lacónico. Sin embargo, se complementaban bien: el primero se centraba en vigilar al grupo pendenciero de Warzée, Dom y Van Damme, y Amundsen actuaba de enlace con los noruegos, mucho más cooperativos.

Tras una escala de tres días en la isla portuguesa de Madeira, el Belgica levó anclas el 13 de septiembre, con viento a favor. Para ahorrar carbón, dejaron que las calderas se enfriasen y desplegaron las velas, majestuosas. Conforme el barco se acercaba a los trópicos, el calor se volvía más difícil de soportar. Las capas de aislamiento añadidas al casco para protegerlo del frío de la Antártida también impedían la salida del aire caliente: la temperatura bajo cubierta alcanzaba cincuenta y cinco grados centígrados. Dormir en los camarotes resultaba imposible, así que los marineros colgaron

hamacas en cubierta, en el centro del barco.

Deslizarse sobre las aguas tropicales sin más impulso que el del viento era una sensación maravillosa. «Hay una brisa templada, agradable, y se oye la música de las olas contra el barco», escribió Wiencke una noche en su diario, probablemente mientras la hamaca le balanceaba levemente. «Cada poco tiempo oímos el tirón de una tela, y entonces levantamos la mirada y vemos las velas y las jarcias bajo la luz de la luna, y es una imagen incomparablemente hermosa».

Al espectáculo de los vientos y la noche iluminada por la luna se añadía el brillo que surgía del océano cuando el barco y los delfines que lo escoltaban abrían senderos blancos y azules entre enjambres de vida bioluminiscente. Surgían explosiones de luz que indicaban el encuentro entre los delfines y las medusas gigantes. De vez en cuando, peces voladores saltaban a cubierta, por encima de la borda, lo que hacía las delicias de Nansen, el único gato que quedaba en el barco.

Algunas noches, después de cenar, la tripulación se reunía en la parte delantera de la cubierta. Johan Koren, un marinero noruego de dieciséis años con grandes dotes para el dibujo, reprodujo una de aquellas escenas en su cuaderno: la puerta de la escotilla como pista de baile, dos marineros tocando un organillo, acompañados de un acordeón y una corneta. El resto de la marinería, a su alrededor, fumando en pipa y cantando. Los obscenos himnos marineros de los belgas se alternaban con melancólicas canciones noruegas.

Al escuchar las nostálgicas melodías que el viento llevaba hasta la popa, donde se reunían los científicos y los oficiales, Amundsen se acordaría de su hogar. Uno puede imaginárselo observando el horizonte por encima de las regalas mientras sonaba la música, con su bigote fino y ridículamente alargado, como una gaviota en pleno vuelo, agitándose levemente con la brisa. Después de tanto tiempo fantaseando con salir a explorar los polos, el noruego sentía que ese viaje le llevaba a su destino.

Como le había pasado a Cook, Roald Amundsen terminó siguiendo los pasos de un padre al que apenas había conocido. Armador y capitán, involucrado en negocios bélicos, Jens Admundsen apenas se encontraba en casa cuando Roald era pequeño y murió en el mar antes de que su hijo cumpliera quince años. El chico conoció a su padre

gracias a las múltiples historias que se contaban sobre él, algunas exageradas y otras verdaderas. Según una de ellas, durante un viaje en el que transportaba a trescientos trabajadores chinos a La Habana, había sobrevivido a un ataque con un hacha y sofocado el motín a bordo del barco. No tuvo piedad al imponer el castigo, obligando a los amotinados a ahorcar a su propio líder. En la imaginación del chico, Jens adquirió un aura mítica, una dimensión que Roald trataría siempre de alcanzar. Pasaría la vida persiguiendo una leyenda.

Como a De Gerlache, las narraciones polares fascinaron a Amundsen desde niño. Un año después del fallecimiento de su padre, el joven encontró un nuevo guía en la figura del explorador británico *sir* John Franklin, cuyas aventuras databan de principios del siglo XIX. Un modelo, a decir verdad, extraño: un oficial calvo y macilento cuyos viajes por las regiones árticas de Canadá estuvieron plagados de tragedias y errores de cálculo. Se le dio el sobrenombre de «El hombre que se comió sus propias botas» tras perder a la mayor parte de la expedición que exploraba a pie el río Coppermine, entre 1819 y 1822, por las enfermedades, el hambre o diversos asesinatos. A mediados de la década de 1840, Franklin se puso al mando del HMS Terror y del HMS Erebus en sendos intentos de cruzar el paso del Noroeste. Perdió ambos barcos, destrozados por el hielo. Entre ambas expediciones, sobre las que recayeron sospechas de canibalismo, murieron alrededor de ciento treinta hombres. Serían precisamente esas adversidades las que espolearon la imaginación de Amundsen. «Por raro que parezca, lo que me cautivó de las narraciones de *sir* John fueron las penurias que él y sus hombres tuvieron que soportar», escribiría Amundsen. «Dentro de mí ardía el extraño anhelo de soportar los mismos sufrimientos».

Sin embargo, la figura que mayor influencia tuvo sobre la trayectoria de Amundsen fue la del científico y explorador polar noruego Fridtjof Nansen. Once años mayor que él, su nombre había aparecido en los titulares de la prensa internacional cuando cruzó esquiando el casquete glaciar de Groenlandia, en 1888. Alto y rubio, con una frente poderosa y penetrantes ojos azules, parecía salido de una leyenda nórdica. Fue un héroe nacional antes incluso de que Noruega, bajo dominio sueco desde los días de Napoleón, volviera a ser nación independiente. Amundsen salió a recibirlo a su regreso, el

30 de mayo de 1889, junto a los miles de personas que se dieron cita en el fiordo Kristiania.[10] Tenía dieciséis años. «Un día decisivo para muchos jóvenes escandinavos», recordaría Amundsen. «Desde luego, para mí lo fue».

Cuatro años después, Nansen superaría su propia gesta. Permitió que su barco, el Fram, quedara atrapado en el hielo durante tres años, dibujando espirales con las corrientes oceánicas. Se acercó así al Polo Norte más que ningún hombre antes. Junto a un compañero de viaje, en esquís y trineo tirado por perros, realizó una última incursión hasta una latitud de 86°13’6” norte, a unos trescientos sesenta y cinco kilómetros del polo geográfico, estableciendo un nuevo récord. Tras un duro viaje de regreso al barco, descubrieron que, como sospechaban, el Fram había desaparecido. El hielo se lo había llevado. Construyeron un refugio de piedra para pasar el invierno y sobrevivieron alimentándose de carne de oso y de morsa, hasta que, en primavera, reemprendieron el viaje al sur. La casualidad quiso que una expedición británica los rescatara.

Desde muy joven, inspirado por Franklin y Nansen, Amundsen quiso ser explorador polar, una ambición inquebrantable que rayaba la obsesión. Los aspectos científicos de la exploración le interesaban mucho menos que a Cook o a De Gerlache: su principal preocupación era la gloria. Se impuso un programa de entrenamiento físico y mental al que sacrificó el resto de aspectos de la vida: desde los estudios a las aventuras amorosas. Dormía con la ventana abierta en invierno para habituar su cuerpo al frío y pasaba todo el tiempo que podía recorriendo las montañas próximas a Kristiania.[11]

En 1896, junto a su hermano Leon, intentó cruzar la temible Hardangervidda, una meseta de ciento sesenta kilómetros al oeste de Kristiania, con el objetivo de mejorar sus habilidades de esquí de fondo y poner a prueba su resistencia. En los oscuros meses del invierno, la Hardangervidda era una réplica de los traicioneros páramos polares que Amundsen ansiaba explorar. Tras once días de travesía, los hermanos perdieron el rumbo en la blancura absoluta de una ventisca. Cuando la temperatura descendió por debajo de los veintitrés grados bajo cero, se detuvieron a hacer noche al socaire de un saliente. No llevaban tienda, pues contaban con refugiarse en una cabaña de pastores deshabitada, y Amundsen tuvo que improvisar.

Hizo un agujero estrecho, oblongo, en la nieve y se metió en él de cabeza, tirando del saco para cubrirse hasta la barbilla.

La nieve no dejó de caer mientras Amundsen dormía y terminó por bloquear la oquedad. Las temperaturas descendieron aún más y la nieve, humedecida por el calor de su cuerpo, se congeló. El refugio se convirtió en sarcófago. «Me desperté en medio de la noche», recordaba. «Tenía los músculos agarrotados e intenté, instintivamente, cambiar de postura. No pude moverme un centímetro. ¡Me encontraba prácticamente congelado en el interior de un bloque de hielo! Presa de la desesperación, trataba de liberarme, pero era en vano. Grité, pero mi hermano no podía oírme».

Las voces de pánico de Amundsen morían en la nieve. El aire escaseaba y tuvo que dejar de gritar para conservar el poco que le quedaba. Jadeaba en el ataúd helado, arañándolo inútilmente, hasta que Leon —que durante la noche había tenido la claridad mental suficiente para levantarse y sacudirse la nieve— vio que la punta del saco de dormir, hecho con piel de reno, asomaba entre la nieve, y le sacó de allí. Literalmente, se había salvado por los pelos. La experiencia en la Hardangervidda fue una lección de humildad, de la que aprendió la necesidad de preparar minuciosamente las expediciones. Fue también la primera vez que apareció en el periódico local.

La siguiente asignatura en el currículum que se había autoimpuesto fue la de adquirir experiencia en el mar, con la idea de, algún día, guiar su propia expedición. Durante las campañas estivales de los balleneros en el Ártico, se enroló en el Magdalena y el Jason. Cuando este último lo devolvió al puerto noruego de Sandefjord en julio de 1896, Amundsen divisó por primera vez el Belgica. Aún lo estaban equipando para su viaje. El noruego se enteró entonces de que De Gerlache necesitaba hombres para la expedición y vio la posibilidad de profundizar en su aprendizaje, así que envió la candidatura.

De Gerlache corría un riesgo al contratar como primer oficial a alguien que no había ocupado nunca puestos de mando. Para Amundsen, sin embargo, se trataba de un paso natural en su marcha inexorable hacia la gloria polar. En el año que pasó desde que lo contrataron hasta que la expedición partió, quiso mejorar sus

habilidades navales, concienzudo como era, y se enroló en otro barco mercante. Estudió francés en Cognac y flamenco en Amberes para poder dar órdenes a la tripulación multilingüe del Belgica.

El 18 de junio de 1897 regresó a Sandefjord para incorporarse al barco. Fue mera coincidencia que, al día siguiente, la víspera de la partida hacia Amberes, Fridtjof Nansen acudiera a visitar el barco. Una oleada de emoción sacudió la cubierta cuando Nansen cruzó resueltamente la pasarela, su gorra blanca de marinero inclinada con aire de desenfado. Con su más de metro noventa de alto, se cernía como un semidiós sobre Amundsen y, más aún, sobre el resto de la tripulación, que lo observaba extasiado. Tras posar para las cámaras, Nansen le regaló a De Gerlache una foto suya en la que podía leerse «A Adrien de Gerlache, con mis mejores deseos de prosperidad, Fridtjof Nansen».

Para Amundsen, recibir la bendición de Nansen era como acceder al selecto club de los exploradores polares. Ya se imaginaba como su sucesor. Es muy probable que fuera él quien decidiera dar al gato del Belgica —la gata, en realidad, pero poco importaba eso— el nombre de su héroe.

Amundsen había sido metódico a la hora de planear la ruta a la Antártida y considerar todos sus detalles. Lo único para lo que no se había preparado era el calor de los trópicos, que resultó insoportable cuando el Belgica entró en la zona de calmas ecuatoriales. De los hombres a bordo, trece nunca habían cruzado al hemisferio sur. Amundsen era uno de ellos. Siguiendo la costumbre, todos los novatos iban a someterse a una elaborada ceremonia de iniciación el 6 de octubre, cuando el barco cruzara la línea imaginaria.

La ceremonia de cruce del ecuador es una tradición muy antigua de las marinas mercantes y militares de todo el mundo. Los detalles pueden variar, pero el guion básico es siempre el mismo: consta de un interrogatorio por parte de Neptuno, el dios romano del mar, y algún tipo de humillación. La autoridad jerárquica de Amundsen frente a los hombres que llevaban a cabo la novatada no le eximía de someterse a ella. La tradición era la tradición. De Gerlache, que ya había pasado por un trance similar algunos años antes, en un barco estadounidense rumbo a San Francisco, se sentó a observar la escena, entretenido.

Amundsen fue el primero en recibir el bautismo. A las diez de la

mañana, dos de los «secuaces» de Neptuno lo sentaron en el centro del barco, vestido con harapos, y se alejaron por la cubierta. Esa noche, en su diario, Amundsen describiría el desfile de personajes: «Neptuno» —interpretado por el agresivo marinero belga Maurice Warzée— «llega con su séquito: su mujer, un cura, un barbero y, por último, gentes de diversas naciones».

El disfraz de Neptuno consistía en una barba larga, un sombrero de brujo de ala ancha y un tridente hecho con un gran tenedor atado a la punta de un bastón. A su alrededor, se daba cita una reunión de diversos estereotipos raciales —un hombre con la cara negra y turbante; otro vestido como un marinero chino, con la barba pintada y una cuerda atada al pelo como si fuera una trenza— portando armas, a la manera de los piratas de los libros infantiles.

Lemonnier, el desagradable cocinero francés, vestido con su ropa blanca de trabajo, hacía de barbero. Parecía encantado con el personaje. Se irguió amenazante sobre Amundsen y empuñó lo que parecía ser una enorme navaja de afeitar de madera. Neptuno se sentó a su lado, con una brocha de afeitar cubierta de una fétida pasta negra hecha de harina, agua, manteca y hollín.

—¿Cómo te llamas? —gritó Neptuno, amenazándole.

Amundsen, que no estaba familiarizado con el ritual, intentó responder, ingenuamente. En cuanto abrió la boca, Neptuno se la llenó de la mezcla hedionda. Pese a ser el primer oficial del barco, no pudo decir nada mientras le enjabonaban con violencia la cara. «Peor aún es si tienes barba», escribiría en su diario, con cierta sorna. «Puedes estar seguro de que necesitarás una semana entera para limpiarte».

Con su otrora esplendoroso bigote embadurnado de porquería, Amundsen se sometió al «afeitado» de Lemonnier y, a continuación, recibió la unción sagrada: tres cubos de agua marina en la cara. Al término de la tortura, se lavó, encendió un puro y se dispuso a «disfrutar del sufrimiento de los demás». Los recién graduados recibieron falsos diplomas en los que aparecían sus propias caricaturas. Amundsen guardaría este certificado con tanto celo como cualquier reconocimiento oficial que hubiera obtenido a lo largo de su vida.

La ceremonia y la fiesta posterior lograron el auténtico propósito de esta clase de rituales de iniciación: unir a los hombres en

hermandad. Las diferencias de jerarquía y nacionalidad desaparecieron. El Belgica era —durante unas horas, al menos— una familia. Hubo música y bailes toda la noche. «A las diez en punto», escribió Amundsen, «cruzamos el ecuador y volaron los tapones de las botellas de champán».

Llovía torrencialmente la tarde del 22 de octubre, cuando el Belgica dejó el Pan de Azúcar a babor. El diluvio ocultaba la mayor parte de la bahía de Guanabara y la ciudad de Río de Janeiro, extendiéndose frente a ellos. También empañaba el grandioso recibimiento que De Gerlache había previsto para el primer barco belga que atracaba en Río de Janeiro en muchos años. Sin embargo, el Belgica no había pasado desapercibido: un pequeño barco de vapor se les acercó. Los miembros de la expedición supusieron que se trataría del médico que debía incorporarse a la expedición, un hombre que ninguno de los que estaban a bordo había visto nunca, pero cuya reputación le precedía.

Los oficiales y la tripulación del Belgica se asomaron por la borda para saludar al famoso doctor Cook. Buscaron a los pasajeros que más podían parecerse a lo que, en su imaginación, sería un médico estadounidense.

—¡Es el bajito y gordo que no para de moverse!

—¡Imposible! ¡Tiene que ser aquel, el alto y delgado!

—¿Y no será ese hombre con la barba gris enmarañada?.

No era ninguno de ellos. En el barco acudía a recibirles una delegación belga y la correspondencia para la tripulación, pero no había rastro de Cook. No tardarían en descubrir que el médico había llegado dos semanas antes y vivía lujosamente en Petrópolis, una elegante ciudad en las montañas a unos setenta kilómetros de allí, invitado por un ministro belga, el conde Van den Steen de Jehay.

La tripulación solo entendería por qué se decía que Río de Janeiro era uno de los puertos más hermosos del mundo a la mañana siguiente, cuando el sol se levantó sobre la bahía e iluminó la herradura de prístina arena blanca y el verdor de las montañas en segundo plano. La serenidad del paisaje dio paso al caos en cuanto los oficiales pusieron un pie en la orilla y se perdieron en las tortuosas y bulliciosas calles de Río. En la ciudad reinaba un ritmo de improvisación continua, de vorágine. Las élites adineradas de origen

portugués, vestidas a la moda europea, se cruzaban con los nativos pobres de la selva amazónica y con los descendientes de los esclavos africanos. Era una época convulsa políticamente, de levantamientos y asesinatos. El crimen estaba tan extendido como la corrupción policial. Una noche, varios agentes armados con espadas detuvieron a uno de los marineros del Belgica que paseaba por los muelles y le quitaron todo lo que llevaba.

En esos días, Río sufría una epidemia de fiebre amarilla. Era uno de los motivos por los que Cook había decidido quedarse en las montañas con Van Steen de Jehay. Pocos días después de que el Belgica arribara, por la mañana, Cook y el conde tomaron un tren desde Petrópolis para descender lentamente de las frondosas montañas, atravesando valles y recorriendo las empinadas vías de cremallera del ferrocarril de Río, hasta llegar a la bahía de Guanabara, donde se subieron a un remolcador de vapor que los llevó al Belgica. Mientras se acercaba al que sería su hogar durante los próximos meses, Cook pensó que, en comparación con las elegantes goletas, los yates y las majestuosas fragatas que poblaban la bahía, su aspecto dejaba mucho que desear. Lo describió como «un pequeño bulldog entre grandes galgos: enjuto, incómodo, desgarbado».

Aquella abrasadora mañana, tras subir a bordo, Cook pudo ver el vapor que ascendía desde la cubierta del barco, completamente empapada tras las lluvias. En la pasarela aguardaba para saludarlo, en primer lugar, el vivaz capitán del barco, Georges Lecointe, que pronunció unas grandilocuentes palabras de bienvenida. Cook no pudo entenderlas, pues, si su curiosidad era inabarcable en muchísimos ámbitos, solamente sabía hablar inglés, algo de alemán, que había aprendido de niño, y lo que había conseguido captar de la lengua de los inuits en Groenlandia. A continuación, Cook le estrechó la mano al comandante De Gerlache, que podía hablar inglés gracias a los viajes a bordo de los transatlánticos estadounidenses. Junto a él estaban Danco y Amundsen. El comité de bienvenida lo completaban los científicos Racovitza y Arctowski, con quienes Cook podía chapurrear alemán.

La primera impresión que Cook ofreció a sus nuevos compañeros no debió de ser la de un respetable médico, sino la de un personaje de opereta. Tuvo que asombrarles su nariz peninsular. La elegancia con que vestía, con ropas demasiado cálidas para ese clima, junto a la

barba espesa y los dientes de oro en su gran sonrisa americana hacían pensar en un buscador de oro que hubiera tenido un golpe de suerte en Alaska. «Cook tiene toda la pinta de un auténtico yanqui», escribió Wiencke, «y va por ahí con un abrigo de piel».

La barrera del idioma no fue bien recibida entre la tripulación, que iba a confiarle su vida. Sin embargo, había en Cook algo magnético, una alegría simple y franca que a aquellos hombres les parecía la quintaesencia de lo estadounidense. Tras su participación en la expedición de Robert Peary a Groenlandia, en 1891-1892, todo el que soñara con explorar los polos en cualquier rincón del mundo había oído hablar de él. Los noruegos, y Amundsen en particular, conocían sus aventuras gracias al relato que su compatriota Eivind Astrup hiciera de aquel viaje. Amundsen admiraba a Astrup y, por asociación, también a Cook. Deseaba encontrarse con él desde que el Belgica saliera de Amberes. Con la diligencia que le caracterizaba, el noruego se dispuso a aprender todo lo que el doctor pudiera enseñarle sobre expediciones polares.

Pese a las turbulencias de la política brasileña de fin de siglo, los periódicos nacionales se hicieron eco de la presencia del Belgica en la bahía de Guanabara. Los aventureros acudían a festejos cada noche y había periodistas persiguiéndoles por todas partes. A las juergas nocturnas les sucedían días de horribles resacas (Cook era el que más tarde se levantaba: tras una adolescencia en la que no pudo dormir suficiente, estudiando de día y ocupándose del negocio por la noche, en Nueva York, ya nunca desaprovechaba una oportunidad de quedarse en la cama por la mañana). Eran veladas bacanales, orgiásticas, en las que se brindaba en múltiples idiomas a la salud de los exploradores.

El homenaje más emotivo, el que seguiría resonando en los corazones de la tripulación del Belgica mientras navegaban hacia el hielo de la Antártida, se produjo durante una solemne recepción en el Instituto Histórico Geográfico de Brasil. El orador oficial de la organización, el doctor Alfredo Nascimento, dedicó unas palabras grandilocuentes al valor de los exploradores. En el clímax del discurso, se refirió a la aventura que ahora emprendían en términos literarios:

> ¡Viajeros! Jules Verne, en sus sueños maravillosos, situó a Hatteras en el Polo Norte e hizo que el Nautilus del capitán Nemo alcanzara los 90° sur,

> hasta clavar su bandera negra y dorada en el polo antártico. ¡Caballeros! El progreso de la ciencia nos ha dado ya al fantástico Nautilus, y los submarinos actuales no son visiones quiméricas de la imaginación. Terminen de materializar la profecía: levanten del Polo Sur esa bandera negra de una nación que no existe y pongan en su lugar la enseña de [su] pueblo […]. ¡Borren el nombre del capitán Nemo —que significa nadie— y graben en su lugar el de Adrien de Gerlache!

La Expedición Antártica Belga se había vendido al mundo como una misión científica, pero era, en el fondo, una empresa romántica. De Gerlache había puesto en marcha la expedición atraído por el vacío de los espacios en blanco en la parte inferior de los mapas. Hasta entonces, ese espacio que los científicos del Belgica pretendían llenar de datos y hechos empíricos había estado poblado de ficciones. La concepción que los hombres se hacían de la Antártida nacía de la literatura, del mismo modo que Julio Verne había inspirado sus fantasías en la ciencia.

A lo largo de todo el siglo XIX, los áridos polos fueron tierra fértil para la imaginación de los novelistas, y Verne fue el ejemplo más destacado. De Gerlache y el resto de la tripulación habrían devorado sus libros cuando eran pequeños. En 1870, Verne publicó *Veinte mil leguas de viaje submarino*, en el que representaba el Polo Sur como una roca que emergía de un infinito mar de hielo, por debajo del cual navegaba libremente el Nautilus. En 1897, cuando el Belgica zarpó, no era mucho más lo que se sabía de la Antártida: nadie podía desmentir categóricamente las descripciones propuestas por la imaginación de Verne. El continente más meridional —en el caso de que *fuera realmente* un continente y no un océano de hielo— pertenecía aún al reino del misterio, igual que tantos territorios remotos de la obra de Verne: el centro de la Tierra, las profundidades abisales del océano, la superficie de la Luna.

Igual que De Gerlache —tal vez *a causa de* De Gerlache—, Verne percibía la importancia de la Antártida en el espíritu de su tiempo. A partir de enero de 1897, el anciano autor francés volvió a ocuparse del Polo Sur en una novela por entregas titulada *Le sphinx des glaces*. Traducida como *La esfinge de los hielos*, en ella describe una montaña de hielo con la forma del monstruo alado de Tebas, tan cargada magnéticamente que atrae a los barcos y hace que se estrellen contra

ella a gran velocidad, reduciéndolos a astillas. Era uno de los libros favoritos de De Gerlache, quien se refería a las zonas más remotas de la Antártida como «la esfinge».

La esfinge de los hielos fue la secuela y el homenaje que Verne escribió a la única novela terminada de Edgar Allan Poe, *The Narrative of Arthur Gordon Pym of Nantucket* (*La narración de Arthur Gordon Pym*), publicada en 1838. Se trata de una novela náutica especialmente macabra e inquietante aun dentro del conjunto de la obra de Poe, sobre todo por su enigmática imagen final. Tras sobrevivir a una serie de episodios dramáticos en los mares del Sur, el protagonista de la novela y su acompañante se alejan en una pequeña barca abierta por las aguas desconocidas de las regiones meridionales, mientras, sobre sus cabezas, varios albatros vuelan en círculo. Conforme se acercan al Polo Sur, el mar adquiere un color lechoso y una ceniza blanquecina comienza a posarse sobre la barca. Navegan a «una terrible velocidad», atraídos por una fuerza invisible. Ante ellos, entre la niebla que se disipa, emerge una forma de imponentes dimensiones: «Solo alcanzo a compararla con una catarata sin límites», informa Pym, «cayendo silenciosamente en el mar desde algún inmenso y lejanísimo borde del cielo […]. No producía ningún ruido».[12] En el último párrafo de la novela, Pym alcanza el pie de un océano vertical. Los confines de la Tierra.

> Y de pronto nos vimos precipitados en el abrazo de la catarata, y un abismo se abrió en ella para recibirnos. Pero surgió a nuestro paso una figura humana velada, cuyas proporciones eran mucho más grandes que las de cualquier habitante de la Tierra. Y la piel de aquella figura tenía la perfecta blancura de la nieve.[13]

Ahí, con la muerte del narrador, termina el libro.

Escondida en algún rincón del Belgica, envuelta aún en papel de regalo, había una edición cuidadosamente encuadernada de la narrativa completa de Poe, traducida por el famoso poeta francés Charles Baudelaire. La hermana de De Gerlache, Louise, había escogido algunos libros para que su hermano regalara en Navidad a los científicos y oficiales del barco. Los relatos de Poe eran para el único estadounidense, el doctor Cook, cuyas iniciales había hecho bordar en la cubierta del libro.[14] Entre las obras contenidas en el

volumen estaba también «MS Found in a Bottle» («Manuscrito hallado en una botella»), que habla, al igual que *Pym*, de una embarcación navegando por la Antártida, atraída sin remedio hacia el sur. En este caso, el mundo no acaba en un muro de agua infinito, sino en un torbellino sin fondo.

La idea de los polos norte y sur como fuentes de una fuerza irresistible y malévola que atrae a los hombres y los conduce a la locura había sido un tema recurrente en la literatura decimonónica desde la aparición de *The Rime of the Ancient Mariner* (*Balada del viejo marinero*) de Samuel Taylor Coleridge, en 1798, que cuenta la historia de un barco atrapado en el hielo de la Antártida, maldito después de que uno de los marineros disparara sin motivo a un albatros. Cuando el Belgica comenzó su viaje, había ya un vínculo literario claramente establecido entre la obsesión polar y la demencia. Los polos, imponentes e inexplorados, eran el escenario perfecto para todo cuanto escapaba a la comprensión humana.

Estas historias eran metáforas, pero los hombres del Belgica las llevaban grabadas en la cabeza. En los testimonios de la expedición, incluso en los de los científicos, encontramos multitud de florituras novelísticas que beben de autores como Poe y Verne, o que hacen referencias directas a sus obras. El tono de esos diarios se volvería cada vez más macabro conforme los eventos que describían se acercaban al arquetipo de las historias de terror polar.

---

[10] Hoy conocido como fiordo de Oslo.

[11] Nombre por el que se conocía a Oslo hasta 1925 (*N. del T.*).

[12] Edgar Allan Poe, *Narración de Arthur Gordon Pym*, Madrid, Alianza Editorial, 2006, p. 231. Trad. cast.: Julio Cortázar (*N. del T.*).

[13] Ídem, pp. 231-232.

[14] Lógicamente, el doctor Cook no habría comprendido una palabra de la traducción francesa.

04

Confrontación

A principios de la tarde, una delegación de dignatarios brasileños visitaba el Belgica. Estrechaban manos amistosamente, acariciaban las regalas y comprobaban los cabos cuando apareció Joseph Duvivier montando una escena. Cruzó la cubierta haciendo eses, como si el barco se encontrara navegando por un mar agitado, pese a la placidez que reinaba en la bahía. El mecánico apestaba a alcohol y no hacía más que insultar a un vicealmirante brasileño, estropeando así la buena imagen que la tripulación del Belgica se había labrado durante su estancia.

Amundsen informó del incidente a Lecointe, que llevó a Duvivier a los camarotes de los oficiales. Tras enfrentarse al capitán, el terco mecánico salió a cubierta hecho una furia, pasó entre los visitantes brasileños y llegó dando tumbos a los camarotes de proa. Allí se enfrentó a Amundsen, al que llamó «noruego de mierda», y, en su furia alcohólica, alcanzó los dos revólveres que colgaban del soporte de armas (y que por algún motivo no se habían guardado tras el incidente de Van Mirlo un mes antes). Mientras la tripulación intentaba reducirlo, los brasileños debieron de preguntarse cómo iban a sobrevivir a la Antártida si apenas eran capaces de salir vivos de Río. Cuando le refirieron lo sucedido a De Gerlache, que en aquel momento se encontraba en Petrópolis, decidió que lo mejor era olvidarlo.

Sin embargo, los problemas de disciplina en el barco tuvieron pronto más consecuencias de lo que De Gerlache podía imaginar. La confianza con que el comandante había gobernado el barco bajo el temible pampero —el viento helado y las borrascas del sudoeste que atraviesan las pampas sudamericanas— y la permisividad frente a los disturbios que se produjeron al arribar a Montevideo el 11 de noviembre evidenciaban que De Gerlache sabía dirigir un barco, pero no imponer orden entre sus hombres. La proximidad de tierra firme significaba siempre la proximidad de alcohol, lo que solo exacerbaba la mala conducta de la tripulación. La bebida reavivaba los rescoldos humeantes del rencor. La chispa fue un artículo de periódico acerca de la expedición, cuyo autor aseguraba que los noruegos, por su familiaridad con las bajas temperaturas y su temperamento equilibrado, estaban mejor preparados para las condiciones de la Antártida que los impulsivos marineros belgas. Cuanto más se cabreaban estos por tales afirmaciones, más razón le daban al artículo. «Los belgas, impetuosos y volubles, no podían soportar la relativa calma e indiferencia de los hijos del norte», recordaba el imparcial Dobrowolski. «Tras el artículo, comenzó un severo deterioro de las relaciones entre ambas nacionalidades dentro del barco».

En ese momento, a los belgas los dirigía Frans Dom, en busca de pelea.

—Estos extranjeros, *God verrrdamelt*, quieren ser mejores que nosotros, los belgas —gruñó el fornido marinero flamenco, golpeándose la mole del pecho.[15]

Dado que no tenían una gran ventaja numérica sobre los noruegos, redirigió su ira alcohólica hacia el francés Lemonnier, que dormía, o lo intentaba, en una litera en los camarotes de proa. Meses de abusos contra sus compañeros le habían dejado prácticamente sin aliados, aunque de lo único que era culpable esa noche era de una decepcionante cena a base de guisantes y agua. Pero las hostilidades venían de antes.

Dom saltó a la cama de Lemonnier y levantó los puños.

—Sal de ahí, *God verrdamelt* —le gritó al cocinero.

Lemonnier se puso en pie. Su enorme cabeza casi tocaba el techo.

Con todas sus fuerzas, Dom alzó el barril de cien litros que contenía el agua potable de la tripulación y lo vació sobre Lemonnier,

inundando el castillo de proa. Ambos esperaron un segundo para asimilar lo sucedido y se lanzaron a la garganta del otro, chapoteando al caer al suelo. Otro belga, Jan van Damme, se metió en la pelea. «[Van Damme] tenía cuentas pendientes con el cocinero, y le dio un puñetazo tan fuerte en la cara que empezó a sangrar», recordaría Dobrowolski. El científico polaco trató de detener la melé, pero le apartaron de un empujón. Otros dos hombres intentaron separar a los luchadores y terminaron aporreando a Lemonnier.

El cocinero ensangrentado se tambaleó hasta la puerta y cruzó la cubierta hacia las dependencias de los oficiales. Tras la huida del enemigo común, los ánimos se calmaron en el castillo de proa, aún inundado. Los belgas, conscientes de que tendrían que responder por sus actos a la mañana siguiente, decidieron plantearle a De Gerlache que tenía que elegir entre ellos o el cocinero. Los noruegos, quienes habían tenido sus propias disputas con Lemonnier y no querían más problemas con la banda Warzée-Dom-Van Damme, prefirieron ponerse de su parte.

«Secaron los camarotes, levantaron las mesas caídas y se apresuraron a abrir las botellas guardadas por seguridad en la bodega de proa», escribió Wiencke. La fiesta continuó hasta las tres de la mañana, y los belgas y los noruegos —junto al científico polaco— terminaron cantando juntos, abrazados, mezclando las estrofas de sus respectivos himnos nacionales.

Al día siguiente, tras haber visto el rostro de Lemonnier y oído la parranda en la otra punta del barco, Lecointe comenzó una investigación. Entró en el castillo de proa al amanecer y lo encontró impoluto. Los miembros de la tripulación esperaban la inspección vestidos ya en uniforme. Lecointe los llamó uno a uno a su camarote para averiguar lo sucedido. La tripulación había conspirado para inculpar a Lemonnier, y todos contaron las mismas mentiras y medias verdades en el interrogatorio del capitán: el cocinero había comenzado la pelea, afirmaron. Es más, había insultado gravemente a De Gerlache y al resto de oficiales. Por último, insistió la tripulación, Lemonnier planeaba sabotear la expedición porque consideraba que De Gerlache le había impedido ser el chef personal del rey Leopoldo II.

Ante este frente unido, Lecointe no tenía más opción que pedirle a

Lemonnier que hiciera el equipaje. Informó a De Gerlache, que temía que la insumisión aumentara conforme se acercaban a la Antártida. El comandante contrató a un sueco para remplazar a Lemonnier, pero cayó enfermo y tuvieron que llevarlo a tierra. Van Damme, el mismo que acababa de partirle la cara al cocinero, ocupó su lugar.

De Gerlache estaba encantado de que Lecointe se ocupara de imponer disciplina. Él había subido los peldaños de la jerarquía porque amaba el océano y porque tenía un don para leer las corrientes y los vientos, no porque ansiara el poder. A menudo, echaba de menos otros tiempos en los que la vida resultaba más sencilla, cuando era solo un marinero raso que se limitaba a recibir órdenes.

Uno de aquellos días, salió a recorrer un bullicioso mercado de Montevideo, en compañía de un expatriado belga. Compró fruta, verdura, carne y pescado para que la tripulación pudiera descansar de la insípida comida enlatada habitual. Al inspirar los aromas del mercado y sentir la agradable brisa primaveral, recordó la última vez que había estado allí. Había sido diez años atrás, cuando servía como marinero en el Craigie Burn, un velero inglés que se dirigía a San Francisco. El barco había sufrido graves daños en las tormentas de Tierra del Fuego y había regresado a Montevideo para venderse por piezas. De Gerlache era uno de los pocos miembros de la tripulación que no había desertado o al que no habían despedido, y acompañó al capitán al mismo mercado de Montevideo para comprar provisiones. El día también era cálido y no llevaba más que una amplia camisa de franela y pantalones de lona. En el camino de vuelta al barco con un pavo vivo en cada mano, agitándose, había disfrutado de la sensación de tener tierra firme bajo los pies descalzos.

El feliz recuerdo desencadenó una oleada de melancolía. «[Ahora] soy capitán y líder de una expedición. Pero ¿soy más feliz por ello?», escribió De Gerlache. «La vida era dura en aquella época, siempre obedeciendo, siempre inclinado; pero tenía veinte años, estaba libre de preocupaciones y el futuro parecía espléndido. El futuro con que soñaba es el presente actual. ¡Qué realidad ha alcanzado nunca el dulce esplendor de los sueños! Hoy solo respondo ante mí mismo y, sin embargo, estoy sujeto a la obediencia, obediencia ante las obligaciones y las responsabilidades de toda clase que llevo conmigo […]. Las cosas eran más sencillas entonces».

Una de sus principales preocupaciones en aquel momento era la perspectiva de enfrentarse de nuevo a las traicioneras aguas del cabo de Hornos —y, más aún, las de la Antártida— con una tripulación en la que no podía confiar. El ambiente había mejorado tras librarse de Lemonnier, pero era consciente de que en el castillo de proa aún quedaban polvorines —Duvivier, Van Mirlo, Dom, Warzée y Van Damme, especialmente—, que día tras día amenazaban con llevar la deshonra a la expedición, o algo peor.

*

El 17 de noviembre los hombres vieron el primer albatros frente a la costa argentina. Dos días más tarde, divisaron su primer pingüino. Es probable que se tratara de una de las especies de menor tamaño, que habita en aguas cálidas, conocida como pingüino de Magallanes (llamado así porque el explorador portugués Fernando de Magallanes había visto estas aves, con sus grandes manchas blanquinegras en el pecho, en 1520, durante su travesía alrededor del mundo). Los días eran más fríos y más largos conforme el Belgica se acercaba al extremo sur del continente americano. El sol se ocultaba bajo el horizonte el tiempo suficiente para contemplar la Cruz del Sur en el cielo añil.

El 27 de noviembre, el Belgica afrontó su primera gran prueba. Vientos huracanados y gélidos azotaron el barco desde el noreste, primero, y continuaron el embate desde el sudoeste, impidiéndole avanzar, golpeándolo hasta someterlo. El mar se había convertido en una violenta cordillera y los hombres apenas podían mantenerse en pie. Olas enormes rompían contra las regalas, inundando la cocina y los laboratorios antes de desaguar por los imbornales, las oquedades en la borda a la altura de la cubierta. El viento vociferaba entre los palos, con tanta potencia que podía lanzar a un hombre por la borda y tan fuerte que sus gritos no se escucharían.

Fueron los elementos los encargados de infligir el castigo que De Gerlache había temido y anhelado al mismo tiempo, en Bruselas, delante de su escritorio, cuando aún buscaba financiación para la expedición entre las élites belgas. Las responsabilidades del liderazgo empezaban a agotarle, y el aumento de la indisciplina le hacía pensar

que no estaba a la altura de la tarea. Ahora, por fin, tenía una oportunidad para ponerse a prueba.

Las bolsas de aceite que tiró al océano no sirvieron de gran ayuda. Incapaz de continuar bordeando la costa, De Gerlache decidió virar hacia las Malvinas, a un día de navegación en dirección sudeste. A sus órdenes, los marineros corrieron a los cuadernales, tirando frenéticamente de los cabos para desplegar las velas del trinquete y del juanete. Navegaron varias horas contra el viento, hasta que, tan abruptamente como había llegado, la tormenta se retiró del combate. «Las nubes parten y la primera constelación que se revela es la Cruz del Sur», escribió De Gerlache. «Sin ser supersticioso, ¿no podemos considerarlo un buen augurio?».

Con esta hábil evasión, De Gerlache se ganó la admiración de sus hombres. Y si la tripulación había estado a la altura de la crisis, aún más extraordinario había sido el comportamiento del barco: había respondido a cada orden, el velamen había aguantado y apenas le había entrado agua. Demostraba condiciones para echarse a la mar y validaba así la decisión de De Gerlache, que lo había preferido ante otros barcos más elegantes. Cook, cuya primera impresión de la embarcación en la bahía de Guanabara no había sido la mejor, cambió de opinión. «Cuanto más lejos de nuestros hogares nos lleva, más dependemos de él», escribió. «Se ha ganado nuestro afecto, como si se tratara de un caballo querido».

Para los hombres del Belgica, las tormentas frente a la costa argentina marcaron el auténtico comienzo de la expedición. Como en el diluvio del Antiguo Testamento, el agua se llevó consigo las viejas inquinas. Belgas y noruegos comenzaron a entenderse, sobre todo tras la salida de Lemonnier, y Cook conseguía tejer lazos con sus compañeros pese a sus dificultades lingüísticas. «¡Qué extraño!», escribió el capitán Lecointe. «El médico y yo solo podemos comunicarnos mediante signos y, sin embargo, estamos haciéndonos amigos. No solo eso, el hecho de sufrir mareos nos ha unido aún más».

El barco rodeó el cabo Vírgenes y puso rumbo al estrecho de Magallanes, que atraviesa Tierra del Fuego y conecta los océanos Atlántico y Pacífico. La tarde del 1 de diciembre, atracó en el puerto chileno de Punta Arenas. Es probable que, en el trasiego de barcos, su llegada pasara desapercibida. Hasta la entrada en funcionamiento del

canal de Panamá, la mayoría de las rutas cruzaban de un océano a otro por el estrecho de Magallanes, evitando así las aguas funestas del cabo de Hornos, y era habitual hacer escala en Punta Arenas.

El asentamiento tenía un oscuro pasado. Se había fundado como colonia penal y no tardaría en ganar fama de lugar pendenciero, destruido dos veces en treinta años tras sendas revueltas macabras. Sin embargo, de aquel poblado fantasma había nacido, en apenas dos décadas, una animada ciudad de unas seis mil personas, en la que se mezclaban gauchos y buscadores de oro, fueguinos y cazarrecompensas. Reinaba allí una atmósfera de libertad sin ley no muy distinta a la de las ciudades de frontera en el Oeste de Estados Unidos. La tripulación del Belgica no tardó en descubrir que Punta Arenas se había convertido en uno de los lugares más permisivos del mundo. Las calles estaban llenas de bares y burdeles. Servían alcohol hasta en la iglesia, y no solo para la comunión. Las paredes de las casas estaban hechas con botellas de vino vacías, unidas con cemento. «El alcohol es la base de todos los crímenes y de la mayoría de los placeres de Punta Arenas», observó Cook.

Bajo los efectos de la bebida, la paz que se instalara en el Belgica tras la tormenta no tardó en disiparse. El capitán Lecointe relata, en el cuaderno de bitácora, un *crescendo* de insubordinación y ebria temeridad:

> Sábado, 4 de diciembre — [Somers] y [Warzée] están muy borrachos: causan escándalo a bordo, insultándose y provocándose. Intervengo y se tranquilizan; entonces, dos minutos después, vuelven a pelearse con renovadas ganas.
>
> Domingo, 5 — [Somers] ha perdido el control, hasta el punto de golpear a un novato. [Tollefsen] regresa al barco a medianoche, borracho. [Michote] y D […] no han vuelto del puerto.
>
> Lunes, 6 — El comandante manda aviso [a Warzée], que había bajado a tierra en un bote, para que vuelva al barco con dos baúles de ropa *para la tripulación*. [Warzée] se niega, responde que él no es un estibador.

Los bravucones del barco —dirigidos por Van Damme, Dom y Warzée — estaban poniendo a prueba al comandante, y este no salía airoso. Algunos de los marineros más diligentes caían ya bajo su perversa

influencia. Los casos de insubordinación continuaron toda la semana, volviéndose más frecuentes y descarados al quedar impunes. Todas las noches, los hombres abandonaban el barco a su antojo para beber, pelearse e irse a los burdeles de Punta Arenas. Desde el primer momento, De Gerlache había sido incapaz de imponer disciplina, lo que había dado pie al encono de las disputas. Las dinámicas de poder a bordo del Belgica ya no respondían a la cadena de mando, sino a una lucha mucho más primaria por imponerse sobre los demás.

La noche del 9 de diciembre, Jan van Damme llamó a la puerta de De Gerlache y le pidió un adelanto para ir a la ciudad. Era, más que una petición, un chantaje. Cuando el comandante se negó, señalando apocadamente que Van Damme no había recibido permiso para abandonar el barco y ya había gastado más de lo que debía recibir en todo el viaje, el marinero le amenazó con abandonar la expedición. Miró a De Gerlache con la confianza de un hombre que se sabe vencedor. En los rostros de ambos se reflejaba una vida de experiencias marítimas bien distintas: De Gerlache poseía la piel suave de quien ha pasado la mayor parte del tiempo frente a un escritorio o en el camarote de los oficiales. Van Damme, aunque solo tenía veintisiete años, parecía una década mayor que el comandante; sus rasgos duros, curtidos por el sol, hablaban de años trabajando en cubierta, a la intemperie. Reacio a perder a uno de los pocos marineros belgas decentes con que contaba (y al que, además, había designado cocinero), De Gerlache dio marcha atrás, le permitió abandonar el barco y le entregó el dinero que pedía.

De Gerlache esperaba aplacar así a Van Damme, pero solo consiguió darle alas. Este convenció a cinco miembros de la tripulación —cuatro belgas y un noruego influenciable, Ludvig Hjalmar Johansen— para que le acompañaran de farra toda la noche. Al romper el alba, los oficiales enviaron un bote a buscarlos. Van Damme dijo que no le apetecía volver aún; otros, incluyendo a Dom y a Johansen, siguieron su ejemplo. Tras una vida estudiando historia naval, De Gerlache sabía que era así como empezaban los motines: cuando la lealtad hacia un miembro carismático de la tripulación superaba la que inspiraban los líderes del barco.

De Gerlache, Lecointe y Amundsen dedicaron el día entero a buscar a los juerguistas, desaparecidos de nuevo en los tugurios de

Punta Arenas. Dom volvió al barco cuando le pareció y se fue directo a dormir a la litera. Van Damme regresó poco después y comenzó a recoger sus cosas, decidido a marcharse del barco de una forma u otra. Lecointe entró en el castillo de proa y le preguntó a Dom si estaba enfermo; este le respondió que no, que solo tenía una resaca de mil demonios, y que lo dejaran tranquilo. Tanto Van Damme como Dom se dirigieron a los oficiales con manifiesta insolencia, pues durante las correrías de la noche anterior habían acordado llevar la confrontación hasta el final.

El enfrentamiento se produjo cuando Van Damme recogió ropa de la expedición, incluyendo el uniforme del Belgica, y la guardó con el resto de sus pertenencias, dispuesto a llevársela. De Gerlache, quien aparentemente podía tolerar a un borracho, pero no a un ladrón, se puso firme por fin y le exigió que devolviera la ropa. Van Damme se negó e insultó a la cara al comandante, en términos vulgares y delante del resto de la tripulación.

Ya no había vuelta atrás. De Gerlache sabía que, si no reaccionaba a ese acto de total insubordinación, perdería el control del barco. También sabía, no obstante, que había otros marineros molestos y con acceso a las armas. El comandante desconocía el número exacto de hombres que se pondrían del lado de Van Damme y Dom en caso de conflicto, pero era consciente de que no disponía de mucho margen de maniobra. Si la situación se volvía violenta, es posible que él, Lecointe y Amundsen no salieran ilesos, o que no salieran vivos. Si no se había hecho respetar antes, no podía pretender hacerlo ahora. Su única opción era pedir ayuda.

De Gerlache mandó a Lecointe izar la bandera roja en el palo mayor para alertar a la Marina chilena y a la autoridad portuaria de Punta Arenas, indicando que necesitaban asistencia inmediata. Ambos ostentaban el poder de detener a los marineros, al contrario que él. Las horas pasaban y la tensión crecía en cubierta, pero los chilenos no llegaban. El sol empezó a ponerse. Temiendo que al caer la noche las autoridades no pudieran ver la bandera, De Gerlache decidió que no podía esperar más. Echó una barca al agua y remó hasta un barco de guerra chileno, dejando solos a Lecointe y Amundsen frente a los belgas rebeldes.

En la luz del crepúsculo, un bote se acercó al costado del Belgica.

La figura que los oficiales distinguieron no les tranquilizó en absoluto. Se trataba de Warzée, que regresaba, borracho aún, de una escapada no autorizada a la ciudad. El alcohol le volvía más fiero y belicoso. Con Dom y Van Damme nerviosos en los camarotes de proa y De Gerlache fuera del barco, Lecointe y Amundsen se sabían superados por los potenciales amotinados. Para evitar que Warzée se les uniera, Lecointe lo agarró del cuello, lo arrastró hasta la cubierta de popa y le ordenó que no se moviera. La mirada del capitán iba y venía de Warzée a la proa y su mano no se movía del bolsillo, donde palpaba nerviosamente el gatillo de un revólver. Estaba dispuesto a «volarle los sesos al primer hombre que moviera un músculo». Amundsen continuaba en el puente, listo para ayudar a su capitán. Los minutos pasaban en una tensión insoportable. Tanto Lecointe como Amundsen se preguntaban por qué De Gerlache tardaba tanto.

Por fin, a medianoche, una barca se aproximó al Belgica. A bordo iban el comandante y un destacamento de tropas chilenas. Dos de ellos subieron al barco y montaron guardia ante los camarotes de proa. En el interior, Van Damme y Warzée recogían sus cosas bajo la supervisión de Lecointe. El capitán debió de relajarse al ver a los refuerzos, pues, antes de que se diera cuenta, Van Damme había alcanzado un arma y se dirigía a las dependencias de De Gerlache. Lecointe corrió tras él.

Momentos después, Van Damme se encontraba frente al comandante. Este, tras subir al barco con los hombres chilenos, no se esperaría que le apuntaran con un arma para acabar la noche. Van Damme le dirigió nuevos insultos. Le enseñó a De Gerlache un diario en el que aseguraba haber documentado todo lo sucedido a bordo y declaró su intención de publicarlo al regresar a Bélgica, algo que a De Gerlache le aterrorizaba tanto como la posibilidad de morir de un disparo, si no más. Lecointe seguía detrás de Van Damme, con el revólver preparado, vigilando cada movimiento.

Cuando Van Damme terminó su discurso, él y Warzée fueron llevados a la fuerza hasta el bote de la autoridad portuaria. Al pasar junto a De Gerlache por última vez, el comandante hizo algo incomprensible: le entregó una libra esterlina a cada uno. Aunque más tarde aseguraría que se trataba de un gesto de perdón, en realidad estaba comprando su silencio.

El orden se restableció a la una y cuarto de la madrugada. Al día siguiente le dieron a Dom la posibilidad de marcharse o de quedarse y trabajar en el barco. Optó por la primera y recibió también una moneda de una libra.[16] De Gerlache aprovechó la purga para deshacerse de Duvivier y su peligrosa incompetencia como mecánico.

Cuatro hombres dejaron el barco el 10 de diciembre, todos compatriotas del comandante. En el barco había más extranjeros que belgas, lo que constituía un escándalo de por sí. Además, al despedir a Van Damme, la expedición volvía a quedarse sin cocinero. De Gerlache confió las tareas culinarias a su asistente personal, Louis Michotte, un hombre bienintencionado, pero negado para la cocina, una decisión que, una vez en la Antártida, tendría graves consecuencias para el bienestar de los hombres.

La tripulación había quedado diezmada. Sin embargo, la población del barco no tardó en aumentar. Anclado aún en Punta Arenas, el Belgica se amarró de firme a un barco carbonero, el Martha, y durante varias jornadas los hombres transportaron cien toneladas de carbón de su bodega a la del Belgica. Con la piel y la ropa completamente negras por el polvo del carbón, el blanco de los ojos de los marineros parecía emitir luz al terminar el día.

Mientras los hombres dormían, leves chirridos quebraban el silencio de la noche. La cubierta del Martha era un ir y venir de sombras que se escurrían por los amarres y escapaban por las regalas. Una de ellas consiguió pasar al Belgica. Y a esa le siguió otra. Y a esa, otra…

---

[15] Dobrowolski, que no hablaba neerlandés, transcribía así el *godverdomme* [maldita sea] de Dom, enfatizando la «r» gutural.

[16] El soborno resultó inútil: unos meses después, cuando logró regresar a Bélgica, un periódico de Bruselas entrevistó a Dom. Este afirmó que De Gerlache había despedido a todos los miembros belgas de la tripulación en Punta Arenas. Parece que el resentimiento fue el único motivo para esta falsa acusación, que demostraba que la paranoia del comandante con la prensa no estaba injustificada.

05

«Vencidos antes de la batalla»

El 14 de diciembre, con diecinueve hombres y un número indeterminado de ratas a bordo, el Belgica se adentró en el laberinto de islas montañosas que constituye el extremo meridional de Sudamérica. Tras las deserciones y las destituciones, en el barco solo quedaban los miembros fiables de la tripulación, justo cuando se dirigía a las aguas más peligrosas que había afrontado nunca.

De Gerlache tenía otras cosas en la cabeza. El trayecto que les aguardaba, peligroso y lento, hasta Ushuaia —doscientos cincuenta kilómetros en dirección sur desde Punta Arenas para el vuelo rectilíneo de un albatros, pero mucho más largo y complicado por mar — se sumaba a los múltiples retrasos que habían acumulado desde que zarparon de Amberes. Cada vez parecía menos probable que el Belgica pudiera explorar la Tierra de Graham y alcanzar la Tierra de Victoria, al otro lado de la Antártida, antes del invierno. No llegar a tiempo supondría repensar todo el plan de la expedición.

Las exigencias de la ciencia amenazaban con ralentizarles aún más. Las islas al sur de Tierra del Fuego, en su mayor parte inexploradas, eran fuente de fascinación irresistible tanto para Racovitza, el naturalista, como para Arctowski, el geólogo. Cada poza de marea y cada cara de la roca podían contener el hallazgo que les hiciera famosos. Al haber vendido el viaje como una expedición científica, De Gerlache se sentía obligado a ceder ante su curiosidad.

Uno puede imaginar su frustración cuando Racovitza insistía en hacer una escala de veinticuatro horas para examinar un banco de algas o una araña desconocida; o cuando Arctowski seguía recogiendo muestras por las morrenas, sin intención de volver al barco, perdido en sus propios pensamientos.

De Gerlache estaba irritado por los retrasos, pero otros oficiales supieron aprovechar el tiempo. En tierra, mientras los científicos trabajaban, Amundsen prosiguió su entrenamiento de aventurero profesional, a la manera de Fridtjof Nansen y Jens Amundsen. Cada día se imponía un nuevo reto: coronar el pico nevado más cercano, recorrer una garganta escarpada, no más ancha que la grupa de un caballo, o nadar en los gélidos riachuelos que bajaban de la montaña. Cuanto más agotadora fuera la subida y más inclementes las condiciones climáticas, más feliz se sentía él. Disfrutaba imaginando lo que pensaría alguien que le observara desde lejos, comparándose a sí mismo con «una pantera huidiza» o, incluso, con Peer Gynt, el pícaro héroe de Ibsen. Cuando regresaba al Belgica, se encontraba empapado, helado, agotado, herido, dolorido y cubierto de barro, pero inmensamente feliz.

El doctor Cook, por su parte, esperaba dedicar el tiempo en Tierra del Fuego al estudio de las tres tribus indígenas de la zona, los alacalufes, los yaganes (o yámanas, como se llamaban a sí mismos) y los onas (o selk’nams). Igual que en Groenlandia, la población nativa le fascinaba tanto como los lugares que descubrían. Aunque carecía de formación académica en antropología —muy poca gente la tenía, la disciplina acababa de nacer—, tras la experiencia entre los inuits había adquirido un interés profundo por las sociedades tradicionales, así como los conocimientos necesarios para convertirse en el etnólogo de la expedición. Se moría de ganas de observar de cerca los rituales fueguinos, pese a los testimonios terroríficos que habían llegado a sus oídos. Charles Darwin, que había recorrido esas mismas aguas a bordo del HMS Beagle a principios de la década de 1830, había descrito a los nativos como «caníbales» en un «miserable estado de barbarismo». Se decía que los onas eran guerreros de más de dos metros que asaltaban regularmente los asentamientos europeos. Sin embargo, desde que Cook llegara a Tierra del Fuego, el único pueblo nativo con el que había interactuado eran los refugiados, relativamente

occidentalizados, de una misión cristiana cercana a Punta Arenas, que habían escapado de la brutalidad genocida de los estancieros blancos. Le dijeron que quedaban muy pocos campamentos fueguinos tradicionales, y que podría encontrarlos a las afueras de Ushuaia, lejos de la civilización.

El Belgica viró hacia el este y cruzó el canal Beagle propulsado por las máquinas de vapor para llegar a Ushuaia en la noche impenetrable del 21 de diciembre. El faro que indicaban los mapas no se veía por ninguna parte. Los hombres navegaron en la oscuridad absoluta y echaron el ancla; por la mañana, se dieron cuenta de que lo habían hecho peligrosamente cerca de las rocas.

Ushuaia, la capital de la Tierra del Fuego argentina, era poco más que un pueblucho, con apenas una veintena de estructuras y una capilla de madera. De Gerlache remó hasta la orilla. Se dirigió a la oficina del gobernador regional para reclamar el carbón que un funcionario argentino les había prometido como muestra de apoyo por parte del país. Era el único motivo por el que el comandante había llegado hasta allí. La respuesta fue que el gobernador no estaba y que no sabían nada de esa promesa. Sin embargo, es en los lugares más remotos de la Tierra donde se conceden favores con mayor facilidad. El funcionario le ofreció cuarenta toneladas adicionales de carbón, de un almacén en la bahía Lapataia, a una hora al oeste. El barco partió inmediatamente y dejó en tierra a Cook y a Arctowski para que estudiaran a las familias yaganas que habitaban en una misión cercana, dirigida por un inglés llamado John Lawrence.

El Belgica pasó los días que siguieron cargando carbón en la bahía Lapataia, una hermosa ensenada que a los noruegos les recordaba a los fiordos de su tierra. En Nochebuena, Arctowski recorrió a pie el camino desde Ushuaia al barco, acompañado de dos guías indígenas a los que invitó a cenar a bordo. Durante la cena, uno de los vigías divisó una columna de humo. Arctowski y sus dos guías no habían extinguido correctamente el fuego que habían prendido en la playa para alertar al Belgica de su presencia, y este no tardó en quemar la hierba y extenderse a los matorrales y los árboles. De Gerlache envió a los hombres a la orilla con hachas y recipientes de lona. Él y Amundsen se quedaron atrás, observando los botes que se dirigían a las llamas sobre el agua cristalina, abriendo surcos en el reflejo de un

cielo inflamado.

Afortunadamente, ese día no había viento. Aun así, los hombres tardaron una hora en apagar el fuego. Al volver a bordo, apestando a humo, descubrieron el barco transformado.

El fuego había sido la excusa perfecta para que De Gerlache y Amundsen se libraran del resto y decorasen los camarotes con motivos navideños. Habían levantado un árbol de Navidad en el castillo de proa, colgado banderolas de colores del techo y colocado los regalos (muchos de ellos donados por Léonie Osterrieth) en las literas de cada marinero: ropa abrigada para el invierno, puzles y tabaco de buena calidad. Los hombres contemplaban la escena como niños pequeños. Los oficiales y los científicos también recibieron regalos: pañuelos, libros con sus nombres monogramados y sellos de plata con la inscripción *Audaces fortuna juvat* (la fortuna favorece a los audaces).

Se sirvió grog caliente, tocaron música y se escucharon brindis patrióticos. Reinaba una atmósfera fraternal como jamás se había visto en ese barco, que unía a oficiales y marineros, a belgas y noruegos. De Gerlache fue el último en hablar esa noche y se refirió a los desafíos que les aguardaban. «Amigos míos, nuestro número es escaso y habremos de acometer, seguro, tareas penosas, pero no me cabe duda de que cumplirán con su deber. Que nadie venga a decirme "¡Estoy cansado!": no se les permite estar cansados. Otra cosa es si están enfermos: entonces les daré descanso».

De Gerlache recordó a la tripulación el lema nacional belga, que habían revocado a la entrada de los laboratorios del barco: «L'Union fait la force» (La unión hace la fuerza). Los brindis no dejaron oír sus últimas palabas. Fue un discurso emocionante, algo poco habitual en él. Desde que expulsara a los miembros problemáticos de la expedición, se sentía con más confianza.

Se retiraron a los camarotes pasada la medianoche. Varios dejaron las portillas abiertas para que la leve brisa marina acompañara sus sueños. En la orilla volvían a arder algunos rescoldos, lanzando miles de chispas a la noche estrellada.

El 30 de diciembre, el Belgica regresó a Ushuaia para recoger a Cook. Subió a bordo junto a John Lawrence, el misionero que lo había acogido y que necesitaba que lo llevaran hasta Harberton. Así se

llamaba la propiedad de un rico misionero inglés reconvertido en estanciero, Thomas Bridges, a quien Lawrence iba a visitar. A cincuenta y cinco kilómetros al este por el canal de Beagle, les quedaba de camino en su regreso al Atlántico. Y puesto que en esas latitudes no se podía negar un favor, De Gerlache le permitió subir.

El primer día de 1898, el sol se puso poco después de las diez de la noche. La oscuridad no tardaría en ocultar los peligros sumergidos. Desde que llegasen a Tierra del Fuego, De Gerlache había impuesto la norma de echar el ancla en cuanto se hiciera de noche, pero estaban tan cerca de Harberton que siguieron avanzando, orientándose con una brújula y una carta náutica incompleta y obsoleta. El oficial de guardia envió a Tollefsen a sondear la profundidad del canal: veintiocho metros, más que suficiente. Bajo la declinante luz del crepúsculo, el marinero noruego entrecerró los ojos y alcanzó a distinguir un lecho de algas bajo el barco. Volvió a sumergir la cuerda de sondeo: «¡Siete metros!», gritó, alarmado. Y unos segundos después: «¡Seis metros!». El timonel viró el rumbo y el maquinista invirtió el motor, pero el ímpetu del barco hizo que siguiera adelante hasta impactar contra algo. Entonces, se detuvo. Tras la sacudida, los hombres en cubierta corrieron a proa a ver lo sucedido: el Belgica había encallado.

Para tratar de liberar el barco, De Gerlache ordenó al maquinista, Henri Somers, que pusiera el motor en marcha hacia proa, a toda potencia, y después hacia popa, alternativamente. La maniobra no surtió efecto. Los sondeos revelaron que el barco reposaba sobre una roca acupulada a cuatro metros por debajo de la superficie. La fuerza de la corriente en el canal no le permitía moverse. Con algo de suerte, pensó De Gerlache, la pleamar les elevaría y podrían desencallar.

Echaron las barcas de remos y los pequeños botes balleneros al agua para aligerar el barco. Cook, Lecointe, Arctowski y dos marineros subieron en uno de ellos y se dirigieron a la orilla cubierta de mejillones para observar el movimiento de la marea. Una brisa fría comenzó a agitar la superficie en calma del canal. Poco después del amanecer, las aguas retrocedieron. La marea había subido y había bajado y el barco no se había movido. Conforme descendía el agua, el Belgica se inclinó hacia estribor. Si el nivel del mar descendía demasiado, el barco volcaría sin poder enderezarse. El agua

comenzaría a llenar la cubierta y ya no podrían recuperarlo.

Los ánimos de De Gerlache se vinieron abajo. Cuando imaginaba los accidentes que podían frustrar la expedición, siempre se representaba un escenario más glorioso: un mar apocalíptico, trufado de icebergs y gigantescas paredes blancas. Ordenó a la tripulación fijar las vergas de repuesto —las perchas transversales de las que cuelgan las velas, perpendiculares al mástil— entre las regalas de estribor y la roca, para apuntalar el barco.

Diseñaron un plan para devolver el barco a su posición y desencallarlo. A babor, los hombres colocaron un ancla en cada uno de los dos botes y remaron todo lo lejos que pudieron antes de lanzar la carga al mar. El cable de cada ancla estaba enrollado en cubierta, uno a un tortor y otro a un cigüeñal de vapor. Los hombres hicieron girar el tortor con todas sus fuerzas, y los pistones del cigüeñal resoplaron hasta que los cables estaban tan tensos que se podía puntear una melodía en ellos. Pero no lograron mover las doscientas cuarenta y cuatro toneladas del velero. Las gaviotas que volaban en círculos sobre ellos parecían carcajearse del aprieto en que se veían.

Poco antes del atardecer, a menos de un kilómetro de allí, Lucas Bridges, el hijo de veintitrés años del estanciero de Harberton, contempló por la ventana de su casa al borde del mar ese velero inclinado cuyos mástiles dibujaban un ángulo extraño. Tras observar a los marineros que lo intentaban enderezar, Bridges sacó su pequeña embarcación al canal y remó hasta el Belgica. Al acercarse, un hombre le llamó desde cubierta, en un inglés con acento estadounidense. «Era un tipo afable, elegante en el vestir», recordaba Bridges, «de treinta y pocos años, y lleno de vida; de estatura mediana tirando a baja y constitución delgada. Se presentó como el doctor Frederick A. Cook, médico y antropólogo».

Bridges ayudó a aligerar la carga del Belgica, con el objetivo de que la marea nocturna lo desencallara. Remó hasta la orilla con Cook y regresó algunas horas más tarde con una barcaza de fondo plano y una veintena de fueguinos que trabajaban en la estancia. Durante las horas siguientes, los nativos y la tripulación del Belgica sacaron unas treinta toneladas de carbón y otros enseres. El traslado no estuvo exento de riesgos: el viento se había levantado y azotaba el canal. Los botes y la barcaza no lograban mantener el agua a raya.

«Solo habíamos llevado a tierra dos o tres cargas cuando una tormenta fulminante nos alcanzó desde las gargantas de las montañas del noroeste, y el mar se agitó tanto que nos impidió cualquier comunicación con el barco», escribió Cook, que había llegado a la orilla con Bridges y los fueguinos. El Belgica quedó a su suerte. El médico observaba cómo el oleaje levantaba el barco y lo dejaba caer de nuevo contra la roca, impotente.

A bordo, cada impacto contra la quilla hacía temblar a los hombres. Cuando la marea volvió a subir, De Gerlache utilizó toda la potencia de que disponía: los motores, los hombres y el viento. Vació las valiosas reservas de agua potable del barco para aligerarlo aún más, pero no fue suficiente para liberar la quilla. La pleamar pasó, las aguas comenzaron a descender y el Belgica se enderezó unos instantes antes de inclinarse de nuevo hacia babor, cayendo a gran velocidad. La tripulación se apresuró a recoger vergas y botavaras para colocarlas entre el barco y la roca. Aguantaron la respiración cuando el Belgica se recostó contra los puntales de madera, estabilizándose.

Unos minutos después, ante la mirada horrorizada de los hombres, todas las vergas se quebraron bajo el peso del barco, como las frágiles ramas de un árbol. El Belgica se desplomó contra el arrecife con un estruendo temible. Los hombres se precipitaron por la cubierta junto a todo utensilio o artefacto que no estuviera amarrado. Los libros se cayeron de las estanterías y los cuadros de las paredes se ladearon noventa grados. Las olas rompían contra el casco antes de escapar por los dos costados. Entonces, rompió a llover con fuerza. El aire y el mar resultaban casi indistinguibles. El agua inundaba los camarotes, se colaba bajo las puertas y por las fisuras, abriéndose camino hasta las entrañas del Belgica.

De Gerlache ya no solo tenía miedo a perder el barco. Todos los botes estaban en la orilla y la furia del mar impedía el rescate. Ni siquiera los nadadores más experimentados podrían sobrevivir contra la violencia de esas aguas, y había varios a bordo que no sabían nadar. Él mismo, entre ellos.

El comandante reunió a Lecointe y Amundsen en su camarote. Caminaron como pudieron por la cubierta inclinada y resbaladiza, agarrándose a los cabos amarrados o a lo que tuvieran a mano. Empapado y lívido, De Gerlache les preguntó si creían que ese era el

fin del Belgica, si era mejor tratar de abandonar el barco o tirar todo el cargamento por la borda, en un último intento desesperado. Antes de que pudieran responder, la fachada de insólita calma en el rostro de De Gerlache se vino abajo y el comandante se echó a llorar. La Expedición Antártica Belga terminaba antes de empezar, pensó. «Vencidos antes de la batalla». El silencio en el camarote acentuaba el ruido del viento que soplaba entre la jarcia y de los impactos del casco contra la roca, regulares y parsimoniosos, como si tocaran a muerto. No había ninguna duda, habían perdido el Belgica.

Treparon para salir de nuevo a la tormenta. Lecointe ordenó solemnemente a Arctowski sacar la bandera belga más grande de la expedición, la que había ondeado orgullosamente al entrar en los puertos de Río y Montevideo. Si el Belgica caía, lo haría mostrando sus colores con orgullo. El científico se la entregó a Danco, que la izó en el palo mayor mientras las lágrimas le empapaban la cara, mezclándose con la lluvia.

Al contemplar la bandera negra, amarilla y roja en su asta, De Gerlache se imaginó los titulares de la prensa belga. De las múltiples pesadillas en las que sucumbía a la deshonra y la indignidad, esta era una de las peores. Había logrado que el mundo volviera los ojos hacia su empeño por explorar la Antártida y ni siquiera iba a conseguir doblar el extremo de América del Sur. Ya siempre le recordarían como una vergüenza para su país y su familia.

Sin nada que perder y pese a tenerlo todo en contra, decidió darle una última oportunidad a la salvación. Izó la gavia y mandó que todos los hombres de cubierta se dirigieran al tortor para tirar del ancla; es decir, para enderezar el barco. «Tiramos como energúmenos», escribió Amundsen. Mediante comunicaciones telegráficas desde el panel de control que conectaba el puente con la sala de máquinas, De Gerlache ordenó a los maquinistas subir la presión del motor al máximo. Los ingenieros llenaron las calderas, desencadenaron un hervor frenético en el tanque de agua y bloquearon las válvulas para no dejar salir el vapor. La operación podía destruir el motor, pero un motor operativo no serviría de nada en el fondo del canal de Beagle.

Cuando la marea no podía subir más y la presión del motor estaba al límite, De Gerlache encadenó las órdenes: «Preparen la vela, leven el ancla: ¡a toda máquina!». Las velas se hincharon, los hombres

rugieron en el tortor, los pistones hicieron rotar el cigüeñal de la hélice con una fuerza que el motor no estaba diseñado para aguantar y la hélice, asomando casi sobre la superficie del agua, giró a una velocidad que nunca había alcanzado. Impulsado por la combinación de estas fuerzas, el Belgica se elevó unos instantes antes de volver a caer. La marea comenzaba a bajar. El barco solo se erguía brevemente antes de desplomarse de nuevo. De Gerlache ordenó un último esfuerzo.

De repente, el Belgica se enderezó. La quilla tembló sobre la roca, dubitativa, y el barco flotó libremente.

Los hombres estallaron de alegría. A solas en el puente, De Gerlache suspiró con alivio. Wiencke alcanzó a verlo en ese momento. «El comandante tenía lágrimas de felicidad en los ojos y dirigía la mirada a lo lejos, hacia aguas más profundas».

Fueron veintidós horas de calvario. Más tarde, Cook bromearía con que el arrecife en el que encallaron había sido el «primer descubrimiento geográfico del Belgica».

*

Les llevó varios días reparar el Belgica y ponerlo a punto, aumentando así el retraso de la expedición, que se acercaba a la Antártida varias semanas más tarde de lo previsto. Lucas Bridges, el estanciero que les había ayudado a descargar el barco, le contó a Cook que «un grupo de onas, auténticos guerreros salvajes con el pelo largo, pintados y vestidos de pieles, acampaban a menos de dos kilómetros» de distancia, y se ofreció a presentárselos al doctor. Cook estaba encantado con la oportunidad de estudiar y fotografiar por fin a los temibles gigantes de Tierra del Fuego.

Como en Groenlandia, Cook se ganó la confianza de los nativos tratando sus dolencias. En un caso, le devolvió temporalmente la vista a un niño ona enfermo de gonorrea, que tenía los párpados llenos de pus. Bridges había avisado al doctor de que los onas no se fiaban de las cámaras, así que Cook les llevó un calcetín lleno de caramelos para convencerlos. Las imágenes que Cook tomó con su objetivo Zeiss, hecho a medida —un líder tribal posando regiamente con vestimenta de piel de guanaco; una mujer embarazada, desnuda, con la mirada

desafiante clavada en la cámara; un cazador apuntando al cielo con una flecha—, están entre las primeras fotografías de los miembros de la tribu. Poseen un valor inestimable como recuerdo de un pueblo desaparecido y dan muestra del talento de Cook para el dramatismo. El médico ya se imaginaba el revuelo que causarían en Nueva York.

Otro valioso testimonio sobre los pueblos fueguinos amenazados fue el diccionario de treinta mil palabras yagán-inglés que Thomas había recopilado y elaborado a lo largo de sus tres décadas en la región. Mientras se preparaban para zarpar de Harberton, Cook le propuso llevarse la única copia existente de vuelta a Nueva York y publicarlo. Bridges, tras presenciar cómo el Belgica había estado a punto de hundirse frente a su casa, decidió que le confiaría a Cook el trabajo de su vida solo cuando la expedición regresara de la Antártida. *Si* regresaban.

Hubo que hacer una última escala antes de cruzar al océano Antártico. Para aligerar la carga del barco durante las maniobras de desencallamiento, se habían vertido todas las reservas de agua al canal de Beagle. De camino a la Antártida, el lugar más cercano en el que reaprovisionarse de agua potable era la isla de los Estados, una colonia penal argentina a treinta kilómetros del extremo curvo de Tierra del Fuego: el lugar habitado más al sur del planeta.

En la isla, los reclusos deambulaban más o menos libremente, ya que la huida por mar resultaba inimaginable. La mayor parte de la costa, rocosa y dentada, solo era accesible para pingüinos, aves y lobos marinos. Durante las tormentas, olas monstruosas rompían contra los acantilados y la espuma que lanzaban saltaba por encima de ellos. No solían recibir visitas. Cuando el Belgica atracó en la accidentada isla, el 7 de enero, habían pasado dieciocho meses desde que el último barco extranjero visitara el puerto de San Juan de Salvamento. Poco después de echar el ancla, dos hombres remaron hasta el Belgica para darle la bienvenida: un tal señor Fernández, el subprefecto de la isla, y el médico local, el doctor Ferrand. De Gerlache los invitó a un aperitivo en el camarote de los oficiales y, para entretenerlos, dio cuerda a la caja de música. Sonó la delicada melodía del «Ave Maria» de Charles Gounod. Para sorpresa de De Gerlache, el doctor Ferrand no pudo contener las lágrimas: la última

vez que había escuchado música fue antes de partir de Buenos Aires, meses atrás, cuando su hija le cantó esa misma pieza.

Una noche, mientras algunos marineros argentinos llenaban los depósitos del Belgica con agua de manantial, los exploradores fueron invitados a cenar en la subprefectura. Acudió la alta sociedad de ese remoto enclave en los límites de la civilización: Fernández, Ferrand, dos tenientes, un distinguido capitán de infantería condenado a pasar el resto de su vida en esa isla por asesinar a su comandante y la encantadora esposa del capitán, que había tomado la decisión de ir con él. Los tres platos de la cena consistieron en carne de borrego, carne de borrego y carne de borrego, servidos en una dispar vajilla procedente, como todo el mobiliario, de los pecios de los barcos que naufragaban en la zona.

Cuando el Belgica abandonó la isla, a las siete de la mañana del 14 de enero, salieron a despedirlos desde la orilla Fernández y su asistente, los últimos seres humanos que los exploradores verían en mucho tiempo. El barco viró al sur, navegando entre los restos de otros barcos hacia las temibles aguas que les aguardaban más allá del cabo de Hornos, donde el Atlántico y el Pacífico se encontraban y el viento daba la vuelta al mundo a su antojo.

06

«Un cuerpo en el camino»

Mucho antes de que nadie la viera, la Antártida existía en la imaginación de los hombres. Los antiguos griegos, que ya creían que la Tierra era esférica, suponían que debía de haber una gran masa de tierra en el extremo meridional del globo, para compensar los continentes conocidos del hemisferio norte. Este hipotético territorio recibió diversos nombres a lo largo de los siglos; entre ellos, el de Terra Australis Incognita. El que ha pervivido —Antártida— hace referencia a su oposición con el Ártico, apelativo que procede del término griego ἄρκτος, «oso», puesto que las regiones más septentrionales del planeta se encuentran directamente bajo las constelaciones Ursa Maior (osa mayor) y Ursa Minor (osa menor), en la que se halla Polaris, la estrella polar.

En el siglo VII, según cuentan los relatos tradicionales polinesios, el gran navegante Ui-te-Rangiora, que viajaba en una canoa fabricada parcialmente con huesos humanos, navegó tan al sur que pudo ver «grandes rocas emergiendo del mar helado»; icebergs, probablemente. Si la historia es cierta, habrían de pasar mil años antes de que otro hombre sintiera el aliento helado de la Antártida. Fue el corsario inglés Francis Drake, que circunnavegó la Tierra en un momento en que la imaginación de los cartógrafos poblaba de monstruos quiméricos el extremo sur del planeta. En 1578, con la misión de hallar la Terra Australis Incognita y añadirla a los dominios de la reina

Isabel (además de quedarse con el botín de cuanto barco o puerto español pudiera asaltar por el camino), Drake llevó el Golden Hind, uno de los tres galeones a sus órdenes, hasta Tierra del Fuego. Al salir al Pacífico, una terrible tormenta empujó el barco hacia las aguas inexploradas al sur del cabo de Hornos.

«Los vientos soplaban como si la Tierra se hubiera abierto en canal y los dejara escapar a todos a la vez», escribió Francis Fletcher, un sacerdote a bordo del Golden Hind, «o como si todas las nubes bajo los cielos se hubieran reunido en un mismo lugar para desplegar su fuerza». A partir de ese momento, los ochocientos kilómetros que separan el cabo de Hornos de las islas Shetland del Sur se conocerían como el paso de Drake. Al sur de esas islas, tras otro centenar de kilómetros —el estrecho de Bransfield—, aparece la Tierra de Graham, el saliente que emerge del continente como un tirabuzón, también llamado península antártica.

El Belgica tardó siete días en cruzar las aguas estigias que separaban la civilización del inframundo helado del planeta. Al principio, el mar estaba relativamente en calma, ajeno a la furia que habían descrito tanto Fletcher como multitud de navegantes posteriores. De Gerlache consiguió mantener el Belgica lo suficientemente estable como para que Arctowski sondeara el fondo del mar, en lo que fue la primera medición registrada al sur del cabo de Hornos.

El científico polaco quería comprobar si las islas Shetland del Sur y las montañas que se elevaban en la península antártica constituían la continuación de los Andes, la cordillera que recorre América del Sur como una espina dorsal y gira hacia el este para terminar en la isla de los Estados. Mediante una máquina de vapor que soltaba una plomada y la recogía, Arctowski comprobó que se encontraban sobre una pronunciada caída en el fondo oceánico, que llegaba hasta los cuatro mil cuarenta metros de profundidad abisal.

Pensó que eso refutaba su hipótesis. Sin embargo, es probable que su intuición fuera correcta: muchos geólogos contemporáneos creen que hubo una época en que los Andes y la cordillera Antártida estuvieron unidos, dentro del conjunto conocido como Antartandes. Los fósiles de reptiles y coníferas hallados en la Antártida son vestigios de un clima templado. La depresión que Arctowski descubrió era la

prueba del movimiento que había desgajado los continentes y abierto el paso de Drake hace unos cincuenta millones de años: la deriva continental.

Mientras Arctowski trabajaba, algunos marineros se divertían cazando albatros. Empleaban un método curioso: cebaban un anzuelo y lo lanzaban al aire, atado con una cuerda. Cuando las aves descendían a por el cebo, antes de que cayera al agua, las atraían a bordo y acababan con ellas. Descubrieron que los huesos largos y huecos del albatros servían para fabricar unas pipas estupendas.

La tripulación había olvidado los versos de Coleridge. La suerte del Belgica cambió inmediatamente. Los vientos se levantaron y al día siguiente tuvieron que arrojar por la borda bolsas de aceite para calmar la furia del mar.

El 19 de enero brilló un destello en el horizonte, proyectado sobre el cielo ennegrecido. Se trataba del reflejo de la nieve en las islas Shetland del Sur —que aún no eran visibles por la curvatura de la Tierra—, un fenómeno conocido como *landblink*. Ese mismo día, poco después, toda la tripulación salió a cubierta para contemplar el primer iceberg de la expedición, una mancha blanca flotando a varios kilómetros. La curiosidad dio paso al temor. La niebla se hizo más densa la noche del 20 de enero y el Belgica siguió avanzando, lentamente. De la oscuridad emergían sin previo aviso, una tras otra, monstruosas masas blancas, algunas más altas que los mástiles del barco.

Una mañana, cuando Somers redujo la presión del motor para arreglar fallos en el condensador, los hombres pudieron escuchar el estruendo de las colisiones del hielo, el rugido de la bestia antártica. Un gran iceberg se materializó entre la niebla. Lecointe trató de esquivarlo, pero era demasiado tarde: la quilla del barco golpeó contra el hielo. El crujido les puso los pelos de punta. Los hombres vieron fragmentos de madera flotando en el agua.

Pese a la advertencia, De Gerlache tomó el timón y continuó entre la niebla, excepcionalmente densa, deseoso de alcanzar su destino. Parecía obtener sus fuerzas del frío y del peligro. Los acreedores, los críticos, los marineros amotinados y los saboteadores quedaban por fin muy lejos: podía inhalar ya el aire vigorizante de la tierra con que tanto había soñado y que nada le impediría alcanzar.

Tal temeridad impresionó a Amundsen. También le asustó un poco. «El comandante no tiene miedo [...]. El motor sigue a setenta y cinco revoluciones», escribió el noruego en su diario el 21 de enero. «Ese arrojo ha de resultarme admirable. Siempre adelante. Le seguiré sin dudar y trataré de cumplir con mi deber».

Carl August Wiencke se encontraba al timón el 22 de enero, poco antes del mediodía. De repente, se levantó un viento huracanado. Los pingüinos aparecían y desaparecían entre el fuerte oleaje. El joven noruego, de veintidós años, hacía lo que podía, ajustando el movimiento del timón a los tres ejes para mantener el rumbo y la estabilidad del barco, tratando de esquivar los icebergs. Carecía de experiencia en el puesto. Había sido contratado como ayudante de la tripulación y, gracias a su entusiasmo y buen humor, se había ganado el ascenso a marinero en Punta Arenas, cuando el comandante expulsó del barco a los cuatro belgas insolentes.

Wiencke parecía sintonizado a la música de las tempestades, esa manera en que los vientos «chillan junto a la jarcia, pasando de los agudos de un soprano al bajo más profundo, como si desearan acabar con todo». Las tormentas le hacían sentir vivo y le recordaban a las sonatas de Beethoven. Tanto marineros como oficiales le apreciaban, y Wiencke había demostrado estar a la altura de la confianza que los líderes depositaban en él. Solía presentarse voluntario para las tareas más peligrosas, deseoso de demostrar su agilidad e ignorando las advertencias de Amundsen, que le pedía que tuviera cuidado.

Este era el desafío más difícil al que se había enfrentado. Los icebergs parecían atacar el barco desde todas direcciones. Comenzó a nevar, lo que dificultó aún más la visibilidad. La espuma de las olas le empapaba el sueste amarillo y el abrigo impermeable.

El mar rompía contra el Belgica y el agua caía por la escotilla principal hasta la bodega. Entre el rugir del viento, Wiencke distinguió la voz de Amundsen, pidiéndole que bajara para ayudarle. Le entregó el mando del timón al marinero belga Gustave-Gaston Dufour, descendió por la escalera y cruzó la cubierta. El agua le llegaba hasta la rodilla. Grandes trozos de carbón habían bloqueado los imbornales e impedían que el barco desaguara. El movimiento del barco hacía que el agua se agitara de un lado a otro y el nivel crecía con cada ola que

saltaba las regalas. Tratando de no caerse, Wiencke corrió junto a Amundsen. El primer oficial le ordenó que ayudara a su camarada Johansen a desatascar uno de los imbornales. Varios miembros de la tripulación habían tratado de liberarlo dándole golpes al carbón con una estaca de madera y lo único que habían conseguido era encajarlo aún más. Había que pensar otro método.

Johansen opinaba que debían empujar el carbón desde el exterior. Encontró una vara de hierro y le ató la estaca de madera para crear una especie de mazo largo. Wiencke tendría que tumbarse, sujetar el mazo por encima de la regala, de forma que la estaca se alinease con el imbornal, mientras Johansen, bien amarrado, se asomaba por el exterior del barco y golpeaba la madera.

Con el impermeable amarillo, Wiencke se echó sobre la borda empapada, aferrándose a la regala con una mano. Sostuvo el mazo para que Johansen lo golpeara con el martillo, una vez, otra, pero el carbón no se movió. Johansen se apartó para pensar otra solución. Le dio la espalda a Wiencke.

De entre la niebla densa, a pocos metros, emergió un iceberg. El Belgica viró a estribor para esquivarlo y justo en ese momento el viento hinchó el velamen, provocando una sacudida en el barco. Al mismo tiempo, una ola descomunal descargó sobre la cubierta. Cuando Johansen se dio la vuelta, Wiencke había desaparecido.

Johansen se subió a la regala y miró hacia abajo: nada. Al girarse hacia popa, divisó una imagen aterradora: su amigo se agitaba en las aguas heladas, alejándose a toda velocidad.

Johansen corrió a la sala de oficiales, abrió las puertas de golpe y exclamó con todas sus fuerzas:

—¡Wiencke al agua! ¡Wiencke al agua!

Al oírlo, De Gerlache y Lecointe se precipitaron a cubierta.

—¡Rápido, las bolsas de aceite! —gritó De Gerlache.

Johansen se apresuró al puente y le indicó a Dufour que virara hacia el viento para ralentizar el barco, pero el belga se quedó mirándole, perplejo, y volvió a prestar atención a las arremetidas de los icebergs. Era la primera vez que la barrera del idioma en el Belgica tenía consecuencias mortales. Johansen intentó expresarse por señas, pero Dufour seguía sin entender. Con cada momento que perdían, Wiencke se alejaba más del barco.

En esas latitudes, aun con el mar en calma, un hombre que cae al agua puede morir de hipotermia en pocos minutos. En plena tormenta, cuando existe el mismo riesgo de morir ahogado, el tiempo para regresar a bordo antes de que las consecuencias sean irreversibles es mucho menor.

De Gerlache se precipitó al puente, sin tiempo que perder. Apartó a Dufour, tomó el mando del timón y cambió el rumbo sin perder de vista el inmenso iceberg que se cernía sobre ellos. Amundsen telegrafió a los maquinistas para que invirtieran el sentido del motor.

La corredera —el fino cordel con nudos atado al barco que medía la velocidad— culebreó al lado de Wiencke. Este nadó frenéticamente hacia ella y se la enrolló en la muñeca. La fuerza del barco tiró de él hacia delante. Cook corrió a sujetar el otro extremo, en cubierta, e intentó remontar al joven, luchando contra el mar. La fuerza de las olas hacía que su cuerpo tirase de la corredera como si fuera un pez de noventa kilos tratando de liberarse. Los brazos y la espalda de Cook se estremecieron. El cordel le abría la carne de las manos. No tardó en aflojarse un poco: el doctor podía notar que las manos del marinero se soltaban. Johansen acudió a ayudar a Cook. Cuando llegó a su lado, Wiencke apenas podía mantenerse a flote.

Amundsen instó a Lecointe y a De Gerlache a echar un bote al agua, alzando la voz por encima del rugido de la tempestad. Pero al comandante le parecía que la tormenta era demasiado peligrosa y no quiso poner en peligro las vidas de cuatro o cinco marineros para salvar a uno. Lecointe se ofreció voluntario. Se ató un cabo a la cintura con un nudo as de guía y pidió a De Gerlache permiso para saltar.

En ese momento, mientras la espuma salada le aguijoneaba el rostro, De Gerlache dudó: no podía abandonar a Wiencke y tampoco podía permitirse perder al segundo de a bordo, cuya experiencia náutica era irremplazable. Lecointe tomó el desconcertado silencio del comandante por un sí. En un acto de inconmensurable valor, se subió a la borda, sincronizó el salto al balanceo del barco y se arrojó al mar.

Al sumergirse, Lecointe dejó de oír el rugido del viento y los gritos de la tripulación. Lo único audible era la virulencia del océano. Las botas y la ropa le empujaron hacia el fondo y ralentizaron la salida a la superficie. El agua estaba a unos dos grados bajo cero, la

temperatura a la que el agua salada se congela. En tales condiciones, no se siente el frío, sino un dolor abrasador.

Lecointe emergió y tomó aire no muy lejos de Wiencke. Los párpados del joven marinero estaban abiertos y su mirada, fija en la nada. El frío le había paralizado, pero aún respiraba por la nariz, expulsando agua. Lecointe lo sujetó entre los brazos. Varios hombres trataron de subirlos a bordo. El capitán solo había estado algunos segundos en el agua, pero ya podía sentir que sus músculos se agarrotaban. Olas inmensas levantaron a Lecointe y a Wiencke casi hasta la borda del Belgica y volvieron a dejarlos al final de la cuerda, como cuerpos colgando en el patíbulo. Cada vez que la corredera se tensaba, Lecointe notaba que Wiencke se le escapaba un poco más. Era un peso muerto. La ropa hacía que fuera aún más difícil sostenerlo. La cuerda los sacudió dos o tres veces más antes de que Lecointe lo dejara marchar.

Lecointe pendía del cabo. No podía hacer nada. Un poco más lejos, la corredera se soltó de la muñeca de Wiencke, dejando marcas profundas e incoloras. La amplitud del balanceo del Belgica era tal que las olas acercaban a Wiencke a la cubierta. Johansen se asomó sobre las regalas: consiguió agarrar la mano izquierda del joven mientras Danco y Amundsen lo sujetaban. Pero en cuanto el barco se inclinó hacia babor, el peso de Wiencke fue excesivo. Johansen sintió que la mano húmeda y blanda de su amigo se soltaba. Cuando el Belgica volvió a caer a estribor, impactando contra el agua, Johansen lo perdió. El mar se retiró y se llevó a Wiencke consigo.

Wiencke flotaba bocarriba. Los hombres le distinguían perfectamente. La imagen era espantosa. El rostro del joven resultaba irreconocible: negro e hinchado, con espuma en la boca.

Una ola alejó el cuerpo, que empezó a hundirse. Sus compañeros se quedaron en cubierta, observándolo, hasta que el amarillo del sombrero se perdió de vista.

Racovitza se encontraba acostado en el suelo del laboratorio, bajo el tembleque agitado de los tubos de ensayo y los matraces: había sido lo suficientemente previsor para ponerlos a resguardo en sus correspondientes armarios. Intentaba no marearse. Una figura apareció de repente en la puerta; cuando Racovitza volvió la cabeza,

se encontró a Arctowski, lívido, sin dejar de temblar.

—¡Wiencke ha muerto!

—¿Muerto? —preguntó Racovitza, poniéndose en pie de un salto.

—Sí, ahogado, ¡una ola lo ha lanzado por la borda!

Racovitza corrió a la cámara de oficiales, donde encontró a Lecointe. Lo habían ayudado a subir al barco tras el trauma del rescate fallido. Estaba medio desnudo, temblando, y lloraba desconsoladamente. «Raco, no pude, se me escapó de las manos».

Según contaría Racovitza más tarde, tuvieron que consolarlo y vestirlo «como a un niño».

En cubierta no hubo tiempo para llorar la muerte del joven. La tempestad azotaba aún el barco y De Gerlache se puso a los mandos. Tenía que sacar el barco de allí. Divisó tierra hacia la amura de babor. Según los fragmentarios mapas que constituían su única guía de la zona —uno, del Almirantazgo Británico; el otro, elaborado unos años antes por un ballenero alemán llamado Eduard Dallman—, tenía que tratarse de la isla Baja, la más meridional de las islas Shetland del Sur. Viró hacia ella para refugiarse de la tormenta. Con el viento en la popa, el barco zigzagueó a duras penas entre los icebergs y se resguardó al socaire de la isla, donde atracó.

El Belgica se encalmó por fin.

Esa noche reinó en el barco un ambiente sombrío. En las cámaras y los camarotes, los hombres revivían mentalmente los últimos momentos de Wiencke. Muchos de ellos no habían presenciado nunca una muerte violenta. Ni siquiera los más acostumbrados a ver cadáveres, como el médico, estaban preparados para la visión nauseabunda del rostro desfigurado, grotesco, de Wiencke, mientras el mar se lo llevaba.

Racovitza no había presenciado el accidente, pero no lograba quitárselo de la cabeza. Incapaz de conciliar el sueño, fue al laboratorio, se sentó en una silla y reflexionó sobre el giro trágico y repentino que había tomado la expedición: «La empresa acaba de comenzar y ya hemos dejado un cuerpo en el camino. Quedamos dieciocho para luchar contra los peligros de lo desconocido, ¿quién será el siguiente? [...] La naturaleza siempre cobra lo que se le debe». No era el único que se hacía la misma pregunta.

De Gerlache sabía que la Antártida sería peligrosa, que todo el

mundo haría bien en temerla y respetarla, pero el barco había perdido a un hombre, a un buen marinero, incluso antes de avistar el continente. Se preguntó si no echar el bote al agua había sido lo correcto. Se preguntó también qué les diría a los padres de Wiencke, que seguramente le responsabilizarían de la muerte de su hijo. Estaría vivo de no ser por la expedición del Belgica.

Cook sentía aún el peso de Wiencke al otro extremo de la corredera. Lo recordaba luchando por mantenerse a flote, aferrado a ella. Cuando Cook logró acercarlo al barco, el chico estaba vivo, pero ya no respondía. ¿Podría haber tirado de él más rápido? ¿Habría cambiado algo?

Lo que torturaba a Amundsen era que fue él quien le ordenó desatascar el imbornal. Esa noche, al escribir en el diario, elogió a su compatriota: «Nunca lo olvidaremos», escribió. «Tenía, desgraciadamente, un defecto. Siempre quería asomarse a la borda sin amarrarse de la cintura [...]. Yo siempre le ordenaba que se metiera dentro». Eran incontables las ocasiones en que Amundsen le había pedido a Wiencke que se atara un cabo a la cintura. ¿Y si se lo hubiera pedido una vez más?

Sin embargo, el más afectado por la muerte del chico era aquel que más había hecho para salvarlo. Lecointe había puesto su propia vida en peligro al saltar a unas aguas gélidas y furiosas. Lo había tenido entre sus brazos. Pero el heroico esfuerzo había sido en vano y el capitán lamentaba no haberlo agarrado más fuerte. «Veía aún a Wiencke», escribió Lecointe, «sus ojos inertes, abiertos de par en par, desaparecidos para siempre».

07
Terra Incognita

Un punto se hizo visible en el horizonte el 23 de enero, a las cinco de la tarde, cuando la niebla se abrió durante unos segundos. Los hombres avistaban por primera vez las tierras continentales de la Antártida. Unas horas más tarde la bruma se disipó por completo y alrededor del barco se materializó un paisaje montañoso. El Belgica había entrado en la bahía de Hughes, en la costa noroeste de la Tierra de Graham. Los exploradores contemplaban un territorio casi mitológico. La nieve empezaba donde terminaba el agua, como si el océano se hubiera elevado y cubriera la base del Himalaya.

Ese momento fue particularmente emocionante para De Gerlache: la culminación de toda su juventud. Ante sí se encontraba el escenario con el que había soñado desde hacía tanto tiempo. Había tenido que planificar una expedición, recaudar fondos, soportar dardos de la prensa belga y de otros difamadores; había sufrido la humillación de posponer una y otra vez la partida, había evitado un motín y un naufragio —por los pelos, ambos— y había perdido a uno de sus hombres. En ese instante, sin embargo, se realizaba la fantasía de su infancia. Puede que el único hombre a bordo capaz de comprender su júbilo fuera Cook: él también llevaba años obsesionado con ese lugar. Pese a los contratiempos, ambos conservaban la esperanza de que el momento llegaría. Tenían la gloria al alcance de la mano.

Con las banderas noruega y belga a media driza en homenaje a

Wiencke, el Belgica avanzaba entre los icebergs. Buena parte de los islotes que dejaban atrás no aparecían en los mapas. Sobre las aguas cristalinas se extendía el *chuf-chuf-chuf* del motor de vapor. A las nueve y media, bajo una luz estival que se resistía a ceder a la noche, los oficiales eligieron una de las islas para el primer desembarco: un pedazo de basalto irrelevante de unos trescientos cincuenta metros de diámetro, no cartografiado. El viento había limpiado la mayor parte de la nieve y la costa era accesible. De Gerlache bautizó esa primera contribución a las cartas náuticas con el nombre de su padre: isla de Auguste.

De Gerlache, Cook, Arctowski, Racovitz y Danco se apretujaron en una de las barcas y remaron hasta la orilla. Una cacofonía de aves desconocidas —págalos subantárticos, petreles, pingüinos— protestó ante su llegada. «Nada de cuanto nos rodeaba parecía de este mundo», escribió Cook. «El paisaje, la vida, las nubes, la atmósfera, el agua: todo estaba cargado de misterio». Los hombres dedicaron una hora a explorar la isla: Arctowski extrajo muestras de roca; Racovitza recogió líquenes, musgo y diversas especies de algas; Danco intentó atrapar pingüinos. En ese tiempo cayó la noche y subió la marea. Cook y De Gerlache regresaron a la barca para evitar que esta chocara contra las rocas y se tomaron un descanso mientras sus compañeros trabajaban. «Tratábamos de seguir sus movimientos con los prismáticos, mecidos por la barca», escribió Cook, «pero no tardamos en perderlos de vista en la oscuridad. Identificábamos a Arctowski por el eco sordo del martillo, y a Racovitza gracias al coro de pingüinos que lo recibía en cada promontorio». Los hombres regresaron al Belgica pasada la medianoche. Danco llevaba un pingüino vivo bajo cada brazo, luchando por escapar.

Al día siguiente, el 24 de enero, tras un segundo desembarco en otra isla ignota, el Belgica recorrió la costa de la bahía en busca de un paso marítimo que les permitiera atravesar la Tierra de Graham hacia el mar de Weddell, al este. Nunca llegaron a descubrirlo, pero una fractura en la cadena montañosa sugería la existencia de un canal hacia el sudoeste. Los mapas de la bahía de Hughes solo indicaban tierra en esa dirección. Sin embargo, desde el puesto de vigía podían contemplar que el estrecho continuaba hasta donde alcanzaba la vista. Los mapas, por tanto, se equivocaban. Hacía solo un día que el Belgica

navegaba esas aguas y De Gerlache ya tenía ante sí lo que todo explorador anhela: la posibilidad de un gran descubrimiento.

Durante tres días, resistió la tentación de adentrarse en el supuesto canal y permitió que los científicos se detuvieran a explorar la bahía de Hughes y que el capitán Lecointe cartografiara sus contornos. El día 25 de enero, este aprovechó la oportunidad que le brindó el cielo: las nubes se abrieron y pudo marcar la posición del sol sobre el horizonte con el sextante, fijando así la latitud a la que se encontraba el barco. La niebla que suele envolver las costas de la Antártida era uno de los motivos de que los pocos mapas que existían fueran tan imprecisos e incompletos: si ya resultaba complicado entrever la costa la mayor parte de los días, divisar el sol o las estrellas lo era aún más.

El día 26, Amundsen acompañó al equipo de exploración que desembarcó en la isla Two Hummock —una de las pocas que aparecían en los mapas— para probar los esquís. Se deslizó por el glaciar que cubría la mayor parte de la isla, feliz ante la perplejidad de los pingüinos, convencido de ser el primer hombre que esquiaba sobre la tierra firme de la Antártida. Era una gesta menor, claro, pero inauguraba su casillero de «primero en», la entrada inicial en la larga lista de récords polares que esperaba alcanzar a lo largo de su vida.

La tarde del 27 de enero, De Gerlache por fin pudo virar el barco entre la niebla hacia el canal que se abría por el sudoeste, que le atraía desde hacía varias jornadas. Entraban en aguas inexploradas y, para señalar el momento, De Gerlache izó la bandera belga en uno de los palos. Era consciente de que los únicos que la verían ondear serían sus hombres, los animales salvajes y él. El barco más cercano se encontraba a cientos de kilómetros al norte.

Eso creían, al menos. A medida que avanzaban por el canal, entre los soplos de aire de las ballenas jorobadas que les rodeaban a babor y estribor, los hombres distinguieron un objeto largo y recto flotando en el agua. Se trataba de un mástil, con sus vergas, aún no blanqueado por la sal: los pecios de un naufragio, y, a juzgar por las apariencias, de uno perturbadoramente reciente. ¿Había ocurrido en esas aguas o eran restos que llegaban a la deriva, procedentes, diríase, de otro mundo? A bordo, hubo quien se lo tomó como una advertencia. «¿Será este también el destino del Belgica?», escribió Lecointe. «¿Estaremos

condenados a desaparecer sin dejar más rastro que algunas vergas y un pedazo de mástil?».

La luz de cuento de hadas que reinaba en el estrecho les hizo olvidar esa siniestra imagen. El sol se había ocultado ya tras las montañas del oeste, pero aún alcanzaba a iluminar las cumbres y las nubes sobre ellas, formando un dosel dorado que cubría todo el valle en sombra, y se reflejaba en las aguas oscuras. A su alrededor, los icebergs se deslizaban como «apariciones», en palabras de Lecointe.

Los miembros de la tripulación del Belgica eran los primeros seres humanos que contemplaban este paisaje sublime. Impulsados por la potencia de las máquinas, se adentraron en el canal, acunados entre montañas que se elevaban a mil quinientos metros sobre el nivel del mar desde el mismo borde del agua, a uno y otro lado del barco. Eran los habitantes adánicos de un edén helado, nombrando cada isla, cada costa, cada cabo, todas las especies desconocidas que encontraban a su paso, cada centímetro que expandían el conocimiento de la humanidad.

Era el verano antártico, una estación gloriosa en la que las temperaturas no suelen caer por debajo del punto de congelación (ni superarlo más que algunos grados) y nunca llega a hacerse completamente de noche. En su lugar, un eterno crepúsculo arroja su resplandor sobre el mar. «El atardecer y el amanecer se funden», escribió De Gerlache. La oscuridad no tardaría en abrirse hueco entre ambos, prolongándose con cada rotación del planeta.

Las muestras que había obtenido Arctowski, el geólogo, indicaban que la región estaba compuesta en gran medida de roca ígnea, fundamentalmente granito y basalto. Salvo en las caras más verticales, todo estaba cubierto por una capa blanca. Era un territorio forjado en el fuego y cincelado por el hielo. Los glaciares no eran solo las lenguas de hielo que recorrían los valles fluviales, como hacen en las cadenas montañosas de las regiones templadas. Aquí se apropiaban de toda superficie en la que pudiera asentarse la nieve. Nevaba casi todos los días, aunque normalmente lo hacía poco tiempo y en copos no muy grandes. Sin embargo, al no fundirse en verano, y tras miles de años de acumulación, la nieve se había compactado hasta formar una capa de hielo de decenas de metros de espesor, que se movía lenta e inexorablemente hacia el mar, donde se descomponía en icebergs que

se venían abajo por su propio peso o por los lametazos del agua.[17]

Navegando entre cañones de hielo, Cook no tardó en descubrir que el paisaje allí era mucho más dramático que el que había contemplado en el Ártico. Como fotógrafo de la expedición, colocó el trípode en cubierta y dirigió el objetivo hacia cada nueva maravilla que aparecía ante él. «Conforme avanzaba el barco, a gran velocidad, y surgían los escenarios de un mundo nuevo», escribió, «el ruido de la cámara se volvió sucesivo, regular, como el golpeteo de un teletipo». Las fotografías de Cook son, probablemente, las primeras imágenes jamás tomadas en la Antártida. Hacían justicia a un paisaje que incluso a simple vista parecía dibujarse en blanco y negro.

Uno de sus temas preferidos era la variedad infinita de los icebergs. Todos tenían un mismo origen: un desgajamiento del glaciar que se precipitaba al agua —un desprendimiento violento, ensordecedor, que en inglés se conoce como *calving*, el mismo término con que se nombra el parto de un ternero—, pero una vez que el agua comenzaba a esculpirlos, tomaban derroteros muy distintos. El mar, que podía estar un poco más frío o un poco más cálido que el hielo de agua dulce, se dedicaba a pulir aristas, excavar concavidades, definir perfiles. Cuando se llevaba una parte demasiado grande del iceberg, el centro de gravedad cambiaba y la enorme masa se elevaba o se reorientaba en el agua, permitiendo al mar cincelar zonas que antes habían estado fuera de su alcance. Las burbujas que salían a la superficie dejaban muescas verticales en las diversas caras del hielo, como en las columnas acanaladas de la antigua Grecia. Cuando el iceberg cambiaba de posición, el aire también tomaba diferentes direcciones y creaba así estructuras complejas.

Las particularidades del iceberg eran mayores cuanto más tiempo permanecía en el agua. De ese modo, los más grandes —algunos se alzaban más de sesenta metros sobre el nivel del mar; otros podían alcanzar varios kilómetros de largo— se convertían en palacios llenos de galerías. El mar excavaba en ellos grutas profundas y, en ocasiones, los taladraba de un lado a otro, fabricando túneles y columnatas. Los fragmentos más pequeños, en cambio, parecían criaturas fantásticas. Los hombres salían a contemplar su desfile como niños que ven formas en las nubes. «Oí que Arctowski sugería la esfinge de Egipto», escribió Cook, «pero Racovitza insistía que se asemejaba más a un oso polar, y

hubo quien gritó: “¡Se mueve!”. Al instante, la imagen se volvió real y los marineros no podían creer que no fuera un oso de verdad».

Cuando no había viento, los icebergs eran inofensivos y provocaban infinito asombro. Su belleza, sin embargo, era proporcional al riesgo que entrañaban. Las partes sumergidas, conocidas como *bummock*, estaban sujetas a los efectos de las corrientes más profundas, cuya dirección podía no coincidir con las de las corrientes superficiales o los vientos. Eso ocasionaba que el movimiento de los icebergs resultara, muchas veces, impredecible. Lo que con buen tiempo era un maravilloso parque de esculturas, cuando el barco atravesaba una tormenta o bancos de niebla podía convertirse, así, en una trampa mortal.

Las fotografías en blanco y negro de Cook muestran perfectamente los crudos contrastes de las montañas cubiertas de nieve de la Antártida, pero no consiguen capturar la sutil gama cromática que uno solo llega a apreciar cuando se acerca: el amarillo, rojo y naranja de los líquenes que adornan las rocas, el vibrante aguamarina de la base sumergida de los icebergs. Tampoco registraban el hermoso espectro de azules que se escondía en las grietas y fisuras, reflejándose en el hielo. Era allí, en las cavernas de los icebergs, donde se concentraban los colores, tentando a los marineros a adentrarse en sus pasadizos.

Cook no desaprovechaba una ocasión para bajar del barco. Era el más ágil de la expedición. Antes de que la barca llegara a tierra ya estaba de pie en la proa y era el primero en saltar a la roca resbaladiza con un amarre en la mano. Cargaba la pesada cámara hasta algún saliente inestable y tomaba fotografías panorámicas en las que se veía al Belgica navegar majestuosamente por el canal. La impresión de quietud y serenidad de esas imágenes contrasta con la manera en que el propio Cook describe los ruidos que les rodeaban: «Eran formidables, y extrañamente interesantes, los sonidos curiosos de los cormoranes, los chillidos penetrantes de las gaviotas, el rudo *ka-a-ah, ka-a-ah* de los pingüinos, el soplo repentino e inesperado de las ballenas, las salpicaduras de focas y pingüinos y los reclamos infantiles de las crías que aguardaban en las rocas, frente a nosotros». Cada cierto tiempo, entre las montañas, retumbaba el rugido de un iceberg al desprenderse, el estruendo con que la naturaleza mostraba todo su poder.

Racovitza, el primer naturalista en pisar las tierras continentales de la Antártida, tomó por costumbre arriesgar la vida en beneficio de la ciencia. La tarde del 1 de febrero, mientras exploraba lo que más tarde se bautizaría como isla de Cuverville, se encontró a los pies de un inmenso acantilado, en cuya cima divisó, con el catalejo, unas pocas briznas de hierba. Era como avistar una palmera en el desierto: desde que partieran de América del Sur no habían hallado más vida vegetal que algas, musgos y líquenes. Pese a la peligrosa ascensión que le separaba de ella y su falta de experiencia como montañero, Racovitza no dudó en ir a recoger una muestra. Dejó la mochila y el rifle y comenzó a escalar, agarrándose a las asperezas de la roca con la punta de los dedos, encajando el piolet en las grietas e impulsándose con el mango. Fue una subida extenuante, pero la adrenalina le infundía fuerzas. Cuando se encontraba cerca de su objetivo, a una altura mareante sobre los guijarros de la playa, dos págalos —dos aves pardas, grandes, similares a gaviotas— se abatieron sobre él y comenzaron a darle picotazos y golpearle violentamente con las alas. Trataban de defender a sus dos polluelos, cuyas cabezas aterciopeladas Racovitza distinguía ahora asomando del nido, en un saliente cercano. Fue un momento aterrador: un movimiento en falso podía suponer una caída fatal. Sujetándose a la roca con la mano izquierda, Racovitza agitó con fuerza el piolet y consiguió espantar momentáneamente a las aves, lo suficiente para arrancar unas briznas de hierba y emprender el descenso.

El esfuerzo mereció la pena: había encontrado la planta con flor que crece más al sur de la Tierra, *Deschampsia antarctica*, una hierba muy escasa y resistente, capaz de soportar el frío, el viento y la pobreza del suelo. La Antártida es una tierra inhóspita y despiadada, pero no estéril. La vida persevera.

Al microscopio, Racovitza halló también una gran cantidad de microorganismos, como los tardígrados, octópodos y regordetes, capaces de sobrevivir en las condiciones más extremas (e incluso, como se descubriría más tarde, en el espacio). Recogió ácaros de las rocas recubiertas de líquenes y descubrió el animal más grande y estrictamente terrestre que habita en la Antártida: un mosquito de cinco milímetros, negro, incapaz de volar, conocido como *Belgica antarctica* en honor a la expedición. Es el único insecto nativo del

continente y puede pasar dos años en fase larvaria antes de alcanzar el estado adulto, solo durante algunos días de verano, suficiente para reproducirse. El hecho de que haya perdido las alas durante la evolución nos muestra la ferocidad de los vientos que asolan el continente.

Como Racovitza observó, todos los animales del ecosistema dependían directa o indirectamente del mar. Las aves se alimentaban fundamentalmente de kril y crustáceos. Algunas, como el págalo, comían también huevos y crías de pingüino. Otras, como el petrel gigante antártico, eran carroñeras voraces: era tal la cantidad de carne que devoraban que no podían echar a volar cuando Racovitza se acercaba a inspeccionar un animal muerto. El zoólogo descubriría que, en su lugar, el petrel gigante había desarrollado un mecanismo de defensa particularmente repulsivo. «Vomita sobre ti el contenido de su tracto digestivo, y puedo asegurar que uno pierde toda su dignidad al verse cubierto de tal mejunje en descomposición», escribió. «El olor es persistente y horrible, […] y no es fácil contener el impulso de imitarle».

En lugar del aire puro que los hombres esperaban respirar en estas gélidas latitudes, el viento solía llevar consigo aromas desagradables: del intenso hedor mamífero de las colonias de focas al soplo putrefacto de las ballenas, que Racovitza, de nuevo, tuvo el privilegio de experimentar de cerca. Deseaba a toda costa fotografiar una ballena jorobada cuando saliera a respirar a la superficie. Un día, al divisar la silueta de un cetáceo sumergido que se dirigía hacia el costado del barco, corrió al puente con la cámara y se preparó para disparar. Había previsto perfectamente el movimiento de la ballena: el animal emergió justo ante sus ojos y exhaló por el espiráculo, cubriendo a Racovitza de un fétido chorro en el que se adivinaba el olor de incontables animales muertos en el interior de sus barbas.[18] «Me avergüenza reconocerlo, pero en ese momento el olor que me llenó las fosas nasales era tan desagradable que se me olvidó pulsar el obturador», escribió.

Uno de los olores predominantes era el tufo de los restos putrefactos de animales marinos que emanaba de las colonias de pingüinos. Estas zonas de anidación, saturadas del guano que teñía la nieve de un rojo sangriento, podían distinguirse a cientos de metros de

distancia por el aroma acre y los graznidos de sus habitantes. De todas las criaturas que la expedición encontró a su paso, ninguna les resultó tan entretenida como los pingüinos, por sus cómicos andares —que recordaban al torpe bamboleo con que la gente se movía en las películas, una tecnología que los hermanos Lumière habían mostrado en Bruselas solo dos años antes— y la complejidad de sus sociedades. Al evolucionar en completo aislamiento, los pingüinos de la Antártida no habían aprendido a temer a los humanos, de modo que Racovitza podía acercarse a observar sus rituales. El zoólogo rumano, cuyas descripciones estaban llenas de humor y vivacidad, no pudo evitar referirse en términos antropomórficos a las dos especies de pingüinos mayoritarias en el canal. El pingüino barbijo, escribió, podía identificarse por «una fina línea negra que se le curva en la mejilla blanca como el bigote de un mosquetero. Eso le confiere un aspecto pendenciero y belicoso, lo que se corresponde con su carácter». Los barbijos eran proclives a reñir por extensiones mínimas del territorio. Cuando se enfrentaban, «desde la distancia, era como ver a dos pescaderos discutir por la frescura del género». El pingüino juanito era mucho más amigable y cooperativo. Y colorido, también. Según la descripción de Racovitza, eran «ligeramente mayores que los barbijos, con un atuendo mucho más suntuoso», en el que resaltaba el escarlata de las patas y el pico y la diadema blanca que les coronaba la cabeza.

Aunque el tamaño y los patrones de apareamiento eran bastante similares, el comportamiento de los barbijos y los juanitos se diferenciaba lo suficiente como para que Racovitza comparase sus sociedades respectivas con las dos ideologías políticas principales que en aquella época se enfrentaban en el mundo occidental (y que eran objeto de debates apasionados entre la tripulación y los oficiales del Belgica): el pingüino barbijo, escribió, «es estrictamente individualista, en constantes […] disputas para defender su propiedad». Contrastaba con el «decente y honesto juanito […], un astuto comunista sin nada que defender frente a sus conciudadanos, pues ha compartido la tierra con ellos y simplificado las labores de crianza mediante el establecimiento de una guardería comunitaria». Los hombres estaban tan locos por los pingüinos juanito que capturaron a tres y los subieron a bordo. Dos murieron casi inmediatamente. El tercero logró aclimatarse y se le veía pasear tranquilamente por la cubierta. La

tripulación se encariñó con su mascota. Lo mimaban y lo llamaban Bebé.

El objetivo de Racovitza no se limitaba a la mera observación. Se esperaba que regresara a Bélgica con varios especímenes de las diversas especies que encontrara, tanto botánicas como zoológicas, para aumentar las colecciones de los museos. Esa misión le obligaba a matar animales con una frecuencia desagradable, en una necesaria profanación del paraíso blanco en nombre del conocimiento. Las aves marinas y los pingüinos caían fácilmente con una carga de perdigones, un porrazo certero o una veloz torcedura de cuello, pero las presas mayores requerían munición pesada, en especial las focas leopardo y las focas de Weddell. Aunque Racovitza llevaba a cabo tales ejecuciones con una eficacia clínica, la violencia y el espanto de la muerte solían dejarle mal cuerpo. En su diario, al hallar una foca leopardo hembra tumbada de costado, cuenta: «Le disparo detrás de la oreja con una bala de punta hueca, que sale por encima del ojo. El animal muere allí mismo, pero de ambos orificios mana incesantemente un chorro de sangre, de la anchura de un dedo gordo, durante cinco minutos. Es una cantidad de sangre aterradora».

Tras llevar a cabo mediciones *in situ*, sobre el cadáver del animal aún caliente, un asistente —normalmente Johan Koren— le ayudaba a prepararlo para su conservación. En el caso de los vertebrados, eliminaban la carne y los órganos y limpiaban el tejido adherido a los huesos, que etiquetaban y guardaban. Si encontraban un feto, lo extraían del útero de la madre y lo conservaban en un recipiente con alcohol. Las pieles las secaban y trataban con arsénico para protegerlas, de forma que los taxidermistas pudieran utilizarlas al regresar a Europa. Los ejemplares más pequeños, como las larvas o los microorganismos, se conservaban en láminas. En tres semanas, Racovitza recogió muestras de más de cuatrocientas especies de plantas, animales, hongos, algas y diatomeas, ciento diez de las cuales resultaban desconocidas para la ciencia. El laboratorio parecía un museo en miniatura. Lo único que lamentaba era no haber capturado una ballena.

El trabajo de Emile Danco reportaba resultados menos tangibles. Era el encargado de elaborar el mapa geofísico de la región. Debía determinar con precisión las variaciones locales de los campos

magnéticos y gravitacionales de la Tierra. Esos datos servirían, entre otras aplicaciones prácticas, para ayudar a futuros navegantes.[19] También resultaban valiosos desde una perspectiva puramente científica, pues ayudarían a comprender mejor el magnetismo terrestre. Desgraciadamente, Danco no era científico. De Gerlache no le había contratado por sus cualificaciones, sino por amistad y lealtad y para tener a su lado a alguien en quien confiar. Quizá por lástima, también. No obstante, le costó mucho asignarle un cometido que pudiera desempeñar. Danco era teniente de artillería, lo que en la Antártida poseía una utilidad reducida. En un primer momento, el comandante quiso que se ocupara de los estudios meteorológicos. Danco asistió a varios cursos en diversas instituciones, hasta que la tarea le pareció demasiado complicada y solicitó una misión diferente. Entonces, De Gerlache le sugirió que estudiara geofísica. Danco aceptó y pasó algunos meses con los mayores expertos de Europa. Sin embargo, carecía de una mente técnica y, aunque aprendió a utilizar algunos instrumentos con cierta competencia, como el magnetómetro de Neumayer, no entendía demasiado bien el fenómeno que estaba midiendo; no lo suficiente, desde luego, como para tomar en consideración aquello que no alcanzaba a comprender, como la manera en que ciertos factores externos afectaban a sus mediciones. Tampoco era capaz de realizar las complejas operaciones matemáticas requeridas ni de recordar detalles básicos sobre el uso de las herramientas, carísimas, que la expedición le había comprado, o los protocolos a seguir. La mayor parte de los estudios que produjo resultarían completamente inútiles.

El capitán Lecointe, en cambio, poseía todo el rigor científico que le faltaba a Danco. Como navegante, su trabajo consistía en ubicar al Belgica en el espacio y en el tiempo. Eso requería profundos conocimientos de trigonometría y astronomía, disciplinas que a Lecointe se le daban especialmente bien. A sus veintiocho años, había heredado la pasión y las dotes numéricas de su padre, profesor de matemáticas, y había publicado un libro muy técnico sobre navegación celeste, que estaba bien considerado entre la comunidad científica. Cada vez que las nubes se apartaban lo suficiente para permitirle divisar el Sol, la Luna o una estrella en el sextante, Lecointe medía su altitud sobre el horizonte, y, consultando las cartas estelares,

deducía de ella la latitud a la que se encontraba el barco. A continuación, gracias a un cronómetro marino que marcaba la hora media de Greenwich, podía determinar también su longitud. A partir de esas coordenadas, Lecointe trazaba la silueta de las costas que les circundaban.

Las condiciones de la Antártida, no obstante, parecían conspirar contra la navegación y la cartografía. El cielo estaba cubierto la mayor parte de los días, por lo que Lecointe solo pudo determinar las coordenadas exactas del barco en cinco ocasiones durante el tiempo que pasaron en el canal. Más tarde se comprobaría que esas mediciones habían sido de gran precisión: el margen de error no solía superar un minuto de grado. Sin embargo, para completar el resto del mapa tuvo que recurrir a otros métodos. Uno de ellos, conocido como navegación por estima, consistía en calcular las coordenadas y el rumbo a partir de variables como las lecturas de la brújula, la variación magnética en la zona y la velocidad aproximada desde la última posición conocida. Era un sistema útil para conocer la progresión del barco en aguas abiertas, pero no permitía trazar un mapa con exactitud. Estaban descubriendo nuevas tierras y tenían el deber de buscar métodos más precisos.

Lecointe propuso una técnica alternativa. Aunque era más arriesgada, era probable que diera mejores resultados. En primer lugar, varios hombres debían bajar a tierra y ascender a un lugar elevado, desde el que se observara una amplia panorámica del canal y las islas a sus pies. Desde allí habrían de realizar mediciones con un teodolito, que les indicaría el ángulo de depresión de las líneas de visión respecto a diversos puntos de referencia. Siempre que pudieran conocer exactamente la altitud a la que se encontraba el observador, estas líneas de visión formarían las hipotenusas de unos triángulos que, mediante simple trigonometría, permitirían establecer la distancia al punto de referencia en cuestión. Para ponerlo a prueba, decidieron que De Gerlache dirigiera la ascensión de un pequeño equipo, con Cook, Amundsen, Danco y Arctowski, hasta un promontorio en el que obtener la vista necesaria. Lecointe les enseñó a utilizar el teodolito.

La tormentosa tarde del 30 de enero, el grupo remó hasta una de las dos islas principales que formaban el límite noroccidental del

canal, una masa de tierra de unos mil ochocientos kilómetros cuadrados que se conocería como isla de Brabante. Lecointe y dos marineros más, Tollefsen y Knudsen, les ayudaron a desembarcar a los pies de una roca empinada y resbaladiza sobre la que les esperaba un apacible grupo de cormoranes curiosos. Grandes olas agitaban la barca y complicaban la tarea. Los hombres habían llevado a la isla dos trineos cargados de comida y equipo de acampada y tuvieron que arrastrarlos sobre una capa de nieve de más de un metro de espesor, remontando un desnivel de hasta cuarenta grados. Por precaución, habían desembarcado provisiones para quince días, pese a que no pensaban pasar más de ocho en la isla. Se habían atado los pesados trineos a la cintura y, esforzándose a cada paso, parecían jugar al juego de la soga contra la gravedad. *Primer viaje en trineo por la Antártida*, pensó Amundsen, mientras ascendía trabajosamente por el glaciar. Una nueva entrada en su contabilidad de gestas polares.

Les llevó casi cuatro horas alcanzar una zona llana, a una altitud de trescientos treinta metros. Sin aliento, humeando por el esfuerzo, se detuvieron a descansar y contemplar el esplendor que les rodeaba, antes de que la nevada comenzara a oscurecerlo. Se despidieron con gestos de Lecointe, Tollefsen y Knudsen, que se dejaron caer por la pendiente blanca mientras reían como niños. Durante los días que siguieron, en ausencia de De Gerlache, Lecointe tomaría el mando del Belgica y continuaría explorando y trazando el mapa del canal.

La nevada que los había acompañado el día entero arreciaba. Vientos gélidos y arremolinados bajaban de los picos, impidiéndoles seguir adelante. De Gerlache decidió montar el campamento para pasar la noche (*la primera noche en la Antártida*, anotó Amundsen en su registro mental). Mientras la nieve y el viento les golpeaban, tres hombres excavaron y aplanaron el área donde levantarían el refugio, una tienda en forma de casa, con cuatro paredes y un tejado a dos aguas, hecha de seda impregnada de aceite. La fuerza de los elementos hacía aún más dura la tarea. «El viento caía del lecho glaciar sobre nuestras cabezas y casi no podíamos mantenernos en pie», escribió Cook. «Hicieron falta dos hombres para sujetar la tienda, y el esfuerzo conjunto de todos los demás para que el equipo que llevábamos no saliera volando sobre los acantilados, que estaban a unos pocos metros de nuestra posición».

El grupo levantó el campamento a las nueve de la mañana del día siguiente y emprendió el camino hacia la montaña que habían divisado desde el barco. Tuvieron que ascender entre la densa niebla que la tormenta había dejado y no tardaron en encontrarse al borde de una enorme fisura, así que regresaron a la planicie para acampar de nuevo. Habían perdido un día. La ascensión no resultaría tan sencilla como les había parecido desde abajo. La Antártida les enseñaba rápidamente que sus montañas podían entrañar tanto peligro como sus mares.

A la mañana siguiente, los hombres buscaron una ruta alternativa hacia la cima. De Gerlache y Danco, que habían aprendido a esquiar juntos en Noruega, decidieron ponerse los esquís para evitar hundirse en la nieve. Amarrados al mismo trineo, los dos amigos arrastraron los pies por la llanura con dificultad, De Gerlache a la derecha, Danco a la izquierda, ambos vigilándose mutuamente para coordinar las zancadas. Pronto acompasaron el ritmo con que los esquís de madera se deslizaban sobre el polvo recién caído, en un rumor de arrullo. De repente, Danco desapareció. Se había precipitado por una grieta oculta bajo la nieve. En un acto reflejo, De Gerlache trató de alcanzarlo con las manos. El comandante sintió que algo tiraba de él. «Probablemente ambos habríamos acabado en el fondo del abismo si sus enormes esquís no se hubieran encajado en las paredes del barranco», escribió De Gerlache. Tras ayudar a Danco a salir, los hombres descubrieron que las laderas, que desde el barco les habían parecido uniformemente blancas, estaban en realidad agujereadas por grietas y gargantas, algunas de las cuales podían tener decenas de metros de profundidad. Podrían cartografiar las tierras circundantes con mayor precisión si continuaban ascendiendo, pero De Gerlache valoró que era demasiado peligroso. Frustrados, los hombres volvieron de nuevo sobre sus pasos.

Durante los días que siguieron, De Gerlache y Danco instalaron el teodolito en un promontorio más bajo, un saliente abrupto sin nieve a unos treinta metros sobre el nivel del mar. El primer día los envolvió una nube: los momentos en que tenían visión sobre el canal eran demasiado escasos y fugaces como para tomar mediciones. La niebla comenzó a disiparse al segundo día y reveló toda la majestuosidad del canal, flanqueado por montañas, extendiéndose de izquierda a derecha, las aguas aparentemente tan mansas como las de un estanque

y los descomunales icebergs reducidos a pequeñas motas sobre la superficie. Era una visión «más hermosa aún», escribió Cook, «que todo lo que hubiéramos visto desde que entráramos en este nuevo mundo blanco». No obstante, las escasas mediciones que De Gerlache y Danco pudieron realizar fueron inútiles: no habían ascendido lo suficiente para diferenciar las islas de las tierras continentales. Lo que sí vieron fue que no había ningún paso que atravesara la península hacia el este.

Cook y Amundsen no se arredraban tan fácilmente como el comandante. Habían llegado hasta allí y no sabían cuándo volverían a tener la oportunidad de ascender una montaña en la Antártida. El 4 de febrero decidieron lanzar un último asalto a la cumbre más elevada, que se les resistía. No tanto por amor especial a la ciencia o a la cartografía (ni siquiera se molestaron en llevar el teodolito) como por satisfacer el anhelo que sienten algunos hombres de llegar a lo más alto de las cosas.

A veinte metros sobre la cabeza de Amundsen, recortada contra el cielo del verano austral, la silueta de Cook ascendía la ladera de la montaña a golpe firme de piolet. Sujeto a la pared de nieve casi vertical, Amundsen observaba la lluvia de fragmentos de hielo que caían a su lado. Volvió la mirada hacia el este y entrevió lo que desde el comienzo de la subida intentaba no contemplar. Más allá del sendero zigzagueante de huellas que el doctor había abierto para ambos y que bajaba cuarenta y cinco metros hasta el pie de la pared, la vista se perdía en una grieta que podría tener otros treinta metros o más de profundidad. El brillo turquesa de la superficie del hielo desaparecía en la oscuridad de la grieta. No alcanzaba a ver el fondo. Amundsen se agarró a la cuerda que lo ataba a Cook por la cintura y la tensó. Se concentró en la respiración y en el sonido repetitivo del piolet. Tenía el bigote rubio caído, moteado de nieve. Pese a las temperaturas bajo cero y al viento silbante que le empujaba a abandonar la empresa, no sentía frío. Más bien todo lo contrario: el calor le incomodaba y sentía envidia del anorak y los pantalones de Cook, de piel de foca, mucho más livianos.

Amundsen se había dado cuenta de que Cook poseía una valiosa experiencia como explorador polar. Durante el tiempo que habían

pasado juntos, no había desaprovechado una oportunidad de estudiar la manera en que el médico resolvía las situaciones difíciles. Admiraba su manera metódica y serena de escalar, una habilidad que Cook había adquirido en Groenlandia, igual que la ropa de piel de foca. Sus movimientos eran precisos, seguros, como si estuviera realizando una operación quirúrgica. Primero introducía perpendicularmente el piolet en la pared. Justo cuando el filo atravesaba la nieve, tiraba de él hacia arriba para ensanchar la incisión y evitar que se atascara. Entonces abría una huella lo suficientemente amplia como para acomodar las raquetas que ambos llevaban atadas a las botas. Estos artilugios incómodos, semejantes a las viejas raquetas de tenis de madera, resultaban convenientes para grandes llanuras nevadas, pues distribuían el peso sobre una superficie mayor y evitaban que los pies se hundieran, pero no eran apropiadas para los ascensos. Eran más grandes que la huella y estaban hechas de madera, lo que no proporcionaba ningún agarre.

La cuerda tampoco ofrecía mucha confianza. Amundsen pesaba bastante más que Cook. Si resbalaba o si la nieve se desmoronaba bajo sus pies, podía arrastrar consigo a su compañero. Y si Cook daba un paso en falso, es probable que el peso de su cuerpo ejerciera sobre la cuerda una fuerza repentina demasiado grande, provocando que Amundsen se soltara y que ambos cayeran al abismo helado.

Los peligros, además, no estaban solo bajo sus pies. Sobre ellos había masas de hielo que se balanceaban precariamente al borde del acantilado, como en la cresta de una ola, y amenazaban con desprenderse en cualquier momento sobre los escaladores. Aún no hacía dos semanas que estaban en la Antártida, pero ya habían visto que el entorno podía transformarse y erosionarse a gran velocidad, que el hielo estaba vivo, especialmente en verano.

Cook subió el pie hasta la huella que acababa de excavar. Por debajo, Amundsen le imitó.

Al rebasar el borde del acantilado se encontraron sobre un gran altiplano. Mientras recuperaban el aliento, los hombres contemplaron una cordillera que perforaba la nieve, como la oscura espina dorsal de una docena de monstruos prehistóricos. *Mayor altitud jamás alcanzada en la Antártida*, se dijo Amundsen. Desde allí, Cook divisó un precipicio, como una boca esperando el alimento, y lo que parecía un

puente arqueándose sobre él. La única manera de alcanzarlo era descender el camino que acababan de escalar. De nuevo, Cook avanzó en primer lugar, lo que significaba que por encima de Amundsen no habría nadie para sujetar la cuerda. A cambio, el primer oficial podría descender por huellas recién talladas y probadas. Ya se le estaba haciendo más sencillo.

Un poco después, habían dado toda la vuelta y se acercaban al paso que Cook había divisado. Allí descubrieron una maravilla de la ingeniería natural: un puente hecho completamente de nieve, cruzando sobre el vacío, como construido por una mano invisible.

Los puentes de nieve fueron otro de los asombrosos hallazgos de la Antártida. Su arquitecto era el viento, que recogía nieve y la depositaba al borde de una grieta. Poco a poco, el polvo se acumulaba hasta formar un saliente, que se convertía en una cornisa, y esta en una plataforma que, en el caso poco frecuente de que no se derrumbara bajo su propio peso, podía cruzar hasta el otro lado. Era una imagen muy hermosa, pero entrañaba un gran riesgo. No se podía saber qué peso aguantarían estas estructuras, tan traicioneras como las trampas cubiertas de palos y hojas con que los cazadores tradicionales trataban de atrapar alces o tigres. A ellas hay que atribuirles un número desorbitado de exploradores polares muertos.

Cook le indicó a Amundsen que excavara un asiento y dos reposapiés a los que sujetarse para mantenerse en caso de que el puente colapsara bajo sus pies. Podía comprobar la firmeza del suelo con un pie, pero la única manera de saber si se derrumbaría a su paso era confiarse a él. Se tumbó sobre la fina capa de hielo para que el cuerpo ocupara el área más amplia posible, como una raqueta humana. Le dio un tirón a la cuerda que lo ataba de la cintura para confirmar que estaba seguro y cruzó al otro lado, reptando.

Llegó el turno de Amundsen. El primer oficial pesaba trece kilos más que el doctor. Cook había conseguido cruzar, pero ¿se habría debilitado el puente con su peso? La cuerda que les ataba se extendía al nivel del suelo; en caso de caer, recorrería varios metros en el vacío antes de sostenerlo.

Si trataba de atravesarlo muy rápido, Amundsen corría el riesgo de poner demasiada presión en un único punto o de resbalarse y caer por un lado. Al mismo tiempo, cada segundo que pasaba suspendido

sobre la grieta estaba ejerciendo fuerza sobre el puente. Se arrastró a un ritmo tan constante y fluido como pudo, vigilando el estado de la nieve. El puente resistió.

Los hombres por fin cruzaban la garganta que les tenía bloqueados desde hacía varios días. Continuaron hasta la siguiente cumbre, una escalada que les pareció extraordinariamente sencilla comparada con lo que acababan de hacer. Justo cuando se tomaban un descanso para contemplar ese paisaje virgen, sin embargo, una niebla densa se cernió sobre él. Aunque la noche tardaría aún varias horas en llegar y en esa época del año no duraba demasiado tiempo, no tenían visibilidad para continuar hasta una cumbre más alta. Era el momento de regresar al barco. Cook optó por un camino que había divisado desde el alto, justo antes de que la niebla se les cerrara por completo, y le había parecido exento de dificultades. En realidad, era mucho más peligroso que la vía que acababan de tomar.

Adentrándose en el valle, entre la niebla y la nieve que amortiguaba cualquier sonido, Amundsen no quitaba la vista de la cuerda que indicaba el camino a seguir y le confirmaba que no estaba solo, aunque no pudiera oír los pasos del doctor ni distinguir su silueta. De repente, como si estuviera viva, la cuerda tiró violentamente de Amundsen hacia delante. Tras varios pasos tambaleantes, este consiguió mantenerse en pie y retrocedió instintivamente con todas sus fuerzas. A pocos pasos por delante de él, la nieve había cedido bajo el peso de Cook. Amundsen clavó las botas en el hielo y tiró de la cuerda, utilizando la totalidad de sus músculos para evitar que el peso del doctor los condenara a ambos al fondo de la abertura.

Los pies de Cook colgaban sobre el vacío. Con la ayuda de Amundsen, consiguió salir de allí y se limpió la nieve de la barba. Era la segunda vez en su carrera de explorador en que burlaba a la muerte.

Es más que probable que compartieran una risa nerviosa antes de seguir adelante. Menos confiados, esta vez. Ante ellos se extendía un territorio plagado de peligros formidables. El manto de nieve aparentemente uniforme que habían observado desde arriba escondía una red de grietas y fisuras similar a la que casi se había tragado a Danco tres días antes. En esa isla, cada nuevo paso era un acto de fe.

Continuaron cautelosamente. Pocos minutos después, era Amundsen quien se precipitaba por una oquedad en el suelo. Experimentó la sensación mareante de caer más rápido que su estómago, seguida por una subida de adrenalina. La cuerda se tensó. Atisbó la oscuridad a sus pies, en la que se disipaba gradualmente la luz que entraba por el hueco que acababa de abrirse. Su vida ahora estaba en manos del doctor.

Cook resistió y Amundsen consiguió escalar de vuelta a la superficie. Regresaron al campamento ocho horas después de su partida.

Puede que no haya mejor forma de adentrarse en las mentes de Amundsen y de Cook que observar su respuesta a esta experiencia. Habían estado a punto de perder la vida en dos ocasiones durante una aventura cuya única justificación era la búsqueda del riesgo y la emoción. Sin embargo, en lugar de amedrentarse ante la multitud de formas en que el hielo y la nieve podían acabar con ellos, se sentían revigorizados, con más energía que nunca. Y la fascinación de Amundsen hacia Cook había aumentado. «Resulta interesante observar el pragmatismo y la tranquilidad de este hombre», escribió esa noche en su diario. «Espero que no haya sido la última excursión de esta clase».

La noche en que llegaron al campamento y se reencontraron con De Gerlache, Danco y Arctowski fue horrible. El viento y la lluvia golpeaban incesantemente contra las paredes de la tienda. La tela comenzó a estirarse y a rasgarse. Los intentos de arreglarla con imperdibles solo provocaron nuevos desgarros. Para aprovechar lo que quedaba, los hombres recogieron los fragmentos en mejores condiciones y confeccionaron una tienda más pequeña. A continuación, construyeron un muro de nieve que la protegiera del viento y se apiñaron en el interior. La humedad —que ya era un problema cuando la tienda conservaba su tamaño original— se volvió insoportable. En las paredes se formaban pequeñas gotas por culpa de la condensación que los cinco hombres generaban al respirar, pegados unos a otros, y les escurría en las cabezas y les empapaba los sacos de dormir. La lluvia se colaba entre las aberturas de la tela, rociándoles. El charco dejado por la capa de nieve sobre la que habían instalado la

tienda empapaba el suelo poco a poco. Por la mañana, la lluvia había derretido el muro de nieve y el viento redoblaba su asalto.

Nadie pudo conciliar el sueño esa noche. Para pasar las horas, Cook y Amundsen, aún con la emoción de la excursión y de su incipiente amistad, compartieron ideas sobre cómo perfeccionar el material necesario en una expedición polar. Discutieron especialmente acerca del diseño de una tienda que ofreciera mejor ventilación y menos resistencia al viento. A ambos les unía una ambición común: la de, tras participar en la aventura del Belgica, dirigir sus propias expediciones. Todo momento era una irrepetible oportunidad de preparación.

Cuando se levantaron, los cinco hombres descubrieron el campamento completamente encharcado. La tormenta amainó unos instantes y sintieron alivio al divisar el Belgica en la distancia. Escalaron hasta una roca cercana, sobre la que izaron una bandera para indicar que pretendían regresar a bordo.

Lecointe dirigió el Belgica hasta la costa de Brabante a las cinco de esa misma tarde. Mientras remaban de vuelta al barco, los hombres pensaron en los días que acababan de vivir. De Gerlache consideraba que la misión había resultado decepcionante: las mediciones del teodolito no habían dado resultados satisfactorios y apenas contribuyeron a mejorar la cartografía del canal. Amundsen, en cambio, sentía una emoción incontrolable. Entre la dureza del ascenso y lo miserable de la última noche en una tienda hecha pedazos, su mente no dejaba de repasar todo lo aprendido. En cuanto volvió a bordo, corrió al camarote para apuntarlo en el diario. Hizo un diagrama de una de las ocurrencias de Cook, al que nunca se le acababan las ideas: una tienda cónica que pudiera desviar las embestidas frontales del viento. Esbozó también el saco de dormir que Cook había diseñado para sí mismo, con una capucha que podía ajustarse alrededor de la cara para mantener el calor en el resto del cuerpo y, sobre todo, protegerlo de la humedad. Y añadió: «Ropa ligera, lana por todas partes. Elegir siempre lo más ligero. Asegurarse de tener una caja grande y otra pequeña impermeables para las cerillas. Gafas de nieve, indispensables».

La admiración con que observaba el carácter pragmático y la experiencia polar de Cook no era ningún secreto. Consideraba que

todo el tiempo que pasaba con él constituía un aprendizaje de algún tipo. Cook no era insensible a tales halagos. Mucho después de que desanudaran la cuerda que los había unido en la ladera del acantilado, el vínculo que se había formado entre ambos siguió siendo irrompible.

---

[17] En otras regiones del continente antártico, el casquete de hielo puede alcanzar más de dos kilómetros de espesor.

[18] Eso era lo que Racovitza suponía, al menos. Algunos biólogos creen, por el contrario, que el aliento nauseabundo de las ballenas jorobadas procede de bacterias pulmonares.

[19] Durante el siglo XIX, los geógrafos estaban convencidos de que, si lograban elaborar una tabla exhaustiva en la que se recogieran las variaciones magnéticas en todo el planeta, podrían disminuir la dependencia de los astros a la hora de navegar, un sistema que requería unos cielos despejados con los que no siempre se podía contar. Michael Palin, antiguo presidente de la Real Sociedad Geográfica Británica, definió este proyecto como «el equivalente decimonónico al GPS».

08

«¡Hacia el sur!»

—¡Dese prisa, Arctowski!

La mañana del 10 de febrero, el geólogo polaco corrió en dirección a una morrena, buscando muestras de roca, y quedó envuelto en la niebla. De Gerlache lo esperaba en la playa rocosa, junto a la barca, llamándolo a voces para recordarle que solo disponía de diez minutos antes de regresar al Belgica.

Si el comandante gritaba con tanta urgencia no era por las circunstancias particulares de Arctowski y la morrena. A De Gerlache empezaba a preocuparle la demora que la expedición acumulaba en el canal, aún en el extremo occidental de la Tierra de Graham. Según el plan inicial, el barco tendría que navegar en ese momento cientos de kilómetros más cerca de la Tierra de Victoria, donde se suponía que iban a alcanzar el polo sur magnético, al otro lado del continente. El Belgica, a 66°30’ de latitud sur, ni siquiera estaba cerca del círculo polar antártico.

El tiempo pasaba. Desde que la expedición desembarcara por primera vez en la Antártida tres semanas antes, las noches, que prácticamente no existían, habían crecido varias horas. Un frío sin límites no tardaría en asolar la superficie del agua, para congelarla y formar la impenetrable masa de la banquisa, que bloquearía todo a su paso e inmovilizaría cualquier barco que tuviera la mala fortuna de quedarse atrapado en ella. De Gerlache sabía que si el Belgica no

lograba alcanzar el círculo polar antártico —lo que ni siquiera constituía un récord, pues el capitán James Cook ya lo había atravesado hacía más de un siglo— antes de que el hielo les impidiera el paso, la prensa belga no tendría clemencia de él a su regreso. Volvía a sentir un miedo terrible a que la gloria se le escapara, y cada día se levantaba con el deseo de recorrer más kilómetros. Sin embargo, también sabía que le lloverían las críticas si no completaba el programa científico. Por eso, cuando Arctowski observó una «montaña piramidal de rocas rojas, de una apariencia muy distinta al resto de la zona» y le suplicó que le permitiera examinarla, De Gerlache accedió, como hiciera ya muchas veces antes, aunque en esta ocasión insistió en acompañarle él mismo a la orilla para que no se retrasara.

Era el decimoctavo desembarco de la expedición, en la costa de lo que hoy se conoce como bahía Paraíso. La mañana del 12 de febrero, la expedición alcanzó lo que más tarde se llamaría cabo Renard, una sombría torre de basalto oscuro que se elevaba directamente desde el agua, tan escarpada que la nieve había desaparecido de todas sus caras. La roca, que a Lecointe le recordaba el «chapitel de una catedral», marcaba el extremo sur del canal. Lecointe, Racovitza, Arctowski, Danco y Cook remaron hasta la base, en lo que se convirtió en el vigésimo desembarco. Superaban a todas las expediciones previas a la Antártida juntas.

El Belgica rodeó el cabo. Poco después, se adentró en la boca de un cañón angosto y sinuoso, flanqueado por muros de roca que empequeñecían y ensombrecían el barco. A pesar de la escasa visibilidad, de que comenzaba a anochecer y de que desconocía la profundidad de las aguas, De Gerlache no varió el rumbo, decidido a seguir adelante a toda costa entre los acantilados. La misma resolución que ahora mostraba frente a los peligros del mar era la que le había faltado ante los desafíos de la tripulación. Y esa osadía, que podía describirse como valor cuando todo salía bien —por ejemplo, al cruzar a gran velocidad el estrecho de Bransfield, entre los icebergs—, podía también tornarse temeridad si las cosas se torcían, como les sucediera en las aguas poco profundas del canal de Beagle, bajo la luz declinante.

El barco progresaba por la oscura garganta, la quilla se deslizaba sobre rocas invisibles. La tripulación no conseguía distinguir la orilla.

Avanzar por ese estrecho sin cartografiar era una locura, pero también lo era detenerse cuando caía la noche. Los hombres conocieron por el balanceo de la cubierta y el sonido de las olas rompiendo contra las rocas que estaban en aguas abiertas, que el Belgica había abandonado el canal.

Fue un momento agridulce: al alivio por haber dejado atrás los peligros del cañón se le sumaba la percepción de que el periodo de descubrimientos llegaba a su fin: habían sido días de ensueño. El barco echó el ancla para pasar la noche. Al amanecer, cuando se disipó la niebla, un paisaje insólito, asombroso, se abrió en el horizonte. Cientos de icebergs flotaban en una extensión aparentemente infinita de placas de hielo a la deriva. «El conjunto —los icebergs, las placas y el barco— se elevan y descienden con los movimientos gigantescos del Pacífico Sur», escribió Cook.

De Gerlache estaba desesperado por proseguir su viaje hacia los espacios en blanco del mapa de la Antártida, pero un inmenso campo de hielo les impedía el paso. El Belgica recorrió su borde, esperando la aparición de un canal, alejándose más y más del continente.

El viento les era favorable. El Belgica abría su ruta entre placas de hielo a la deriva, dejando una larga estela negra a su paso, por fin hacia el sur. Ahora que los científicos no le podían solicitar desembarco alguno, De Gerlache tenía vía libre y el barco progresaba rápidamente.

Amundsen estaba de guardia la tarde del 13 de febrero, cuando la niebla bajó y el Belgica quedó súbitamente rodeado de arrecifes, rocas e islotes cubiertos de nieve. El océano empezó a agitarse, arreció el aguacero y fuertes vientos se arremolinaron alrededor del barco. Las olas estallaban contra los salientes, lanzando al aire fragmentos desgajados de la banquisa. Gaviotas y pingüinos contemplaban el espectáculo desde sus puestos elevados, como si fueran el público en las gradas de un coliseo. El Belgica se encontraba atrapado. Pese a ostentar el rango de primer oficial, Amundsen aún no tenía mucha experiencia en labores de navegación. Si hubiera tenido tiempo para pensar, tal vez habría logrado salir del apuro, pero los elementos no se lo concedían. Había obstáculos mortales en todas las direcciones, la profundidad del agua no les permitía echar el ancla y la fuerza del viento y del océano les impedía detenerse.

De Gerlache asumió el mando con su aplomo habitual. A fin de dar con una vía de escape, arrió la gavia del palo mayor, que tomó violentamente la dirección del viento, como la batuta de un director de orquesta.

—¡A estribor! —gritó, en señal de alerta.

El timonel hizo girar la rueda a toda velocidad para esquivar un escollo, alargado y plano, que aparecía en esa dirección. La maniobra salvó al Belgica, pero lo puso rumbo a una pequeña isla que no distaba de ese mismo escollo más que la longitud de un barco.

—¡Mantenga la dirección! —voceó De Gerlache desde lo alto.

Amundsen comprendió que el comandante pretendía navegar entre el escollo y la isla, por un canal tan estrecho que, en comparación, el cañón que acababan de atravesar parecía un río majestuoso. El primer oficial ordenó al timonel que acercara todo lo posible el barco a la isla, cuya abrupta pendiente indicaba que la profundidad del agua en sus inmediaciones podía ser mayor que junto al escollo, menos escarpado. Era imposible saberlo a ciencia cierta. Para no quedar atrapados en la corriente o verse golpeados por una ola y empujados hacia las rocas, De Gerlache ordenó al maquinista que aumentara la potencia. «El ingeniero», recordaría Cook, «puso los motores a trabajar como nunca había hecho antes».

El Belgica navegó a seis metros de la roca. Había la profundidad necesaria para que pasara el barco, pero no más. Aunque la noche había caído, Amundsen podía distinguir perfectamente el escollo que se extendía bajo la quilla del barco al asomarse a la regala. Los cachones rompían a babor y estribor con un estruendo de artillería pesada. Tras haber escapado por los pelos tantas veces, Amundsen estaba convencido de que había llegado el final del Belgica.

Al final del canal, varados uno a cada lado, encontraron dos icebergs de treinta metros de altura, formando lo que Amundsen describió como una especie de «arco del triunfo apropiado para un lugar con tantos peligros». Vio cómo el Belgica se dirigía hacia ellos, sin más opción que confiarse a su comandante y a una autoridad superior. «Intenté pensar en otra cosa y fingí calma e indiferencia», escribiría más tarde en el diario. «Por dentro te rezaba a Ti, Dios. Condúcenos según tu voluntad». Para asombro de Amundsen, el Belgica logró cruzar entre las rocas y el portal de icebergs sin un solo

rasguño.

El Belgica prosiguió con rumbo suroeste hacia el mar de Bellingshausen. Las nubes habían cubierto el cielo nocturno desde que atravesaran el canal, por lo que Lecointe no había podido establecer las coordenadas precisas del barco. Según sus cálculos, sin embargo, habían de cruzar el círculo polar antártico la tarde del 15 de febrero. [20] Izaron la bandera belga para la ocasión y De Gerlache respiró con cierto alivio. La gloria aún quedaba lejos, pero ese hito evitaría que la humillación fuera absoluta al volver a casa.

Cuanto más al sur navegaban, no obstante, mayor era el riesgo de no regresar. Los ruidos que resonaban en el interior del barco mientras se abría paso por la banquisa permitían adivinar que la textura del hielo era cada vez más densa. Pasaron de los bruscos golpes de los hielos flotantes contra la quilla de madera al lento redoble del conocido como hielo panqueque, y luego al crujido áspero de los enormes escombros de hielo a la deriva. Eran varios los miembros de la tripulación que escuchaban, preocupados, los ruidos del mar al congelarse; en especial, los científicos. La posibilidad de quedar atrapados era cada vez más probable.

Ningún ser humano había pasado el invierno al sur de las islas Shetland del Sur, ni mucho menos por debajo del círculo polar antártico. El riesgo de invernar en el mar de hielo era obvio y De Gerlache conocía el destino que podía aguardarles si no conseguían salir de él. Había leído suficientes relatos de expediciones polares como para saber que era mucho más fácil entrar en la banquisa que escapar de ella. Ese había sido el sino de la expedición de Franklin, en 1840; el Terror y el Erebus habían quedado encerrados en la banquisa del ártico canadiense y los hombres habían fallecido por el frío, el hambre o las enfermedades.

De Gerlache sabía que el hielo podía acabar con un barco igual que una boa constrictora devora a sus presas, engulléndolas de un bocado y destrozándoles los huesos. En 1882, cuando era un adolescente apasionado por las aventuras polares, los periódicos de todo el mundo se habían hecho eco de la extraordinaria historia de otro navío desventurado, el USS Jeannette, que, a las órdenes del oficial naval George W. De Long, había intentado llegar al Polo Norte

en 1879 por el estrecho de Bering. La expedición estadounidense había supuesto, erróneamente, la existencia de un canal de aguas abiertas y relativamente cálidas hacia las regiones más septentrionales del planeta. El Jeannette quedó atrapado a unos cientos de kilómetros al norte de Siberia y se desplazó a la deriva por el océano Ártico durante casi dos años. Cuando el hielo aflojó por fin el agarre, lo hizo solo para que las aguas se abrieran alrededor del barco, la banquisa se hiciera más fuerte y, al día siguiente, renovara la presión. El hielo hizo añicos los costados del Jeannette y abrió la quilla bajo la superficie. Tras evacuarlo, De Long y sus hombres contemplaron cómo su hogar se iba a pique, agonizando lentamente mientras el hielo lo trituraba. Los cables se rompieron, las cuerdas se soltaron y los penoles horizontales se inclinaron hasta sumergirse perpendicularmente con el resto del barco. Cuando la banquisa cerró sus fauces, las únicas señales de la presencia del barco eran algunos residuos de pintura y astillas. Solo sobrevivieron un tercio de los náufragos, gracias a los cazadores siberianos nativos que los encontraron medio muertos, los alimentaron, los calentaron y los llevaron de vuelta a un lugar seguro.

Mientras continuaba hacia el sur, De Gerlache trataba de impedir que esas historias hicieran mella en su resolución. Si los polos eran premios tan codiciados era gracias a tales peligros.

El Belgica navegaba por un laberinto de hielo cuya disposición cambiaba cada hora en función del viento, las corrientes y la temperatura. Para encontrar un camino a través de la banquisa, De Gerlache solía subir al puesto de vigía y buscar canales y zonas de aguas abiertas, o polinias, entre las enormes placas, venas negras en un campo blanco. Habían perdido de vista la costa de la Tierra de Graham, pero De Gerlache seguía vislumbrando un resplandor blanco hacia el sureste, un destello lechoso sobre el horizonte, allí donde el hielo se reflejaba en las nubes. El explorador polar experimentado encontraba en el cielo tanta información como el astrónomo, aunque por distintos motivos. En realidad, los días nublados eran los mejores. Era entonces cuando el cielo se convertía en un lienzo sobre el que se reflejaba la imagen del mar, como un mapa invertido. Junto a estos reflejos, podían distinguirse manchas oscuras —llamadas «cielos de agua»— que indicaban la presencia de aguas abiertas.

El cielo en la Antártida también podía resultar engañoso. En la

entrada del cuaderno de bitácora del 21 de febrero, De Gerlache informó de un descubrimiento asombroso en el horizonte. Esa tarde, había divisado en el límite de la banquisa, hacia el sur, lo que juraría que parecía una «ciudad al borde del mar» con su propio faro. No tardó en reconocer que la ciudad era una insólita clase de espejismo, y el faro un «fragmento de hielo en forma de aguja», alargado por la refracción, cuyo pico centellaba al sol del atardecer. Ese tipo de ilusiones ópticas, conocidas como Fata Morgana, se originaba cuando una capa de aire uniformemente frío permanecía bajo una capa más caliente, deformando y distorsionando la luz de los objetos más distantes. Los icebergs podían tomar la forma de enormes cadenas montañosas con picos escarpados, o planear sobre el horizonte, o pender bocabajo en el cielo como si fuera la catarata celestial de Edgar Allan Poe en estado sólido. Tales espejismos contribuían a la sensación general de que la banquisa era un lugar extraño, en constante cambio y del que uno no se podía fiar. Una suerte de territorio encantado.

Desde el barco, el hielo cubría el océano en todas las direcciones. A la tripulación le sorprendieron las diferencias respecto a lo que habían observado en el canal. Aún se veían algunos icebergs, dispersos, pero lo que predominaba a su alrededor era la capa de la banquisa marina, que también es agua helada, pero no comparte mucho más con aquellos. Los icebergs se forman a partir de agua dulce, al contrario que el hielo marino. El hielo de agua dulce es rígido y quebradizo; el de agua salada es relativamente flexible. Los icebergs pueden alcanzar proporciones enormes y grandes alturas (además de una profundidad aún mayor bajo la superficie); el hielo del mar suele ser más o menos plano. Con frecuencia, los icebergs muestran un tono azulado; la mayor parte del hielo marino que los hombres encontraron en la Antártida se veía amarillo, especialmente a la altura de la superficie del agua. Los científicos del Belgica propusieron varias hipótesis para explicar este cromatismo antes de que Racovitza examinara un trozo de hielo y descubriera que estaba lleno de fitoplancton: microorganismos fotosintéticos que florecen en verano y tiñen el agua de un verde amarillento. La fauna también era diferente. Las especies de pingüinos juanito y barbijo habían quedado en las costas de la Tierra de Graham; ahora abundaban otras dos

especies de pingüinos: el pingüino de Adelia, un animal pequeño, de cabeza negra y ojos blancos, como de dibujos animados, y el majestuoso pingüino emperador, de más de un metro de altura.

Los oficiales y la tripulación empezaron a cuestionarse el propósito exacto de De Gerlache. Navegaban por un mapa vacío. Eran celebradas las contadas ocasiones en las que Lecointe conseguía divisar las estrellas y fijar la posición del barco. Se encontraban en un entorno extraño, desconcertante, que no era ni tierra ni mar: marcar las coordenadas en una carta de navegación —aunque fuera una carta en blanco— hacía que la sensación de extravío fuera menor. «La realidad, sin embargo, era que nos encontrábamos tan aislados y desconectados como en la superficie de Marte», escribió Cook, «y nos sumergíamos más y más en el blanco silencio de la Antártida».

En el cuaderno de bitácora, De Gerlache relata los avances de una opresión inexorable. El 20 de febrero, anotó: «El barco ha quedado atrapado entre varias placas de hielo que lo inmovilizan e imposibilitan cualquier movimiento». Esas placas solo los liberaban al cabo de una o dos horas.

En tales ocasiones, algunos de los hombres se atrevían a bajar del barco, pese a que no podían fiarse de la firmeza del hielo. «Las placas están unidas», escribió Cook, «pero en algunas hay zonas de hielo en polvo y nieve, que resultan peligrosas». Esas áreas podían tener una apariencia sólida e incluso soportar algunos golpes de bota, para después abrirse bajo el peso de un hombre. Caer a esas aguas, a una temperatura de un grado bajo cero, era una forma extremadamente sencilla de morir. La reacción instintiva del cuerpo al frío súbito sería intentar coger aire; si tenían la cabeza sumergida, el reflejo de inhalar haría que los pulmones se llenaran de agua. Y en caso de que el individuo sobreviviera a la inmersión inicial, cabía la posibilidad de que la grieta por la que había caído se alejara de él demasiado rápido, condenándolo a arañar desesperadamente la cara inferior del hielo y contemplar la débil luminosidad que se filtraría por la banquisa, hasta que todo se fundiera a negro.

El 23 de febrero, De Gerlache salió con Cook a dar un pequeño paseo por la banquisa. El riesgo era especialmente alto para el comandante, que no sabía nadar. Caminaron con mucha cautela al principio, comprobando cada zona sospechosa. Pero cuanto más tramo

recorrían, más seguros eran sus pasos. Casi habían olvidado que no caminaban sobre tierra firme cuando el comandante pisó un charco cubierto de nieve y se precipitó al océano helado. Con agilidad felina, Cook le agarró del cuello del abrigo antes de que sumergiera la cabeza y lo sacó del agua de un tirón. «Le rompí el cuello del abrigo y casi le arranco los botones, pero conseguí que no se diera un baño a seis grados bajo cero», escribió Cook.[21]

Para no caer en la trampa de esas aguas traicioneras, De Gerlache trató de llevar el Belgica por el perímetro de la banquisa, que no dejaba de expandirse, y solo tomaba atajos interiores si divisaba zonas de aguas abiertas. Cook, a quien el barco le había parecido tan ordinario y tosco en comparación a los yates y transatlánticos fondeados en el puerto de Río de Janeiro, quedó impresionado por su capacidad de lucha. Lo habían construido para esto. Si el hielo se cerraba a su alrededor, el barco le plantaba cara, hallaba la manera de abrirse camino, serpenteando, dejando atrás trozos de madera al librarse de sus cadenas. «El barco se queja, gruñe, se agrieta y se estremece», escribió Cook, «pero encuentra la forma de atravesar placas de hielo de metro y medio de grosor y empuja banquisas de sesenta metros de diámetro. Barre el mar cubierto de hielo como si se tratara de un ente vivo».

De Gerlache seguía adelante, tentando a la suerte conforme se acercaba el invierno. A medida que los días se hacían más fríos y breves, el número de vías abiertas en la banquisa disminuía. La idea de abandonar la Antártida antes de lo estrictamente necesario lo atormentaba. Pese a contar con la ventaja del motor de vapor, el Belgica se encontraba aún lejos de los 71°10’ de latitud sur que el capitán James Cook había alcanzado hacía más de un siglo, en 1714, por no hablar del récord de 78°09’30” establecido por James Clark Ross en 1842. Ambos habían logrado sus proezas al otro lado del globo terráqueo. Ninguna expedición ballenera o de exploración había viajado más al sur por el mar de Bellingshausen que De Gerlache, pero ese no era un mérito comparable con la gloria irrefutable de un récord de latitud.

El comandante mantenía la vista fija en el horizonte. Los cielos de agua hacia el sur sugerían la presencia de amplias zonas abiertas en esa dirección y tentaban a De Gerlache a continuar un poco más,

infundiéndole la esperanza de alcanzarlas.

Sin embargo, el hielo se apoderaba del Belgica con más frecuencia y durante un periodo más largo de tiempo a cada día que pasaba, igual que la angustia a bordo. La noche del 23 de febrero, De Gerlache quiso conocer el parecer de oficiales y científicos sobre la posibilidad de invernar en la banquisa. Según Cook, «todo el mundo se opuso». Tiempo atrás, cuando el doctor había proyectado una expedición que pasara el invierno en la Antártida, su plan consistía en invernar en el continente, no inmóviles en una extensión aparentemente infinita de hielo, flotando a la deriva. Quedarse atrapados allí no podía traer nada bueno, pensaba Cook, y él era el único hombre a bordo que, tras su experiencia con Peary en Groenlandia, conocía el invierno polar y podía estar mínimamente preparado para lo que les depararía.

Aterrorizados ante esa perspectiva, los científicos fueron quienes se opusieron a la idea más tajantemente. Ninguno había aceptado invernar en el hielo al enrolarse en la expedición. Aseguraron que su preocupación principal era la conservación del trabajo realizado hasta la fecha: si el hielo hacía añicos el Belgica, argumentaron, las colecciones de Arctowski y el museo en miniatura de Racovitza se hundirían con el barco en el fondo del mar. En realidad, temían por sus propias vidas. Consideraban la propuesta como una insensatez de De Gerlache y sus anhelos de gloria.

«Desgraciadamente, los científicos tienen mucho miedo», escribió Amundsen esa noche. El primer oficial era de los pocos que apoyaban la propuesta del comandante de continuar todo lo posible antes de darse la vuelta; miraba con desdén a quienes se acobardaban ante la idea, en particular a Racovitza y a Arctowski, que, en su opinión, tendrían que estar ansiosos por estudiar nuevas tierras. «Se niegan a seguir navegando por el hielo. ¿A qué han venido, entonces? ¿No quieren hallar nuevos territorios? Es imposible descubrir nada si nos quedamos esperando al borde del hielo».

Mientras las regiones más externas de la banquisa habían permanecido cerradas, la propuesta de De Gerlache de adentrarse en ella y pasar el invierno en el hielo había sido esencialmente hipotética. Pero la mañana del 28 de febrero una violenta tormenta sacudió los bordes de la banquisa, desgajando témpanos y abriendo nuevas vías. Era una

invitación: De Gerlache tenía ante sí la oportunidad, fugaz, de adentrarse en el corazón del mar helado de la Antártida.

Había que tomar una decisión. El barco acababa de cruzar el paralelo setenta y las avenidas recién formadas le permitirían abrir una ruta hacia el sur y, tal vez, establecer un nuevo récord. Ahora bien, adentrarse en la banquisa a esas alturas del año conllevaba una alta probabilidad de quedar atrapado, y que su encierro se prolongara no unas horas ni unos días, sino meses o, incluso, años. De Gerlache barajaba sus opciones mientras el Belgica navegaba, entre el batir de los témpanos furiosos y el rugido de los vientos huracanados que atravesaban las jarcias.

Se imaginaba abriéndose camino por los hielos, y no lograba quitarse de la cabeza las historias del Terror, el Erebus y el Jeannette. La perspectiva de naufragar en la Antártida le resultaba aún más sobrecogedora. Al contrario que en el Ártico, aquí no habría barcos que pudieran rescatarlos, pues, aunque se conociera la ubicación del Belgica —que no podía conocerse—, el navío más cercano estaría a cientos de kilómetros. Tampoco era probable que los hombres sobrevivieran en las barcas a remos del Belgica, demasiado pequeñas y descubiertas, si tuvieran que regresar por el paso de Drake. Y dado que De Gerlache había previsto que solo cuatro hombres pasaran el invierno en la Tierra de Victoria, la expedición no contaba más que con cuatro trajes aptos para el frío extremo. Obligados a arrastrar las barcas por la banquisa sin el equipo adecuado, muchos miembros de la tripulación morirían.

En ese momento, sin embargo, la seguridad de los hombres no estaba entre las prioridades de De Gerlache. Al contrario que Amundsen, el comandante no encontraba valor alguno en el sufrimiento por sí mismo, no había experimentado la claridad que puede traer consigo. Ahora bien, comprendía que no había gloria sin riesgo y que el riesgo y el sufrimiento suelen ir de la mano. Junto a las funestas historias de barcos perdidos en el hielo, tuvo que recordar también los relatos más felices de aquellos capitanes que habían arriesgado su vida y la de su tripulación y habían salido airosos y triunfantes. El 5 de enero de 1841, algunos años antes de que Franklin condujera al Terror y al Erebus a su perdición en el Ártico canadiense, James Clark Ross los había guiado por la banquisa hasta una latitud

similar al otro lado de la Antártida. Durante cuatro días, los barcos se habían abierto paso a través de doscientos quince kilómetros de banquisa, saliendo a aguas abiertas por el otro lado para descubrir la Tierra de Victoria. ¿Qué opinión tendría el mundo de De Gerlache si no se atreviera a intentar siquiera lo que Ross había conseguido casi sesenta años antes?

Zarandeado por las olas, el viento y los hielos, el Belgica aguardaba órdenes. Era peligroso seguir inmóviles mientras la tormenta arreciaba y fracturaba las áreas perimetrales de la banquisa. De Gerlache debía avanzar entre los hielos para protegerse de las olas o retirarse a aguas abiertas para escapar de los témpanos y los icebergs que la tormenta empujaba contra ellos. La decisión era urgente: la expedición ya había perdido a un hombre en circunstancias menos adversas.

En ese momento, por debajo de los argumentos racionales que De Gerlache sopesaba, circulaba la corriente profunda de la angustia ante la posibilidad de que su momento de gloria se escapara. Tras las infinitas demoras, el plan original de la expedición ya había sufrido una cascada de modificaciones, algo que le irritaba profundamente. De ese modo, la expedición tendría que durar tres años, en lugar de dos, como De Gerlache había previsto inicialmente. Tal prolongación era necesaria debido a los retrasos en Sudamérica —dimisiones y deserciones; la insaciable curiosidad de los científicos en Tierra del Fuego; el naufragio que habían evitado de milagro en el canal de Beagle; un rodeo imprevisto por la isla de los Estados para rellenar los depósitos vacíos de agua potable—, de modo que el Belgica ya no podría alcanzar la Tierra de Victoria antes de que el hielo marino les bloqueara el paso. Eso conllevaba nuevos problemas. Los trescientos mil francos del presupuesto apenas bastaban para dos años; de hecho, en las arcas solo les quedaban dieciséis mil. Teniendo en cuenta el tiempo que De Gerlache había tardado en recaudar esa suma, era absurdo suponer que podría obtener los fondos para prolongar un año más la expedición en solo un invierno en América del Sur. Además, habiendo fracasado en uno de sus principales objetivos, no sería fácil convencer a los particulares ni al Gobierno belga que les financiaba de que les enviaran más dinero, y prácticamente imposible hacerlo desde Chile o Argentina. Por otra parte, conociendo sus propias dificultades

para reunir, retener y disciplinar a la tripulación, De Gerlache podía imaginar que varios de los hombres no esperarían todo el invierno a que el barco zarpara y abandonarían el Belgica en el primer puerto en que hicieran escala.

El comandante sentía que todo se venía abajo. Sin dinero ni hombres con los que seguir adelante, De Gerlache tendría que abandonar la expedición, lo que representaría una vergüenza nacional, personal y familiar. Puede que el mundillo científico quedara impresionado por los descubrimientos del Belgica en el canal, pero las rocas, los líquenes y un mosquito incapaz de volar no bastaban para satisfacer a la sociedad belga, sedienta de gloria nacional y aventuras vicarias. Si el Belgica se retirase a Sudamérica, lo más probable es que los periódicos no tuvieran piedad de él, ahuyentando a los inversores dispuestos a respaldar la expedición.

Pese a los peligros —o, más bien, gracias a los peligros—, quedar encerrado en el hielo resolvería todos estos problemas. No haría falta recaudar más dinero, De Gerlache no perdería ningún hombre —no por deserción, al menos— y tendrían una gran aventura que contar. Aunque la expedición del Belgica no alcanzase el polo sur magnético (no ese año, en todo caso), sus hombres podían establecer otro récord: ser los primeros en invernar al sur del círculo polar antártico. De ese modo, los riesgos no le disuadían, sino que constituían un aliciente: cuanto más dramática fuera la historia, más gente querría leerla, y los editores le pagarían más por un testimonio exclusivo.

Al tomar en cuenta tales consideraciones, De Gerlache no era más cínico que otros exploradores. Con frecuencia, los líderes de las expediciones publicaban sus memorias al regresar. Era, en gran medida, su forma de ganar algo de dinero, de pagar a los acreedores y de financiar expediciones futuras. Ante la falta de recursos naturales accesibles en los polos, lo único que podían traer de esos territorios yermos eran historias. Y las mejores historias no eran aquellas en las que todo acababa bien.[22] De Gerlache era consciente de que quedar atrapados en el hielo podía acarrear un sufrimiento terrible para sus hombres, pero también de que ese sufrimiento podía ser un anticipo que recuperarían posteriormente, en forma de beneficios económicos o de otra manera.

El mar agitado levantaba témpanos de hielo, que se golpeaban

entre sí o impactaban en los costados del Belgica. El viento levantaba la nieve, que se arremolinaba en los palos. El comandante salió a cubierta, acompasando su andar al balanceo del barco. Subió por la escalera al puente, donde encontró a Lecointe. Se llevó aparte al capitán, para que el timonel no pudiera escuchar su conversación, y le explicó sus intenciones. El viento gélido amortiguaba las voces. Cuando el comandante terminó de hablar, el capitán sonrió. Ambos se estrecharon las manos con una firmeza cargada de significado, la seguridad de que ambos asumían su parte de responsabilidad en esa trascendental decisión.

Lecointe se volvió hacia el timonel y le gritó:

—¡Hacia el sur!

El Belgica avanzaba a gran velocidad, impulsado por vientos de cien kilómetros por hora en las velas, virando a un lado y a otro por las vías y las polinias de aguas abiertas. La tripulación sentía las ráfagas de cellisca en la cara como miles de aguijones. La visibilidad era escasa y el barco iba tan rápido que a menudo tenían que maniobrar en el último segundo para evitar icebergs o una colisión violenta contra la orilla opuesta de un lago en la banquisa. En ciertos momentos era necesario embestir: cuando una barrera de hielo bloqueaba el paso hacia otras vías, De Gerlache pedía a los maquinistas más potencia y se lanzaban contra ella. Cayó la noche, el Belgica viraba hacia el sur y el sonido del hielo contra la madera era cada vez más frecuente.

«Parece que entramos en otro mundo», escribió De Gerlache. «Como a los héroes de las sagas escandinavas, dioses terribles nos obligan a soportar pruebas sobrenaturales».

Solo De Gerlache y Lecointe eran conscientes de que no había vuelta atrás. El resto de la tripulación creía que entraban en el hielo para refugiarse temporalmente de la tormenta. La fuerza de las olas que se agitaban bajo el hielo se disipó a los pocos kilómetros; no obstante, en las veinticuatro horas que pasaron desde que entraran en la banquisa, el Belgica había recorrido casi ochenta millas náuticas, unos ciento cincuenta kilómetros, alcanzando una latitud de 71°31’ sur, un récord en la zona, que superaba en treinta kilómetros los 71°10’ que había logrado el capitán Cook. Nadie sospechaba que De

Gerlache había decidido continuar a toda costa, contra los deseos de la tripulación, aun a riesgo de condenar a la expedición a la prisión del hielo.

La mañana del 1 de marzo, la tormenta se había calmado y un cielo espléndido revelaba trescientos sesenta grados de blancura impoluta. El Belgica siguió abriéndose paso con dificultad. Las vías de aguas abiertas que le habían permitido llegar tan lejos se habían cerrado tras él. Aparecieron pequeñas fracturas en el hielo cuando el viento se levantó, por la tarde, pero que no ofrecían ninguna vía de escape. El 2 de marzo, el barco recorrió lentamente unos pocos kilómetros más. Siguieron días fríos y tranquilos, lo que permitió la formación de un hielo ocre oscuro —cargado de fitoplancton floreciente— en el espacio que había separado los témpanos, soldando así la banquisa.

Incapaz de proseguir hacia el sur, De Gerlache intentó un par de maniobras para sacar el barco a una zona de aguas abiertas, hacia el norte. Demasiado tarde: la banquisa era impenetrable. Tampoco le puso demasiado empeño y es probable que fuera consciente de la futilidad de sus esfuerzos. De haberse arrepentido de su decisión, el momento de regresar habría sido justo después de que se abrieran las nubes, cuando el hielo todavía era navegable.

La entrada del 5 de marzo en el cuaderno de bitácora de De Gerlache es de una concisión poética: «Todas las velas desplegadas. El barco no se mueve». El Belgica estaba atrapado, esta vez, de manera definitiva.

---

[20] El círculo polar antártico señala la latitud más allá de la cual el sol no desaparece del cielo durante veinticuatro horas al menos una vez al año (y, a la inversa, donde no llega a asomarse por encima del horizonte en todo un día).

[21] O bien Cook se refiere aquí a la temperatura del aire o trata de embellecer el texto. El agua del mar se congela a unos dos grados bajo cero, así que no podía estar mucho más fría que eso.

[22] A los editores que publicaban este tipo de narraciones les encantaba la sangre. Tendían a interesarse más por las expediciones que se complicaban que por aquellas en las que nadie sufría excesivamente. Esta es, en parte, la razón de que pasaran años hasta que se valoró en su justa medida el viaje pionero de James Clark Ross a Tierra de Victoria, en 1841. A su vuelta, Ross envió el relato de sus aventuras y descubrimientos a *Gazette*, la revista del Almirantazgo Británico, que había

impulsado la expedición. Según explicó uno de los amigos de Ross dentro del Almirantazgo, rechazaron el texto cuando uno de los miembros afirmó que «no consideraba que la *Gazette* debiera publicar testimonios sin derramamiento de sangre». De Gerlache nunca reconocería explícitamente esta lógica en su decisión, pero ayuda a explicar el motivo de que él y otros exploradores tomaran tantos riesgos, o por qué tendían a escribir con un estilo tan florido y poco científico.

PARTE II

«Mas aún no hemos resuelto el encantamiento de esta blancura, ni aprendido por qué con tanta fuerza apela al alma […]. ¿Es que, por su imprecisión, realza los despiadados vacíos e inmensidades del universo, y de esta manera, cuando observamos las blancas profundidades de la Vía Láctea, nos golpea desde atrás con la idea de la aniquilación? ¿O es que como en esencia la blancura no es tanto un color, sino la visible ausencia de color, y a la vez la concreción de todos los colores, es por estas razones que en un extenso paisaje nevado hay tan muda carencia, llena de significado..., una incolora plenitud de color de ateísmo, de la que nos retraemos?».[1]

Herman Melville,
Moby Dick

---

[1] Melville, Herman, *Moby Dick*, Madrid, Akal, 2012. Trad. cast.: Fernando Velasco Garrido (*N. del T.*).

09
Atrapados en el hielo

El 6 de marzo, cuando las nubes se abrieron y el sol brilló sobre la banquisa sólida, el Belgica se encontró a la deriva en un Sáhara blanco, en el que solo se divisaban, muy dispersos, algunos oasis de agua. En su diario, De Gerlache describió la banquisa como un «inmenso campo de hielo por el que no podría abrirse camino ni el barco más potente del mundo». Las nevadas habían suavizado las protuberancias, redondeando las colinas y las crestas de hielo que se formaban por la presión entre las placas, creando montículos que semejaban dunas. Igual que sobre las finas arenas del desierto, el viento había dibujado líneas onduladas en la nieve, como si fueran olas. Los icebergs atrapados en la banquisa, como el Belgica, parecían rocas y altiplanos lejanos. Era, como lo formuló Racovitza, «una parodia de tierra firme», un territorio en constante movimiento, compuesto únicamente de agua.

Resultaba imposible conocer las dimensiones de la banquisa. Para ello, los hombres habrían tenido que alejarse del barco, lo que entrañaba el riesgo de no volver a encontrarlo. Tampoco sabían a qué distancia estaban de tierra firme. Una semana antes, Lecointe había calculado que la Tierra de Graham quedaba a unos seiscientos cincuenta kilómetros hacia el este. No obstante, el barco había recorrido más de ciento sesenta kilómetros hacia el sur desde entonces. El mapa de la Antártida en la región seguía vacío: nadie

sabía siquiera si *existía* tierra firme en esa dirección.

Tras la cena, la mayoría de los hombres bajaron del barco —algunos con esquís, otros a pie— para explorar los alrededores helados. Al alejarse, dejaron de oír el crujido de la madera, el resoplido del motor, el barullo constante de los marineros que comparten un espacio tan pequeño, los golpes del hielo contra la quilla, el silbido del viento o el chapoteo de las olas. Lo único que se oía, aparte de sus propios pasos, era el gemido del propio hielo. «El sonido recuerda a un quejido humano», escribió Lecointe. «Es la voz del hielo recién formado, el bebé que pronuncia sus primeras palabras».

Al ver el barco atrapado en la banquisa —tal vez no ese mismo día, sino a lo largo de los días que siguieron—, los hombres comprendieron que no estaban ahí por accidente. Dedujeron que en algún momento alguien tuvo que tomar una decisión, que les alejaba del plan original y les infundía una gran inquietud.

Cook estaba muy preocupado, tanto en calidad de médico como por ser el único hombre que sabía lo que era vivir un mes bajo la noche polar. Le había implorado a De Gerlache que no se arriesgara a quedar atrapado, a invernar en el hielo. La experiencia junto a Peary en el Ártico, donde casi perdió la vida, le parecía un sueño en comparación a lo que les esperaba a él y a sus compañeros. En el Ártico habían podido construir, al menos, un refugio cómodo sobre un lecho de roca sólida que no amenazaba con abrirse por la mitad en cualquier momento o con hacer añicos el barco sin previo aviso. El invierno en el Belgica sería mucho más peligroso.

Si Cook se mostraba muy crítico con la decisión de De Gerlache, los científicos fueron más allá y lo acusaron directamente de traición. Arctowski, furioso, le recordó que antes de que el Belgica partiera de Europa les había confirmado explícitamente que no pretendía invernar en el hielo y le dijo que carecía de derecho para decidir por toda la tripulación sobre algo tan trascendental.

La mayoría de los hombres compartía los recelos y la ira de Arctowski. «La mayoría asumimos la responsabilidad de criticar a los líderes y les culpamos por llevarnos a la masa principal de la banquisa cuando la temporada llegaba a su fin», escribió Cook. Sin embargo, la tripulación tenía aún la esperanza de salir de ella. De Gerlache y

Lecointe, obligados tal vez a esconder de forma plausible sus auténticas intenciones para calmar los ánimos encendidos a bordo, trataron por todos los medios de hacerles creer que era factible.

Unos días después de que el Belgica quedara atrapado, De Gerlache reunió a los oficiales y a la tripulación y compartió con ellos noticias halagüeñas: según las observaciones celestes de Lecointe, tras alcanzar una latitud de 71°19’ sur dos días antes, el barco se encontraba en ese momento a una latitud de 71°18’ sur, lo que significaba que la banquisa los conducía hacia el norte. Con suerte, llevaría al Belgica hasta los límites del hielo y liberaría al barco en aguas abiertas. Los hombres respiraron aliviados: el desastre aún podía evitarse.

Sin embargo, poco después, en privado, De Gerlache y Lecointe informaron a Amundsen de que las coordenadas que acababan de compartir con el resto de la tripulación eran falsas, «inventadas para la ocasión», escribió Amundsen, «para levantar los ánimos». En realidad, Lecointe había medido una latitud de 71°26’ sur, lo que significaba que el Belgica se desplazaba a la deriva en dirección *suroeste* a una velocidad de cinco kilómetros al día. Amundsen no lo revelaría al resto de la tripulación, pero mencionó la falta de honestidad en su diario. «En este momento, únicamente el comandante, Lecointe y yo mismo estamos al tanto de ello. El comandante no quiere que los demás lo sepan, pues temen pasar aquí el invierno».

Las calderas seguían funcionando. De ese modo, y fingiendo que los hielos los llevaban hacia el norte, De Gerlache podía asegurar a la tripulación que estaba preparado en caso de que se abriera una ruta de escape. Pero incluso eso era una estratagema. El único motivo por el que De Gerlache y Lecointe mantenían las máquinas encendidas era con la esperanza de tomar la dirección *opuesta*: hacia el sur, sobre el horizonte, divisaban un cielo de agua oscuro que les sugería la existencia de aguas abiertas en esa dirección. De Gerlache quería seguir adelante, costara lo que costara. Se preguntaba cómo ocultaría el rumbo que llevaban a una tripulación que manifestaba cada vez más su malestar. En broma, Lecointe se ofreció a alterar la brújula para que «el timonel piense que se dirige al norte cuando, en realidad, navega hacia el sur».

Al final, sin embargo, ambas facciones sufrieron una decepción similar. El 8 de marzo, el cielo de agua desapareció del horizonte y el hielo se hizo más denso, provocando estallidos que resonaron por toda la banquisa. Los caminos al norte y al sur estaban cerrados.

Pasaron varias semanas hasta que los hombres se resignaron a la situación. Durante ese tiempo, el agarre de la banquisa se contrajo y se relajó alternativamente, como el corazón de un organismo vivo, pero nunca se fragmentó lo suficiente para permitirles abandonarla. De Gerlache tuvo que soportar el pánico y el enfado de los hombres, convencidos ya de que el comandante nunca pretendió regresar y los había llevado a propósito a la trampa de hielo.

Vehemente, Lecointe salió a defender al comandante y a sí mismo de tal acusación. «Es *cierto* que intentamos *sinceramente* volver hacia el norte, pero también es cierto que tanto De Gerlache como yo mismo estamos satisfechos de que tales esfuerzos hayan fracasado».

A pesar de ello, ni De Gerlache ni Lecointe pudieron ser ajenos al mal presagio que acompañó al Belgica. El mismo día que el barco quedó atrapado en el hielo, Bebé, el pingüino juanito que habían recogido un mes antes y con el que toda la tripulación se había encariñado, dejó de comer. Murió a la noche siguiente, pese a las atenciones que le dedicaron, presa de «horribles convulsiones».

Los hombres tenían demasiadas cosas que hacer como para dedicarse a rumiar el resentimiento y la angustia. Durante las horas diurnas, cada vez más escasas, de los meses de marzo y abril, la tripulación se dedicó a preparar el Belgica para el invierno. Recogieron las velas y las guardaron, sacaron la hélice del agua para protegerla de la presión del hielo y dejaron apagar los fuegos de las calderas. Una de las tareas más urgentes era la de construir un enorme banco de nieve alrededor del barco para aislarlo del frío. Este forro, que subía hasta las regalas, permitía mantener unos agradables diez grados centígrados positivos dentro del barco, aun cuando las temperaturas se desplomaran en el exterior. A mediados de marzo hacía veinte grados bajo cero en la banquisa. Los cabos de las jarcias, adornados por el hielo que se formaba en ellos, parecían plateadas telas de araña.

Según los cálculos de Lecointe, en la latitud a la que se encontraban, el sol desaparecería a mediados de mayo y la noche

duraría casi tres meses. Era seguro que las temperaturas descenderían aún más en las próximas semanas, aunque nadie podía decir cuánto. Ningún hombre había sobrevivido a un invierno tan al sur. Todo lo que la expedición podía hacer era prepararse para lo peor.

La mañana del 16 de marzo, De Gerlache, Lecointe y el tercer oficial, Jules Melaerts, bajaron a la bodega para reorganizar las provisiones y el equipo. Avanzaron en la oscuridad portando velas sobre pequeñas planchas de madera. El débil resplandor permitía distinguir las sombras de las ratas que se escabullían por la pasarela, acompañadas de algún chillido ocasional. La bodega, situada en la sección central del barco, contaba con dos niveles y estaba atestada de cajas, con miles de envases de comida, cientos de botellas de vino, una amplia variedad de complejo instrumental científico, reservas de bencina, varios barriles de alcohol para conservar las muestras biológicas, materiales de construcción, entre otros bultos.

Tuvieron que dedicar varios días a ordenar el cargamento, que tras las tormentas y los múltiples incidentes del viaje se encontraba esparcido por toda la bodega. Al fondo del barco, tras la sala de máquinas, había un segundo almacén. De Gerlache, Melaerts, Lecointe y la tripulación trabajaron en él a la luz de las velas, lo que resultaba extremadamente peligroso, pues la estancia era un espectáculo de fuegos artificiales en potencia. Además de la media tonelada de cartuchos de tonita que De Gerlache había adquirido como seguro contra el hielo, había munición dañada para rifles y cañones arponeros, todo revuelto. Algunas de las cajas estaban abiertas y la pólvora cubría el suelo, de forma que la menor chispa podía generar un incendio que acabara con el único refugio que tenían. Para prevenirlo, los hombres serraron el hielo junto al barco, abriendo un suministro directo de agua que se ocupaban de mantener accesible día tras día.

Acomodado entre hielo y nieve, desprovisto de velas, el Belgica había dejado ser un barco funcional para convertirse en mero refugio de dieciocho hombres. «Ya no somos navegantes», escribió De Gerlache, «sino una colonia de prisioneros que cumple su condena». Las dependencias de la tripulación eran más agradables ahora que cuando la expedición había abandonado Amberes, pues había menos marineros y más espacio en las literas acopladas a las paredes del

acogedor castillo de proa, en forma de uve. Enclavada bajo cubierta, la estancia estaba iluminada por una abertura cuadrada en el techo que arrojaba una columna de luz sobre la mesa central. A menudo resonaba el acordeón de Johansen y la corneta inexperta de Van Mirlo. Hacia popa, aún bajo cubierta, se encontraban la cocina, a estribor, y un almacén, a babor. Y, después, un baño en el que los hombres estaban obligados a asearse semanalmente.

En cubierta, en el centro del barco, estaban los laboratorios adyacentes de Arctowski y Racovitza —a babor y estribor, respectivamente—, cada uno de ellos atestados de una gran colección de instrumentos y frágiles objetos de cristal, iluminados por la luz que entraba por sendas ventanas. En marzo, la tripulación levantó un refugio entre los laboratorios y las dependencias de popa de los oficiales, utilizando madera, lona y papel de alquitrán, destinado originalmente a aislar el campamento de Tierra de Victoria en el que cuatro de los hombres debían pasar el invierno. El sonido de los martillos se extendió por la banquisa. La estructura serviría de almacén. La tripulación instalaría ahí una herrería y algunos ganchos y estanterías para secar el equipo y la ropa que necesitaban utilizar en el exterior. También contenía un calentador de agua —fabricado con partes del motor de vapor, ahora innecesario— para fundir la nieve y obtener agua potable. A fin de ahorrar carbón —pues había que mantener el fuego encendido—, Cook y el segundo mecánico, Max van Rysselberghe, idearon un sistema que combinaba briquetas y grasa de foca e impregnaba el barco de un aroma punzante al que los hombres no tardaron en acostumbrarse.

Dos puertas en cubierta daban acceso a las dependencias de los oficiales. La de estribor se abría al camarote de De Gerlache, la estancia más grande y agradable del barco, con una alfombra en el suelo, libros ordenados en un rincón, un escritorio amplio junto a la ventana rectangular y una cortina que separaba el área de trabajo y la cama, como en las suites de los hoteles.

Tras la puerta de babor había un pasillo que llevaba a la sala de oficiales y, antes, a dos camarotes. El primero era el que compartían Amundsen y Melaerts, que no se soportaban mutuamente (el hecho de que el primer oficial noruego, Amundsen, tuviera un rango superior al belga, Melaerts, tercer oficial, no ayudaría a que la convivencia fuera

armoniosa). El camarote contiguo lo ocupaba Lecointe. Se encontraba lleno de instrumentos científicos, mapas, libros de referencia y gráficos enrollados, hasta tal punto que no quedaba espacio para los muebles. Cada vez que el capitán necesitaba un escritorio para trabajar, colocaba un trozo de cartón sobre la cama. No utilizaba silla para sentarse, sino un columpio que colgaba del techo, como los trapecios del circo.

La sala de oficiales era el lugar más animado del Belgica. En el centro había una gran mesa rectangular, en torno a la cual los oficiales y los científicos pasaban la mayor parte de su tiempo libre, charlando, riendo, leyendo o escuchando la música del *Coelophone*, el órgano mecánico que llevaban a bordo: cada miembro de la tripulación tenía su canción favorita. De las paredes colgaban fotografías coloreadas de paisajes urbanos belgas y una imagen de Fridtjof Nansen en su regreso glorioso a Kristiania a bordo del Fram, en 1896. En los estantes de babor se guardaba la vajilla y el juego de servilletas, decoradas con un ancla roja y un pergamino en el que podía leerse «Belgica» (los oficiales y los científicos acordaron que la vajilla sería el regalo de bodas para el primero que se casara). A lo largo de la pared del fondo había un banco corrido, con el armero a un lado. Sobre el banco se encontraba la estantería que acogía la pequeña biblioteca de la expedición, en la que podían encontrarse historias de aventuras polares, revistas académicas, revistas populares y novelas, pero, como señalara Cook, criado en la fe metodista, «una única Biblia (escondida) y ningún libro de oraciones». La ausencia de textos religiosos no era casual. «Los belgas eran católicos romanos; los demás eran protestantes, supuestamente», escribió Cook; sin embargo, «no había conflictos religiosos. De Gerlache trataba de incentivar la práctica religiosa para generar mayor armonía entre la tripulación, en la medida de lo posible, pero el grupo era, en la práctica, no religioso»

En el lado de estribor de la sala había una puerta que llevaba al camarote de los científicos. La estancia era larga y estrecha, con dos pares de literas alineadas al costado del barco. Cook y Arctowski dormían en las más pequeñas. Hubo que alargar diez centímetros las de Racovitza y Danco. Para entrar, los cuatro hombres tenían que hacer contorsiones: entre las literas y la pared solo se podía pasar de lado y resultaba imposible sentarse en las camas, que parecían nichos

de la morgue, sin golpearse en la cabeza (para reducir la frecuencia de tales impactos, Cook fue deshaciéndose progresivamente de la ropa de cama, la almohada y el colchón; al final, prefería dormir metido en el saco de piel de reno, directamente sobre la litera de madera maciza). Había dos lavabos ridículamente pequeños y una jarra con agua. En vez de vasos, los hombres bebían de las probetas. Dos ojos de buey, de los que solo uno podía abrirse, iluminaban apenas el camarote, cuyo techo estaba negro de hollín por culpa de las velas que encendían. La falta de ventilación exacerbaba el hedor rancio que impregnaba la estancia, a lo que se sumaba el humo de la pipa de Danco, que fumaba incesantemente, y la resistencia de Cook a bañarse y lavar la ropa.

Una pared separaba el camarote de los científicos y el baño personal de De Gerlache. Entre este y las dependencias del comandante se encontraba el cuarto oscuro, donde Cook pasaba buena parte de su tiempo libre revelando fotos.

El resto del tiempo lo dedicaba a observar el comportamiento de sus camaradas, no tanto en condición de médico como de antropólogo. Tras las experiencias entre los inuits y los fueguinos, más recientemente, sentía una enorme curiosidad acerca de sus congéneres. A bordo del Belgica, la única tribu que podía estudiar era la suya propia. Quería comprender, en particular, la manera en que los humanos responden física y mentalmente al aislamiento, el frío, la presión y el miedo extremos. «En nuestro horizonte estaba siempre la posibilidad del naufragio, el hambre y, finalmente, la muerte», escribió Cook. El interés que mostraba por el bienestar de sus compañeros, tanto oficiales como marineros, lo convirtió en el miembro más popular de la expedición.

Alrededor del Belgica empezaba a crecer lo que parecía un pequeño pueblo. Cook, Amundsen y Lecointe levantaron dos casetas con techumbre de metal ondulado que hacían las veces de observatorios astronómicos y meteorológicos. Danco y su asistente, Dufour, construyeron otro refugio para realizar mediciones magnéticas, muy lejos del barco, de forma que el metal de a bordo no confundiera las agujas y alterara los datos.

Al principio, la pequeña colonia bullía de actividad, en un ir y venir constante de hombres que buscaban las bondades del trabajo y la rutina. Los científicos no paraban quietos, entre el barco y los

observatorios. Los marineros salían a cortar bloques de hielo de la mañana a la noche, que fundían para obtener agua potable. Cada vez tenían que alejarse más y más del Belgica para encontrar nieve no contaminada por el polvo del carbón, los cadáveres de animales y el resto de residuos que se acumulaban en las proximidades del barco.

Haciendo de la necesidad virtud, los científicos prosiguieron con sus observaciones diarias. El resto de la tripulación les ayudó a montar una especie de trípode con tres palos sobre un agujero excavado en el hielo, en el que colocaron una polea que les permitía bajar un escandallo para sondear o pescar con anzuelo. Racovitza sacó de debajo del hielo una variedad considerable de especies marinas: plancton, diatomeas, kril y gran cantidad de peces horripilantes. Muchas de estas eran desconocidas para la ciencia y recibieron el nombre de miembros de la tripulación, como el *Racovitzia glacialis*, el *Gerlachea australis* o el *Nematonurus lecointei*. Tras cada captura, Racovitza pasaba días catalogando los ejemplares y preparándolos para su conservación.

Racovitza y Amundsen se dedicaron a probar diferentes diseños de aparejos de pesca que pudieran servir en las profundidades del mar de hielo. Para Amundsen, en particular, este fue un periodo de aprendizaje. Si se había embarcado en el Belgica no era solo para ver la Antártida, sino también para familiarizarse con los diversos aspectos de la exploración polar. Antes de poner en marcha su propia expedición, como planeaba, necesitaba conocimientos básicos sobre zoología, meteorología, oceanografía, magnetismo y astronomía. Debía ser capaz, al menos, de recopilar datos en todas esas disciplinas. No era curiosidad lo que le impulsaba a estudiar con los científicos del Belgica, sino ambición. Había sido un alumno mediocre entre las cuatro paredes del colegio de Kristiania, pero sobre la banquisa no había nadie más aplicado que él.

Entretanto, Arctowski sondeaba regularmente el lecho marino. Descubrió que el barco se movía a la deriva sobre el borde de una plataforma continental, lo que le llevó a concluir, con acierto, que la Antártida estaba formada por un único e inmenso continente. Él, que se había negado rotundamente a invernar en el hielo, veía ante sí la oportunidad irrepetible de estudiar la banquisa y la larga noche antártica, fenómenos ambos tan misteriosos como la propia forma del

continente.

Realizaba mediciones meteorológicas cada hora junto a su asistente polaco, Dobrowolski, que dormía con los marineros en el camarote de proa. Su objetivo era elaborar un registro detallado de la temperatura del océano, la temperatura del aire, la presión atmosférica, la nieve caída y la dirección del viento. Dobrowolski pasaba buena parte del día con el cuello torcido y la mirada hacia el cielo para estudiar las formaciones de nubes.

Noche tras noche, también, ansiaban que las nubes se abrieran y les permitieran observar la aurora austral. Al contrario que la aurora boreal, ampliamente documentada tanto por parte de exploradores como de los propios habitantes de las regiones septentrionales del planeta, eran muy pocos los que habían contemplado la aurora austral a esa latitud. La ciencia no comprendía aún estos fenómenos: a finales del siglo XIX se aceptaba la hipótesis de que el origen de las ráfagas luminosas que entreveraban el cielo nocturno era similar al de los rayos, provocados por una acumulación de electricidad en la atmósfera.

Algunos resplandores zigzagueantes aparecieron en el cielo a principios de mes, pero no fue hasta la noche clara, majestuosamente tranquila, del 14 de marzo cuando la aurora austral se reveló en todo su esplendor. El Belgica llevaba una semana atrapado en el hielo. Los hombres pasaron varias horas maravillados por ese espectáculo casi sobrenatural, admirando las cenefas de luz ondulante que brillaban cada vez con mayor intensidad. Arctowski y Dobrowolski, que tampoco habían presenciado nunca las auroras boreales, escudriñaban el cielo sin descanso, cuaderno en mano.

Cook deseaba un momento de soledad y una oportunidad para probar su resistencia al frío, así que salió a contemplar la aurora fuera del barco, alejándose unos cincuenta metros. Pese a que la temperatura era de veinte grados bajo cero, pensó que la distancia le ayudaría a «ver mejor la nueva atracción». Era medianoche cuando caminó con dificultad hasta un lugar que le pareció adecuado. Se quitó la ropa, se metió a toda velocidad en el saco de piel de reno y se ajustó la capucha alrededor de la cara. Una vez que se hubo preparado una agradable oquedad en la nieve, se tumbó de espaldas y fijó la vista en los cielos. «Al principio me castañeteaban los dientes y todos

los músculos del cuerpo me temblaban», escribiría después, «pero la sensación se pasó a los pocos minutos, y entonces me sentí como tras un baño de agua fría».

Cook describió la aurora como «una temblorosa labor de encaje, una suerte de cortina sobre el cielo austral. Algunas zonas se oscurecían un instante para iluminarse de nuevo, como si una corriente de chispas eléctricas alumbrara el tejido. La cortina parecía agitarse al son de las ondas de luz, movidas por un viento que deshacía viejos pliegues y creaba otros, lo que le daba nuevo interés a la escena, una gloria poco común».

Lo más sorprendente de todo es que, cuando Cook mencionaba el viento y las ondas de luz, su poética descripción se acercaba más que la mayoría de las teorías de la época a la explicación correcta. Las auroras tienen su origen en el viento solar, una corriente de partículas cargadas que el Sol expulsa violentamente. Un plasma veloz, especialmente intenso durante periodos álgidos de actividad solar, que viaja a través del espacio hasta golpear la magnetosfera de la Tierra, desde donde se dirige hacia los polos siguiendo las líneas del campo magnético del planeta. Cuando las partículas colisionan con átomos de oxígeno y nitrógeno en las capas altas de la atmósfera, los átomos agitados emiten radiación que percibimos como serpentinas de luz roja, verde, violeta o blanca.

Cook, tumbado sobre su lecho de nieve, observando el baile de luces, dejaba vagar la mente. Es probable que recordara las ocasiones previas en que había contemplado el fascinante espectáculo, cuando formaba parte de la expedición de Peary al norte de Groenlandia, en 1891 y 1892. En aquel entonces, durante una noche iluminada por una aurora boreal magnífica, Cook había recorrido la orilla rocosa del mar junto a un anciano inuit, de nombre Sipsu, al que le preguntó cuál creía que era el origen del fenómeno.

«Estas luces oscuras», respondió Sipsu a la pregunta de Cook, «son luces esquimales, que muestran el movimiento de aquellos que ya no están en la tierra. Puede que estén tratando de comunicarse con nosotros. ¿Qué piensas tú?». Seis años después, en el extremo opuesto del mundo, es posible que Cook se acordara de todos los muertos de su vida. ¿Sería ese, tal vez, el rastro espectral de su difunta esposa y de su hija?

¿Sería el de Wiencke?

Eran aproximadamente las dos de la mañana y el capitán Lecointe, en cubierta, dirigía el telescopio hacia el cielo; no hacia la aurora, que había empezado a debilitarse, sino hacia Júpiter. Esperaba observar un eclipse de Ío, la primera luna del planeta, en los treinta minutos siguientes. Hacía mucho que los cuatro satélites jovianos que Galileo descubriera a principios del siglo XVII, conocidos desde entonces como lunas galileanas, se habían convertido en una especie de reloj celestial. La precisión con la que se había predicho el momento exacto de sus eclipses permitía que los navegantes los utilizaran para ajustar el cronómetro y determinar así la longitud a la que se encontraba el barco (esos ajustes periódicos eran muy importantes: un error de unos pocos segundos en una observación astronómica podía alterar varios kilómetros la ubicación geográfica del barco). Dirigir un telescopio a un objetivo tan pequeño era prácticamente imposible desde la cubierta bamboleante de un barco en el mar, pero la del Belgica, atrapado en el hielo, era tan estable como la tierra firme. Por el ocular, Lecointe observaba el pequeño punto blanco que se acercaba a la inmensa cara marmórea de Júpiter. En cuanto desapareciera tras el planeta, alertaría a Dobrowolski, que esperaba la señal del capitán en el interior, con las ventanas abiertas y los cronómetros preparados.

Lecointe sentía que se le dormían las extremidades. Apartó la vista de Júpiter un instante y dio unos pasos por cubierta para calentarse. Al volverse hacia la banquisa, entre el vaho de su propio aliento divisó una forma oscura y alargada que se retorcía a escasos cincuenta metros del barco. Una foca intrépida, se dijo. Lecointe tenía instinto de cazador. Corrió a la sala de oficiales y regresó con un rifle, lo cargó y se lo llevó al hombro.

Cook no podía dormir. Se había tumbado de costado; una brisa gélida le golpeaba el rostro y le cubría la barba de escarcha. La transpiración se le congelaba, haciendo que la capucha se le pegara a la cabeza y al cuello. Formaba con el saco una única masa sólida, helada, y el dolor se le extendía por todo el cuerpo al menor movimiento. Cuando intentaba darse la vuelta para evitar el viento, sentía que le tiraban del pelo. Solo lograba encontrarse cómodo al ponerse de espaldas y

quedarse completamente inmóvil, aunque eso provocara el endurecimiento del casco de hielo que se había formado alrededor de su cabeza. Se diluyó en el cielo nocturno mientras contemplaba la Cruz del Sur, situada directamente sobre su cabeza. La visión periférica no le permitió distinguir cómo el capitán fijaba la vista en él, levantaba el rifle y se preparaba para disparar.

Antes de apretar el gatillo, Lecointe decidió vigilar rápidamente el progreso del eclipse. La foca, a fin de cuentas, no parecía tener ninguna prisa, pero la entrada de la luna en el cono de sombra de Júpiter era inminente. Bajó el arma y miró por el telescopio justo a tiempo para contemplar la desaparición del satélite. Llamó a Dobrowolski para que ajustara los cronómetros. Estaba tan contento del éxito de su observación astronómica que sus instintos se volvieron «tan pacíficos como violentos habían sido unos minutos antes». Descargó el rifle y le pidió a un marinero que volviera a colocarlo en el armero. «Seguí contemplando tranquilamente los últimos restos de la aurora austral, y, de vez en cuando, echaba vistazos protectores hacia la foca, inmóvil ahora en la banquisa».

Un grupo de pingüinos curiosos despertó a Cook a picotazos algunas horas más tarde, golpeando la cáscara de hielo que le recubría la cabeza. Cuando se revolvió, los pingüinos se alejaron graznando. Se deshizo del saco y de la capucha, perdiendo algunos mechones de cabello; se puso la ropa y regresó al barco. Solo entonces Lecointe supo que había estado a punto de disparar contra el médico de la expedición y Cook descubrió que habían querido cazarlo para sacarle la piel y la grasa.

Cada vez que se abría una vía en el hielo, los oficiales y los marineros salían a cazar focas y pingüinos. Matar focas era un trabajo muy sucio, que solía conllevar múltiples disparos. En el caso de los pingüinos, las dificultades no se debían solo a su afable apariencia humana. «En una ocasión, salimos cuatro hombres tras un único pingüino, cuya valentía rozó el heroísmo», recordaba Lecointe. «La caza duró más de una hora: cuando la pobre criatura cayó, por fin, vimos que había resistido a tres balas de revólver y dos cargas de rifle, sin contar todos los porrazos

que le habíamos dado. Nosotros mismos estábamos exhaustos». Van Mirlo descubriría más tarde un método más sencillo: tocaba la corneta desde la proa del barco y se convertía en una especie de flautista de la Antártida. El sonido no agradaba especialmente al resto de la tripulación, pero atraía a los pingüinos de Adelia, que se acercaban al Belgica con sus andares de pato, sin sospechar que les aguardaba una emboscada inclemente. «Diríase que los pingüinos son animales musicales», observó Amundsen.

En el barco, muy pocos se atrevían a probar la carne de focas y pingüinos, de modo que la caza era, casi exclusivamente, una forma de ejercicio físico para mantener el cuerpo activo. En los espíritus, sin embargo, hizo mella el poso desolador de tanta muerte. Los cazadores afligidos tenían que decirse a sí mismos que la crueldad de la empresa no era gratuita: cada muerte proporcionaba nuevo material de estudio a Racovitza.

«Hay que ver a Racovitza tras las últimas carnicerías. Lleva el delantal al cuello y un gran cuchillo en la mano, con el que eviscera los cadáveres aún tibios para examinar los estómagos y los intestinos, ¡y hasta los restos de alimento!», escribió Lecointe. «¡Y la alegría que le produce encontrar un embrión! Lo observa y lo guarda como si fuera un tesoro muy valioso».

Desollaban a los animales, les quitaban la grasa, daban los órganos a los petreles y guardaban la carne bajo la nieve, formando una despensa de emergencia. Con temperaturas medias de unos diez grados bajo cero durante todo el otoño austral, el conjunto de la banquisa era un congelador gigante.

A finales de marzo el viento no dejaba de soplar. «Estamos indescriptiblemente cansados de estas tormentas, que parecen no tener fin», escribió Cook. Durante varios días, escribió Lecointe, «un polvo de nieve muy fino caía de forma casi constante, el viento lo recogía con violencia y penetraba por todas partes, bajo la ropa, entre las diminutas grietas de los observatorios, por las juntas más pequeñas de las puertas y ventanas de los camarotes».

Nuevas precipitaciones se amontonaron sobre los muros de nieve con que la tripulación había aislado el Belgica. El barco quedó sepultado en el interior de un teso blanco. Cuando las nubes por fin se

alejaron, la banquisa estaba irreconocible. «La topografía ha cambiado por completo bajo los efectos de la nieve, arrastrada por la tormenta», escribió Cook. «Alrededor del barco hay grandes lomas que apenas nos dejan bajar al hielo. Las antiguas colinas son ahora elevaciones redondeadas, las gargantas están llenas de hielo y de nieve y los inquietos témpanos que se agitaban en la superficie de la banquisa han desaparecido en una única masa homogénea. Todo está sosegado, inmóvil, cubierto del silencio de la muerte».

Los hombres empezaron a hastiarse del trabajo en el exterior y las idas y venidas se redujeron. A De Gerlache le inquietaba que volvieran a anidar la desazón y el resentimiento en una tripulación ociosa. A Cook, por su parte, le preocupaban los perniciosos efectos físicos y mentales de la inactividad. Comenzó a organizar regulares excursiones de esquí por la banquisa, normalmente de ida y vuelta hasta los icebergs más próximos. De Gerlache había impuesto una regla inquebrantable: ningún hombre podía alejarse del Belgica más que unos pocos kilómetros, por miedo a perder de vista los mástiles y no encontrar el camino de vuelta. El hielo, en constante cambio, podía agrietarse; los témpanos podían desgajarse y abrir vías que dejasen a los aventureros a la deriva. No se podía depender de señales ni de hitos: la colina que uno atisbaba al partir podía quedar camuflada bajo la nieve o la niebla al regresar, o transformarse a causa de la presión del hielo. La limitación de movimientos no hizo más que empeorar la sensación de ahogo que se instalaba entre la tripulación, presa de la monotonía y del confinamiento. Día tras día, los hombres veían las mismas caras sentadas a la misma mesa, escuchaban las mismas canciones en el *Coelophone*, llevaban a cabo las mismas tareas y contemplaban el mismo campo de hielo.

A los científicos, el estímulo intelectual del trabajo les impedía hundirse en la apatía, pero el frío hacía que las dificultades para llevarlo a cabo aumentaran. Lecointe y Danco pasaban horas infinitas en los observatorios mal aislados, sin moverse apenas de la silla, y empezaban a sentir los pinchazos de la congelación. No era el único problema relacionado con las temperaturas. Uno de esos días, Danco regresó al barco con «un pie helado y un trozo de piel, que se le había desgajado del ojo, pegado al metal del visor de su instrumento», en palabras de Cook. A partir de entonces, Lecointe, que había perdido

varias pestañas por el mismo motivo, cubriría las partes metálicas del sextante con franela.

No era la única manera en que el frío, que cada día volvía su mundo más pequeño, obstaculizaba los trabajos de investigación. En ciertas ocasiones, el baño de mercurio en el horizonte artificial de Lecointe —un artefacto que permite realizar mediciones con el sextante aun en circunstancias en las que el horizonte real no puede distinguirse con claridad— se congelaba, lo que indicaba una temperatura de treinta y ocho grados bajo cero. Los utensilios con partes rotativas, como los sextantes y los telescopios, se trababan cuando la grasa que los lubricaba se volvía más densa y dura; las lámparas de queroseno se apagaban con el menor soplo de viento y las de aceite ni siquiera se encendían, lo que hacía imposible leer las indicaciones de los aparatos en la oscuridad de los observatorios. La nieve se filtraba por las grietas e inutilizaba los instrumentos más sensibles, como el higrómetro de cabello (que mide la humedad ambiental gracias a la capacidad para retener humedad que posee el cabello humano, o la crin de caballo, en algunas ocasiones). Los cronómetros marinos que utilizaba Lecointe en las observaciones del firmamento también eran demasiado delicados y no podían salir del barco ni soportaban el frío extremo del observatorio del capitán. Para resolver el problema, Cook, Amundsen y los noruegos Tollefsen y Johansen instalaron una línea de telégrafo entre el observatorio y el camarote de Lecointe en el Belgica. Cuando Lecointe llevaba a cabo las observaciones desde el exterior, Dobrowolski se sentaba junto al cronómetro dentro del barco y le enviaba los tiempos. Este sistema, conectado a una pequeña batería, funcionó bastante bien y estableció un récord de menor importancia: la comunicación eléctrica más meridional de la historia.

Sin embargo, el efecto más nocivo del frío fue el hecho de que los hombres tuvieran que confinarse en el barco. Por duro que resultara el frío extremo, en muchos aspectos era mejor que temperaturas ligeramente superiores. La tripulación prefería encontrarse a unos vigorizantes veinticinco grados bajo cero, a los que la humedad del aire se congelaba. Cuando el termómetro subía, la humedad se colaba entre las fibras de la ropa y las mantas, lo que, paradójicamente, hacía que los hombres tuvieran más frío. «Intentamos por todos los medios

[…] eliminar la humedad», escribió Cook, «con escaso éxito». Cuando metían la mano debajo de la cama, despegaban carámbanos que tintineaban al caer al suelo. «Al quitar el colchón, todos los clavos están cubiertos de hielo», escribió Cook.

Esas incomodidades se sumaban a una lista de quejas que no dejaba de aumentar: el frío, el viento, la monotonía que les atenazaba. Según se acortaban los días de otoño, la tripulación comenzó a eludir sus responsabilidades: algunos se quedaban dormidos, otros se negaban a trabajar, a pesar del discurso que De Gerlache les había dirigido en Navidad: *No se les permite estar cansados. Otra cosa es si están enfermos: entonces les daré descanso*. En ese momento, el estado de los hombres se encontraba a medio camino entre ambos.

De Gerlache temía una nueva crisis de disciplina. Allí no podía expulsar a los marineros rebeldes del barco ni sobornarlos con una libra. Y se sentía impotente para solucionar los problemas. Igual que había delegado las tareas disciplinarias en Lecointe y Amundsen, ahora dejó que Cook se encargara del malestar creciente.

Fue una decisión acertada. Cook era tan ducho interpretando seres humanos como el comandante los vientos y las corrientes marinas. Cuando escuchaba, sus ojos, de un azul grisáceo hipnótico, rebosaban empatía. Mientras que algunos de los oficiales y científicos tendían a menospreciar a los ocupantes del castillo de proa, Cook sentía un respeto profundo hacia el conjunto de la tripulación, un vínculo de camaradería enraizado en el igualitarismo estadounidense y en la miseria que le había acompañado toda su infancia y su juventud. «Solemos pensar que el volumen de trabajo cerebral de un hombre cultivado es muy superior al del trabajador común», escribió. «Pero mis observaciones en el Belgica me han enseñado que no es cierto […]. El obrero que corta bloques de nieve o pone ladrillos ve pasar cada día por su cerebro tantas impresiones como el licenciado, si no más».

Se había ganado el afecto y la gratitud de los hombres a bordo, y él, a su vez, sentía hacia ellos algo semejante a un amor protector. Decidido a evitar que se sumieran en la depresión, se encargó de levantarles el ánimo y de mantenerlos ocupados mentalmente. A finales de marzo, Cook se entrevistó con cada uno de los hombres del Belgica para averiguar las causas de su descontento. Recorrió el barco

haciendo preguntas tanto a oficiales como a marineros —«¿Qué es lo que más echas de menos de tu hogar? ¿Con qué o quién sueñas más a menudo?»— y apuntando todas las respuestas en su cuaderno.

Este interrogatorio le congració aún más con los hombres, para los que el mero hecho de que alguien se preocupara por ellos resultaba una forma de alivio. La investigación reveló dos problemas principales. El primero era la falta de compañía femenina. No parece que Cook fuera ajeno a este deseo, dados los comentarios que incluye en el informe. «Nos hacen falta cartas de nuestras madres, de nuestras hermanas, de las hermanas de otros hombres», escribió, «¿qué no daríamos por echar una breve mirada a una mujer hermosa?». La frustración sexual era una aflicción generalizada en el barco. Incluso los marineros, menos propensos a hablar de estos asuntos con franqueza delante de un oficial, se sinceraron con Cook: «Dos o tres, en rincones oscuros y solitarios, lloraron al confesar cuánto les agradaría pasar un momento con la chica de su corazón».

La segunda causa de insatisfacción, mucho más urgente, fue la dependencia casi exclusiva de la comida enlatada. Aunque, para los estándares conserveros de finales del siglo XIX, no era de mala calidad, tras tantos meses alimentándose de ella la mayoría de los hombres la encontraban insípida. El mejunje blanco e incoloro que les servían en el plato cada noche no guardaba parecido alguno con la comida prometida en las etiquetas de las latas. Lo más asqueroso eran las *kjøttboller*, unas albóndigas esponjosas que De Gerlache había comprado en Noruega, mientras el Belgica estaba anclado en Sandefjord, y que constituían una parte importante de la dieta de la expedición.

Los hombres «anhelan sobre todo llevarse a la boca algo con sustancia», descubrió Cook. «Su mayor deseo es comer alimentos frescos, como carne de ternera, verduras o fruta». Hasta De Gerlache, que se había encargado personalmente de seleccionar la comida de la despensa para asegurar la mayor variedad posible de alimentos, admitía que «la variedad está sobre todo en el nombre». La tripulación culpaba de lo desagradable de la comida al criterio de De Gerlache y a Louis Michotte, su asistente, un hombre trabajador que había asumido las responsabilidades culinarias cuando los dos cocineros anteriores fueron expulsados en América del Sur (entre ambos, Van Mirlo había

ocupado el cargo).

Aunque al solicitar el puesto había incluido la cocina como una de sus habilidades —junto a la esgrima y la puntería—, el antiguo legionario era un absoluto inútil en los fogones. «Preparaba casi todos los platos del mismo modo», se quejaba Lecointe: «con un poco de agua o con mucha agua, en función de la consistencia que deseara». Peor aún, reconocía De Gerlache, «Michotte era ambicioso». Se enorgullecía especialmente de sus «tartas» —pedazos incomestibles de masa sin levadura en los que vaciaba un tarro de mermelada— y observaba ansiosamente cómo sus compañeros trataban de masticarlas. «Las sopas están llenas de "misterio"», escribió Cook, «y las "carnes embalsamadas" se encuentran en boca de todos, pero acompañadas de una maldición». Tratando de variar los sabores, Michotte solía vaciar distintas latas para preparar un guiso insulso que, por algún motivo, tenía menor sabor que la suma de sus partes. De Gerlache, quien nombrara al joven marinero encargado de cocina, sentía debilidad por el chico. «¡Pobre Michotte!», escribió. «Le ponía tanto entusiasmo que dejábamos pasar su ineptitud culinaria».

Aunque las noches se llenaban de bromas sobre el menú, el desagrado generalizado no tardó en convertirse en una verdadera crisis. La vida en la banquisa apenas tenía alicientes. La comida tendría que haber sido uno de ellos. En vez de eso, los hombres le tenían pavor. La dieta, semejante en todo a la de una prisión, les recordaba cada día que estaban atrapados, lo que tenía un gran impacto sobre su estado de ánimo.

Para masticar algo fresco, fibroso y sabroso, varios hombres decidieron probar la carne de pingüino almacenada bajo la nieve. Descongelaron los filetes que Racovitza había despiezado y se los llevaron a Michotte. Otros exploradores habían probado esta carne antes que ellos y las opiniones era de todo tipo. En Tierra del Fuego, a finales del siglo XVI, Francis Drake y sus hombres se atiborraron de pingüinos de Magallanes, que consideraban una «vianda muy buena y completa». En 1841, durante la expedición a Tierra de Victoria, James Clark Ross también había probado el pingüino emperador. «La carne es muy oscura», comentó, «y tiene un sabor a pescado rancio». En su caso, no lo incorporaron al menú.

Puede que, en las manos inexpertas de Michotte, el plato resultara

aún peor. Sabía a la vez a pescado y a ave, con un toque intenso a carne de caza. «Si es posible imaginar un trozo de ternera, un bacalao con olor muy fuerte y un pato coacoxtle asados en un pote, con salsa de sangre y aceite de hígado de bacalao», escribió Cook, «la imagen está completa». A eso habría que añadirle también el hedor tenaz del guano, imposible de eliminar. Tras probarlo, la mayoría de los hombres del Belgica juraron que el primer bocado sería el último. De Gerlache, que según Cook se había sentido insultado cuando los hombres consideraron siquiera la posibilidad de comer esa carne repugnante en lugar de la comida enlatada que él mismo había seleccionado con tanta atención, se negó a tocarla. Danco, el leal amigo del comandante, dijo que prefería morir a llevarse eso a la boca.

Había un hombre que no veía la situación como una mera prueba de resistencia; que, de hecho, parecía disfrutarla plenamente. Si sus camaradas encontraban en las privaciones de la banquisa el origen de todas sus desgracias, para Roald Amundsen estas eran motivo de júbilo. «La comida es excelente en todos los sentidos», escribió en su diario. Como noruego, estaba familiarizado con las *kjøttboller* y las devoraba con fruición, mientras trataba de tomar el pelo al resto de oficiales diciéndoles que estaban hechas de carne de gato mezclada con huesos, pelo y dientes. También le agradaban las bolas de pescado que se servían los viernes, aún más denigradas por sus compañeros, y que generalmente comía solo quien perdía alguna apuesta. En cuanto a la carne de pingüino, Amundsen indicó que era «la carne más exquisita que uno podría desear». Recomendaba sellar solo el filete por cada lado en una sartén con margarina. Y si apreciaba genuinamente el sabor, es probable que también disfrutara de la mueca de asco que dibujaba el resto de marineros cuando le veían engullirla. Desde la adolescencia, en la época en que idolatraba al desdichado explorador John Franklin, Amundsen había equiparado el éxito y el sufrimiento, hasta el punto de que este último había dejado de molestarle. La pésima calidad de la comida era, en ese sentido, una nimiedad. Tampoco le provocaba un gran pesar la falta de mujeres. No parece que haya tenido una extensa vida romántica antes de embarcar en el Belgica.[23] Las conquistas sexuales le interesaban

mucho menos que las geográficas y consideraba inútil toda actividad no encaminada al progreso de sus ambiciones polares. Cada segundo en la banquisa, así, le acercaba un poco más a su objetivo.

«Mi mayor deseo, cuando llegue la primavera, es dirigirme hacia el sur con un kayak de dos plazas y un trineo», escribió a principios de abril (aunque no especifica cuál de los hombres le acompañaría, lo más probable tras la experiencia en los acantilados de la isla de Brabante es que quisiera ir con Cook, lo que significaría privar de médico al resto de la tripulación). Su plan —su fantasía, más bien— consistía en viajar durante seis semanas hacia el sur, llevando las provisiones en el trineo mientras recorrieran la banquisa y cargándolas en el kayak cuando el agua les impidiera continuar a pie, antes de regresar al Belgica. Era consciente de lo audaz de su proyecto, y añadió: «En tal aventura uno ha de estar preparado para no dar con el barco».

Ese riesgo solo le envalentonaba más. En la misma entrada del diario, como si se desafiara a sí mismo, revisó el plan: «En tal caso, viajaríamos hacia el sudoeste, hasta donde el tiempo nos lo permita. Al llegar el invierno montaríamos campamento de la mejor manera posible sobre un iceberg con las condiciones adecuadas [...]. Una vez hecho eso, nos aprovisionaríamos para el invierno: pingüinos y focas. A la primavera siguiente nos dirigiríamos de nuevo hacia el sudoeste hasta que hallásemos tierra. En caso de que no encontrásemos más que la Tierra de Victoria, navegaríamos con el kayak hacia el norte, y desde las islas septentrionales trataríamos de alcanzar Australia. Por supuesto, esto llevaría varios años, pero no me cabe duda de que es posible».

Poco le importaba que viajar en kayak desde Tierra de Victoria hasta Australia prometiera una muerte segura, o que acampar sobre un iceberg fuera una idea, como mínimo, poco recomendable. Mientras tomaba notas furiosas en el camarote, a la luz de la vela, Amundsen estaba más concentrado que nunca en su propia leyenda. Algunas semanas después, cuando un iceberg que flotaba en una polinia cercana se dio la vuelta con un rugido formidable y se estabilizó sobre lo que había sido su costado, Amundsen escribió: «No permitiré que esto influya en mi proyecto de invernar sobre un iceberg».

La moral de Amundsen se elevó aún más cuando Jules Melaerts, el rudo tercer oficial con el que compartía camarote, solicitó el traslado al castillo de proa, junto a los marineros. «No nos llevábamos bien, así que no negaré que esta situación es de mi agrado», escribió Amundsen. La marcha de Melaerts no solo dejó al primer oficial noruego con un camarote para él solo, sino que mejoró considerablemente el ambiente en la sala de oficiales. «No tenía una buena relación con nadie de popa», escribió Amundsen. «Somos siete. No conozco a otros seis individuos que sean tan simpáticos y afables. Me encuentro bien aquí». Al escribir esa frase, Amundsen se vio atrapado. Si el sufrimiento era equivalente al éxito, el placer había de ser una forma de autocomplacencia. Añadió: «Casi demasiado bien».

Es muy probable que Amundsen fuera consciente de que su buen ánimo era una excepción a bordo. Ni siquiera él podía aventurar lo que les deparaban las próximas semanas. Solo había dos cosas ciertas: los días serían más fríos y más oscuros.

---

[23] Uno de los biógrafos de Amundsen, Tor Bomann-Larsen, sugiere que Amundsen había tenido una aventura con su casera en Amberes hasta que un día llegó a casa y la encontró muerta, en lo que parecía un suicidio. Sin embargo, Bomann-Larsen no ofrece pruebas que lo corroboren.

10

La última puesta de sol

Los días también pasaban cada vez más lentos. La vista que Cook contemplaba por la ventana del camarote, ennegrecida de hollín, apenas variaba. A lo lejos, los mismos icebergs permanecían más o menos en la misma posición relativa respecto al barco, constantes como los campanarios de las iglesias en un pueblo cercano. Sin embargo, esa fiabilidad era una mera ilusión. El conjunto de la banquisa no dejaba de moverse erráticamente a una velocidad de varios kilómetros al día. El Belgica ya no navegaba, pero seguía vagando por el océano, sin posibilidad de establecer su propio rumbo. «Ningún punto fijo nos permite comprobar la deriva del barco y no nos damos cuenta de que seguimos moviéndonos sobre el agua porque todo el horizonte, los incontables campos y montañas de hielo, se desplaza con nosotros, a la misma velocidad», escribió Cook. Temía que las mentes de los hombres, desprendiéndose también de sus puntos de referencia, se dirigieran a la deriva hacia el terror y la locura.

No era solo que la banquisa se moviera: incluso la forma y la solidez del propio hielo no dejaban de fluctuar. La banquisa parecía tierra, pero su comportamiento era el del agua, aunque más lento. Las fuerzas a las que estaba sometida, que alteraban sutil y progresivamente su topografía, eran las mismas que agitaban los océanos: el viento y las corrientes. Ninguna de ellas seguía un patrón

constante. Cuando atacaban desde direcciones opuestas, tiraban del hielo como si fuera un aparato de tortura medieval. Las corrientes submarinas afectaban más a los icebergs, sumergidos a gran profundidad, que al hielo superficial y podían hacer que estas inmensas masas abrieran surcos entre la banquisa como un arado temerario.

El hielo marino, cuyo grosor no suele ser mayor de uno o dos metros, quedaba en cambio a merced del viento, que definía casi cada aspecto en los alrededores del Belgica. «Cada mañana, la primera pregunta que nos hacemos», escribió Cook, «es "¿Qué viento hace?"». Hasta la brisa más ligera podía atrapar la banquisa y ponerla en movimiento. Una tormenta podía quebrarla y crear una red de grietas finas y traicioneras entre pequeñas lagunas, que nunca eran suficiente para permitir escapar al barco. Una pausa del viento podía provocar que el hielo se tranquilizara y que las antiguas fisuras se abrieran de nuevo, súbitamente. A la inversa, el viento soplando de forma sostenida, desde cualquier dirección, durante un periodo considerable, comprimía la banquisa, uniendo los témpanos con tal fuerza que se formaban barricadas de escombros de hielo en las junturas. Estas crestas de presión se elevaban a gran velocidad y con violencia, como si estuvieran vivas, y el sonido del hielo contra el hielo —desde gemidos profundos y siniestros, hasta agudos chillidos— no hacía más que confirmar esa impresión. Estas crestas podían alcanzar la altura de un edificio de dos pisos en cuestión de horas, un inmenso muro de hielo que surgía únicamente del movimiento del aire. Cada crujido en las maderas del Belgica hacía temblar a los hombres, recordándoles que estaban a merced del viento.

Los vendavales antárticos aullaban sin descanso, amenazando con arrasar su único refugio y hacer añicos el suelo que pisaban. «Estas regiones polares del mundo son, no cabe duda, inadecuadas para la vida humana», escribió Cook, «pues aquí recibe el planeta las patadas de todos los espíritus furiosos que encuentra en su viaje por el espacio». El viento no dejaba de acosar a los hombres, poniéndolos ante la evidencia de su destino. Sin apenas obstáculos en el camino, a veces soplaba con tanta fuerza sobre la llanura helada que los miembros de la expedición tenían que quedarse encerrados en el barco durante varios días.

Además del viento y las corrientes, había un tercer elemento que podía alterar dramáticamente la forma de la banquisa o, al menos, la percepción que los hombres tenían de ella: la luz. Los escasos días claros mostraban una explosión de color sobre el lienzo vacío y blanco. Era un placer visual fugaz que inspiraba recargadas descripciones. «La llanura centellea bajo el sol como si estuviera cubierta de polvo de diamante», escribió De Gerlache. «Los icebergs y las colinas de hielo alardean de sus cimas plateadas y arrojan a su espalda sombras diáfanas, de un azul tan puro que parece arrebatado del cielo. Los canales dibujan serpenteantes caminos del color del lapislázuli y, en las orillas, el hielo recién formado adquiere un tono aguamarina. Al acercarse la noche, de forma casi imperceptible, las sombras cambian, se colorean de un suave rosa, un malva pálido, y a la espalda de cada iceberg parece que un hada ha pasado a tender un velo de gasa. Poco a poco, el horizonte se vuelve rosáceo, después amarillo, anaranjado, y cuando el sol ha desaparecido, persiste un destello crepuscular que se desvanece deliciosamente en el cielo azul oscuro donde titilan incontables estrellas».

La banquisa era el patio de juegos de la luz. Los rayos de sol caían inclinados sobre la tierra, se contorsionaban al pasar por la atmósfera y se refractaban en el aire helado. Espejismos, arcoíris de niebla, parhelios, paraselenes y otras argucias lumínicas eran tan comunes que los hombres aprendieron a no fiarse de sus propios ojos. Los días sin viento en que los cristales de hielo suspendidos se movían lentamente en el aire, estos formaban prismas que refractaban la luz, provocando la impresión de que había varios soles en el cielo. La ilusión más espectacular, conocida como círculo parhélico, provocaba que aparecieran cuatro soles falsos en los puntos cardinales de un halo alrededor del auténtico sol. Cuando se daban las condiciones adecuadas, dos líneas perpendiculares de luz, una vertical y otra horizontal, conectaban estos orbes ilusorios, cruzándose en el centro para formar una enorme cruz, como un talismán. Tal fenómeno hacía que hasta un hombre tan científico como Lecointe cayera en un asombro reverencial. «Uno siente que hay algo más allá de la Tierra», describía el capitán. «Esta especie de religiosidad te hace sentir la presencia de un Dios, no de un Dios específico, sino de un inmenso ser superior».

La luz de la Antártida les engañaba también cuando el sol desaparecía, aunque de maneras menos cautivadoras. Si el cielo estaba nublado o caía la niebla —es decir, la mayor parte del tiempo—, la banquisa era un páramo monocromático. El gris del cielo se mezclaba con el gris del hielo, difuminando el horizonte. A medida que la luz del día declinaba, las distancias resultaban cada vez más difíciles de calcular. Sin sombras que delinearan los contornos, «casi todas las irregularidades quedaban oscurecidas o distorsionadas», escribió Cook. «Había enormes montículos, de entre tres y seis metros de altura, que no veíamos hasta que no estábamos delante de ellos. A veces, los salientes pequeños, con ángulos bien marcados, nos hacían creer que eran icebergs muy lejanos. Íbamos esquiando tranquilamente y de repente nos dábamos cuenta de que habíamos dejado atrás ese enorme obstáculo, que, en realidad, no tenía más que unos centímetros de alto».

Fuera sincera o engañosa, la luz definía los contornos del mundo en que ahora vivían, un mundo que cada día se les reducía un poco más. Conforme se acercaban al solsticio de invierno y las noches se alargaban y las temperaturas caían, los elementos que generaban algo de color y variedad en los alrededores del Belgica se difuminaban a gran velocidad. Los canales y las polinias se congelaron por completo y la banquisa se convirtió en una única extensión informe. Las exhalaciones de las ballenas se oían con menos frecuencia, los pingüinos dejaron de visitarlos y el grosor del hielo no dejaba que las focas abrieran agujeros para respirar o para avistar a sus presas en la oscuridad subacuática. De la mano de la luz, la vida misma parecía desvanecerse.

*

De Gerlache era consciente de los peligros que esa monotonía entrañaba para el espíritu de la tripulación, a medida que el día se dejaba ir hacia la noche y perdían la noción del tiempo. Tratando de prevenir estos males, estableció un calendario de días especiales que les alegrasen. Todo aquello que pudiera celebrarse —cumpleaños, aniversarios, días festivos en los diversos países representados a bordo — se festejaba tan espléndidamente como permitían las reservas de

comida. «Pasan lentas las semanas», escribió Cook, «en las que no conseguimos tener siquiera un día señalado, una comida especial seguida de champán en abundancia» (una de las escasas ventajas de la vida en el hielo era que el champán estaba siempre a una temperatura perfecta). Los hombres contaban los días que faltaban para tales ocasiones, no por los festines excesivamente ambiciosos de Michotte, sino por la alegría que traían.

Otro agradable ritual que rompía la rutina era la presentación de la viñeta diaria de Racovitza. Además de un diestro dibujante anatómico, el zoólogo era un caricaturista mordaz con la vena escatológica y el agudo sentido para el absurdo propio de Europa Oriental. Sus dibujos a lápiz, obscenos y pueriles, eran también un testimonio sin filtros de la vida a bordo del Belgica, una crónica de las frustraciones y las bromas internas de la tripulación.

En su conjunto, las viñetas de Racovitza constituyen una especie de comedia serializada, una ópera bufa sobre el hielo. El personaje principal era el geólogo y meteorólogo de la expedición, Henryk Arctowski. Racovitza se imaginaba a su colega científico como un mago bufonesco llamado Artocho, con una barba larga y un culo bulboso que tomó entidad propia como personaje (ejemplo de una viñeta: el trasero de Artocho sirve de barómetro, se hincha con el viento, se hunde con las lluvias, se reseca cuando baja la humedad y expulsa flatulencias violentas cuando hay tormenta). De todos los miembros de la tripulación, Arctowski, de veintiséis años, era quien más en serio se tomaba a sí mismo, lo que lo convertía en objetivo irresistible para Racovitza.[24]

El viñetista mostraba a Artocho contemplando solemnemente una maravillosa aurora boreal que escribe M-E-R-D-E (mierda) en el cielo, o pontificando ante una bandada de pingüinos indiferentes, uno de los cuales le rocía de guano.

Junto a Artocho y las bromas ocasionales sobre las *kjøttboller*, el tema recurrente de las viñetas de Racovitza era la frustración sexual. En una viñeta titulada *Los placeres de Malinas*, aparece Danco tumbado en un desagüe de su ciudad natal, mirando por debajo de la falda de una mujer mientras esta orinaba. Racovitza llegó a crear la portada de un periódico imaginario que recogía las noticias de la vida en el Belgica, llamado *The Ladysless South* («El sur sin mujeres»).

Sorprendentemente, el hombre al que más le costó adaptarse a las obscenidades y las conversaciones sexuales fue Cook. Tal vez podía esperarse de él que, como único estadounidense a bordo, tuviera cierta inclinación hacia la vulgaridad, pero, según Lecointe, se trataba del «estadounidense más rígido que hubiera nacido nunca en el Nuevo Mundo». Tras una infancia mísera, hacía mucho que Cook había adoptado modales afectados para encajar en los círculos sociales a los que esperaba pertenecer. Y, al contrario que a los belgas, no le gustaba beber en exceso ni perder la cabeza.

A Cook le había decepcionado en particular la inclinación de los oficiales hacia las bromas pésimas y groseras en las que se mezclaban tres idiomas. En parte, probablemente, porque no las entendía. «Nunca se comporten ustedes en Nueva York de tal modo», había rezongado. Pero allí, en un barco perdido a miles de kilómetros de la sociedad cultivada, perdió poco a poco ese refinamiento. El médico comprendía que el humor —por soez que fuera— era un valioso remedio contra la pesadumbre. «Cook se ofendía cada vez con menos frecuencia», notó Lecointe. «Le gustaban algunas de las bromas, él mismo se volvió bastante divertido y al final participaba también en nuestras tonterías». Muy pronto se encontró haciendo atroces chistes con juegos de palabras, atravesando sin vergüenza las barreras del lenguaje.

Lo que nunca aprobó, sin embargo, a pesar de sus propios deseos, fueron las infinitas conversaciones sexuales alrededor de la mesa en la sala de oficiales, considerando que no era sano concentrarse tanto en algo que no podían tener. En una ocasión, determinado a ser el «aguafiestas de estas charlas sobre chicas», previno a los oficiales y los científicos de que la noche polar podía tener sobre ellos «el mismo efecto que la castración provoca en el cabestro»: que podía volverles estériles e impotentes. Aseguró a sus compañeros, que le escuchaban horrorizados, que lo mejor sería que abandonaran cuanto antes todo pensamiento erótico o romántico. «Amundsen y yo ya hemos pasado la fase de la inhibición sexual, obligatoria para vivir en el hielo», añadió. El primer oficial noruego, perfectamente adaptado a la vida monacal del explorador polar, le siguió el juego.

A Cook, que pretendía que los hombres cambiaran de tema, le salió el tiro por la culata. El 7 de abril, revolviendo entre algunos

papeles, uno de los marineros desenterró varios volúmenes de una revista ilustrada, donación de uno de los mecenas de Amberes, que contenían imágenes de parisinas famosas, actrices, artistas de cabaret, estrellas de la alta sociedad. El hallazgo les animó a organizar un concurso de belleza *in absentia*. «Seleccionaron casi quinientas imágenes», escribió Cook, «que representaban todo tipo de poses, de vestidos, de desnudos, de partes anatómicas femeninas que clasificaron en diversas categorías». Estas iban desde las más castas —«carácter irreprochable», «gracia personificada», «manos proporcionadas (dedos finos)»— a las ligeramente libidinosas: «Boca (arco de Cupido)», «cintura flexible», «*les jambes*» (piernas). Siguieron tres días de votaciones acaloradas por parte de los oficiales y los científicos (los marineros rasos no estaban invitados). A Arctowski le encargaron que presidiera la elección, bajo el título socarrón de «Artocho Primero, Rey de los Hielos».

Las ganadoras se anunciaron tras una cena bien regada de alcohol, el 10 de abril. Las dos finalistas fueron la bailarina y musa Cléo de Mérode (inmortalizada por Toulouse-Lautrec, entre otros artistas) y Clara Ward (una rica heredera, nacida en Detroit, que se casó con un príncipe belga y lo abandonó por un violinista húngaro sin un centavo). El debate fue escandaloso. Lecointe, partidario de Ward, trataba de lograr el apoyo de Cook para la candidata estadounidense, pues el médico era quien tenía el voto decisivo. «Cook está muy confuso», escribió Lecointe. «No entiende una palabra de lo que decimos; eso me da una gran ventaja: ¡es insobornable! Es más, no escatima esfuerzos ni pulmones y no hace más que gritar: "¡[Número] doscientos nueve, Clara, primer premio!"». Los partidarios de esta exclamaron de alegría, los de De Mérode expresaron su indignación a gritos. De Gerlache intentó apaciguar los ánimos: abrió una botella de champán y lanzó un brindis a viva voz: «¡Por todas las bellezas!».

Lecointe se acercó a trompicones hasta el *Coelophone*, introdujo el cilindro musical del himno belga y comenzó a mover la manivela. Cuando empezó a sonar una melodía extraña e irreconocible, se dio cuenta de que estaba tan borracho que había cargado el cilindro del revés. La sala de oficiales estalló en carcajadas mientras se oía «La Brabançonne» hacia atrás sobre la banquisa oscura, desolada, un cierre adecuado para esa celebración en los confines del mundo.

Fue una de las últimas noches felices.

Los días se hicieron tan cortos como en el invierno belga. A continuación, se hicieron aún más cortos. La latitud, inclemente, arrancaba hasta veinticinco minutos de luz al día y las noches se alargaron más de tres horas en dos semanas. De Gerlache temía que la disciplina se viniera abajo cuando se instalara la oscuridad, así que impuso una rutina estricta para regular los días, en los que cada vez veían menos el sol: un horario dictado por el reloj y no por la luz. La jornada de trabajo comenzaba a las ocho de la mañana y duraba hasta las cinco de la tarde, con pausas para comer y hacer ejercicio. La cena se servía a las cinco y media y después había tiempo libre a la luz de las lámparas de aceite: jugaban a las cartas, remendaban prendas rotas, leían. La luna, brillante, podía invitar a que los hombres dieran un paseo nocturno por la banquisa.

Los domingos y festivos, cada marinero recibía un vaso de grog y quince centilitros de vino de Burdeos, además de una copa matutina de oporto si De Gerlache estaba satisfecho con la limpieza de sus dependencias. Con la intención de evitar que el alcohol sirviera de combustible para una nueva revuelta, como había ocurrido en Punta Arenas, De Gerlache prohibió la bebida fuera de estas ocasiones, aunque los oficiales contaban con privilegios especiales.

Inspirado quizá en los movimientos socialistas que se afianzaban por Europa al término del siglo, De Gerlache instauró la jornada laboral de ocho horas. Sobre el Belgica, en cualquier caso, no había que preocuparse por el exceso de trabajo. Una vez que el barco quedó atrapado en el hielo, la mayor preocupación del comandante era encontrar quehaceres suficientes para ocupar a los marineros durante ocho horas al día. Su ocupación fundamental consistía en sobrevivir hasta que el hielo los liberara. Más allá de ayudar puntualmente a los científicos, sus responsabilidades se limitaban a la búsqueda de bloques de nieve para obtener agua potable y a la limpieza de las estancias del barco. Habían reducido la caza, la única tarea que les había proporcionado algo de emoción de manera constante, hasta abandonarla casi por completo, pues apenas se encontraban ya presas potenciales en los alrededores.

Y así, pese a los esfuerzos del comandante, el barco se sumió a

finales de abril en una apatía generalizada, particularmente notoria en el castillo de proa. Varios marineros dejaron de realizar las escasas tareas diarias que les estaban asignadas y de cumplir con el baño semanal con esponja, salvo que se les ordenara formalmente. Algunos se negaban a abandonar el barco, pese a que Cook insistía en que debían ejercitarse todos los días. Volvía a flotar en el aire una atmósfera de amotinamiento. La única diferencia era que la desesperación era mayor que en Punta Arenas, donde los desertores podían al menos escapar a los bares y a los burdeles o probar suerte buscando oro.

Las raciones del mejunje enlatado que se les servían cada día alimentaron la creciente insatisfacción. Oficiales y tripulación culpaban a la mala comida del malestar que se metastatizaba a bordo, y de la mala comida, a su vez, a Michotte y De Gerlache. «La organización del menú es repudiada y toda la despensa es blanco del sarcasmo más amargo», escribió Cook. «Todo aquel vinculado con la selección o la preparación de la comida, siquiera vagamente, ahora o en el pasado, ha recibido innumerables críticas. Algunas fueron merecidas, pero la mayoría son solo la expresión de nuestro desesperado aislamiento, alejados de las comodidades habituales». Las quejas se volvieron menos jocosas, más urgentes. La comida no solo era incomestible, protestó la tripulación; era, además, insuficiente. Cook describió el resentimiento que se apropiaba del barco como una «insurgencia alimenticia».

Las protestas se hicieron tan insistentes que, tras la cena del 2 de mayo, Lecointe le comunicó a De Gerlache, en privado, el sentir de la tripulación, y añadió que él pensaba que tenían razón en sus reclamaciones. Le dijo que no sería inteligente dejarlas sin respuesta. Nunca había cuestionado las decisiones de De Gerlache frente al resto de los hombres, pero ese día estaba de un humor combativo, quizá porque él mismo tenía que tragarse la misma bazofia insípida. Le exigió saber si había provisiones suficientes para todo el invierno.

—Desde luego, tenemos provisiones —respondió De Gerlache—. Pero ¿qué dirá la prensa cuando hable de nosotros? ¿No nos acusará de abusar de la situación, de comer demasiado bien?

Lecointe apenas podía creer lo que oía. De nuevo, el comandante parecía más preocupado por las consecuencias sobre su reputación en

Bélgica que por el bienestar de la tripulación. Había sido una obsesión constante: De Gerlache no dejaba de pensar que los periodistas le acusarían de llevar alimentos demasiado lujosos en la bodega del Belgica, sugiriendo que él y sus hombres se aprovechaban, de modo antipatriótico, del erario público. Era como si el comandante se hubiera olvidado del hecho de que no estaban en Bélgica, sino a quince mil kilómetros de distancia, luchando por sobrevivir en una placa de hielo a la deriva.

Lecointe sacó a relucir todo su temperamento frente al equilibrado De Gerlache y le gritó que a él la prensa no podía importarle menos, «sobre todo la prensa antártica», e instó al comandante a repartir raciones suficientes «sin preocuparse por los periodicuchos de las zonas templadas».

De Gerlache hizo lo que Lecointe le recomendó y aumentó las raciones diarias. Elaboró incluso un menú cíclico mensual —que consultaba en una cuadrícula— para que no se sirviera nada con demasiada frecuencia. Sin embargo, aunque la cantidad de comida fuera suficiente, los hombres no estaban en absoluto satisfechos. «Ahora estamos hartos de todo», escribió Cook. «Todo lo que sale de una lata nos asquea». Por muchos cambios que hubiera en el menú, la inconsistencia insoportable de la comida enlatada era la misma: cada semana, el sabor y la textura de los alimentos básicos, como la lengua de ternera, la *blanquette*, el paté de caza y la liebre estofada, resultaban prácticamente indistinguibles. Los arenques marinados no eran menos insulsos. Todas las verduras tenían el mismo tono verde grisáceo y no ofrecían resistencia alguna.

«El estómago pide algo que posea fibra natural, alguna sustancia dura, crujiente», observaba Cook, convencido de que, tras varios meses, el cuerpo humano dejaría de obtener nutrientes de la comida envasada. «A esas alturas, nos habríamos llevado a la boca puñados de guijarros o de arena. ¡Hasta tal punto echábamos de menos utilizar los dientes!».

Las observaciones de Cook ya no eran las del antropólogo curioso, sino las del médico preocupado. A principios de mayo, alarmado por la dispepsia generalizada a su alrededor, Cook comenzó a realizar revisiones médicas regulares en la sala de oficiales y en el castillo de proa. Pesó, tomó la temperatura, comprobó las pulsaciones y examinó

las bocas y los ojos a todos los miembros de la tripulación. Tras meses de confinamiento e inactividad, el pulso se había vuelto errático, y los hombres «llegaban a la larga noche con síntomas de malnutrición», informó Cook, «debido al desagrado invencible que nos provocaba [la comida]». Sin embargo, más allá de «algunos ataques leves de reumatismo, neuralgia y traumatismos sin importancia, no se encontraron problemas graves».

En general, Cook tenía cerrado el armario de las medicinas. «Si estuviéramos en Nueva York y me pagaras por la consulta, te daría medicación», le dijo a uno de los pacientes. «Pero aquí no merece la pena: ¡te vas a poner igual de bien sin ella!».

Al principio, los síntomas de la inquietud eran, sobre todo, psicológicos. Sin perspectiva de ser rescatados en un futuro próximo, el estado de ánimo en todo el barco oscilaba entre el aburrimiento y la ansiedad, una combinación venenosa. En otoño, una serie de acontecimientos preocupantes habían sacado a los hombres de su letargo, recordándoles la precaria situación en que se encontraban. En cierto momento, la madera que había tras el tubo de la estufa empezó a arder. Mientras el resto de los presentes salía en desbandada, buscando frenéticamente agua y una bomba operativa, Amundsen retiró tranquilamente la estufa del panel de madera y apagó el fuego con nieve.

A mediados de mayo, mientras el Belgica continuaba su desplazamiento hacia el sur, a una latitud ya de 71°35’, los persistentes vientos del norte que lo habían llevado hasta allí trajeron varios días de deshielo, resquebrajando la banquisa que poco antes parecía fiable y sólida. Los hombres observaron cómo se abrían fisuras bajo sus pies, que, si ya eran peligrosas cuando podían verlas, no tardaron en quedar cubiertas por la nieve, creando un paisaje de trampas mortales, semejantes a aquella a la que Cook y Amundsen sobrevivieron de milagro en la isla de Brabante. «No es prudente aventurarse por la banquisa durante estas tormentas», escribió Cook. «Ya hemos tenido varios baños en agua helada por caer entre la nieve, aún blanda, y no sería extraño que se produjera un accidente fatal».

El hielo podía matar al abrirse, pero también al volver a cerrarse. En este sentido, era como un depredador que aguardara a su presa, emboscado, tranquilizándola durante semanas antes de atacar

repentinamente. La noche en calma del 13 de mayo, el marinero de guardia se quedó atónito al ver cómo una grieta recién abierta en la banquisa se tragaba el pequeño observatorio astronómico de Lecointe. La construcción se hundía lenta pero visiblemente. Llamó a sus compañeros, que corrieron a cubierta para contemplar, incrédulos, cómo la grieta se sellaba de nuevo, haciendo añicos la construcción con sus mandíbulas. Una a una, todas las planchas se partieron. En cuestión de segundos, el observatorio y todo el valioso instrumental que contenía se perderían para siempre en las profundidades.

Lecointe, Cook y Amundsen saltaron al hielo y corrieron hacia la cabaña. Habían desaparecido partes del suelo y algunos de los utensilios de Lecointe ya habían caído al mar. Los tres hombres ataron una cuerda rodeando las cuatro paredes y tiraron de ella con todas sus fuerzas, pero la cabaña pesaba demasiado y el hielo no quería soltarla. Se resbalaban hacia la grieta. Nueve marineros se les unieron. Tuvieron que luchar contra las fuerzas de la banquisa hasta conseguir salvar la estructura, «justo a tiempo».

Los hombres pudieron recuperar algunos de los instrumentos de Lecointe y suficientes materiales como para reconstruir el observatorio, esta vez más cerca del Belgica, allí donde el hielo seguía intacto y poseía aún más de un metro de espesor. No obstante, ese fue el momento en que el conjunto de la tripulación comprendió que lo mismo que le había sucedido a la cabaña podía ocurrirle al propio barco. Ese había sido, de hecho, el destino del Jeannette y de muchos otros navíos atrapados en el hielo.

Llevaban semanas midiendo el crecimiento de la oscuridad en función del tiempo que aún podían leer sin la luz de las velas. En los días previos a los últimos coletazos del sol, este se reducía a una hora, aproximadamente. «El mediodía actual tiene menos luz que el crepúsculo de hace un mes», escribió Cook.

Según los cálculos de Lecointe, el sol se hundiría bajo el horizonte el 16 de mayo y no reaparecería en setenta días, suponiendo que el barco no se alejara demasiado hacia el norte o el sur. El capitán predijo también que la refracción, el cambio de dirección de la luz al atravesar la atmósfera, les daría aún unos últimos rayos de luz ilusorios al día siguiente.

Los miembros de la expedición aguardaban con temor la llegada del 17 de mayo. Amundsen y sus camaradas noruegos, ferozmente patriotas, encontraban cierto consuelo en el hecho de que era la fiesta nacional que conmemoraba la firma en 1814 de la Constitución de Noruega (que siguió vigente cuando, tras la guerra de ese mismo año, Noruega quedó bajo dominio del rey sueco). Pero allí, en el hielo de los confines de la Tierra, las vicisitudes del sol primaban sobre los lejanos dramas de la historia humana, de la política y la guerra. Por mucho champán que se descorchara en la sala de oficiales y en el castillo de proa durante la comida para conmemorar el aniversario, ese sería un día de duelo.

Esa mañana, una densa neblina ocultaba el horizonte, como si el sol no quisiera presentarse a su propio funeral. Justo antes de desayunar, Lecointe irrumpió en la sala de oficiales y anunció que había observado una especie de luz distinta, muy extraña. En lugar del breve amanecer que esperaba contemplar algunas horas después, hacia el norte, el capitán había divisado un fulgor azul al oeste que parecía encenderse y apagarse, como si enviara un mensaje. Llevó al resto de oficiales hasta el puente cubierto de nieve para que lo presenciaran por sí mismos. En un primer momento no vieron nada y se burlaron de los problemas de vista de su compañero, de su imaginación desbocada. «Le acusamos de haber tenido una revelación demasiado pronto», escribió Cook. Golpearon los pies para calentárselos y se dispusieron a regresar al interior. Entonces la vieron: la luz apareció de nuevo, titilando, como una antorcha. A todos se les aceleró el pulso, ya de por sí excitado: ¡no estaban solos en el continente!

«Pronto salieron a cubierta todos los hombres, que parecían creer que la luz se acercaba hacia nuestra posición», escribió Cook. «¿Se trata de un ser humano? ¿Será tal vez algún miembro de una raza polar desconocida?». ¿Acaso el médico estaba en lo cierto cuando, algunos años antes, en Brooklyn, había hecho creer a su público que podría descubrir «una tribu aislada de hombres»? ¿Sería esta luz una señal de los creadores de las misteriosas esferas de arena y cemento que el capitán Larsen había descubierto cinco años antes en la isla de Seymour y que él atribuía a la mano humana? Alguien tendría que abandonar el barco para averiguarlo.

Resulta revelador que, ante la perspectiva de una posible cumbre diplomática —o una confrontación hostil—, los hombres no se dirigieran al comandante de la expedición ni al capitán del Belgica, sino al que era, de todos ellos, el líder natural. «Amundsen, que era el más fuerte, el más corpulento, el más valiente y, en general, el hombre más adecuado para cualquier emergencia, se puso el anorak, se enfundó los esquís y se deslizó a toda velocidad hacia la luz, atravesando la plomiza negrura de la banquisa», escribió Cook.

Los oficiales y la tripulación no tardaron en distinguir de nuevo su figura, que regresaba al barco con la linterna en la mano. Subió a bordo con expresión avergonzada para informar de que la luz procedía de una zona de nieve sobre un iceberg que no dejaba de balancearse, iluminado por una capa de algas bioluminiscentes. El hallazgo trajo cierto alivio burlón, al principio, que no tardó en convertirse en profunda decepción. Era casi como si hubieran esperado que un suceso sobrenatural viniera a rescatarles de la inevitabilidad cosmológica de un mes de oscuridad. Cuando eso no sucedió, la sensación de aislamiento se volvió aún más intensa.

Eran cerca de las diez de la mañana cuando la niebla se levantó, de repente, preparando el escenario para el último amanecer. Conforme se acercaba el mediodía, Cook, Amundsen y De Gerlache salieron a esquiar por la banquisa, que había vuelto a cerrarse tras otra ola de frío, para contemplar lo que Cook denominó «los últimos signos de la retirada del día». Volvieron la mirada hacia el horizonte septentrional, donde una luz lechosa luchaba por ganarle terreno a la noche. Tras ella brillaba un manto anaranjado. «Justo a mediodía se elevó sobre el hielo la mitad de la figura solar», escribió Cook. «Era un semicírculo dorado, deforme y torpe, triste, que no daba calor ni emitía rayos. Se hundió de nuevo instantes después sin dejar tras de sí color alguno, nada alegre que recordar durante los […] largos días de oscuridad que siguieron. Regresamos al barco y dedicamos la tarde a pensar planes para mantenernos ocupados durante el invierno».

La noche antártica no imponía un negro uniforme. Las rotaciones de la Tierra quedaban señaladas por un crepúsculo que duraba varias horas. Cada mañana se encaminaba a un clímax que nunca llegaba, torturándoles con una promesa permanentemente incumplida. «Podíamos sentir que esta alba pálida era incapaz de engendrar el

día», escribió De Gerlache. «No tardaba en renunciar al esfuerzo de vencer a la oscuridad, y se volvía atardecer en una transición apenas perceptible».

La desaparición del sol había privado a la banquisa de vida. Casi todos los organismos basados en el carbono dependen de la luz solar para vivir. El hombre se alimenta de la vaca que se alimenta de la hierba que obtiene energía del sol para absorber minerales de la tierra, con los que desarrollar materia orgánica. El petrel, carroñero, se alimenta del cadáver de una foca leopardo que se alimenta del pingüino que se alimenta de kril que se alimenta de fitoplancton. Como la hierba, el fitoplancton es fotosintético: utiliza la molécula de la clorofila para convertir la luz y el calor del sol en energía química. Es la base de la cadena alimenticia antártica y forma lo que Racovitza describió como «una inmensa pradera flotante». Sin embargo, cuando no tiene acceso a la luz, bien porque el hielo marino es demasiado grueso o porque el sol no llega a salir, el fitoplancton se debilita, muere y se hunde en el lecho oceánico. Bajo el hielo, el zooplancton que se alimenta directamente de él tiene que recurrir a su propia especie. Racovitza pudo presenciar esta carnicería caníbal al microscopio. Cuando los océanos exhaustos bajo la banquisa no ofrecen alimento, enjambres de kril tienen que desplazarse a la deriva o volverse menos activos, ralentizando su propio metabolismo hasta detenerlo prácticamente por completo. Los animales más grandes, que necesitan luz para cazar y dependen de esos organismos, migran hacia los extremos septentrionales de la banquisa, llevando consigo al resto del ecosistema. Así, por encima y por debajo del hielo, la banquisa se convertía, en palabras de De Gerlache, en «un mundo muerto».

---

[24] Era habitual que Racovitza gastara bromas a Arctowski. En una ocasión, durante una cena, cambió la manteca por vaselina y disfrutó viendo cómo Arctowski, con la cabeza en otro sitio, la untaba en el pan y comía varias rebanadas.

11

El funeral más meridional

Al poco de caer la larga noche, Cook comenzó a percibir en la tripulación comportamientos cada vez más extraños. «Resulta habitual leer, en el rostro de mis camaradas, pensamientos y disposiciones irascibles», escribió. «Se sientan, alicaídos y tristes, a la mesa del laboratorio y el castillo de proa, perdidos en ensoñaciones melancólicas; son raras las ocasiones en que alguno se despabila y trata de transmitir un vano entusiasmo». Las historias y las bromas que unas semanas antes les habían hecho reír a carcajadas, al repetirse «quizá por decimoquinta vez», causaban tanto disgusto y hastío como la comida. «Ningún intento de infundirles esperanzas surte efecto».

Cook imaginaba que el estado de ánimo general decaería, pero no se esperaba que se hundiera hasta tal punto tras el último atardecer. Observaba a sus compañeros deambular por las cubiertas del Belgica —cuando conseguían animarse para caminar—, sumidos en la desesperanza. A la pesadumbre instintiva provocada por la oscuridad —eso que Victor Hugo describió como un «desasosiego profundo y lúgubre, que podemos llamar angustia por falta de sol»— había que añadir el aislamiento total y el temor constante a que la banquisa se abriera bajo sus pies o hiciera añicos el barco. «La cortina de negrura que ha caído sobre el mundo exterior, gélido y desolado, se abate también sobre el mundo interior de nuestras almas», escribió Cook. «Estamos, así, deprimidos física, mental y, tal vez, moralmente».

La tripulación padecía mareos y dolores de cabeza. En los minúsculos camarotes del Belgica, los hombres se volvieron irritables, solitarios, esquivos. «Si pudiéramos pasar algunas horas separados, de vez en cuando», escribió Cook, «quizá descubriríamos rasgos desconocidos de nuestros camaradas y volveríamos a interesarnos por ellos. Sin embargo, en las condiciones actuales, resulta imposible. La verdad es que estamos tan hartos de nuestra compañía mutua como de la monotonía negra y fría de la noche».

Allí sufría hasta Nansen, la gata blanquinegra. Había sido una fuente de entretenimiento y consuelo para los hombres: la observaban acicalarse en cubierta, ronronear al frotarse contra sus piernas durante la cena, dejando que se acurrucara con ellos mientras dormían. A medida que se cansaban unos de otros, la gata se volvió el objeto de todos los afectos. Sin embargo, no fue inmune al contagio del abatimiento. «En general, "Nansen" parece completamente hastiado del entorno y de la gente con la que convive, y últimamente pasa la mayor parte del tiempo en rincones apartados», escribió Cook, quien, al igual que los marineros que la habían bautizado, creía que era un gato. «Su temperamento ha cambiado y ahora gruñe de disgusto: ya no es aquella criatura buena y alegre». El médico veía en la hostilidad de Nansen un presagio de cambios similares en el comportamiento de los hombres. Un deterioro que le hacía pensar que el aburrimiento no era la única causa de los males que les aquejaban. Fuerzas más siniestras —tanto físicas como psicológicas— entraban en juego y el médico estaba decidido a identificarlas.

Ninguno de los hombres fue inmune a los estragos mentales y físicos de la larga noche, pero es cierto que algunos sufrían más que otros. Cook y Amundsen, que siempre habían contado con padecer cierto deterioro psíquico —y lo consideraban, incluso, una preparación esencial para sus propias expediciones futuras—, eran algunos de los que mejor lo llevaban. Quien más parecía sufrir esa misteriosa enfermedad era De Gerlache, lo que preocupaba sobremanera al doctor. El espacioso camarote del comandante le ofrecía una soledad de la que el resto de hombres estaban privados. Allí se refugiaba la mayor parte del tiempo, abandonándolo únicamente para las comidas. «Después de cenar, compartimos unos minutos en el puente y a continuación vuelve a retirarse hasta la

mañana siguiente», escribió Lecointe, preocupado. «Su salud ha empeorado: sufre una presión constante y violenta en las sienes».

Cook no podía explicar la situación de De Gerlache. Lecointe pensaba que se debía, al menos en parte, al agotamiento. Cualquiera que fuera la causa, el comandante pasaba incontables horas a solas frente a su escritorio. La infinita oscuridad del exterior y la vela que titilaba en el interior convertían la ventana rectangular del camarote en un espejo, en el que De Gerlache contemplaba su propio reflejo, demacrado, sobre la noche antártica. Después de soñar durante años con las regiones más meridionales de la Tierra y con la gloria que le reportarían, para sí y para su país, ahora que estaba allí no le inundaba la anhelada sensación de triunfo. Solo sentía dolor y tristeza. Uno de sus hombres había muerto y dieciocho vidas más estaban en peligro.

De Gerlache poseía una naturaleza depresiva, especialmente pronunciada en periodos de inactividad. Su estado en el Belgica se asemejaba a los problemas de salud y los episodios de melancolía que había padecido de adolescente cada vez que volvía de un viaje por mar, pero aún más grave. Algo se quebraba en su interior. Para un hombre tan enamorado de las aguas abiertas del océano como él, encontrarse al timón de un barco atrapado en el hielo equivalía a perder todo propósito. La banquisa le había arrebatado el control del Belgica. El timón se había congelado, la rueda no podía moverse y las velas carecían de función. De Gerlache empezaba a sentir que tampoco él la tenía. Cada vez se dejaba ver menos. Sus compañeros suponían que pasaba las horas escribiendo en el cuaderno de bitácora del barco. Sin embargo, las páginas a lo largo de todo este periodo están en blanco, tan desoladas como la vista desde su ventana.

Quienes mejor sobrellevaban la situación eran aquellos que tenían algo que hacer, y nadie se esforzaba más en mantenerse activo que Cook. Entre el trabajo fotográfico, la escritura, la rutina de ejercicio físico —que cumplía a rajatabla— y el material de exploración que no dejaba de remendar, no tenía tiempo de aburrirse. Se dedicó a diseñar diversos artilugios, como un trineo propulsado por el viento, para cuyas espléndidas velas utilizó sábanas viejas del barco. Las primeras pruebas sobre la banquisa, en las que el trineo no dejaba de inclinarse,

le animaron a continuar trabajando.

Gracias a su predisposición alegre, el médico no sucumbió a la desesperación. Su constitución robusta le permitió mantenerse sano. Y con las aflicciones que aquejaban a sus compañeros, se convirtió en el hombre más atareado a bordo.

El invierno extendió su propio aletargamiento entre los miembros de la tripulación. Aparte de algunas noches bajo la luz de la luna y los escasos minutos crepusculares del mediodía, nadie salía del barco, pues, en la oscuridad, temían desaparecer por una grieta en el hielo. La falta de ejercicio hizo que los cuerpos se atrofiaran. «Todos tienen los ojos y los tobillos hinchados, y los músculos, que solían ser firmes, se les han reblandecido», apuntó Cook. «La piel se les ha vuelto sorprendentemente grasa. El cabello les crece a toda velocidad y la piel que rodea las uñas tiende a cubrirlas, aparentemente para protegerlas del frío». Mucho tiempo después, escribiría: «Nos quedamos muy pálidos, con una tonalidad verdosa; las secreciones, en general, reprimidas. El estómago y el resto de órganos se volvieron perezosos y se negaban a trabajar».

Todas las señales apuntaban a un colapso gradual y generalizado del cuerpo. «En torno a la mitad de los hombres sufren migrañas e insomnios», anotó Cook. «Muchos tienen mareos y dolores de cabeza, y otros se encuentran adormilados, pese a que llegan a dormir hasta nueve horas. Todas las secreciones se han reducido, de lo que puede deducirse que padecen problemas digestivos. Mencionan frecuentemente dispepsia ácida y malestar gástrico. Y hay casos de dolores reumáticos y neurálgicos y espasmos musculares, además de un número indefinido de pequeñas molestias».

Lo que más extrañó a Cook fueron los «síntomas cardiacos» de los miembros de la tripulación, a los que se les disparaba el pulso al menor esfuerzo. «Si caminábamos deprisa alrededor del barco, alcanzaban las ciento diez pulsaciones [por minuto]», observó Cook. Tras un paseo de media hora por el hielo, los corazones bombeaban a ciento cuarenta pulsaciones por minuto, y los hombres jadeaban para coger aire. En otros momentos, estas caían súbitamente a cuarenta o cincuenta por minuto, lo que resultaba igual de preocupante. Los desequilibrios reflejaban oscilaciones similares en el estado mental de los hombres. «Se perdía el control de buena parte de las funciones

corporales», observó Cook. «De grises periodos de depresión pasaban, de pronto, a una emoción casi histérica».

Nada de lo que Cook había aprendido en la escuela de medicina podía explicar este alarmante fenómeno, que se extendía por todo el barco. Al haber coincidido con la caída de la larga noche, la hipótesis del doctor era que se relacionaba con la oscuridad. «Aparentemente, el sol nos surte de algo indescriptible que controla y equilibra el corazón», escribió. «Cuando desaparece, el corazón se convierte en un motor sin nadie al mando».

Los problemas cardiacos afectaron a toda la tripulación. Quien más sufrió fue Emile Danco, el teniente de confianza de De Gerlache, cuyo deterioro fue casi inmediato. «Padece una lesión cardiaca previa», observó Cook, «una fuga en una de las válvulas, que ha provocado que el corazón aumente de tamaño y sus paredes se endurezcan». En circunstancias normales, Danco no sentía dolor alguno, pero los efectos de la noche antártica hicieron que su corazón se agotara. A principios de mayo, paseando a la luz del crepúsculo, se quejó de que se quedaba sin aliento. «Danco se detenía frecuentemente y respiraba con dificultad» al realizar cualquier esfuerzo. Unas semanas después, Cook empezó a temer por la vida de su compañero. «El tejido muscular hipertrofiado empieza a debilitarse», escribió el doctor. «El resultado es la atrofia del corazón, que se dilata y debilita a pasos, digamos, regulares; de continuar a este ritmo, resultará letal en un mes».

Cook informó al comandante, que quedó muy afectado. Se sentía responsable, pues conocía, desde antes de que zarparan, que el físico aparentemente sólido de Danco escondía una constitución frágil. Había temido que embarcarlo en una expedición de dos años a uno de los territorios más severos del planeta constituyera un riesgo que su salud no pudiera soportar. Sin embargo, cuando le quiso impedir que se uniera a la expedición, Danco le amenazó. Estaba decidido a lanzarse a la aventura; si no podía acompañarle a la Antártida, pondría rumbo al Congo. De Gerlache pensó que el estéril clima polar sería más saludable que las selvas palúdicas de África Central y cedió. Ahora la culpa le carcomía.

Danco, por su parte, se tomó las cosas con filosofía. En los últimos seis meses había vivido más intensamente que en sus primeros veinte

años de vida, bajo la tutela de un padre tiránico. No se preparaba para lo peor; al contrario, ansiaba recuperarse. Cook, que vigilaba constantemente su evolución, le prescribió reposo. El teniente pasaba los días tumbado en el banco de la sala de oficiales, el lugar más cómodo del Belgica. Para evitar una neumonía, el médico le prohibió abandonar el barco mientras siguiera así de débil. Danco, tan diligente como siempre, se lamentaba con amargura de no poder continuar los estudios sobre magnetismo y gravedad. En secreto, Lecointe retomó las observaciones, deseoso de sorprenderle con los cuadernos al día en cuanto el teniente se repusiera.

Dormir regularmente y descansar bien podría haber mitigado los efectos del malestar generalizado. Sin embargo, la noche perpetua causaba estragos en el sueño de la tripulación. El horario, supuestamente socialista, que De Gerlache había establecido, dividía las veinticuatro horas del día en ocho horas de trabajo, ocho de tiempo libre y ocho de descanso, pero eran pocos los que lograban cumplirlo. Sin la influencia reguladora del sol, algunos pasaban más de nueve horas durmiendo, demasiado apáticos para levantarse, y otros, torturados por el insomnio, no lograban conciliar el sueño.

No había noches tranquilas. En las literas, aquellos que no podían dormir escuchaban los chirridos incesantes de las tablas del suelo. Las ratas eran las únicas criaturas que no parecían sufrir la opresión de la oscuridad. «Era como si la falta de los indiscretos rayos del sol diera alas a sus pasiones amorosas», escribió Racovitza, «y no dejábamos de oír los agudos chillidos de Mademoiselle la Rata, entre los brazos de un caballero demasiado entusiasta». Bajo ese humor rumano latía la preocupación de que infestaran el barco. Las ratas son, sobre todo, animales nocturnos; la oscuridad es su elemento. Varias generaciones habían nacido desde que subieran al Belgica en Punta Arenas, y una vez que Nansen, la gata, perdió el interés por la caza, desaparecieron los obstáculos para su proliferación. Los chillidos resonaban por todo el barco y se introducían en la mente de los hombres, atrapados en un limbo semiinconsciente entre el sueño y la vigilia, como si las propias ratas les estuvieran royendo el cerebro.

Arctowski era uno de los insomnes. «A menudo […], desde la litera, pegaba la oreja a la pared y escuchaba lo que sucedía muy lejos de allí», escribió el científico. Si la banquisa era un organismo vivo, el

Belgica era su sistema nervioso central, al que llegaban las señales dolorosas de kilómetros a la redonda. El hielo estaba especialmente inquieto durante los últimos días de mayo. Aunque la temperatura en la superficie había caído a más de veinte grados bajo cero, la del mar nunca bajaba de dos grados negativos, aproximadamente; ese pronunciado gradiente térmico tiraba de la capa de hielo de medio metro de grosor por ambos lados y lo rajaba. A oídos de Arctowski, a través de la pared del barco, llegaban sonidos espeluznantes: un resonar metálico, como un muelle apretado que salta de repente, a veces; o algo más orgánico, el gorgoteo del estómago de una bestia famélica.

Aún más exasperante era el estruendo, grave, de las presiones que convulsionaban la banquisa. «Lo oíamos, distante, como el retumbar de la artillería avanzando hacia nosotros», escribió Lecointe. La violencia de ese empuje, que el Belgica recibía de todos lados, no podía compararse a nada que los hombres hubieran experimentado antes.

El 28 de mayo, si De Gerlache hubiera mirado por la ventana de estribor de su camarote en el momento exacto, habría visto cómo el hielo se abría de repente, formando una grieta muy ancha en paralelo al barco. Al día siguiente, el 29 de mayo, la misma grieta se cerró con fuerza. Las dos orillas colisionaron, pero no se detuvieron ahí. Continuaron empujando una contra otra, formando una cresta, igual que la colisión de las placas tectónicas da lugar a las cordilleras. En pocos minutos había alcanzado la altura del puntal del Belgica. De Gerlache la vería formarse ante sus ojos. Dado que las presiones de estribor empujaban con más fuerza que aquellas que las resistían, la cresta se dirigía *inexorablemente* hacia el barco.

El comandante escuchó impotente la agonía del Belgica desde su camarote. El barco emitía quejidos siniestros y prolongados a medida que las maderas se doblaban y temblaban bajo el impacto inesperado y agresivo del hielo contra las cuadernas, que amenazaban con desfondarse sobre la quilla. Hasta ese momento, la banquisa se había mostrado relativamente mansa. De Gerlache había llegado a convencerse a sí mismo de que saldrían airosos de ella; al no haber tierra cerca para someterla, pensaba, la banquisa no podría aplastar el Belgica como había hecho con el Terror, el Erebus y el Jeannette en el

Ártico. No obstante, esos sonidos le aseguraban que los hielos del mar de Bellingshausen entrañaban idénticos peligros.

Observó la gigantesca cresta de presión aproximándose a la quilla, como una lenta ola mareal. Bloques de hielo de varias toneladas de peso ascendían hasta la cima antes de caer rodando como guijarros. El Belgica ya había impresionado a De Gerlache por su resiliencia, pero las circunstancias ahora eran distintas. No se trataba de navegar una tormenta. No había forma de escapar. El hielo haría lo que debía hacer. Poco importaba que un barco se interpusiera en el camino.

Entonces, sin previo aviso, el chirrido de la madera y el rugido del hielo se detuvieron. Eran las diez y media de la mañana del 30 de mayo y, entre el silencio, pudo oírse el pacífico balbuceo del agua. Al asomarse al costado del barco, los hombres descubrieron algo inesperado: varios centímetros oscuros entre la quilla y el hielo. Siguieron su curso alrededor del barco. Por primera vez en meses, el Belgica flotaba libremente.

No se trataba de una salvación, ni mucho menos. Era, más bien, el preludio de la última acometida. El hielo estaba cogiendo fuerzas, dando un paso atrás para embestir con renovado impulso. «Ahora podremos comprobar la resistencia de nuestro viejo barco», escribió Amundsen en su diario. A las once, la cresta de presión se lanzó contra el muro de estribor y lo golpeó, en un impacto brutal. «Sentimos de repente que todo el barco temblaba y se movía, y escuchamos un extraño siseo».

Cuando la cresta alcanzó el casco, el hielo comenzó a amontonarse contra la parte posterior del barco y rebosó sobre las regalas, como la espuma del mar al romper contra un acantilado. Al mismo tiempo, un gran bloque de hielo escondido bajo la banquisa se deslizó bajo la proa y elevó más de un metro las doscientas cuarenta y cuatro toneladas del Belgica, que cabeceó hacia atrás como si afrontara la embestida de una ola.

El hielo siguió atacando toda la noche. Presos de la angustia, los hombres no podían hacer nada por ayudar al barco. Para su sorpresa, el Belgica aguantó la ofensiva. Al día siguiente, el hielo cedió, como retirándose en señal de respeto precavido, y volvió a encerrar al barco en su abrazo tranquilo y asfixiante. Desde ese día, sin embargo, la nave quedó ligeramente inclinada, de forma que los mástiles formaban

un ángulo agudo con el horizonte y para caminar de popa a proa había que ir cuesta arriba.

De Gerlache, atormentado ya por la depresión y las migrañas, viviría a partir de ese momento con el temor de que resurgieran las presiones del hielo. La destrucción del barco, imprevisible, podía suceder a la velocidad con que cambia el tiempo. Ideó un plan por si perdían el Belgica: los hombres cargarían cuantas provisiones pudieran en dos botes salvavidas, tirarían de ellos hasta el borde de la banquisa —probablemente a cientos de kilómetros— y navegarían hacia las islas Shetland del Sur. Según sus cálculos, había una posibilidad entre cien de que sobrevivieran al paso de Drake.

La noche del 3 de junio, gélida y clara, Cook abandonó el barco con la cámara y el trípode al hombro. Recorrió unos cien metros por la banquisa bajo el brillo deslumbrante de la luna. Iluminados por ella, hasta los icebergs más lejanos se recortaban nítidamente contra el horizonte. El médico se adentró en el laberinto de montículos y crestas que la presión había creado durante la última semana. Plantó el trípode en el hielo, dirigió la cámara hacia el Belgica y abrió el obturador. La imagen que se filtró por la lente Zeiss y empezó a imprimirse en la emulsión a base de sales de plata que recubría la placa de vidrio de la cámara era extraordinaria.

Cook no dejaba de moverse para entrar en calor. No podía volver aún al barco, a riesgo de arruinar la exposición. Había aprendido fotografía por su cuenta y no estaba seguro de cuánto tiempo debía esperar; lo único que sabía es que el barco nunca se había mostrado tan hermoso y que, si quería fotografiarlo de noche, era probable que esa fuera su mejor oportunidad. El miedo y la angustia que se habían adueñado del Belgica no habían afectado a su apasionada curiosidad por todo lo relacionado con los polos. Era como si pudiera sobrevolar la banquisa y sus inquietudes, a la manera del dibujo con que Racovitza le había representado: alado, como un ángel salvador.

Tras una hora y media de exposición, Cook cerró delicadamente el obturador, corrió de vuelta al barco y se quitó la nieve de las botas. Estaba impaciente por ver el resultado. Atravesó el camarote de De Gerlache y entró en el cuarto oscuro. Bajo el tenue brillo rojo de la estancia, Cook sumergió la lámina de vidrio en un recipiente con

líquido revelador. Poco a poco, a medida que las sales de plata expuestas se oscurecían en el baño químico, un barco espectral cobró forma. En cuanto quedó satisfecho con la imagen, Cook echó la lámina en ácido acético para detener el proceso de revelado. A continuación, la fijaría, eliminaría todo resto de sales de plata y haría que el negativo fuera insensible a la luz. Durante este proceso, debía moverse muy lentamente, tratando de no respirar y de no hacer ningún movimiento en falso, que estropearía el resultado. Se le había acabado el tiosulfato de sodio —un fijador conocido habitualmente como «hipo»— en la primera parte del viaje, cuando estaba habituándose al equipo y a las particularidades de la fotografía bajo la luz polar, así que había improvisado una solución. Por un viejo número de una revista británica que había encontrado en el barco se enteró de que el cianuro de hidrógeno, un veneno extremadamente tóxico, solía utilizarse como fijador de daguerrotipos. Era una suerte que Racovitza hubiera cargado setenta y cinco litros a bordo, pues pretendía utilizarlo para matar animales y obtener muestras («Una gota en la lengua», escribió Cook, «y adiós al animal»). Probó diversas disoluciones hasta que dio con la fórmula que funcionaba. Llenó un baño con la mezcla, que olía ligeramente a almendras, y sumergió la placa en negativo. «Sobra decir», escribió Cook, «que nadie puede estar en el cuarto oscuro durante el proceso de fijación». La estancia carecía de ventilación y los gases venenosos acababan filtrándose por la puerta que daba al camarote de De Gerlache.

Cook lavó el ácido para contemplar la obra, por fin, a la luz directa. El médico tenía un don para la fotografía. Los retratos espontáneos que tomó de sus compañeros poseen un toque pictórico, y hay una sutil extravagancia antropomórfica en sus fotografías de animales. Sin embargo, el retrato que hizo del Belgica esa noche sin nubes, iluminada por la luna, fue, indudablemente, su obra maestra. Los bloques que aparecen en primer plano nos dan la impresión de un mar picado, congelado en pleno movimiento. De fondo, sobre el horizonte, emerge una luminiscencia etérea, la huella del crepúsculo. Las jarcias esqueléticas del Belgica, desprovistas de velas y envainadas en hielo, dibujan claras líneas blancas contra el cielo estrellado, como si las iluminara el destello de un fogonazo (con el mar blanco y el cielo oscuro, la fotografía parecía un negativo, y el negativo que Cook

admiraba, al contrario, la imagen diurna del barco). La nitidez de la imagen demuestra que no soplaba una brizna de viento. La hora y media de exposición no había captado actividad humana alguna, confiriéndole al Belgica una apariencia fantasmal.

En ese sentido, Cook no solo consiguió capturar el exterior de la nave, también la pesadumbre que reinaba en el interior. Es posible incluso que si decidió abandonar el barco esa noche en concreto fuera para distraerse del hecho de que la salud del más enfermo de sus pacientes había empeorado.

Después de cenar, Danco se encontraba tumbado en el banco de la sala de oficiales mientras estos echaban una animada partida de *whist* con los científicos. El teniente, antaño robusto, presentaba una delgadez cadavérica. Estaba demasiado cansado y débil para participar y se limitaba a dar consejos ocasionales a los jugadores, obligándose a reír ante las ocurrencias que circulaban por la mesa. Los hombres se esforzaban por mostrarse alegres, tanto para levantar el ánimo de su compañero enfermo como para ocultar su propia angustia. Sin embargo, el sonido de los estertores trabajosos de Danco se colaba entre las bromas. Había perdido el apetito algunos días antes y todos veían que su estado se deterioraba a cada hora que pasaba.

Todos, claro, salvo él. Mientras observaba el juego de cartas desde el banco, el teniente, de veintiocho años, afirmó que se encontraba mejor, prácticamente recuperado. Su alegría podría haber traído algo de optimismo, pero para Cook esa aparente mejoría no era otra cosa que «la calma antes de la tormenta»: no solo el corazón se le estaba agotando; un aumento proteínico en la orina revelaba que los riñones también habían empezado a fallarle.

Cuando el médico informó a De Gerlache, el comandante se derrumbó. «Ninguno de mis compañeros me era tan querido», escribió, «ni, estoy seguro, tan fiel». Sabía también el cariño que el resto de los hombres profesaban a Danco. Al verlo obedecer órdenes al instante o negarse a recibir un trato especial y dirigirse a su amigo de la infancia como *mon commandant*, la tripulación seguía su ejemplo. Ayudaba a forjar una sensación de camaradería. Aunque sus contribuciones científicas resultaran cuestionables, se había vuelto un miembro de la expedición tan querido como dedicado; en muchos aspectos, su abanderado.

El 4 de junio, Danco estaba demasiado enfermo para tragar nada más que algunas gotas de zumo de limón. Cook, guiado por la idea de que la luz daba vida y la oscuridad la arrebataba, insistió en que hubiera siempre dos velas encendidas en la sala de oficiales, lo que generaba una involuntaria y prematura atmósfera fúnebre. «Tenemos la aciaga impresión de velarlo ya en una cámara mortuoria», escribió Lecointe.

Danco expresaba gratitud por los cuidados que sus compañeros trataban de ofrecerle. A pesar de las expresiones llorosas y cariacontecidas, se refería ansiosamente al viaje de vuelta. Subiría al puesto de vigía, decía, y sería el primero en divisar tierra. «¿Es sincera esta dulce ilusión?», se preguntaba Lecointe. «¿O es que, inspirado por la generosidad de su alma, en un gesto exquisito de tacto y consideración, trata de engañarnos para evitarnos una tristeza mayor?».

El 5 de junio, para calmar su intensa agonía, Cook le suministró una inyección de morfina. Cuando Danco se durmió, el médico fue a buscar a De Gerlache y le puso al día con voz temblorosa.

—Comandante, será hoy.

La noticia corrió de popa a proa. Los marineros hablaban en voz baja y evitaban hacer ruido al pisar. El barco se sumió en un silencio sepulcral.

A las cuatro de la tarde, Danco se despertó. Su respiración era superficial, exhausta. Aunque no podía hablar, el teniente sonreía dulcemente a cuantos se acercaban a su lado, consolando a quienes debían consolarle. A las cinco, Cook le dio otra dosis de morfina. Los oficiales y los científicos cenaron en el camarote de De Gerlache para no molestarle, Cook se quedó a su lado. El médico apareció en las dependencias del comandante a las siete para informar a sus colegas —De Gerlache, Lecointe, Amundsen, Racovitza y Arctowski— de que había llegado el final.

Los cinco hombres se levantaron lentamente y entraron en fila a la sala de oficiales para congregarse alrededor del banco, en una escena solemne. Cook le pidió a Lecointe, compañero de clase de Danco en la academia militar, que se dirigiera a su amigo moribundo. Al capitán, devastado, no le salían las palabras. Lo único que podía hacer era sujetarle la mano mientras esperaba a que se le presentaran los

sentimientos apropiados. «De vez en cuando, abre los ojos y los cierra lentamente», escribió Lecointe. «De su pecho escapa un largo estertor moribundo».

En un tono suave, Lecointe recordó momentos agradables en el antiguo regimiento. Allí, una vez que sus padres murieron, Danco había sido para él lo más parecido a una familia. «Sentí, por una leve presión de su mano, que estos recuerdos aún le llegaban al corazón», contó Lecointe.

Rodeado de todos sus amigos, Danco pronunció con esfuerzo unas palabras vacilantes.

—Me siento mejor, gracias.

Casi inmediatamente, una siniestra palidez le atravesó el rostro, sus rasgos se endurecieron y cerró los ojos por última vez. Todos se quedarían observándole unos instantes más, como si así pudieran retrasar la llegada de la muerte.

En cuanto se repuso de la impresión, De Gerlache ordenó que cubrieran el cuerpo de su amigo con una bandera belga e invitó al resto de la tripulación a presentar sus respetos. Esa noche, De Gerlache, Lecointe y Amundsen se turnaron para velar el cuerpo en la sala de oficiales. El comandante no apartó la mirada del rostro barbudo de Danco, al que una vela solitaria y temblorosa parecía infundir vida.

Sentía algo peor que la culpa: sentía una soledad profunda y dolorosa. Reservado por naturaleza, De Gerlache tenía muy pocas relaciones íntimas, y casi ninguna se remontaba tanto tiempo como la de Danco. En el Belgica tenía a Lecointe, y una relación cordial con Cook y Amundsen, pero Danco había sido su mejor amigo, alguien en quien confiar pese a la diferencia de rango. Su pérdida dejaba a De Gerlache más aislado y abatido. Volvió a interrogar a su conciencia. *¿Hice bien al ceder a sus deseos?*, se preguntó. Cook le consoló diciéndole que, de haberse quedado en Bélgica, Danco quizá habría vivido un año más, a lo sumo; que al menos llegó a vivir la aventura con la que soñaba. De Gerlache no estaba seguro de que fuera cierto.

En la sala de oficiales hacía un frío glacial. Por higiene, habían abierto la claraboya por la mitad, y el aire de la Antártida circulaba libremente. De Gerlache observó las nubes de vaho en que se

condensaba su respiración. Pensó en el resto de los hombres, todos ellos aquejados por alguna dolencia: no estaban tan enfermos como Danco, pero su estado empeoraba cada día. *Todos estamos en peligro; si desaparecemos, ¿quién llevará los frutos de nuestro trabajo a Bélgica?* El escalofrío no se lo provocó la temperatura, sino la idea de que podían morir en vano. Había tenido la esperanza de que al entrar en el hielo se acabarían todos sus problemas, pero no de esa manera.

A la mañana siguiente, el comandante dio día libre a toda la tripulación, salvo a Knudsen, que se dedicó a coser una bolsa de lona para el cadáver de Danco. El cuerpo había empezado ya a pudrirse cuando terminó. Cook, Amundsen y Lecointe lo levantaron del banco y lo amortajaron. Van Rysselberghe, el segundo maquinista, de diecinueve años, entró en la estancia con un ramo de flores secas, cohibido. Les dijo que se las había dado su madre antes de subir al barco, pidiéndole que las guardara hasta que volvieran a verse. Sin embargo, quería enterrarlas con Danco. Los oficiales, emocionados, le permitieron depositar las flores sobre el pecho del teniente antes de cerrar la bolsa.

Sacaron el cuerpo del barco y lo colocaron sobre un trineo. «Uno de los hombres que lo transportó hasta la banquisa se quejó de que olía demasiado mal», escribió Dobrowolski. El científico realizaba observaciones desde la cubierta de popa. Era una de las noches más frías que había vivido nunca. Su misión era estudiar las nubes, pero esa noche el cielo estaba despejado. Dirigía la mirada hacia el trineo que llevaba el cuerpo de Danco. «La luna creciente iluminaba la banquisa de hielo con una palidez funesta», escribió en su diario. «El firmamento relucía de estrellas y yo tenía los ojos clavados en el trineo y en el reflejo oscuro sobre la nieve. Quería ver algo en la mortaja informe, opaca. No sé qué, pero no conseguía apartar la mirada. Tenía la vista agotada y, tras apartarla por fin del trineo, la posé involuntariamente en las estrellas. Sin embargo, no dejé de ver el trineo, blanco, como despojado de toda la inmundicia terrestre, espectral. Se elevó, revoloteó entre las estrellas. Por fin, se disolvió en el firmamento oscuro […]. Nada más que una imagen residual, claro. Las conozco muy bien, pero este fenómeno en concreto me causó una impresión extraña: en ese momento, no sé por qué, quise ignorar que las ilusiones ópticas existían».

El cuerpo de Danco pasó la noche en la banquisa. A la mañana siguiente estaba duro como una piedra. Ese mismo día celebraron el que sería el funeral más meridional de la historia. La bandera de Belgica ondeaba en el viento con un crespón negro. Dado que las drizas de los palos estaban congeladas, a treinta y cinco grados bajo cero, hubo que atar la bandera a la jarcia, a mitad del mástil. Los marineros pasaron varias horas tratando de abrir un agujero en la banquisa, a unos cien metros del barco, para entregarle al mar el cuerpo de Danco. Serraron y cincelaron el hielo, en vano. Entonces, como ordenada por una inteligencia desconocida, una antigua grieta volvió a separarse abruptamente bajo sus pies. Una puerta a las profundidades, con voluntad propia.

Cerca de las once de la mañana, bajo la débil luminosidad a la que ahora llamaban día, cuatro hombres se ataron al trineo y tiraron de él hasta el borde de la fisura. Los pies de Danco apuntaban hacia ella. Vestidos con sus mejores ropas, a pesar del frío, los oficiales marcharon en procesión tras el trineo, seguidos por los científicos y el resto de la tripulación. Todos se descubrieron cuando De Gerlache dio un paso al frente para pronunciar algunas palabras elegiacas. La garganta se le cerró de la emoción y no logró emitir sonido alguno. Los hombres aguardaban en silencio mientras el viento helado les azotaba las orejas descubiertas. «Algunos momentos después», escribió Lecointe, «pudo por fin verbalizar el triste lamento y el adiós eterno».

Danco llevaba un peso atado a los pies. Varios hombres habían comenzado a levantar el trineo hacia la fisura cuando el borde del hielo se rompió bajo los pies de Jules Melaerts, que cayó al agua antes de que pudiera darse cuenta de lo que ocurría. Los hombres soltaron el trineo y corrieron a la grieta. Melaerts, en *shock* y respirando a bocanadas, chapoteó frenéticamente hasta la orilla y logró salir, agarrándose con la mano izquierda al trineo y con la derecha al hombro de Dobrowolski. El agua estaba todo lo fría que podía estar, a una temperatura muy superior, en cualquier caso, que el viento que le golpeaba al salir. Melaerts no tardaría en morir si no regresaba al barco. Pero el funeral no había terminado.

Los hombres volvieron a levantar la parte de atrás del trineo y tiraron las pesas al agua. Cuando se hundieron, el cuerpo de Danco las siguió, deslizándose por la fisura. Pivotó sobre el borde del trineo y

cayó, para emerger inmediatamente. Durante un instante, se quedó en posición vertical, como poseído. Sus compañeros retrocedieron al contemplar, horrorizados, la aparición que les vigilaba en posición de firmes, el cadáver endurecido por el *rigor mortis* y la noche gélida. Lo vieron hundirse lentamente en las aguas negras.

—*Nom de Dieu!* —gritó uno de los marineros belgas.

Danco desapareció. El hielo volvió a cerrarse.

12

El paseo de los locos

La muerte de Danco hundió el espíritu de la tripulación a profundidades abisales, como si todos ellos llevaran un peso atado a los pies. Esa noche, tras visitar el castillo de proa, Cook le explicó a De Gerlache que los marineros se encontraban desmoralizados, y le recomendó que les prestara el *Coelophone* y algunos cilindros de himnos religiosos, que podrían darles consuelo. El comandante, que prefería distraerles del dolor antes que consentirlo, les mandó una botella de grog.

Noche tras noche, los hombres volvían a ver el cuerpo de Danco suspendido en la negrura absoluta del lecho oceánico, un siniestro cadáver conservado en aguas gélidas. «Nos representamos constantemente la imagen de nuestro difunto compañero», escribió Cook, «flotando erguido y con el peso en los pies, bajo el hielo; quizá, incluso, bajo el casco del Belgica».

El mal que aquejaba a la tripulación estaba atravesado por un temor que nadie se atrevía a pronunciar en voz alta. «¿Quién será el siguiente?», escribió Arctowski en su diario. «Cuando todos escuchábamos, en silencio, cómo se debilitaba su respiración, no creo que hubiera un solo hombre que no se preguntara lo mismo».

Dobrowolski, que había heredado el valioso abrigo de invierno de Danco, expresó una inquietud semejante: «¡Adiós, adiós, teniente Danco! No eres el primero y no serás el último. ¡Tal vez nos

“encontremos” de nuevo! ¡Tal vez este mismo invierno!».

Tres semanas después, la Antártida se cobraba su siguiente víctima. Nansen, la gata, llevaba un mes enferma, replicando con su evolución la del teniente Danco. Sin embargo, al contrario que el teniente, que había conservado la elegancia y la ecuanimidad hasta el último suspiro, Nansen mostró indicios de deterioro mental. Su carácter dulce y cariñoso había dejado paso a una actitud despiadada, saturnina. Evitaba siempre a la tripulación. «Su mente se ha ido y el cambio en su espíritu nos hace pensar que también partió su alma», escribió Cook el 26 de junio. «Abandonó la vida uno o dos días atrás, suponemos que hacia regiones más propicias. Nos alegra que haya dejado de sufrir, pero echaremos mucho de menos a “Nansen”». La muerte de la gata afectó profundamente a los hombres, pues esta se había convertido, como lo definió Cook, en «la única forma de vida emocional a nuestro alcance».

El declive mental de Nansen fue el preámbulo del deterioro cognitivo que los hombres sufrirían conforme el invierno avanzara, lo que Cook llamó «síntomas cerebrales». Tanto él como el resto de la tripulación se encontraban apáticos, desmotivados, incapaces de concentrarse en nada durante más de un par de segundos. Algunos se volvieron hostiles, si bien, al contrario que Nansen, la mayoría aún sabía comportarse. En mayor o menor medida, todos experimentaron los mismos síntomas. En su diario, Arctowski describió la agitación que se escondía tras su apariencia plácida. «Sí, tengo paz, pero solo fuera de mí, pues en mi mente no hay más que inquietud e incertidumbre. He perdido la confianza en el futuro».

La combinación de miedo y fatiga, depresión y desorientación, oscuridad y aislamiento; la posibilidad de que el hielo hiciera añicos el Belgica sin previo aviso; la inclinación del suelo, que no había vuelto a nivelarse tras las presiones de la banquisa de finales de mayo y parecía desnivelar la realidad misma; la plaga de ratas y la enfermedad que se había adueñado del barco sin motivo evidente; todo ello hacía que la mayoría de la tripulación sintiera cómo la cordura se les escapaba entre los dedos.

Todos ellos intentaron ocultar ese tormento interior, por miedo a que les marginaran o a extender el pánico a bordo. Hubo quien, sin embargo, fue incapaz de contener la angustia que les laceraba.

Amundsen leía en su camarote una tarde de principios de junio cuando oyó «de pronto, tres o cuatro gritos prolongados y espantosos». Abrió la puerta de un golpe y se encontró a Cook. El médico también había oído los aterradores alaridos, igual que el marinero Johan Koren. Los tres corrieron a la cubierta de popa, de donde parecían proceder los gritos. No encontraron a nadie. «No se veía nada», informó Amundsen. «Corrimos entonces a la sala de máquinas, y allí tampoco había nada. Todos estaban dentro. El comandante, que caminaba por la cubierta, no había oído los gritos. Ni Lecointe, ni Racovitza, que habían salido al hielo, ni Arctowski, que dormía. Solo el médico, Koren y yo los habíamos oído. Ignoro de dónde venían, pero he registrado lo ocurrido con toda precisión, por diversas razones».

Nunca descubrieron su origen. Tal vez fueron la expresión colectiva de su angustia. Durante la noche polar, los pensamientos oscuros resultaban inevitables. «El asesinato, el suicidio, el hambre, la locura, la muerte en el hielo y multitud de actos diabólicos fueron, para nosotros, imágenes recurrentes», observó Cook.

Arctowski lo definió más escuetamente: «Esto es un manicomio».

De Gerlache no dejaba de pensar que todo el sufrimiento a su alrededor, así como el suyo propio, era consecuencia directa de la decisión de conducir el Belgica hacia la banquisa cuando el verano llegaba a su fin. Era el tipo de confesión que solo le habría hecho a su amigo más cercano, pero, desde que Danco falleciera, De Gerlache no tenía a nadie con quien compartir tales incertidumbres. Una noche de julio, mientras hablaba con Amundsen en la sala de oficiales, no pudo reprimir las dudas que le atormentaban e hizo una sorprendente declaración.

—Soy belga, y debía llevar un barco de vapor como el Belgica más al sur de lo que [el capitán James] Cook había llegado en su velero —le confesó De Gerlache al primer oficial, incapaz de reprimirse—. Lamento que el resultado sea vernos atrapados, que Danco haya muerto y que todos hayan enfermado, pero no tenía otra opción. No tengo reparos en reconocer que mis oficiales, los señores Lecointe y Danco, me indicaron que era el final de la estación, pero, como dije, no tuve alternativa.

El candor del comandante impresionó a Amundsen. «No comprendo por qué me lo cuenta a mí, pues ni siquiera le había preguntado algo para provocar tal respuesta», anotó Amundsen en el diario. «No voy a apuntar aquí mi opinión al respecto».

Hasta ese momento, De Gerlache había merecido por parte del primer oficial la máxima estima, como marinero y como líder. A Amundsen no debió de sorprenderle demasiado que el comandante hubiera navegado deliberadamente hacia el hielo para establecer un nuevo récord; seguramente lo sospechaba ya y es probable que eso provocara en él una estima aún mayor. Lo que le decepcionó fue su necesidad de justificar la decisión, así como el aparente arrepentimiento que manifestaba. Si De Gerlache no estaba listo para asumir consecuencias tan terribles, ¿por qué lo había hecho? Para el joven noruego, todo líder tenía el deber de proyectar una determinación inquebrantable. Esa conversación supondría un punto de inflexión en la actitud del primer oficial. En el diario de Amundsen empezaron a aparecer referencias cada vez más críticas hacia el comandante.

El diario de Amundsen durante ese periodo constituye un lúcido relato de la angustia que crecía a su alrededor, como si fuera un observador en el ojo de la tormenta. Él se sentía tan enfermo y débil físicamente como los demás, y sus fluctuaciones cardiacas eran igual de alarmantes, pero no había perdido el dominio de sus facultades mentales. Es posible que estas hubieran, incluso, mejorado.

«Claro que estaré encantado cuando [el sol] regrese, pero he de decir que me he sentido bien todo este tiempo y no lo he echado en falta, antes al contrario», escribió en su diario. «Esta es la vida que siempre he deseado. No me trajo aquí ningún capricho infantil. Fue una decisión madura. No me arrepiento y espero conservar la salud y las fuerzas para terminar el trabajo que he comenzado».

Amundsen soñaba con ser un explorador polar famoso en el mundo entero, igual que Fridtjof Nansen. Para él, esta expedición era un entrenamiento, de la que sacaba más provecho cuanto más penosas fueran las condiciones que se le presentaran. Experimentar las adversidades propias de una aventura polar le confería un propósito, aun mientras los científicos y los marineros enloquecían a su alrededor, presa de la monotonía y la ociosidad. El objetivo era

sobrevivir. Era su trabajo.

También Cook logró mantener la cordura gracias a sus obligaciones médicas, pese a que cada vez estaba más preocupado por sus colegas y no sabía cómo ayudarles. Dedicaba todo su tiempo a buscar las causas de la enfermedad que se había adueñado del barco durante la larga noche, como si fuera un detective. La bautizó como «anemia polar». La había conocido ya, en una forma más suave, durante el invierno en Groenlandia, cuando él y el resto de miembros de la expedición de Peary mostraron signos de agotamiento y depresión similares. Sin embargo, no habían llegado a sufrir las alteraciones cardiacas súbitas ni tenían la apariencia enfermiza, pálida, de la tripulación del Belgica. Tampoco padecieron los síntomas cognitivos que les afectaban ahora: pérdida de atención, confusión y tendencia a dejar caer sobre el entorno una mirada vacía, indiferente.

Cook sospechaba que entre las causas de tales males estaban el estrés provocado por el confinamiento, el aislamiento, el aburrimiento y el miedo. Sin embargo, en su opinión, el factor más importante era la falta de sol. «¡Oh, esa bola de fuego celestial!», escribió. «No por el calor —el ser humano puede encontrar otras fuentes—, sino por la luz, la esperanza de vida». En su ausencia, observó, los hombres palidecían, les salían canas y el pelo crecía a más velocidad, «como plantas en un invernadero». Cook estaba convencido de que los seres humanos dependían de la luz del sol tanto como las plantas que realizaban la fotosíntesis. Para afirmarlo, se basaba en las observaciones clínicas realizadas durante el tiempo que pasó con los inuits, en Groenlandia, en el invierno de 1891-1892. «Durante la totalidad de la larga noche ártica, las secreciones disminuyen y desaparecen las pasiones, lo que provoca una gran debilidad muscular», había escrito en *The New York Journal of Gynaecology and Obstetrics* en 1894. «He de concluir por ello que la presencia del sol es tan esencial para la vida animal como para la vegetal».

Esa creencia en el sol como dador de vida nacía también de sus conocimientos sobre la metafísica inuit, o, más bien, de la malinterpretación que hacía de esta. Durante el paseo por la playa con Sipsu, en 1892, bajo el resplandor verdoso de la aurora boreal, el anciano inuit le había dicho: «Hay luz en toda la vida, en tu cuerpo y en tu mente. ¿Puedes verla? Sientes la vida, pero ¿puedes ver la luz

acumulada en tu cuerpo?». Suponiendo que Cook dominara el idioma lo suficiente como para entender un pensamiento tan sutil (poco probable) y que el recuerdo de esa conversación fuera correcto, Sipsu no le estaba transmitiendo ningún dogma de la cosmogonía inuit. Es posible que intentara describir una concepción animista del espíritu en términos que Cook pudiera comprender, traduciendo espíritu por «luz». O que únicamente pretendiera filosofar junto a su nuevo amigo. Sin embargo, recordara o no las palabras exactas, al marcharse de allí, Cook estaba convencido de que la luz es un elemento tan básico para la vida como la sangre. El estado de los hombres del Belgica parecía confirmar esa creencia. Su palidez, su debilidad, su atrofia mental y la irregularidad del ritmo cardiaco eran, para Cook, semejantes a la etiolación de las plantas en ausencia de luz.

El médico estaba seguro de que, si no hacía nada, más miembros de la tripulación morirían. Dado que no podía llevar el Belgica a la luz, intentó llevar luz al Belgica. Ordenó a los hombres más enfermos que se quitaran la ropa y se colocaran frente a las llamas de un fuego de leña o de carbón, «el mejor sustituto» para paliar la falta del sol. Este «horneado», como Cook empezó a referirse al tratamiento, mejoró aparentemente el estado de ánimo e, incluso, algunos de los síntomas físicos de la tripulación. «A los hombres, cuyo pulso era casi imperceptible, los desnudé y coloqué frente a una fuente directa de calor, y en menos de una hora su pulso había recuperado un ritmo normal», escribió Cook. El principal activo del tratamiento, en opinión del médico, no era el calor, sino la luz. «Es imposible obtener el mismo resultado con una estufa de queroseno».

El experimento de Cook es el primer ejemplo conocido de terapia lumínica, hoy empleada habitualmente en casos de trastorno afectivo estacional y otras patologías. Aunque su intuición acerca de los beneficios psicológicos de la luz podía ser correcta, las llamas de la leña y el carbón que ardían en la caldera del Belgica no eran tan brillantes como la luz de espectro completo usada en la fototerapia moderna. Es poco probable, así, que la acción directa de la luz fuera la única razón de los supuestos beneficios que generó el tratamiento. Pudo haber otros factores igual de importantes, como el alivio que los pacientes hallaban en la atmósfera cálida y seca junto al fuego. O, más importante aún, el consuelo de sentir que alguien los cuidaba. El

médico producía una sensación reconfortante en todos los que le conocían.

Sin embargo, pese a sus beneficios temporales, el horneado junto al fuego no fue suficiente para revertir los daños de la noche antártica. Ni para resolver el enigma de qué enfermaba a los hombres. A mediados de julio muchos estaban postrados en la cama con síntomas de degeneración corporal y mental severa. Cook intentó mantenerlos activos y ordenó que todos aquellos que pudieran ponerse en pie caminaran una hora diaria por el hielo, alrededor del barco, un régimen de ejercicios que apodaron «el paseo de los “locos”». Cook escribió que, durante esas interminables caminatas, a los hombres «se les congelan en seguida partes de la cara, así como los dedos de las manos y de los pies, y no se dan cuenta». En un primer momento, atribuyó el aletargamiento de los sentidos a una «circulación debilitada». Sin embargo, no tardó en sospechar que había causas más graves.

Examinó la lista de síntomas físicos que, en mayor o menor medida, todos los hombres a bordo sufrían: letargia, debilidad, anemia, piel cerúlea y falta de color, y «derrame hidrópico» —una acumulación de líquido— bajo los ojos, alrededor de los tobillos y en otras partes del cuerpo.

Cook reconoció los síntomas, evidentes, de una enfermedad innombrable, cuya sola mención encogía el corazón de cualquier marinero. Tuvo que admitir, sorprendido, que el escorbuto tenía al Belgica entre sus garras.

A finales del siglo XIX, tras acabar con la vida de unos dos millones de marineros desde la época de Colón, según los cálculos, se suponía que el escorbuto había desaparecido. Fue, con mucha diferencia, la causa de muerte en el mar más habitual durante la era de la navegación a vela. Llegó incluso a considerarse el precio a pagar de toda empresa transoceánica y obligó a las marinas militares y mercantes que realizaban tales viajes a reclutar más hombres de los necesarios —a la fuerza, con frecuencia—, pues se asumía que un alto porcentaje fallecerían de escorbuto en el camino.

Normalmente, los síntomas se revelaban algunos meses después de que el barco zarpara. El aletargamiento, los edemas (lo que Cook llamaba «derrame hidrópico»), el mal aliento o la piel agrietada, en la

que solían abrirse llagas y heridas, eran los primeros. A las pocas semanas, de forma gradual, la enfermedad provocaba dolores lacerantes, infecciones en las encías, dientes y articulaciones sueltos, gangrena en las extremidades, la apertura de heridas que se habían cerrado hacía tiempo, como por arte de magia, y, por fin, la clemencia de la muerte, que solía deberse a un ataque cardiaco o a una hemorragia cerebral por la licuefacción de las paredes de los vasos sanguíneos. Nadie se había recuperado nunca sin ayuda.

«Había mil remedios para el escorbuto», escribió Cook, «lo que significaba, en realidad, que no se sabía lo suficiente». Los primeros estudios habían producido teorías muy imaginativas sobre las causas y los posibles tratamientos, que hicieron más mal que bien, demostrando que la medicina de la época era una mezcla de empirismo moderno y vieja charlatanería. Muchos médicos, tomando uno de los primeros síntomas, la letargia, por su causa, afirmaron que la enfermedad afectaba a los perezosos e indolentes. Para combatirla, recomendaron aumentar la carga de trabajo de los enfermos, lo que les debilitaba aún más y aceleraba su muerte. Otros creían que el escorbuto estaba relacionado con la putrefacción que reinaba en los camarotes de los barcos, húmedos, insalubres, infestados de plagas (muchas enfermedades, como la malaria o la fiebre amarilla, se desarrollaban en tales condiciones, pero el escorbuto no estaba entre ellas: podía afectar tanto a oficiales, con sus camarotes limpios y espaciosos, como a los más humildes marineros de cubierta que dormían pegados en la bodega, siempre que todos ellos comieran la misma comida, lo que, en realidad, no solía ser el caso). La teoría médica dominante, heredada de la antigüedad, decía aún que el origen de la mayoría de las enfermedades era el desequilibrio de los cuatro «humores» corporales —sangre, flema, bilis amarilla y bilis negra— y que estas podían curarse si se restauraba el equilibrio. En el caso del escorbuto, los médicos solían recetar sangrías, un tratamiento que resultaba, en el mejor de los casos, contraproducente.

Otros médicos más perspicaces se dieron cuenta de que, si la enfermedad se manifestaba únicamente cuando se agotaban las reservas de verdura y fruta frescas, de carne o de chucrut, tal vez se debía a que la nutrición era un factor importante. Sin embargo, entre tantas curas milagrosas, no era fácil identificar remedios eficaces, al

menos hasta 1747, cuando un joven cirujano de la Marina Real llamado James Lind llevó a cabo uno de los primeros ensayos clínicos controlados en la historia de la medicina y demostró que las naranjas y los limones poseían extraordinarias propiedades antiescorbúticas.

Tuvo que pasar medio siglo hasta que el conservador Almirantazgo Británico asumió las conclusiones de Lind y actuó en consecuencia. En 1795, un año después de que Lind falleciera, se comenzó a suministrar una ración diaria de zumo de limón en el rancho de los marineros. Como el agua que extingue el fuego, los niveles de escorbuto descendieron enormemente. Unas décadas más tarde, sin embargo, la Marina Real trató de reducir costes sustituyendo los limones del Mediterráneo por limas de las Indias Occidentales, más baratas y menos eficaces contra el escorbuto. Además, los métodos utilizados para conservar el zumo —que normalmente era zumo concentrado— durante los viajes largos le quitaban más propiedades. El escorbuto repuntó, así, en la segunda mitad del siglo XIX. No obstante, con la llegada de la navegación a vapor y la menor duración de los viajes transoceánicos, a los marineros no les daba tiempo a desarrollar síntomas, de forma que la Marina Real —como el resto de flotas, que seguían su ejemplo— no pudo comprobar que el concentrado de zumo de lima no era un remedio contra la enfermedad tan eficaz. La cura, que tanto había costado encontrar, corría el riesgo de caer en el olvido.

Las reservas de zumo de lima en el Belgica no cumplían su función. Cook se encontraba en la misma situación que aquellos primeros médicos que se enfrentaron al escorbuto. La única ventaja sobre ellos era que sabía, gracias a Lind, que la enfermedad estaba relacionada directamente con la nutrición. Sin embargo, sin acceso a remedios probados como los cítricos frescos o el chucrut, ni a poblaciones indígenas que pudieran señalarle plantas antiescorbúticas locales (como hicieron los iroqueses de América del Norte con Jacques Cartier en el siglo XVI) —sin acceso, en realidad, a planta alguna—, Cook tuvo que improvisar.

La Antártida nunca había estado habitada, pero sus condiciones no eran muy distintas de las del Ártico, razonó. Recordó que, durante la época que pasó con los inuits del norte de Groenlandia, en el invierno de 1891-1892, no había observado en ellos ningún síntoma

de escorbuto. Y si el Ártico podía albergar vida humana, pese a la ausencia de vida vegetal, la Antártida debía poder hacerlo también. Cook supuso que la dieta de los inuits, basada casi exclusivamente en grasa y carne de cetáceo fresca (o congelada y descongelada), a menudo cruda, les bastaba para evitar el escorbuto, aunque causara otras complicaciones de salud.

Evitó pronunciar el nombre de la temida enfermedad a la que se enfrentaban, pero recetó dieta diaria de carne fresca —de pingüino, predominantemente, y en ocasiones de foca— para toda la tripulación. Siguiendo la tradición culinaria de los inuits, recomendó ingerir las tajadas de pingüino tan poco hechas como pudieran soportar. A él le gustaba sellarlas ligeramente. Amundsen, cuya salud se había deteriorado a principios de julio, tenía al médico en tan alta estima que no volvió a poner la carne de pingüino al fuego y la comía completamente cruda, sin esperar siquiera a la hora de cenar. Para su asombro, tras solo algunos días de engullir chuletas de pingüino, que tenían la consistencia del pollo crudo, grasiento, había recuperado su estado normal casi por completo.

Cook no podía explicar por qué la carne fresca daba resultado. Lo cierto es que pasarían décadas antes de que alguien pudiera hacerlo. La vitamina C, conocida también como ácido ascórbico, es esencial para la formación del colágeno, una proteína básica en el tejido conjuntivo que sostiene el organismo. Se encuentra por todo el cuerpo, desde los huesos a los tendones y la piel. Sin ella, el cuerpo se deshace, y eso es lo que empezaba a sucederles a los hombres del Belgica, que no habían probado la vitamina C desde enero, cuando partieron de Tierra del Fuego. La fruta fresca que hubieran comprado en América del Sur se les habría estropeado. El ácido ascórbico del zumo de lima que De Gerlache había comprado en Europa se había oxidado durante el embotellado. Y la comida enlatada que constituía la base de su dieta carecía de vitamina C.

La ciencia explicaría mucho después por qué los inuits no enfermaban de escorbuto pese a no consumir fruta ni verdura. En realidad, lo importante no es la variedad de alimentos, sino la variedad de nutrientes, y los aceites del caribú, el pescado, la morsa, la foca y el resto de carnes presentes en su dieta contenían toda la vitamina C que necesitaban. Lo mismo sucede, al otro extremo del

planeta, con el pingüino. El motivo es que los animales, con algunas excepciones como los conejillos de Indias, los humanos y otros primates superiores, sintetizan su propio ácido ascórbico. Es por eso que la mayor parte de la carne posee propiedades antiescorbúticas, siempre que se ingiera en cantidad suficiente y no se cocine demasiado, pues el calor deshace la proteína. Hay que mencionar que, hasta cierto punto, Cook debía agradecer su hallazgo al hecho de que la carne de pingüino y de foca que la expedición había acumulado durante el otoño, infrautilizada, era el único alimento fresco disponible en toda la banquisa, aparte de la carne de rata (que hoy sabemos que también habría resultado eficaz contra el escorbuto) y la carne humana (que no lo habría sido).[25]

Curar a los hombres del Belgica, sin embargo, no iba a resultar tarea fácil. Aunque Amundsen se había recuperado en seguida, la mayoría de los hombres se mostraban reacios a seguir las órdenes del médico, pues el olor, el sabor y la textura del pingüino les resultaban insoportables. El propio De Gerlache se negó rotundamente a comer carne de pingüino, lo que aprovechó el resto de la tripulación para resistirse a las recomendaciones de Cook. Cuando este se enfrentó al comandante e insistió en la importancia del tratamiento, De Gerlache se mantuvo en sus trece. «La Marina Británica lleva cincuenta años utilizando zumo de lima contra el escorbuto», resopló. «Y si es bueno para ellos, lo es también para nosotros».

Cook le respondió, acertadamente, que «el zumo de lima embotellado, igual que la comida enlatada, pierde sus componentes vitales durante el proceso de conservación». No convenció al comandante.

De Gerlache justificaba su rechazo por la repulsión que le causaba la carne de pingüino, pero parece probable que también pusiera en duda el juicio de Cook. De estar persuadido de que su vida y la supervivencia de la expedición dependían del régimen alimenticio, seguramente habría hecho de tripas corazón. No obstante, siguió decidido a evitar la carne antártica, como si sus principios le obligaran a no salirse de la civilizada despensa belga. Es posible que pensara que era su deuda hacia todos aquellos que habían financiado la expedición, que se sintiera obligado a alimentarse únicamente de la comida adquirida con ese dinero. En los meses que habían pasado

desde que los oficiales y los marineros empezaran a quejarse de las comidas, De Gerlache había tomado una actitud defensiva. Por eso, cuando Cook insistió en que debían alimentarse de foca y pingüino, que detestaban, se sintió ofendido. «Era, para él, un insulto, pues se rechazaban implícitamente los alimentos que había seleccionado», escribió Cook.

«Los comentarios sobre los efectos perniciosos de la comida enlatada le irritan tanto que cada vez que surge el tema pasa días enfadado, así que hemos optado por posponer nuevos ruegos», continuó. En cualquier caso, el médico y Amundsen se aseguraron de que hubiera «una gran cantidad de lomos de foca y pechugas de pingüino a mano para momentos de necesidad. Momentos que no tardaron en llegar».

Al freír de los huevos, como suele decirse, lo verían. Aquellos que hicieron caso a Cook y tomaron sus raciones diarias de pingüino no tardaron en ver que los síntomas remitían. Quienes siguieron el ejemplo de De Gerlache, en cambio, continuaron cayendo por el precipicio del escorbuto, cuyo final inevitable era la muerte. Solo quedaba por averiguar quién sería el siguiente.

El enfoque científico de Cook era diametralmente opuesto al del resto de científicos a bordo del Belgica. Mientras que Arctowski, Racovitza, Dobrowolski y Lecointe eran empiristas absolutos, cuyas conclusiones procedían exclusivamente de la observación metódica, Cook primaba la intuición sobre los datos y estaba fascinado por la sabiduría de las civilizaciones «primitivas», poseedoras, según él, de verdades inaccesibles a la ciencia occidental. Esa impresión se acentuó tras el aparente éxito de la dieta antiescorbútica inspirada en la alimentación inuit. «Los esquimales han desmontado buena parte de la confianza ciega que depositaba en el reino maravilloso del conocimiento civilizado», escribió. «Tuve que desaprender y desconfiar de los saberes supuestamente sólidos que se enseñaban en la escuela».

Aunque le encantaba participar en los animados debates de la sala de oficiales con el resto de científicos —que se producían en una mezcla imposible de idiomas y eran una fuente de entretenimiento constante para la tripulación—, Cook encontró en Amundsen un público muy receptivo para sus ideas menos ortodoxas.

«Implícitamente, creo en lo que [Cook] dice porque es un explorador polar experimentado», escribió el primer oficial en su diario. «Debido a su experiencia con los esquimales del norte de Groenlandia y a que ha estudiado a fondo todo lo relacionado con la vida en los polos, es indudable que su conocimiento es más profundo que el de los demás. Si a eso se le añade el hecho de que es un médico competente, especialista en enfermedades polares, resulta un hombre de valía inestimable». Amundsen, que se había sometido por completo al tratamiento de horneado y a la dieta de pingüino recetados por Cook, atribuía a ambos remedios su recuperación. Por lo que a él respectaba, el médico no se equivocaba nunca.

Por su parte, Cook veía en Amundsen a un hombre cuya concepción de lo posible era tan vasta como la suya propia. Más allá de la expedición del Belgica, ambos tenían ambiciones propias en los polos (en aquella época, Cook tenía la mente puesta en el Polo Sur y Amundsen en ser el primero en cruzar el paso del Noroeste, donde su héroe de infancia, John Franklin, había fracasado). En los días más oscuros de la expedición, se volvieron inseparables, formando lo que Cook describió como una «colaboración […] con el fin de fabricar y perfeccionar nuevo material de exploración», que incluía anoraks, botas de piel de pingüino, trineos y una tienda que podía montarse en escasos minutos incluso en medio de un vendaval feroz. Probaron y mejoraron diseños de otros aventureros, como los trajes de piel de lobo cortados a patrón que recomendaba Fridtjof Nansen. Pese a ser mucho más cálidos que cualquier material que Cook hubiera vestido antes, cuando él y Amundsen regresaron empapados de sudor de una breve ruta con esquís, el médico concluyó que su gran defecto era la falta de ventilación, lo que podía resultar fatal en climas polares, donde el sudor se congela en seguida. El médico sugirió algunos ajustes, siguiendo los métodos de los inuits. «Al ver que los diseños de Nansen eran contraproducentes», escribió, «hemos modificado los trajes, en la medida de lo posible, según el estilo de los aborígenes».

Cook y Amundsen pasaban casi todo el tiempo que tenían libre enfrascados en conversaciones, mientras trabajaban codo con codo en sus diseños o esquiaban juntos por la banquisa. Amundsen acribillaba a Cook con preguntas y retenía cada palabra del médico como si se tratara de la Biblia. Cook consideraba al noruego «el hombre más

interesado e interesante» que había conocido. «Sus modales eran fríos, pero había un poso encantador y amistoso en todos sus actos. Cuando, en ese largo aislamiento, lográbamos hablar de temas más profundos […], soñábamos con transformar este viejo mundo por el bien de las generaciones futuras. Ninguna idea era demasiado grande y nada demasiado pequeño para no merecer nuestra atención».

El Cook más pragmático —ese hombre de negocios que a los veinte años había monopolizado buena parte del mercado de reparto de leche de Brooklyn— veía toda clase de oportunidades en los páramos helados del continente. Imaginaba proyectos lucrativos que harían que Andrew Carnegie, su futuro promotor, se sintiera orgulloso: establecer puestos balleneros y puertos de pesca en las islas Shetland del Sur, por ejemplo, o relanzar en la región el negocio peletero, que se había abandonado.[26] Los proyectos del Cook soñador eran menos prácticos: pretendía, por ejemplo, recoger el guano del continente para fertilizar los cultivos y erradicar así el hambre del mundo. Sin embargo, los planes más grandiosos eran los que concebía junto a Amundsen. En Patagonia, al ver las ovejas que pastaban en llanuras vírgenes hasta no hacía tanto tiempo, así como la fortuna que amasaban los hacendados, los dos exploradores se preguntaron qué otras regiones incultas del mundo podrían aprovecharse con tanto rendimiento. «Dijimos así que el desierto de hoy es el granero de mañana. ¿Por qué no cultivar el Sáhara y convertir las arenas de África en un nuevo imperio de riqueza?», escribió Cook.

Otro de sus temas recurrentes era la reorganización de la vida en la Tierra, nada menos. Cook lo llamaba «la nueva arca», un proyecto para corregir a la naturaleza y redistribuir las poblaciones animales del mundo de manera más racional, beneficiando tanto al hombre como a las criaturas cuyos hábitats habían sido destruidos por el desarrollo humano. «En esta Arca soñada», escribió Cook, «queremos llevar a pingüinos, focas, guanacos y llamas al norte, y traer al oso, al buey almizclero, al reno, al eider, a la trucha, a la foca y a la morsa al hemisferio sur, así como trasladar a las grandes criaturas beneficiosas de África a América del Sur. Ningún océano, continente o zona templada o tórrida debería obstaculizar la mejora de las reservas de alimento, tanto de hombres como de animales salvajes».

El cautiverio en el barco daba excesivas y extravagantes alas a las

ideas de Cook y Amundsen. Eran planes tan vívidos como lúgubre era la banquisa, tan soleados como oscura la noche. Lecointe y Arctowski calificaban esos proyectos de «locura», pero lo cierto es que el objetivo nunca fue su realización práctica. En realidad, el principal propósito era no dejar inactivo el cerebro, prestar atención a algo que no fueran sus propias desgracias. En «la prisión oscura y helada de este infierno de cristal», escribió Cook, esas fantasías ofrecían «una compensación onírica». Mientras gran parte de la tripulación se sumía en la enfermedad y el desánimo, Cook y Amundsen esperaban abrir brecha en el «territorio desolador de la Antártida, con polvorines mentales cargados de munición cerebral».

El 10 de julio, poco antes de medianoche, Lecointe retiró las mantas y salió de la litera para comenzar sus cuatro horas de guardia. Le extrañó la sensación al pisar el suelo y vio que tenía las piernas hinchadas. También la mano izquierda comenzaba a inflamársele. Dado que Cook no había osado pronunciar el nombre de la enfermedad que padecían, Lecointe no identificó los síntomas del escorbuto en fase avanzada. Terminó de vestirse sin darle importancia. El deber era el deber: pese a llevar semanas enfermo, no se había perdido una guardia. La noche era clara, tranquila, y las estrellas brillaban con fuerza. Lecointe solía disfrutar de tales momentos de soledad, de la relación muda con el cielo, pero esa madrugada estaba tan cansado y sentía tanto dolor que la guardia se le hizo interminable. Cuando consiguió volver a la litera, tenía las piernas como globos. Estaba agotado, pero no consiguió dormir. Se sumió en el sopor y el delirio bajo los mapas desenrollados que había colgado del techo para liberar espacio en el camarote.

Al cabo de una hora, aproximadamente, y medio dormido, intentó cambiar de postura. Horrorizado, notó que ni las piernas ni el brazo izquierdo le respondían. Estaba paralizado. Deseaba gritar para que le ayudaran, pero no quería sembrar el pánico. Eran las seis de la mañana cuando consiguió salir a tientas de la cama y reptar por la oscura sala de oficiales hasta el camarote de Cook, arrastrando las piernas, inútiles.

Cuando se despertó, Cook encontró ante sí la materialización de sus pesadillas: una aparición hinchada, grotesca, atravesada de pavor.

—Doctor, es el fin: sigo los pasos de Danco —logró pronunciar Lecointe, aferrándose a la cama de Cook—. La muerte me sube desde los pies. Mire estos tobillos. No hay nada que hacer.

Cook contempló las piernas de Lecointe y un escalofrío le recorrió la columna vertebral. Mientras reaccionaba el cerebro adormilado, comenzó un examen mecánico del capitán. No solo temía por Lecointe, sino por toda la expedición. Con De Gerlache en estado grave y encerrado con frecuencia en el camarote, el capitán era, a su parecer, «la figura con más autoridad de la tripulación». Si él cayera, todos los demás, tambaleándose ya al borde de la locura, sucumbirían pronto a la desesperación.

Comprobó sus constantes: la frecuencia cardiaca era alta y el pulso, débil; tenía la cara hinchada, la piel fría, cerúlea, y «extremadamente pálida». ¿Había llegado Danco a ese estado? La parálisis de las extremidades de la que hablaba Lecointe no presagiaba nada bueno: o bien era la fase terminal del escorbuto o se trataba de una reacción histérica al miedo.

—Ningún hombre está muerto hasta que el médico le cierra los ojos —dijo Cook, tratando de esconder su inquietud—. Si quiere que le ayude, ¿hará exactamente lo que le diga?

—Sí —respondió Lecointe—. Estoy a sus órdenes.

Cook le dio una pastilla al capitán —estricnina, probablemente—, y le ayudó a volver a la cama para descansar, colocándole ladrillos calientes en los pies para ayudar a la circulación. Con el doctor a su lado, Lecointe se tranquilizó, pero comenzaron a escuchársele «comentarios irracionales», en los que, hasta donde Cook podía comprender, el capitán confrontaba la posibilidad de que ese fuera su último día de vida.

Poco después, al oír por la puerta que servían el desayuno en la sala de oficiales contigua, el capitán reunió las pocas fuerzas que le quedaban para llamar a Amundsen. Informó al primer oficial de dónde guardaba los documentos y un baúl con cartas a sus seres queridos, y le dio unos últimos consejos acerca de la expedición. Amundsen le escuchaba en silencio, tratando —en vano— de contener la emoción.

Puesto que De Gerlache también sufría síntomas de escorbuto y no tenía muchas más posibilidades de sobrevivir al cautiverio del barco que Lecointe, parecía inevitable que Amundsen, un noruego de

veintiséis años que nunca había capitaneado un barco, heredara el mando de la Expedición Antártica Belga. Era un escenario que De Gerlache quería evitar a toda costa. Creía que tanto sus mecenas como la prensa belga perdonarían antes su propia muerte que esa forma de vergüenza nacional.

En ese momento, a Lecointe no le preocupaban tales cuestiones. Afrontaba su destino con una extraña sensación de paz. Contempló por la ventana la oscuridad de la banquisa, que se confundía con la del cielo. Según sus cálculos, el sol tardaría aún dos semanas en aparecer. Se le ocurrió que tal vez no volviera a verlo. Se dejó ir, en un estado de duermevela, pensando o soñando que la muerte no era tan horrible.

Se sorprendió cuando abrió los ojos al día siguiente. Obligado por Cook, ingirió un pequeño filete de pingüino y durmió algunas horas. Se sentía algo mejor al despertar. El médico le tomó el pulso y comprobó con alegría que la frecuencia cardiaca había descendido, pero, a noventa y ocho pulsaciones por minuto, en reposo, aún era preocupantemente alta, al borde de la taquicardia.

«Me parece casi un caso perdido», escribió Cook en su cuaderno el 14 de julio. «El diagnóstico adverso ha lanzado sobre la tripulación una nueva oleada de desesperanza».

Pese a su pesimismo, el médico dictó instrucciones estrictas.

—A partir de ahora, le están vedadas las comidas y bebidas habituales —le dijo—. Comerá carne cruda, beberá agua caliente y realizará tres sesiones diarias de horneado frente al fuego.

—Me sentaría en la estufa todo un mes y comería pingüinos durante el resto de mis días en el Polo si eso me trajera algún beneficio —respondió Lecointe.

Cook sonrió. Le aseguró que, si seguía sus instrucciones, estaría de nuevo en pie antes de que saliera el sol. No creía sus propias palabras. Lecointe tampoco, pero obedeció religiosamente las órdenes del médico. No comió otra cosa que no fuera pingüino, no bebió más que agua y pasó horas desnudo frente al fuego.

La hinchazón en las extremidades y la cara menguaba cada mañana. Poco a poco, los síntomas mejoraban. El 18 de julio, contra las expectativas de Cook —pero en línea con el optimismo que se había esforzado en manifestarle al enfermo—, Lecointe pudo

levantarse para realizar sus observaciones.

Las noticias de la recuperación milagrosa de Lecointe se extendieron rápidamente por el barco y la mayoría de la tripulación acudió a Cook en busca de tratamiento para sus «problemas verdaderos o imaginarios».

Cook descubriría que la mayoría eran reales. Informó a Lecointe de los casos más graves: «De Gerlache corre un serio peligro; las piernas de Knudsen están muy hinchadas, particularmente alrededor de los tobillos; el corazón de Melaerts late a ciento cincuenta pulsaciones por minuto». Racovitza, Arctowski y Dobrowolski estaban «en mal camino». El propio médico admitió que le preocupaba su frecuencia cardiaca.

El médico prescribió idéntico régimen para todos: «Prohíbo todo alimento que no sea leche, salsa de arándanos y carne fresca frita en margarina, sean filetes de foca o de pingüino», escribió. Dispuso también que continuasen las sesiones de horneado frente al fuego y —para aquellos que pudieran levantarse de la cama— sesiones de ejercicio diario no demasiado duras para el corazón. La «ropa de cama [del enfermo] ha de secarse diariamente y su ropa se ajustará a sus necesidades. Los laxantes son, en general, necesarios, y las verduras amargas, con ácidos minerales, resultan de gran ayuda». Recomendó la abstinencia de alcohol: «Nos hemos acostumbrado a tomar vinos ligeros en las comidas, pero el vino posee un efecto nocivo sobre las funciones del corazón y los riñones, de modo que hemos prohibido su consumo», escribió Cook. En la práctica, no obstante, numerosas ocasiones especiales se convertían en excepciones.

El tratamiento prescrito por Cook no erradicó el sufrimiento a bordo del barco, pero aquellos que lo siguieron a rajatabla experimentaron progresos notables. La mayoría dejó de comer todo lo que no fuera foca y pingüino; la carne terminaría por resultarles apetitosa. Reconociendo la gravedad de su situación, hasta De Gerlache se tapó ocasionalmente la nariz y toleró algún filete de pingüino, que solo era capaz de comer cuando estaban prácticamente chamuscados, lo que anulaba los efectos antiescorbúticos. Por regla general, sin embargo, el comandante se mantuvo fiel a los caros alimentos que había adquirido para la expedición y al menú que él mismo había diseñado.

La clave del tratamiento estuvo en el optimismo que Cook intentaba desprender. «Al estar tan afligidos», escribió, «los hombres sentían la muerte muy cerca: combatir ese espíritu de abyecta desesperanza era la más difícil de mis tareas». El médico hacía que sus compañeros apartaran la vista del abismo oscuro de la angustia en que se sumían durante la noche y la llevaran hacia la luz que cada día se prolongaba unos minutos más en el horizonte, anunciando el inminente regreso del sol.

---

[25] Lógicamente, Cook no podía recordar el pasaje, probablemente adornado con varias licencias poéticas, de uno de sus libros polares favoritos, *Arctic Explorations,* de Elisha Kent Kane, en el que Kane y su equipo se sobreponen a una epidemia de escorbuto durante el invierno de 1854-1855 comiendo ratas, que cazaban, cuenta, con arco y flechas.

[26] En aquella época se creía que las focas peleteras habían sido exterminadas en la década de 1830, pero el Belgica había hallado varias colonias en la isla de los Estados.

13

La Orden del Pingüino

Faltaban algunos días para que el sol regresara y todos los hombres a bordo habían elegido ya el lugar desde el que lo recibirían. Algunos se encaramarían al puesto de vigía o se colgarían de la jarcia; otros saldrían a la banquisa. La mañana del 22 de julio, Cook, Amundsen, Lecointe y De Gerlache se dirigieron lentamente hacia la cima de un iceberg cercano.[27] Se encontraban tan débiles que tardaron una hora en completar una ascensión que carecía de dificultad. Tenían que detenerse cada cien pasos para recuperar el aliento, rompiendo el silencio con sus pesados jadeos. El esfuerzo le resultó especialmente penoso a De Gerlache, que se encontraba en un estado físico mucho peor que el de sus compañeros, pero no se rindió, ansioso por volver a ver el sol —o un fragmento del mismo, al menos— tras setenta y dos días de oscuridad. Aunque, según los cálculos de Lecointe, el sol no saldría de verdad hasta veinticuatro horas después, los hombres confiaban en alcanzar una zona lo suficientemente elevada como para divisar un primer destello, más allá de la curvatura de la Tierra, la breve señal de la refracción.

Cuando alcanzaron la cima, los cuatro se volvieron hacia el norte y miraron el punto en el que el cielo era más claro. Conforme se acercaba el mediodía, el amarillo pálido del cielo, acribillado de cirros, se tornó rosáceo, y poco después explotó en un incendio en el que bailaban múltiples colores. «Había vetas doradas, naranjas, azules,

verdes, un centenar de combinaciones armoniosas», escribió Cook, «con alguna franja ocasional de plata pulida, que resaltaba los colores».

La neblina suspendida sobre el horizonte se disipó poco antes de las doce en punto, justo en el momento en que un resplandor ígneo se elevaba para reflejarse en los ojos cansados de los hombres. «No éramos capaces […] de encontrar palabras para expresar la alegría y la sensación de alivio», escribió Cook, «así como la emoción de vida nueva que fluía por nuestras arterias, impulsada por los martillazos de los debilitados corazones». Aunque ninguno dudaba de que el sol iba a volver, la opresión de la larga noche polar había sido tan arrolladora que su aparición les resultó casi un milagro. Los rayos no alcanzaron aún la banquisa, pero sí acariciaron las cumbres de los icebergs más altos y brillaron durante unos instantes en la bandera belga que ondeaba en el palo mayor del Belgica, lo que, en la mente del comandante, añadía a ese momento un simbolismo propicio.

«Nos deslumbró la visión, radiante», escribió De Gerlache. «Solo el que se ha visto privado del sol puede comprender lo necesario que es para el cuerpo y el alma. Y entender, así, el sentir de los pueblos salvajes que desde tiempos inmemoriales lo convirtieron en su primera divinidad». El sol desapareció tan abruptamente como había aparecido. Tras él permaneció, sin embargo, un largo resplandor.

Cada día, el sol aguantaba unos veinte minutos más sobre el horizonte. Su luz revelaba, implacable, los destrozos de la larga noche. El invierno había arrebatado a los hombres algo que nunca podrían recuperar del todo. Les había deformado la mente, los cuerpos habían tomado un cariz grotesco: toda una vida de tormentos concentrada en una única estación fatal. «Tenemos el cuerpo hinchado y de un tono amarillento», escribió De Gerlache; «vemos los unos en los otros cuánto hemos envejecido: tenemos los rasgos cansados, demacrados, y los sufrimientos del invierno nos han grabado en el rostro una expresión triste e intranquila». A varios de los hombres se les había puesto el cabello blanco en solo tres meses, como si la noche invernal hubiera expandido el tiempo mismo, igual que en el vórtice aterrador del «Descenso al Maelström» de Poe. «En treinta días hemos envejecido diez años», escribió Cook.

Las fotografías de los hombres tras la larga noche confirman estas descripciones, especialmente al compararlas con los retratos tomados antes de que el Belgica zarpara, donde aparecían luminosos, cargados de esperanza. En Amberes, Lecointe presumía de vigor juvenil en un fino uniforme hecho a medida; tras cinco meses de encarcelamiento en el Belgica, se le ve agotado, enfermo, abotargado. Aparenta diez años más de los veintinueve que tiene. En un retrato promocional, aún en Bélgica, vemos a De Gerlache posar henchido de gloria, la mirada elevada como si observara la cima de la montaña que piensa conquistar; luce una barba espesa y bien cuidada y el bigote ligeramente curvado; lleva un elegante sombrero de piel inclinado sobre la cabeza y una capa también de piel sobre un distinguido abrigo de invierno. Una imagen a la altura de las fantasías de cualquier explorador polar, que contrasta bruscamente con la fotografía que Cook le hizo cuando el sol regresó: vestido con un jersey grueso, el comandante mira penosamente a la nada; la cara macilenta, hinchada, cubierta de barba desde lo alto de los pómulos hasta la mitad del cuello. Y el estado del resto de la tripulación no era mucho mejor. Los exploradores salían de la noche polar como hombres salvajes. El baño semanal (si se producía) no era suficiente para eliminar la grasa de foca o los residuos de carbón de las greñas enmarañadas.

Con el amanecer, sin embargo, les volvieron las ganas de renovar su aspecto. Los hombres se reunieron para cortarse el pelo y la barba. Los oficiales consideraron que Cook, en condición de cirujano del barco, sería lo suficientemente diestro con las tijeras, y le asignaron la función de barbero. Sin embargo, resultó menos escrupuloso de lo que algunos hubieran querido. Un cliente insatisfecho dijo: «A veces […] igual que esos tenderos que, sin competencia a la vista, no tienen miedo a perder la clientela, [Cook] nos recorta de un lado y se niega a recortar del otro. […] ¡Y se ríe de nosotros!». No se trataba de una simple broma. Ese tipo de tonterías formaban parte de la estrategia del médico, que deseaba levantar el ánimo de la tripulación y obligarles a pensar en algo que no fueran las lóbregas circunstancias de su prisión.

Dos hombres consiguieron evitar las tijeras del doctor: fueron Racovitza, que prefería ocuparse él mismo de una mata de pelo muy rebelde, y el propio Cook. Este se dejó crecer el cabello, fino y liso,

hasta los hombros, sujetándolo con una cinta alrededor de la frente. La melena y la barba poblada le conferían una apariencia mesiánica. Tenía los ojos de un fanático: gris pizarra, fervientes, enloquecidos. En realidad, la noche antártica le había convertido en una especie de devoto del culto al sol. Pensaba en él como en una especie de divinidad: lo consideraba el origen de la vida, y su ausencia le parecía una condenación. Con su regreso, Cook había vuelto a nacer.

«¡De qué manera esa bola de fuego, grande y dorada, incita al espíritu a expresar alegría y gratitud!», escribió. «El Sol es, ciertamente, el padre de todo lo terrestre. De improviso, el aire nos parece un reconstituyente, encontramos inspiración en el hermoso esplendor del mar de hielo y alborozo en la compañía mutua. La fúnebre depresión de la noche se ha vuelto cosa del pasado».

La fe de Cook en el poder del sol le llevó a otorgarle propiedades que desafiaban a la ciencia. Igual que había llegado a creer que los seres vivos poseían luz en su interior, como le había sugerido el anciano inuit Sipsu, se convenció de que el propio hielo podía capturar los rayos solares. «Por la noche, tras todo el día bajo el sol, la nieve adquiere un evidente resplandor», escribió algunas semanas después, con el aumento de las horas de luz. «[Tal] fosforescencia se la atribuyo a alguna forma de retención latente de la luz del sol por parte de la nieve. Es un fenómeno que tiene para mí un gran interés y en los últimos días he llevado a cabo experimentos que confirman mi teoría».

Para demostrar su hipótesis, Cook cubría por el día un área de nieve con una tela negra y la retiraba por la noche. «Invariablemente, queda una zona oscura», afirmaba. «En mi opinión, eso demuestra que la nieve absorbe y retiene ciertos rayos de luz durante un tiempo determinado».

Estaba completamente equivocado. Una interpretación benévola de sus observaciones nos puede hacer pensar que la tela negra absorbía el calor del sol y provocaba que la nieve cubierta se fundiera más rápido que la descubierta, a su alrededor; la textura resultante, menos sólida, tal vez reflejara la luz de la luna o de las estrellas de manera diferente. Sin embargo, lo más probable es que el lado romántico de Cook se impusiera en este caso al rigor científico.

Con la llegada del día, la colonia del Belgica se desperezaba, poco a poco, para volver a la vida. Los hombres entraban y salían por el laberinto de túneles y caminos abiertos en el dique de nieve que rodeaba el barco. En la herrería de cubierta, donde Somers fabricaba piezas para la sonda, entre otros artefactos, se oía de nuevo el repicar del martillo contra el yunque. Los científicos habían vuelto a sus ocupaciones: sondear, dragar, pescar, tomar mediciones, realizar observaciones. Julio fue el mes más frío que habían vivido hasta el momento y, dado que la expedición no había previsto suficientes trajes adaptados a temperaturas extremas, la tripulación pasó varios días cosiendo anoraks a partir de mantas de lana roja, que forraron con piel de lobo (las que Cook había llevado consigo). Según Amundsen, el contraste entre el rojo brillante de los abrigos y la blancura cegadora de la nieve «producía ciertamente un efecto extraño, teatral».

La salud de la tripulación había mejorado desde que seguían el régimen prescrito por Cook, pero el estado de varios de los miembros era aún muy delicado. Los más afectados eran Engelbret Knudsen, un marinero noruego con cara de niño, y el comandante De Gerlache. Además, aunque Cook había deducido, correctamente, que una dieta basada en carne de foca y pingüino mantendría el escorbuto a raya, el invierno estaba acabando con sus reservas. Y del mismo modo que los animales tardaron en desplazarse hacia el norte con la llegada del frío, ahora no se daban prisa en volver. Sin pingüinos en los alrededores, los hombres corrían el riesgo de agotar su único remedio contra la enfermedad.

Día tras día, Cook se asomaba a las regalas con la esperanza de divisar sus siluetas oscuras contra el hielo. De vez en cuando surgían pequeños géiseres en agujeros recién abiertos en la banquisa, señales del progresivo regreso de las focas. Poco después empezaron a oírse los primeros graznidos en la distancia —kaah…, kaah…—, pero los pingüinos aún no se dejaban ver. Si querían ir a su encuentro, tendrían que alejarse del barco hasta perderlo de vista.

A finales de julio, Cook, Lecointe y Amundsen obtuvieron permiso de De Gerlache para salir de caza. Su objetivo era llegar hasta un inmenso iceberg en forma de mesa a unos veintisiete kilómetros al este-noreste. Pese a que la ruta parecía una línea recta, el trayecto no

sería sencillo. Si en algún momento perdían de vista la silueta que emergía en el horizonte, podrían desorientarse en el territorio helado, en constante cambio. El hecho de que el iceberg se extendiera hacia el norte presentaba una ventaja añadida: dado que los pingüinos habían seguido la luz hacia el borde de la banquisa para invernar, lo más probable es que regresaran desde esa misma dirección.

Tardarían al menos dos días en ir al iceberg y volver. Para Cook y Amundsen, la excursión suponía también la oportunidad de probar los distintos artilugios que habían diseñado juntos, como el trineo a vela o la tienda cónica: una prueba para una posible evacuación del barco, en caso de que fuera necesario, y para futuras expediciones. Además, tras meses de encierro, ansiaban cambiar de ambiente. «Estábamos hartos del paseo de los locos alrededor del barco. Era agotador ver cada mañana el mismo escenario de montones de latas vacías, ceniza y residuos», escribió Cook. «Sentíamos que salir y acampar varios días sobre el pecho desnudo del mar de hielo, cerca de algún iceberg, nos permitiría realizar observaciones valiosas y, seguramente, sentir un mayor afecto hacia nuestros compañeros y hacia el Belgica al regresar».

Amundsen, por su parte, deseaba establecer un nuevo récord: el del primer viaje en trineo sobre la banquisa antártica.

La expedición dentro de la expedición dejó el barco la mañana clara y fría del 31 de julio, bajo una parodia de las ceremonias que un año antes habían acompañado al Belgica al zarpar del puerto de Amberes. Lecointe, Cook y Amundsen vibraban de emoción. Como tres colegiales, formaron una sociedad antártica, que bautizaron la Orden del Pingüino: Amundsen fue nombrado presidente; los otros dos, caballeros. Max van Rysselberghe, el segundo ingeniero, les fabricó unas medallas con el fondo de latas vacías, en las que grabó la imagen de un pingüino real y el lema «¡Rápido! ¡Escasez!». Solemnemente, Lecointe les anudó una cinta roja y se las colgó a sus compañeros.[28]

Los tres aventureros cargaron en el trineo el equipo de acampada, rifles y provisiones para diez días (aunque el trayecto debía durar, a lo sumo, dos jornadas). Amundsen y Lecointe se calzaron los esquís y se ataron al trineo para tirar de él; Cook iba detrás, con raquetas de nieve, estabilizándolo. Desplegaron la vela que Cook había fabricado con sábanas viejas y vieron cómo se hinchaba con la ligera brisa del

sur, proporcionándoles la fuerza propulsora de un hombre más. Pese a lo débil que se encontraba, De Gerlache los acompañó una parte del camino, antes de despedirse de ellos con un firme apretón de manos.

Amundsen y Lecointe, convalecientes aún de las dolencias y la atrofia muscular del invierno, se detenían frecuentemente para descansar. Pese a la temperatura de treinta y cuatro grados bajo cero y a los trajes de piel que había diseñado el propio Cook para mejorar la ventilación, sudaban profusamente. Avanzaban a una velocidad mucho menor que la que Cook había alcanzado en Groenlandia, en un trineo tirado por perros, y no tardaron en constatar que el hombre no era un animal de tiro adecuado para viajes por la nieve. Sin embargo, aunque el progreso era laborioso, avanzaban sin cesar, al menos al principio. El trineo se deslizaba con suavidad por la capa relativamente plana de hielo duro y la carga actuaba como contrapeso, permitiendo que el viento hinchara las velas sin volcar el vehículo.

Desde el barco, les había dado la impresión de que el trayecto hasta el iceberg discurría por una extensión de hielo blanco, plano, intacto. Solo algunas franjas de agua lo interrumpían, y no parecían demasiado difíciles de rodear. Sin embargo, a medida que avanzaban, descubrieron una topografía mucho más compleja y engañosa. Lo que en la distancia habían parecido diminutas colinas eran, en realidad, crestas infranqueables, y las franjas de agua eran inmensas polinias en el hielo. El trío tenía que detenerse constantemente para averiguar con la brújula la posición en que se encontraba el barco, que se hacía más y más pequeño a sus espaldas, los montículos que les rodeaban y el gigantesco iceberg. A eso había que añadir que la banquisa se encontraba en movimiento constante y que el mapa podía volverse obsoleto en seguida. Por mucho que avanzaran, el iceberg parecía siempre «a tiro de piedra». Se trataba de una ilusión: en realidad, su base quedaba más allá del horizonte. La luz antártica volvía a hacer de las suyas. En el mismo cielo veían el sol del atardecer y la luna llena, medallones gemelos de oro y plata. «La escena era un cuadro para los dioses», escribió Cook.

Esa tarde, los tres hombres se detuvieron al borde de un gran lago de hielo recién formado, de apenas siete centímetros de grosor, que les impedía continuar hacia el iceberg. La capa era tan fina que podían

ver la oscuridad del océano a través de ella. Un poco más allá, sin embargo, el hielo tomaba un tinte amarillento, lo que sugería el regreso de organismos fotosintéticos y permitiría, entonces, la presencia de animales más grandes. Pese a saber que ese tipo de hielo no solía soportar el peso de un hombre, Lecointe, Amundsen y Cook decidieron investigarlo. Avanzaron con cuidado por la superficie resbaladiza, donde los esquís y las raquetas de nieve apenas tenían agarre. Les costaba tirar del trineo, con exceso de carga. El conjunto pesaba casi media tonelada y, a cada paso que daban, los aventureros sentían que la fina superficie temblaba bajo sus pies. Era como caminar sobre el agua. Los ruidos del hielo les provocaban escalofríos por la espalda, empapada de sudor, y no dejaban de pensar en lo que sucedería si caían. El agua tardaría unos segundos en calarles los pesados trajes y helarles la piel. La ropa y las botas, empapadas, les harían casi imposible mantenerse a flote, y los dos hombres atados al trineo apenas tendrían tiempo de desprenderse de la carga antes de verse arrastrados a las profundidades.

Según se adentraban hacia el centro del lago, el hielo frente a ellos comenzó a resquebrajarse en un abigarrado mosaico de témpanos adheridos entre sí. No habían avanzado demasiado cuando divisaron una gran cantidad de ballenas y focas, además de algunos pingüinos, chapoteando en una zona de aguas negras. Sin embargo, la capa de hielo era muy endeble y estaba partida en demasiados pedazos: no podían seguir adelante. Si querían alcanzar a los animales, les haría falta un bote, y aunque dispusieran de uno, los pingüinos eran tan ágiles y veloces en el agua como torpes sobre el hielo, por lo que no podrían capturarlos. El equipo se retiró poco a poco hacia el hielo más antiguo y denso e intentó rodear el lago.

Este se estrechaba a medida que los exploradores recorrían la orilla, hasta convertirse en un canal de aguas abiertas de kilómetro y medio de ancho. Cuando decidieron montar la tienda —eran alrededor de las tres de la tarde—, les pareció que acampaban junto a un río. Contemplaron el iceberg gigantesco y distante, al otro lado. «Después de recorrer once kilómetros en una jornada, nos parecía que estábamos igual de lejos de nuestro destino», escribió Cook.

«Montamos la tienda, en la que Cook y yo habíamos trabajado tanto, en muy poco tiempo y casi sin esfuerzo», escribió Amundsen,

orgulloso, acostado cómodamente en su saco de dormir de piel de reno. «Es robusta y puede soportar cualquier viento, pero es demasiado pequeña para tres personas. Tenemos que cambiarnos de uno en uno». Tardaron seis horas en descongelar la cena con una pequeña estufa de alcohol encajada entre dos sacos de dormir.

La tienda cónica de Cook aguantó el vendaval que sopló esa noche sobre la banquisa. El tamborileo de la nieve contra la tela arrulló a la Orden del Pingüino hasta que se quedaron dormidos. En el interior también nevaba: la condensación del vaho de los tres hombres se congelaba contra las paredes y flotaba en pequeños copos al desprenderse.

A la mañana siguiente, cuando se despertaron, los tres hombres sacudieron la capa de hielo de los sacos de dormir y de sus respectivas barbas y desayunaron cacao y galletas alpinas. Eran cerca de las once (calculaban la hora por la posición del sol, pues sus relojes ya no funcionaban a esas temperaturas) cuando salieron de la tienda y encontraron un paisaje muy distinto al que habían dejado al anochecer. La niebla se esponjaba a su alrededor y un oscuro cielo de agua —señal de nuevas aberturas en el hielo— sugería que el viento había movido y agitado la banquisa por la noche. Si el hielo continuaba abriéndose, podrían verse rodeados de agua, a la deriva en una inmensa polinia en el corazón de la banquisa antártica.

Tras el desayuno, Cook, Amundsen y Lecointe dejaron el trineo y realizaron una breve misión de reconocimiento, buscando un camino para rodear el canal que aún les impedía continuar hacia el iceberg. No encontraron ninguno. «La abertura ante nosotros [...] se extendía en dirección este y oeste hasta donde alcanzaba la vista, un inmenso río polar en medio del mar de hielo», escribió Cook. «En él encontramos cientos de ballenas, rorcuales y calderonas, así como incontables focas, leopardo y cangrejeras, pero, para nuestra sorpresa, ningún pingüino». Los tres pensarían en dejar de perseguir pingüinos y llevar carne de foca al barco, pero algunas especies de foca de la Antártida podían pesar más de media tonelada. Aunque fueran capaces de cazar un ejemplar en el agua —lo que era imposible sin un arpón—, este habría pesado demasiado como para arrastrarlo varios kilómetros hasta el Belgica por el hielo traicionero.

Después de que las temperaturas cayeran a treinta y cinco grados

bajo cero, la superficie del río no tardó en congelarse. Pronto les franquearía el paso. Sin embargo, el hielo reciente apenas podía soportar el peso de un hombre, así que en ningún caso soportaría el del trineo. Poco antes de que se pusiera el sol, los viajeros regresaron a la tienda y decidieron dormir en el mismo lugar una o dos noches más, con la esperanza de que la banquisa se moviera de nuevo y les mostrara un camino sólido hasta el iceberg.

Mientras Lecointe preparaba la cena, Cook y Amundsen construyeron un iglú. El doctor había aprendido durante sus viajes entre los inuits que «para una estancia prolongada, siempre es preferible a una tienda». Cook enseñó a su aprendiz a cortar bloques de hielo cóncavos, apilarlos en un círculo de diámetro cada vez menor para formar una bóveda y rellenar los huecos con puñados de nieve. La estructura estuvo terminada en tres horas. Comparado con la tienda —y, por supuesto, con el barco, húmedo e infestado de ratas—, el iglú era el *summum* de la comodidad. Resultaba cálido, espacioso y libre de condensación gracias a la corriente de aire que cruzaba por la pequeña puerta y se colaba entre los conductos del recubrimiento de nieve. En las paredes blancas se reflejaba la luz de una única vela, tan clara como la del día.

La temperatura en el iglú era lo suficientemente agradable como para que Amundsen se quitara un guante y escribiera en su diario. El noruego se permitió abandonar su habitual laconismo para ofrecer una inusual explosión lírica: «Jamás he contemplado una imagen tan hermosa como la de esta noche. La luna en el norte, amplios círculos rodeándola y una gran cantidad de luz tras ella. Hacia el sudoeste, el rastro rojo del sol, entre veloces nubes negras. Sobre el hielo, entre montículos, puede verse una pequeña tienda iluminada y, un poco más allá, un palacio esquimal lleno de luz». Con su afán por establecer nuevos récords en la aventura polar, no pudo resistirse a añadir: «Debe de ser la primera vez que la banquisa antártica encuentra sobre sí este cúmulo de elementos extraños».

Los aventureros pasaron dos noches felices en el iglú, leyendo, jugando a las cartas y charlando animadamente mientras esperaban a que la banquisa se reagrupara de nuevo. Hasta el momento, la expedición de caza había sido un fracaso —no tenían un solo pingüino —, pero les brindó la oportunidad de afianzar su amistad.

Descubrieron que eran buenos compañeros de viaje. Amundsen y Cook incluyeron a Lecointe en su alianza polar, que hasta ese momento se había ocupado menos de las vicisitudes del Belgica que de la fantasía compartida de dirigir futuras expediciones. Ahora, con Lecointe, empezaron a pensar qué sucedería en los meses o años que tenían ante sí, siempre que el Belgica lograra escapar del hielo, y esas cavilaciones desembocaron en una idea potencialmente sediciosa: dado que De Gerlache no parecía en condiciones físicas o psicológicas de encabezar una misión al polo sur magnético en 1899, como había previsto, pensaron que la Orden del Pingüino podía llevarla a cabo.

La posibilidad de reclamar para sí el objetivo más prestigioso de la expedición suponía una alteración en el equilibrio de poder del Belgica, que Cook y Amundsen debían manejar con mucho tiento delante de Lecointe y su lealtad a prueba de balas. Llevaban varias semanas rumiando tales ideas, desde que De Gerlache cuestionara su propia decisión de entrar en la banquisa. Amundsen albergaba dudas sobre la capacidad de liderazgo del comandante y a Cook le molestaba su tozudez, pues De Gerlache se negaba aún a comer pingüino, un gesto que le parecía irracional e irresponsable.

Lecointe, sin embargo, no iba a tolerar conjuras contra el comandante. Si tenía reservas sobre sus decisiones —y las tenía, en ocasiones—, las trataba en privado con él. Siempre lo protegería. Aun así, no podía ignorar la gravedad de su estado; es posible que, en el fondo, él también pusiera en duda los propósitos de De Gerlache o que fuera el hombre idóneo para dirigir la expedición hasta el polo sur magnético. En todo caso, prometió a Cook y Amundsen escribir una propuesta formal para que fueran ellos tres los encargados de alcanzar el polo al año siguiente, en trineo tirado por perros. Se la entregaría al comandante en cuanto regresaran al Belgica.

La mañana del 3 de agosto, descubrieron que la abertura —el río —, que había alcanzado una anchura de kilómetro y medio, ya no era más que un hilo de agua, gracias a la fuerza de los vientos y las corrientes que habían reordenado la banquisa durante la noche. Por fin se les revelaba el camino hacia el iceberg. Eso se decían, al menos, pues la niebla era tan espesa que no alcanzaban a divisar su destino. Cuando miraron en dirección opuesta, descubrieron un problema mucho mayor: tampoco podían ver el Belgica. Igual de preocupantes

eran los oscuros cielos de agua que manchaban las nubes en todas direcciones, reflejos de una banquisa plagada de lagunas. Puede que no tuvieran una oportunidad mejor que esa para continuar hasta una potencial colonia de pingüinos, pero decidieron que era más sensato regresar antes de que nuevos cambios les cortaran el camino de vuelta al barco, dejándoles irremediablemente a la deriva en un archipiélago de témpanos de hielo. En realidad, no podían asegurar que eso no hubiera sucedido ya.

Abandonaron el campamento cerca del mediodía, se despidieron de su «querido iglú» y avanzaron en la densa espiral de nieve y niebla. Cook y Amundsen, con los esquís puestos, tiraban del trineo, mientras Lecointe, con raquetas, intentaba orientarse con la brújula amarrada a la parte de atrás. Trató de guiarse a partir de las posiciones que había marcado para el barco, el iceberg y algunos montículos que sobresalían, pero ninguna de estas referencias era visible. Y, aunque lo hubieran sido, lo más probable es que su posición relativa hubiera cambiado, teniendo en cuenta las fuerzas que habían transformado la banquisa durante las dos noches previas.

Tenían que parar cada veinte metros para que la aguja de la brújula, que se agitaba con las sacudidas del trineo, se detuviera. Cada una de esas pausas aumentaba la posibilidad de error: el menor desajuste en la dirección podía desviarlos peligrosamente de su objetivo. Lecointe temía que una discrepancia de unas cuantas decenas de metros fuera suficiente para, varios kilómetros después, pasar de largo el barco. La nieve recién caída les facilitaba el viaje, pero la visibilidad era tan reducida que Cook y Amundsen no distinguían los obstáculos —baches, montículos, crestas, grietas— hasta que chocaban con ellos. El trineo no hacía más que volcar.

Llevaban recorridos varios kilómetros cuando oyeron un ruido de ballenas retozando. En condiciones normales se habrían alegrado de su presencia, pero ahora, atravesando la niebla desde todas direcciones, el sonido solo confirmaba el temor de los hombres: la banquisa se había abierto tras ellos. Estaban rodeados de franjas de aguas abiertas, aislados del gran témpano en el que se encontraba el barco.

Las grietas en el hielo sobre el que caminaban formaban plataformas desconectadas. En un primer momento, los tres hombres

trataron de saltar de una a otra, esperando así alcanzar una zona de hielo sólido. A medida que caía la noche, sin embargo, el viento cambió de dirección y los témpanos se dispersaron en el agua. De repente, el grupo se encontró a la deriva. A su alrededor, las plataformas se agitaban y chocaban unas contra otras a gran velocidad, caóticamente. Con cada colisión, se volvían más pequeñas. Era ya noche cerrada cuando los hombres alcanzaron un témpano cuadrado y razonablemente sólido, de no más de veinte metros de ancho, en el que montaron la tienda. No tenían más remedio que pasar la noche en una isla de hielo. «No puedo imaginar una posición más difícil sobre la banquisa polar», escribió Cook.

Tenían miedo de que el hielo se abriera por la noche, de despertarse en el agua. Así, Lecointe, Cook y Amundsen se turnaron para hacer guardia. Ninguno de ellos consiguió dormir demasiado, desvelados por el aullido del viento; por el sonido de los impactos, los crujidos y los derrumbamientos del hielo; por una sinfonía de gruñidos, ladridos y exhalaciones. «El témpano cada vez era más pequeño; al final, oíamos a las focas chapotear en el agua, como si las tuviéramos debajo de la tienda», escribió Cook.

«En el interior de la tienda solo titilaba una vela, que creaba una atmósfera fúnebre», escribió Lecointe. «Las ballenas salían a la superficie a pocos metros, mientras las focas encontraban refugio en una estrecha repisa, la única que seguía libre a nuestro alrededor».

Amundsen se encontraba de guardia cuando, cerca de las cinco de la madrugada, el témpano sufrió una convulsión violenta y repentina. Miró en la dirección de la que procedía el sonido y vio que el hielo se partía a pocos metros de la tienda. El noruego pensó en despertar a sus camaradas, que dormían por fin, pero decidió que desplazarse a cualquier otro lugar del islote de hielo no haría que estuvieran más seguros.

La luz de la mañana puso de manifiesto lo desesperado de la situación en que se encontraban. Las dimensiones de la placa de hielo no les permitían ya pasar una noche más en ella. Su única escapatoria era dirigirse a una plataforma adyacente. «No tuvimos más posibilidad que cambiar de un témpano a otro», escribió Amundsen poco después, tras montar la tienda. Había «agua por todos lados», escribió. Los tres hombres se encontraban «atrapados como pájaros en una jaula». La

niebla solo dejaba ver el estrecho cinturón de agua que rodeaba el témpano. No había rastro de la «tierra firme» de la banquisa.

Mientras duró la luz del día, los náufragos se mantuvieron ocupados. Lecointe descongeló el desayuno; Cook, como siempre, encontró algo que arreglar, un problema que resolver. Amundsen, que solía ser la imagen misma de la sangre fría, no hacía más que entrar y salir de la tienda. La expedición ya había durado el doble de lo que habían planeado y las provisiones empezaban a agotarse. Solo les quedaban reservas para algunos días más. El juego al que el hielo les obligaba a jugar podía ser muy largo y los hombres empezaron a preguntarse cómo conseguirían comida y agua potable en esa situación. No encontraron respuestas satisfactorias.

Amundsen pasó horas con la mirada clavada en la niebla, deseando que se levantara. Percibía ya las menores variaciones en su textura, todos los matices del gris sobre el gris. Por la tarde, cuando la niebla empezaba a levantarse, el corazón le dio un vuelco al distinguir una imagen conocida y dejó escapar un grito de felicidad. Lecointe y Cook salieron a toda prisa de la tienda. A lo lejos, se distinguía una silueta espectral.

«¡Un iceberg!», exclamó Lecointe. Reconocieron su perfil como el rostro de un viejo amigo. Era el mismo iceberg al que habían esquiado tantas veces para ejercitarse, atrapado en la banquisa a no más de media hora del barco. La niebla seguía disipándose. Poco después se hizo visible el tenue contorno del Belgica y los hombres respiraron aliviados. «Decidimos preparar una comida especial para festejar la ocasión», escribió Amundsen.

Estaban contentos de volver a ver el barco, pero aún tenían que encontrar la manera de cruzar al otro lado. Se refugiaron en la tienda, esperando que la dirección del viento cambiara.

Poco después, por un agujero de ventilación en la tienda, Cook distinguió a dos hombres que se acercaban hasta el borde del agua, al otro lado del canal. En un ataque de emoción, avisó a sus compañeros. Los náufragos reconocieron en seguida a Van Mirlo y Tollefsen. Estos se acercaron y les explicaron, a gritos, que la tripulación temía que se hubieran perdido para siempre. Describieron el alivio que habían sentido cuando De Gerlache divisó la tienda desde el puesto de vigía: una mota triangular en un mar blanco. Los marineros saltaron

ágilmente de un témpano a otro, comprobando a cada paso la firmeza del hielo recién formado, translúcido, buscando la forma de rescatar a sus compañeros. Sin embargo, todos los caminos que probaban desembocaban en el foso insalvable que rodeaba al témpano. En un intento desesperado, Van Mirlo saltó hasta otra plataforma, pero perdió el punto de apoyo y cayó al agua gélida. Cook, Amundsen y Lecointe observaron horrorizados cómo el belga se agitaba sin cesar, presa del pánico, al otro lado del canal. Tollefsen lo levantó y lo devolvió al hielo. Van Mirlo estaba helado y había que llevarlo de vuelta al barco. El noruego prometió regresar al día siguiente.

Divididos entre la esperanza y la desesperación, los náufragos volvieron a la tienda y prepararon un festín con las escasas provisiones que les quedaban. Aún tendrían que aguantar una noche más en su pequeña isla. Al menos, la temperatura había vuelto a descender. El hielo ya no se rompía tan fácilmente y el que empezaba a formarse alrededor del témpano les protegía de los golpes y las presiones, como un cojín. No obstante, los tres hombres se fueron a dormir con un cuchillo a mano, por si el hielo se abría bajo sus pies y había que escapar de la tienda, aguantando la respiración, en la oscuridad absoluta del agua.

El 5 de agosto, cuando se despertaron, les recibió un día claro y hermoso y una imagen aterradora: las orillas del canal se habían alejado y su islote flotaba a la deriva en un lago más ancho que el río Escalda. Apenas podían distinguir el Belgica.

Era cerca de mediodía cuando divisaron a tres hombres acercarse hasta la orilla opuesta del canal, tan lejos que no podían reconocerlos. Lecointe, Amundsen y Cook los vieron caminar hacia el este por la orilla, hasta una zona donde el hielo era más grueso. Se quedaron asombrados al ver al líder de la expedición saltar atléticamente de un témpano a otro. *¿Quién podía ser?*, se preguntaron. Al acercarse, «reconocimos de inmediato su rígido saludo», escribió Amundsen. «Era Tollefsen». El noruego se enorgulleció de la iniciativa que demostraba su compatriota. Tollefsen y los otros dos, Van Mirlo y Johansen, continuaron hacia el este por el canal, buscando una manera de atravesarlo, pero la distancia entre el campamento y el resto de la banquisa era aún excesiva. Los náufragos no tardarían en quedarse sin comida. Cabía la posibilidad de que murieran ante los ojos de sus

compañeros.

De repente, las ondas de la superficie del agua viraron en una nueva dirección, como un banco de peces huyendo de un depredador. El viento había cambiado y los náufragos lo sentían ahora a su espalda. Casi imperceptiblemente, al principio —en lo que Lecointe quizá interpretó como un golpe de suerte, Amundsen como intervención divina y Cook como confirmación de su optimismo—, el canal empezó a cerrarse. Era su oportunidad. Mientras flotaban en dirección al conjunto de témpanos que se agolpaban junto al frente de hielo más antiguo, los hombres cargaron las últimas provisiones en el trineo y dejaron el resto del material en el interior de la tienda. Tenían que viajar ligeros si querían avanzar por la frágil superficie del hielo. Utilizando el trineo como un puente, consiguieron al fin cruzar las aberturas y las grietas y reunirse con sus compañeros. Una vez en suelo firme, los seis hombres avanzaron rápidamente. A las dos de la tarde estaban de vuelta en el Belgica. Volvían sin un solo pingüino, pero con vida. La banquisa tardaría dos semanas en consolidarse y permitir a Amundsen y Cook recuperar la tienda.

Habían evitado la tragedia por muy poco —solo la suerte les había permitido regresar a salvo—, y eso les llevó a descartar nuevas excursiones por la traicionera banquisa. Quedaba prohibido perder de vista el Belgica. El final de la larga noche y la posibilidad de que el barco se liberase con el deshielo estival se había recibido a bordo con júbilo, pero la expedición se sentía más aislada y confinada que nunca. Todos tenían sus esperanzas puestas en el sol, que debía deshacer el daño causado por la oscuridad y el frío. Los padecimientos, sin embargo, no cesaban. Perversamente, en lugar de levantarles el ánimo, el regreso de la luz del día les había sumido aún más en la desesperanza.

---

[27] Aunque todas las fuentes primarias coinciden al señalar que la vuelta del sol fue un punto de inflexión en el estado de ánimo de la tripulación, sorprende que no se pongan de acuerdo en la fecha en que sucedió. Según Cook y Amundsen, tuvo lugar el 22 de julio; Lecointe dice que fue el 23. Racovitza, que no formó parte de la expedición que subió al iceberg, lo registra el 27 de julio. De Gerlache, por su parte, informa de que ocurrió el 21 de julio, el día de la fiesta nacional belga que conmemora la llegada de Leopoldo I al trono tras la revolución de 1831.

[28] Lecointe recuerda, en cambio, que la hermandad se llamó la Orden de las Kjøttbollers, y que el líder era Cook. Esta discrepancia puede deberse a fallos de memoria o a que la ceremonia era una absoluta tontería. O, también, a la triple barrera del idioma entre los miembros de la orden. El inglés de Lecointe era tan pobre como el francés de Cook, y ninguno de ellos hablaba noruego. Amundsen, el único dotado para los idiomas, se encargaba de traducir.

14

Enajenación

La mañana del 7 de agosto, cuando empezaban a despertarse los marineros en el castillo de proa, Max van Rysselberghe recibió una nota de Van Mirlo, que le miraba con un brillo de pánico en los ojos: *¡No oigo nada y no puedo hablar!*

Van Rysselberghe se quedó estupefacto. En un primer momento temió que fuera una broma —todos conocían el histrionismo de Van Mirlo— y le hizo varias preguntas. Sin embargo, al ver que su compatriota flamenco no respondía, lo llevó directamente al camarote de Cook.

El médico lo examinó. Al terminar, concluyó que los oídos y las cuerdas vocales de Van Mirlo funcionaban perfectamente. El problema estaba en la cabeza. Sufría una crisis histérica que, según Cook, era probable que empeorase en los días siguientes. El médico pidió al resto de la tripulación que lo vigilaran en secreto, incluso por la noche, en turnos de dos horas.

El marinero recuperó el habla y la audición en menos de una semana, pero no la cordura. Tras el paréntesis, una de las primeras cosas que dijo fue que en cuanto tuviera oportunidad asesinaría a su superior, el ingeniero jefe Henri Somers. Las fotografías que Cook le hizo esos días muestran signos de enajenación. En uno de los retratos, los ojos del marinero —veintiún años, rubio— aparecen casi completamente en blanco. Ladea las pupilas, fijas en algo que queda

fuera de cámara y parece aterrorizarle. El labio inferior empieza a curvarse en una media sonrisa.

El trastorno de Van Mirlo afectó profundamente a la tripulación. Una cosa era sentirse deprimido, desesperado o incluso contemplar el triunfo de la enfermedad, como le había pasado a Danco, y otra muy distinta, el absoluto desmoronamiento que sufría Van Mirlo. La sensación de terror que llevaba meses fraguándose a bordo del barco se intensificó. Van Mirlo era a la vez un augurio de lo peor que podía pasarles y una nueva razón para el miedo. Si afirmaba que iba a matar a Somers, ¿qué le impedía cambiar de opinión y matar a cualquier otro? Los aventureros ya no solo tenían que preocuparse de «los elementos que se conjuraban contra nosotros», como escribió Lecointe, sino también de «este hombre que no se hace cargo de sus acciones». Su estado era una manifestación extrema del pánico generalizado, que la mayoría apenas conseguía contener.

Con el fin del invierno, en vez de recuperar fuerzas, la expedición parecía venirse abajo. Cook comprobó, alarmado, la reaparición de algunos de los síntomas físicos y mentales que habían asolado el barco durante la larga noche, esos que él mismo había definido conjuntamente como «anemia polar». Los dolores de cabeza, que Cook relacionaba con «problemas nerviosos», seguían debilitando a De Gerlache. A los marineros Johansen y Knudsen se les habían hinchado las piernas de manera preocupante y tenían, en reposo, más de ciento cincuenta pulsaciones por minuto. Arctowski, siempre a contracorriente, bajó a cuarenta y seis pulsaciones por minuto, lo que resultaba igualmente desconcertante. Los que más débiles se encontraban —entre ellos, Melaerts, Van Rysselberghe y Dobrowolski, que no tardarían en verse postrados en la cama— fueron aquellos que no querían comer carne de pingüino o de foca. Pero ese no era el único motivo de sus dolencias, pues Cook y Amundsen, que seguían la dieta prescrita, también empeoraron. En esos mismos días, Tollefsen comenzó a exhibir un comportamiento extraño, paranoide, evitando la compañía de sus compañeros y estremeciéndose de miedo al menor crujido en las maderas del Belgica.

Tras suavizarse en agosto, el frío regresó con más fuerza a principios de septiembre. A las cuatro de la mañana del día 8 de ese mes, el termómetro registró 43,1 grados bajo cero. A esa temperatura,

la más baja que los hombres habían experimentado hasta el momento, las pestañas se congelaban y los dientes y los globos oculares parecían encogerse, como si se prepararan para lo peor; hasta respirar se hacía doloroso y desencadenaba ataques de tos. El frío confinaba a los hombres en el interior del barco y apretaba los grilletes que sujetaban al Belgica a la banquisa. Por las noches, el agua del mar se congelaba en una capa de hielo de diez centímetros de grosor. Desde el puesto de vigía no alcanzaba a verse agua en estado líquido en ninguna dirección.

Cook contempló la extensión infinita del hielo y se le apareció como un inmenso sudario blanco. La tranquilidad reinante ocultaba que se trataba de una trampa mortal. Comprendió que la supervivencia de los hombres dependía de que pudieran sacar el barco de allí antes del fin del verano. A bordo del Fram, Fridtjof Nansen y su tripulación de robustos noruegos habían sobrevivido varios inviernos en el hielo, pero era evidente que ese no sería el caso de los hombres del Belgica. En opinión del médico, varios miembros de la tripulación no soportarían otro invierno en la banquisa. Tampoco estaban en condiciones de recorrer cientos de kilómetros a pie hasta tierra firme, en el caso de que los oficiales supieran dónde encontrarla (no lo sabían). Ante el grosor del hielo formado alrededor del barco —de varios metros en algunas zonas—, varios hombres se preguntaban si podría fundirse por sí solo en una latitud donde las temperaturas no superaban el punto de congelación con demasiada frecuencia, si lo hacían. No obstante, a Cook le sorprendió el fatalismo al que De Gerlache y Lecointe parecían haberse rendido, la sensación de que solo había dos opciones: el hielo liberaría al barco o lo mantendría atrapado, pero nada de lo que ellos hicieran supondría diferencia alguna.

Para que comprendieran la gravedad de la situación, Cook informó a los oficiales de que, si ese verano el Belgica no abandonaba la banquisa, muchos hombres morirían. No podían quedarse sentados a esperar los caprichos de la naturaleza. El momento de pensar en los objetivos de la expedición, en si sería recordada como un triunfo o un fracaso, había pasado; a esas alturas, el único objetivo era la supervivencia. El Belgica amenazaba con convertirse, junto al Jeannette, el Terror y el Erebus, en una de las mayores catástrofes de

la historia de la exploración. En unos pocos meses, su destino estaría escrito.

Hasta ese momento, De Gerlache y Lecointe no habían pensado demasiado en el riesgo de invernar un segundo año en la banquisa. Conservaban la fe en la media tonelada de explosivos que habían embarcado el día de su partida. Si el barco no podía abandonar el hielo de la misma forma en que había entrado en él, pensaban, la tonita les permitiría abrirse paso. Sin embargo, Cook les hizo dudar. Decidieron poner a prueba el plan de emergencia en esos primeros y gélidos días de septiembre.

Lecointe, formado como oficial de artillería, fue el encargado de realizar la primera prueba. Bajó a por una carga de tonita a la bodega. Abrió una de las cajas de explosivos y sacó un cartucho, con la forma de un ladrillo largo y delgado. Al agarrarlo, este se deshizo entre sus dedos. De la cubierta impermeable de parafina, derretida, se escapaba un polvo blanquecino, formado por partes iguales de nitrato de bario y de algodón pólvora. Al sacar otro, sucedió lo mismo. Lecointe se sintió desolado. Tras inspeccionar frenéticamente un cartucho tras otro, descubrió que una gran cantidad de ellos eran inservibles. El recubrimiento fundido indicaba que los primeros daños en la tonita se habían producido mucho antes, en el calor extremo de los trópicos. Sin embargo, el frío antártico también había tenido consecuencias: una gran cantidad de mechas se encontraban demasiado frágiles y se quebraban como una ramita seca.

Lecointe rebuscó entre las cajas y reunió ciento sesenta cartuchos relativamente intactos. Salió de la bodega, bajó al hielo y colocó cuidadosamente las cargas en el trineo para alejarlas del barco. Tras hacer un fardo con ellas, las depositó sobre el hielo, antes de colocar tres detonadores de fulminato de mercurio y extender una mecha muy larga. Ordenó a los oficiales que le acompañaban —Amundsen, Cook y Arctowski— que se pusieran a resguardo detrás de una elevación, a varios centenares de metros. La explosión, les avisó, haría temblar toda la banquisa y lanzaría enormes trozos de hielo al cielo. Entonces, prendió la mecha y se alejó a toda velocidad.

Pasaron cinco minutos. Pasaron diez. Veinte minutos después, los hombres no habían oído aún ninguna detonación. Echaron un vistazo nervioso al otro lado del montículo y divisaron una llama minúscula,

como si ardiera una caja de cerillas. A continuación, vieron una columna negra y densa de humo, pero ninguna explosión. Los cuatro hombres esquiaron hasta el lugar en que habían colocado la bomba, temiendo que la tonita estallara en cualquier momento y, quizá, despedazara la banquisa hasta el punto de impedirles regresar al Belgica. Sin embargo, descubrieron consternados que la tonita ya había estallado, dejando un cráter diminuto, una concavidad ennegrecida de unos tres metros de diámetro y poco más de un metro de profundidad. Los explosivos habían hecho poco más que fundir la nieve sobre el duro hielo marino.

Lecointe lo intentó de nuevo al día siguiente. Esta vez, colocó quinientos cartuchos de tonita, que en condiciones normales bastarían para hacer pedazos un barco como el Belgica. El detonador de fulminato de mercurio siseó al arder. La tonita prendió. Sin embargo, en vez de estallar, se limitó a arder bajo la nieve. «Vimos una preciosa luz blanca, que se volvió amarilla, verde, y, luego, nada, ¡ni la menor explosión!», informó Lecointe. «Fue en extremo humillante» (recordando que se decía que la tonita era «más potente que la dinamita y mucho más segura», Cook comentaría más tarde, en broma, que, «desde luego, más segura era»).

Lecointe no quiso perder la esperanza. Concluyó que el frío afectaba a las cargas.[29] Tenían que descongelarlas antes de hacer nuevas pruebas, se dijo. Si unos días antes había manejado los cartuchos con un cuidado y precisión quirúrgicos, por miedo a que estallaran al menor movimiento en falso, ahora metía impacientemente ciento sesenta cartuchos de tonita en su propia cama, para templarlas con el calor de su cuerpo durante la noche. Al prenderlas al día siguiente, sin embargo, el resultado fue tan desalentador como en los dos intentos previos.

«He perdido ya toda confianza en la tonita», escribió Lecointe.

Amén de vergonzoso, el fracaso de los explosivos fue un golpe devastador para las esperanzas de salvación de la expedición. La tonita a bordo permitía a los hombres creer que poseían cierto control sobre su destino en caso de que el hielo no soltara al barco por sí solo. De repente, los cartuchos parecían carecer de valor y el Belgica quedaba a merced de la banquisa. El salvavidas les había fallado. No tenían ningún plan de escape.

Comprender que sus vidas dependían completamente de los caprichos de la banquisa antártica minó aún más la moral de los hombres y tuvo un impacto inmediato sobre su salud física y mental. Junto a la carne fresca, la luz del sol y el ejercicio, el cuarto pilar de la rutina prescrita por Cook era la esperanza, y esta, también, se estaba agotando.

En un aspecto importante, sin embargo, la naturaleza se apiadó de ellos: los animales volvieron a merodear por las proximidades del barco. La dieta antiescorbútica de carne fresca prescrita por el médico les obligaba a matar focas y pingüinos, hacia los que los hombres habían desarrollado una profunda gratitud, rayana en el afecto. De ese modo, ni el estómago ni el espíritu llevaban demasiado bien las tareas de supervivencia. Los hombres debían sacrificar animales diariamente, derramando sangre en la blancura de la banquisa. La mayoría de los testimonios escritos evitan mencionar la brutalidad de la caza, salvo el diario de Amundsen, que relata las escenas de violencia con detallismo clínico, impávido. Para el noruego, matar animales era solo una habilidad de explorador que había que dominar.

Amundsen y Cook esquiaban sobre la banquisa un día de finales de septiembre cuando encontraron una foca y empezaron a perseguirla. «Era un animal muy inteligente», escribió Amundsen. «Atacamos desde dos direcciones distintas, el doctor con un esquí y yo con un picahielo. La foca empezó a temer el picahielo en cuanto recibió la primera cuchillada. El esquí del doctor, en cambio, no le preocupaba. Resultó una cacería muy difícil [...]. Fue interesante ver la rapidez con que la foca pudo distinguir el peligroso picahielo del esquí, inofensivo». Esas batallas podían durar horas, hasta que la foca exhalaba su último aliento.

Las armas de fuego eran preferibles como método de ejecución, pero el proceso, aunque era más rápido, resultaba igual de horripilante. «El primer proyectil le penetró hasta el pulmón derecho», escribió Amundsen, describiendo la muerte de una foca cangrejera. «No pareció afectarle demasiado, pues el animal siguió tranquilamente la marcha, interrumpida por el disparo. Solo se rindió un cuarto de hora después, cuando un segundo disparo le perforó la laringe y la aorta. E incluso tras este impacto fatal, el animal luchó aún cinco minutos por su vida. Hemos visto a focas recibir cinco o seis balas en la cabeza antes de rendirse». En un momento, Cook y él descubrieron

una técnica más humana: «Les disparábamos por la parte inferior del cuello, a través de la laringe, hacia el cerebro. Funcionaba casi inmediatamente».

La mayoría de los marineros no conseguían conservar la sangre fría como Amundsen. Una tarde de finales de agosto, Van Mirlo, que había recuperado el habla hacía poco tiempo y a quien aún se consideraba peligrosamente inestable, tuvo que ayudar a cargar la carne de cinco focas muertas y despiezadas sobre el hielo esa mañana. El marinero llevaba un trozo de carne de diez kilos cuando le oyeron gritar, aterrorizado:

—¡Capitán, está viva! ¡Sigue viva! —balbuceó.

Van Mirlo corrió hacia Lecointe, no muy lejos, y le mostró la pieza de lomo de foca que llevaba. La carne aún convulsionaba. El capitán, con conocimientos científicos, comprendió que el perturbador fenómeno no era más que el espasmo cadavérico que podía darse en tejidos inertes tras una muerte violenta, cuando la víctima había experimentado una emoción muy intensa. A Van Mirlo, mentalmente frágil, no hubo manera de convencerlo de que el animal había dejado de sufrir.

El 20 de septiembre, a las seis de la tarde, De Gerlache se retiró a la cama antes de la cena. Migrañas violentas le presionaban las sienes con fuerza renovada, como si se confabularan con el agarre que la banquisa ejercía sobre el barco. Incapacitado por el dolor, apenas abandonó el camarote en las semanas que siguieron. «Está triste, taciturno, busca siempre la soledad», escribió Lecointe.

De Gerlache había absorbido el impacto de todo lo que había salido mal: la muerte, el sufrimiento, la desesperanza tras el fracaso de las pruebas con la tonita. A ello se añadía un devastador sentimiento de culpa. A mediados de octubre, Cook había informado al comandante y al capitán de que dos de los hombres, Melaerts y Michotte, padecían escorbuto en fase avanzada, pronunciando por fin en voz alta el nombre de la enfermedad contra la que llevaba meses luchando. Les pidió que no se lo contaran a la tripulación. «El comandante está muy alterado, presa de la angustia», escribió Lecointe, «¡y se pregunta si no cargará en su conciencia con la responsabilidad de tantos males!».

Algunos días después, cuando examinó a De Gerlache, Cook anunció que él también sufría de escorbuto severo. El comandante recibió el diagnóstico con calma resignada: su pronóstico no era halagüeño, pero le mortificaba menos que el de sus hombres. Estaba en paz con la idea de morir en la banquisa. Esa noche caminó junto a Lecointe, que intentaba conversar sobre temas más agradables, acerca de la vida en Bélgica, igual que había hecho en las últimas horas de Danco. «Parece haberle ayudado este despertar de la memoria», escribió Lecointe. «Decidimos que nos haríamos compañía mutua durante dos horas al día».

La debilidad del comandante ponía más responsabilidad sobre los hombros de Lecointe, Cook y Amundsen, pero De Gerlache nunca cedió el mando de la expedición y nadie cuestionó su lugar en lo alto de la jerarquía. Sin embargo, entre el comandante y los caballeros de la Orden del Pingüino empezaban a surgir discrepancias respecto al futuro de la expedición.

Lecointe siempre acudió en auxilio del comandante enfermo, consolándole durante los paseos diarios. Al mismo tiempo, mantenía con él una extensa correspondencia, de camarote a camarote, intercambiando largas cartas cada vez más tensas donde debatían acerca de los planes para el tercer año de la campaña del Belgica. En la mente reglamentada de Lecointe, esos dos impulsos eran perfectamente compatibles: el apoyo afectuoso y la crítica sin rodeos constituían, simplemente, aspectos distintos de su deber. A su juicio, ambos eran necesarios para que De Gerlache se recuperase y terminara lo que había empezado.

La correspondencia se había iniciado meses antes, el 22 de julio, el día en que el sol volvió a aparecer y el comandante quiso conocer la opinión de Lecointe acerca de sus propósitos para la expedición. Antes de que las pruebas con la tonita fracasaran y la posibilidad de salir de allí se hiciera más lejana, el comandante, como la mayoría de los oficiales, contaba con que la banquisa se abriera en verano, quizá ya a mediados de noviembre. Una vez liberado, pretendía que el Belgica pusiera rumbo al sur para determinar si existía una masa de tierra en esa dirección y, tal vez, establecer el récord de latitud meridional que aún no había logrado. Antes de que las temperaturas volvieran a descender, navegaría hacia el norte, rodearía el extremo de la

península antártica y pondría rumbo de nuevo a Tierra del Fuego, donde llegarían a mediados de marzo. De Gerlache esbozó entonces un itinerario delirante que partía de la costa de Chile, cruzaba el Pacífico y la Polinesia Francesa y alcanzaba por fin, a finales de noviembre de 1899, Melbourne, el lugar en que la expedición habría debido invernar en 1898 y donde les esperaban el correo y los fondos de que aún disponían. El Belgica volvería entonces a bordear la banquisa antártica, dirigiéndose hacia el oeste para regresar al mar de Weddell, circunnavegando así el continente. A mediados de febrero de 1900, el barco regresaría al canal flanqueado de montañas que la expedición había descubierto en las primeras semanas de 1898 (y que los exploradores llamaban ya el estrecho del Belgica) para que los científicos completaran las observaciones en la región. A continuación, regresarían a Bélgica.

Sospechosamente, ese plan no hacía ninguna referencia a la misión de alcanzar el polo sur magnético, cuya posición se había calculado cerca de la Tierra de Victoria, al otro lado del continente, directamente al sur de Australia. Se trataba de uno de los objetivos principales del viaje cuando De Gerlache lo presentó ante la Real Sociedad Geográfica Belga: el que había desencadenado el entusiasmo de la prensa y la sociedad y, según el astrónomo Charles Lagrange, la misma razón de ser de la expedición. Conquistarlo aseguraría el éxito y el legado de De Gerlache. El comandante había fantaseado con ello con gran detalle, imaginando que tanto él como Danco formarían parte del equipo de cuatro personas que desembarcarían para alcanzarlo.

Ese objetivo, sin embargo, se había concebido antes de que el hielo atrapara al barco en el mar de Bellingshausen, antes de que De Gerlache enfermara, antes de la muerte de Danco. A mediados del verano, tal misión resultaba impensable. Suponiendo que pudiera estirar el presupuesto casi agotado de la expedición, el comandante no estaba seguro de poder sobrevivir al invierno de 1898 y mucho menos a una exigente excursión por tierra al año siguiente. Lo había eliminado del plan, sin decírselo a nadie.

Tres semanas después, el 15 de agosto, Lecointe respondió con una propuesta alternativa, que había debatido con Cook y Amundsen una vez que estos regresaron de su largo viaje por la banquisa. Con la

franqueza que le caracterizaba y que De Gerlache había llegado a apreciar, Lecointe detalló metódicamente sus objeciones al itinerario del comandante. «El plan de dirigirse al sur carece de justificación», escribió. Lecointe argumentaba que intentar superar el récord de la latitud sur en el mar de Bellingshausen sería exponerse a pasar otro invierno en el hielo y a nuevas muertes. El capitán recordó a De Gerlache la delicada situación en que se encontraban. «Baso mi juicio en la información que cada día obtengo del médico de la Expedición [Cook]. No solo ninguno de nuestros hombres está en condiciones de realizar esfuerzos, sino que son incapaces de llevar a cabo tareas normales para un hombre en otras circunstancias. Tal situación mejorará, ciertamente, pero entiendo que el sentir del doctor es que el menor incidente podría devolvernos a ella, e incluso exacerbarla».

«El estado de Dobrovolski [*sic*], Johansen y Knudsen es muy preocupante; ya no podemos confiar en la estabilidad mental, deshecha, de Van Mierlo [*sic*]; ¿qué pasará cuando otros marineros, debilitados, no sean capaces de soportar la violencia de la presión y cedan bajo su peso?».

Lecointe propuso que, en lugar de dirigirse al sur, la expedición navegara hacia el norte en cuanto el hielo se lo permitiera. El Belgica regresaría al estrecho del Belgica y pondría inmediatamente rumbo a Punta Arenas, donde Cook insistía en que debían dar descanso a los hombres durante un mes, al menos, y conceder «libertad total», pese al riesgo de nuevos problemas disciplinarios. A continuación, la expedición partiría directamente hacia Melbourne. Lecointe proponía así no pasar por Valparaíso ni por los archipiélagos de la Polinesia Francesa, como quería De Gerlache, considerando que el barco era inadecuado para ello.

Ahora bien, donde la propuesta de Lecointe difería más drásticamente de la de De Gerlache era en su plan de acción para el tercer año. Intuyendo que el comandante ya no se sentía capaz de dirigir una misión hacia el polo sur magnético, Lecointe se ofreció voluntario para intentarlo por su cuenta, junto a Amundsen y Cook, sus camaradas de la Orden del Pingüino. Le expuso un plan basado en las ideas de Cook, similar al de la expedición que el propio doctor había deseado liderar cuando buscaba apoyos en las sociedades científicas americanas y en tipos como Andrew Carnegie.

De acuerdo a este plan, De Gerlache comandaría el *Belgica* hasta el mar de Ross, donde llegarían a finales de la primavera de 1899, y se acercarían todo lo posible al cabo Gauss, en la costa de Tierra de Victoria, para que Cook, Amundsen y Lecointe desembarcaran en el hielo con provisiones para cien días. Desde allí, los tres hombres avanzarían con esquís y trineo tirado por perros, guiándose por las agujas del magnetómetro, hasta el polo magnético. Cook les había convencido de que los trineos de perros, como los de los inuits en Groenlandia, eran el medio de locomoción más eficaz sobre el hielo. Los perros eran ligeros, potentes y poseían protección natural contra el frío. Reducirían el coste y el peso de las provisiones y permitirían que los hombres conservasen las fuerzas, consideraciones esenciales para una misión en la que no se podían desperdiciar céntimos, gramos, segundos ni calorías, en la que cada kilómetro era importante. Los perros serían también una fuente ambulante de comida. En la carta a De Gerlache, Lecointe detalló la lógica inclemente de su plan: «Cuando se acabe el alimento de los animales, estos servirán de comida para los hombres, que, a su vez, tirarán del trineo por sí mismos».

La propuesta era radical. Varios exploradores árticos, Nansen entre ellos, habían comprendido las ventajas de la tracción por perros. Sin embargo, estos no se habían utilizado nunca en la Antártida, y no se sabía de ningún explorador que hubiera pensado en alimentarse de ellos como parte de su estrategia.

Mientras Lecointe, Amundsen y Cook buscaban el polo magnético, el Belgica pasaría el verano en Melbourne y regresaría al cabo Gauss a principios del invierno para recogerlos.

Concluía el capitán: «Sería útil recibir pronto su respuesta, pues consideramos que los preparativos y las diversas pruebas, así como las tablas de cálculo, requieren bastante, y es necesario empezar cuanto antes».

Esa noche, mientras aguardaban a que De Gerlache contestara, Lecointe tenía motivos para preguntarse si se había excedido en sus funciones al rechazar el plan del comandante y poner el objetivo más glorioso de la Expedición Antártica Belga —el polo magnético— al alcance de dos extranjeros y de sí mismo. Dada la fragilidad de De Gerlache, era difícil imaginar las repercusiones de una propuesta tan audaz.

A la tarde siguiente, Lecointe, Amundsen y Cook se reunieron con De Gerlache para hablar en persona de la propuesta. El comandante agradeció a los oficiales que le hubieran transmitido sus ideas, pero no dijo si aceptaba su plan respecto al polo sur magnético. Los dejó en ascuas cinco semanas más, hasta el 22 de septiembre, cuando convocó una reunión de oficiales y científicos para determinar el rumbo que debía seguir el Belgica si el hielo los liberaba en algún momento. Todos coincidieron en que lo mejor era regresar directamente a América del Sur, en línea con lo que Lecointe había sugerido en su carta.

Cook se atrevió a preguntar lo que tanto él como Amundsen y Lecointe no se quitaban de la cabeza: ¿aprobaba De Gerlache su expedición al polo sur magnético o no? El comandante, dividido entre el deber de cumplir con lo prometido y la conciencia de que no estaba en condiciones de llevarlo a cabo por sí mismo, había sido incapaz de decidir. Lo sometió a votación. Preguntó a los allí reunidos, en primer lugar, si consideraban justificado que la expedición dedicara un tercer año a buscar el polo y, en segundo lugar, si todos ellos se comprometían a pasar el año de 1900 en el Belgica. Aunque Racovitza y Arctowski sentían que sus investigaciones en el estrecho del Belgica estaban incompletas, ambos preferían pasar el menor tiempo en la Antártida, y se abstuvieron. De Gerlache no sabía si tendría fuerzas suficientes para comandar el Belgica un año más, acompañara o no al equipo que desembarcaría en el cabo Gauss. Sin embargo, no podía oponerse a que otros llevaran a cabo el objetivo que él mismo había establecido. Ante el frente unido de Lecointe, Cook y Amundsen, De Gerlache votó a favor de su propuesta, cediendo a la Orden del Pingüino la gloria potencial que debía pertenecerle por derecho. Los seis hombres firmaron el acta oficial de la reunión.

Al día siguiente, De Gerlache pensó que debía aparentar un compromiso más firme con la misión de alcanzar el polo, como había prometido a quienes le apoyaban en Bélgica. Se acercó a Lecointe y le pidió permiso para modificar el acta de la reunión. No deseaba que la posteridad supiera de sus vacilaciones. En lugar de comenzar la deliberación preguntando la opinión de los oficiales —algo que, temía, reflejaba un ánimo pusilánime—, De Gerlache quería sustituir la primera pregunta por una afirmación valiente, propia de un líder:

«Tengo la determinación de prolongar la expedición un tercer año y dirigirla hacia el mar de Ross y el polo magnético austral. ¿Quiénes de entre ustedes aceptan, en este momento, formar parte de tal viaje?».

Antes de comenzar la expedición, Lecointe había prometido respetar a De Gerlache «por y para siempre», jurándole devoción eterna: «En mí encontrará un "segundo usted"», le había dicho. Sin embargo, la relación entre ambos había cambiado. En opinión de Lecointe, la última petición del comandante era excesiva. Obsesionado con el protocolo, le comunicó a De Gerlache que nadie tenía derecho a alterar las actas. La feroz lealtad del capitán tenía límites. De Gerlache acababa de encontrarlos.

A finales de septiembre, un deshielo repentino provocó que de las jarcias cayeran enormes carámbanos en cubierta. Poco después, y mucho antes de lo previsto, el aumento de las temperaturas comenzó a desintegrar la propia banquisa. Se abrían grietas, los témpanos se dispersaban y a tan solo seiscientos metros del barco se formó una enorme laguna. Desde que comenzara el encarcelamiento, el Belgica nunca había estado tan cerca de la libertad. Todos se decían, sorprendidos y con gran alegría, que quizá la banquisa sí se abriría por su cuenta. Que tal vez antes de fin de año estarían navegando.

En un intento de acelerar la desintegración de hielo, los hombres realizaron dos ensayos más con la tonita. Las cargas no causaron grandes daños, pero, al menos, esta vez sí explotaron. Se pensaba que los explosivos eran más potentes con la humedad y el aumento de las temperaturas, pero también más inestables; por precaución, la tripulación trasladó la media tonelada de tonita hasta una elevación a varios cientos de metros del barco. «Empezaba a resultar perturbador tenerla a bordo», escribió Amundsen. A nadie le parecía sensato añadir a los problemas que ya tenían el riesgo de que el barco volara por los aires sin previo aviso.

Los pocos miembros de la tripulación que aún podían realizar tales tareas desmantelaron las casetas instaladas en cubierta, en el centro del barco, preparándose para volver a navegar. Sin embargo, aún quedaba mucho trabajo para que el Belgica estuviera listo: había material y equipamiento disperso por la banquisa, las velas estaban almacenadas, las máquinas estaban frías y plagadas de ratas, la

bodega era un desastre y la mayoría de los hombres se encontraban gravemente enfermos.

A eso se sumaba otro problema: hubo que discutir de nuevo a dónde se dirigiría el Belgica si lograba escapar. El 24 y el 26 de octubre —las mismas fechas en que descubrió que estaba gravemente enfermo de escorbuto—, De Gerlache le escribió dos cartas desconcertantes a Lecointe, contradiciendo el plan que habían acordado. Aunque De Gerlache no lo decía explícitamente, en las misivas quedaba claro que se sentía demasiado débil como para contemplar un tercer año a bordo del Belgica. Su deseo ahora era desembarcar en cuanto llegaran a América del Sur, poner el barco fuera de servicio y regresar a Europa. No veía nada positivo en llevar a Lecointe, Cook y Amundsen hasta el cabo Gauss y aguardar a que alcanzaran la gloria que había soñado para sí. Si ellos tres querían ir en busca del polo magnético, De Gerlache les proponía que organizaran su propia expedición desde Europa a Tierra de Victoria en enero de 1900 y establecieran allí un campamento invernal. Ante la incomprensión de Lecointe, sugería que hicieran una primera parada en Nueva York y que comprasen allí una goleta. El trío, continuaba, podía contratar una tripulación en Estados Unidos y navegar hasta Melbourne, donde pondrían rumbo al cabo Gauss. Para ayudarles a costear la goleta y la tripulación, De Gerlache se ofrecía a recomendarles a un periódico australiano con el que se había puesto en contacto; el mismo, tal vez, al que pensaría vender la exclusiva de la expedición al polo cuando aún creía que iba a liderarla.

Esta vez, Lecointe respondió con una exasperación manifiesta, casi insolente. El capitán se tomó el cambio de opinión de De Gerlache —justificado, al fin y al cabo, dada la gravedad de su estado— como un abandono del deber. «En cuanto a mí, no estoy de acuerdo con el plan que propone», respondió Lecointe en una carta larga, con fecha del 26 de octubre, en la que apenas había rastro del tono deferente que habitualmente empleaban en su correspondencia. Lecointe parecía presumir que el escorbuto, la depresión y la fatiga habían acabado con la determinación de De Gerlache, nublándole la mente. Su respuesta era un intento de devolverle la sensatez. Lecointe repasó una a una las sugerencias de De Gerlache y señaló lo absurdo de todas ellas. Terminaba su misiva con frialdad: «No puedo aceptar sus propuestas

[…], pues en el contrato firmado por los oficiales ha expresado libremente su voluntad de participar en el viaje al mar de Ross y comandar el barco que nos llevará al cabo Gauss». Lecointe no solo se había negado a modificar la declaración de la reunión, como De Gerlache había pedido, ahora además se la restregaba por la cara.

A principios de octubre, pese al aumento de las temperaturas, impropias de la estación, y a que la banquisa se agrietaba a su alrededor, el témpano de tres kilómetros de ancho que apresaba al Belgica se mantenía intacto, tenaz. En la segunda mitad del mes, la ventana de oportunidad se cerró: las temperaturas volvieron a descender, las lagunas recién formadas se helaron y volvió a nevar: primero una semana, luego dos, tres.

Fueron veinticinco días seguidos de nieve. Desde el puesto de vigía no se divisaba más que una blancura inmaculada, extendiéndose perfecta desde el horizonte hasta el pie del palo mayor, justo debajo del observador. La cubierta quedó enterrada bajo un banco de más de un metro de nieve, que iba desde la banquisa hasta las regalas y envolvía una cresta de presión cuya altura superaba la cubierta de popa. «Solo son visibles los mástiles», escribió Cook.

El Belgica se había preparado para salir a navegar a mediados de noviembre. Sin embargo, cuando llegó esa fecha, el barco había desaparecido en el interior de la banquisa. Los palos y los penoles sobresalían por encima de la nieve como si fueran las cruces que señalaban tres tumbas. «Si continúa así», escribió Arctowski en el diario, «la nieve engullirá el barco por completo».

---

[29] En realidad, uno de los motivos por los que los oficiales habían preferido cargar tonita a dinamita fue, además de su gran potencia explosiva, porque supuestamente resistía mejor las temperaturas extremas. Es probable que los fabricantes no contaran con el frío infinito del invierno antártico ni con el calor tórrido de los trópicos.

15

Fuerzas oscuras bajo el sol

El 16 de noviembre, a finales de la tarde, el sol poniente se ocultó tras la línea del horizonte y volvió inmediatamente a alzarse en el cielo, donde permanecería más de dos meses: tras la noche sin fin, el Belgica conocía ahora el día infinito. Una nube tenaz impidió que los hombres contemplaran el prodigio de ese último ocaso; lo que sí vieron, en su lugar, fue una invariable luminosidad grisácea, que exacerbaba la monotonía letárgica de la vida en la banquisa.

«¿Puede haber una región más melancólica, más exasperante, más desesperante que esta?», escribió Cook. «Nuestros días son una constante sucesión de tormentas, tempestades y el aullido incesante del viento [...]. El cielo siempre está nublado, oscuro; el aire es siempre húmedo, frío, agitado, y la mente humana, en tales circunstancias, se contagia de ese espíritu».

Un tiempo deprimente, dependencias asfixiantes, enfermedad generalizada, un ejército de ratas y la posibilidad, cada vez más real, de no salir nunca de allí fueron el caldo de cultivo ideal para que la miseria se convirtiera en hostilidad. En esos mismos días, Somers escribió una carta a De Gerlache para quejarse de los abusos que recibía por parte de los marineros más jóvenes del castillo de proa y, en particular, de su asistente, Max van Rysselberghe. «Siempre he sabido evitar el uso de la violencia», escribió Somers, «pero temo que se me agote la paciencia cualquier día y que, en un ataque de ira, no

sepa controlarme».

Ya no era solo la Orden del Pingüino la que mantenía discrepancias con De Gerlache. Arctowski, el terco meteorólogo, acusó al comandante de desautorizarlo. Tras una reunión general el 13 de noviembre para repartir los especímenes y las observaciones científicas de la expedición, Arctowski contravino las órdenes de De Gerlache. El comandante pretendía que se le entregara toda la información meteorológica para transferirla él mismo al cuaderno de bitácora y, a su regreso, entregarlo a la Real Sociedad Geográfica Belga, el servicio meteorológico nacional, como había prometido antes de partir. Le aseguró a Arctowski que el Gobierno belga le permitiría acceder a la información que él mismo había recopilado cuando lo deseara, pero este se negó a entregarle sus apuntes, demostrando la poca confianza que le inspiraba De Gerlache. El joven científico carecía de diploma, de modo que las observaciones y análisis realizados a bordo del Belgica estaban entre los pocos documentos que podían atestiguar su valía.

Durante las semanas siguientes, entre el camarote de De Geralache y el laboratorio de Arctowski circuló una oleada de cartas cada vez más hostiles (resulta sorprendente que hombres que habitaban en el mismo barco se comunicasen por escrito con tanta frecuencia: lo hacían, en parte, para conservar pruebas físicas de los conflictos que surgían, pero también porque, desde el principio de la enfermedad, De Gerlache apenas abandonaba su camarote). Con cada respuesta, el meteorólogo se volvía más voluble, más propenso a la insubordinación. Aseguraba que la expedición había estado mal planificada y organizada desde el principio, y que, como a su líder, la movía más el ansia de aventura que los avances científicos. «Desgraciadamente, perseguimos objetivos muy distintos», escribió, añadiendo que De Gerlache, en cualquier caso, no podría comprender los datos de sus observaciones. Las exigencias del comandante le parecieron tiránicas y, en respuesta, escribió: «En cuanto tenga una oportunidad, buscaré el modo de abandonar su mando».

En su última réplica, tratando de justificarse, De Gerlache le recordaba a Arctowski que, si bien él mismo era «solo un marinero sin pretensiones científicas», había insistido desde el principio en el carácter científico de la expedición. Sin embargo, su aplomo

imperturbable comenzaba a desmoronarse. El borrador de esa carta muestra una caligrafía nerviosa. No encontraba las palabras correctas, que con tanta facilidad solían acudir a su pluma. Dudaba de sí mismo, cometía errores, incluía numerosas correcciones y tachaba pasajes enteros frenéticamente.

En ese momento, no obstante, a De Gerlache no le preocupaba tanto Arctowski como otro enemigo, mucho más peligroso. En la misma reunión del 13 de noviembre, Amundsen había descubierto pruebas de lo que consideraba una traición imperdonable. Mientras debatían las obligaciones futuras de la expedición, los oficiales consultaron el contrato firmado por De Gerlache y Lecointe con la Real Sociedad Geográfica Belga. Era la primera vez que Amundsen tenía ese documento entre sus manos y nada más leer el artículo quinto supo el motivo de que no se lo hubieran mostrado antes:

> En caso de que me sea imposible continuar como comandante del barco en algún momento de la expedición, y siempre que el señor Lecointe no pueda tomar el relevo, yo mismo decidiré quién habrá de sucederme. Ese sucesor habrá de ser un oficial o un miembro del equipo científico belga. Esta regla se cumplirá salvo en casos de absoluta necesidad que obliguen a transferir el mando a un marinero extranjero.
>
> Bruselas, 19 de marzo de 1897
>
> [Firmado] Adrien de Gerlache.[30]

Amundsen no daba crédito. Se quedó sin palabras. Sentía cómo la rabia le recorría las venas. Según las costumbres marinas y la jerarquía establecida en el Belgica, era él, como primer oficial, quien debía heredar el mando si ambos líderes fallecían. Y dado que había bastantes posibilidades de que eso sucediera —tanto De Gerlache como Lecointe no tardarían en redactar sus testamentos—, no se trataba de un problema meramente teórico. La premisa de que, «salvo en casos de absoluta necesidad», la autoridad recaería sobre un belga significaba que Amundsen no sería tenido en cuenta y que el barco quedaría en manos del belga con mayor autoridad. Danco había muerto, por lo que el sucesor sería el tercer oficial, Jules Melaerts, el antiguo compañero de camarote de Amundsen que se había trasladado al castillo de proa con los marineros, al que el noruego detestaba. Era una humillación absoluta. En el documento aparecía la firma de todos los oficiales y científicos salvo la de Cook (que se había incorporado a

la expedición en el último momento). Amundsen estaba convencido de que se lo habían ocultado a propósito.

Tras la reunión, el primer oficial se llevó a Lecointe aparte y le pidió explicaciones. *¿Por qué habían incluido esa condición?* El capitán no supo darle una respuesta satisfactoria. Amundsen confrontó a De Gerlache y le hizo saber que, «de haber conocido la existencia del contrato en Bélgica, nunca habría participado en la expedición».

La rabia de Amundsen no disminuyó a lo largo del día. El resto de oficiales, al enterarse de lo ocurrido, se puso de su lado. Cook declaró que «la Sociedad Geográfica había trazado una línea entre belgas, supuestamente fiables, y extranjeros, desleales». Racovitza se mostró de acuerdo. Hasta Lecointe tuvo que reconocer ese punto.

A la mañana siguiente, Amundsen exigió hablar con el comandante. Ante la cólera del primer oficial, De Gerlache le pidió que se tomara dos días para pensar tranquilamente lo que iba a decir. Al cabo de ese tiempo, Amundsen entró en el camarote del comandante y no se mordió la lengua: al contrario que Arctowski, no esperaría a dejar el barco para abandonar la expedición.

—Deseo comunicarle mi propósito brevemente, comandante —le dijo a De Gerlache—. Tras conocer lo firmado por usted y la Sociedad Geográfica, considero que mi puesto ya no existe. He dejado de formar parte de la Expedición Antártica Belga: el Belgica es un barco como cualquier otro, inmovilizado en el hielo. Mi deber es ayudar al grupo de personas que se encuentra a bordo. Por esa razón, comandante, continuaré mi labor como si nada hubiera ocurrido. Cumpliré mi deber de ser humano.

De Gerlache se quedó de piedra. No estaba seguro de las implicaciones de lo que el noruego le decía: si pretendía o no cumplir sus órdenes. En cualquier caso, quedaba claro que el primer oficial representaba una seria amenaza a su autoridad. Sin capacidad de respuesta, de nuevo, le dijo a Amundsen que no sabía cómo zanjar el asunto mientras siguieran allí atrapados.

Amundsen respondió que estaba de acuerdo. Dada la situación del Belgica, se trataba de una dimisión insólita. Era imposible salir dando un portazo y no volver la vista atrás. Sus suertes estaban unidas hasta el final. A la mañana siguiente, para desayunar, Amundsen tendría que sentarse frente al comandante, pese a que no le correspondía

permanecer en las dependencias de los oficiales, habiendo renunciado a su puesto.

Cook le recomendó que pusiera por escrito sus reclamaciones. El primer oficial lo hizo, redactó una extensa carta en noruego y se la entregó a De Gerlache el 19 de noviembre. «Comandante, si supo que el contrato se le envió a […] todos menos a mí», escribió Amundsen, «reafirma así su contenido, y, por tanto, mi posición no significa nada para usted. Vine aquí voluntariamente, deseando colaborar en un proyecto de beneficio general. No se trata de una cuestión de dinero, sino de honor. Sin embargo, usted ha quebrantado mi honor al desposeerme de mis derechos».

Tras leer la carta, sentado a su escritorio, De Gerlache sacó uno de los folios con membrete oficial de la expedición, mojó la plumilla en la tinta y la sostuvo sobre el papel en blanco, sopesando la respuesta. Ya mantenía una tensa correspondencia con el capitán y con uno de los científicos de la expedición. Ahora había perdido la confianza del primer oficial. De un lado, defender el contrato significaría avivar la ira de un oficial joven y físicamente intimidante, que tenía en el médico a un aliado fiel, había formado un vínculo importante con el capitán y tenía la lealtad de los miembros noruegos de la expedición. De Gerlache no creía que Amundsen fuera alguien predispuesto al amotinamiento, pero ya no le resultaba impensable. Por otro lado, si violaba el contrato y permitía que un extranjero se hiciera cargo de la expedición, como pedía Amundsen, traicionaría a sus mecenas y a todos los que le habían apoyado en Bélgica, hacia quienes hasta ese momento había observado lealtad absoluta.

De Gerlache siempre temió el juicio de la prensa y de la sociedad belga, pero la prueba que atravesaba la expedición había reordenado sus prioridades. El hielo era el dueño del barco y se había llevado su salud por delante. Sin el apoyo de la tripulación, no tenía nada. Era perfectamente consciente de que Amundsen tenía derecho a heredar el mando: a nadie se le escapaba que el noruego podía grabar su nombre en la historia de la exploración polar junto al de Ross, Nansen o, incluso, el ficticio capitán Nemo, el tipo de héroe en que De Gerlache soñaba con convertirse. Al darse cuenta de que el mando de la expedición podía recaer en Melaerts, el comandante se asustó: si eso sucedía, era probable que nadie volviera a saber de ellos. De Gerlache

decidió así que las concesiones que había hecho a la Real Sociedad Geográfica Belga en nombre del nacionalismo no eran tan importantes como la cohesión de la tripulación; el Belgica era ahora su patria. Trataría de aplacar a Amundsen y se las vería con las murmuraciones de los exploradores de salón cuando regresara a Bélgica. En realidad, no tendría por qué; solo se enterarían de la enmienda tácita al artículo quinto del contrato en el caso de que él falleciera.

Comenzó su respuesta desviando la culpa hacia la Real Sociedad Geográfica Belga. «La redacción del contrato en cuestión no fue propuesta mía», escribió, subrayando esa frase. Aseguró desconocer que la organización no le había entregado a Amundsen una copia del documento. Y le garantizó al primer oficial (al que se refería como segundo) que Melaerts nunca le antecedería en la jerarquía: «Jamás he pensado que el tercer oficial —fuera o no belga— asumiría el mando de la expedición antes que el segundo oficial: no me cabe ninguna duda de que esta circunstancia se encuentra entre las que los autores del contrato considerarían un caso “de absoluta necesidad”».

De Gerlache terminó el borrador de la carta de la siguiente manera: «La única reparación que puedo ofrecerle, señor Amundsen, es la de…». Se interrumpió, pensando cómo terminar la frase. Comprendió que no había nada con lo que pudiera resarcirle. El daño estaba hecho.

El 20 de septiembre, un día después de que Amundsen enviara la carta de renuncia, hubo una fuga en el casco del Belgica. Una fuerte presión repentina en la banquisa a principios de mes había levantado la proa sobre el hielo y hundido la popa en el agua. Desde entonces, el barco seguía inclinándose hacia popa y estribor. La nieve caía sobre la cubierta escorada y el peso hundía más el barco, encajado dentro de una prisión de hielo. El mar alcanzaba ya a acariciar las regalas y el agua se filtraba entre los tablones deteriorados por los elementos, recorriendo las paredes interiores de la bodega hacia la popa y acumulándose en el fondo. El nivel subía a una velocidad alarmante. Al día siguiente, el pantoque estaba completamente anegado y el agua superaba la altura de la sala de máquinas. El Belgica se hundía lentamente. Amundsen mantuvo la palabra que le había dado a De Gerlache y no dejó de cumplir con su deber, demostrando en todo momento que se podía confiar en él. Participó en el esfuerzo conjunto

de achicar agua del pantoque —el proceso duró seis horas— y trabajó incansablemente durante los días que siguieron para retirar las toneladas de nieve que sepultaban al barco.

Para Amundsen, la exploración polar no era un trabajo, sino una vocación, una misión casi caballeresca. Si se había ofrecido a trabajar sin paga era porque el dinero le importaba menos que la gloria. Su imagen era la de un vikingo moderno y el código de honor por el que se regía solía chocar con los matices y los compromisos de la vida en latitudes menos extremas. Así, igual que guardaba una lealtad feroz a sus amigos más cercanos —un grupo reducido del que Cook ya formaba parte—, rara vez olvidaba una humillación. Nunca perdonaría a De Gerlache. Su enfrentamiento con el comandante, al que tanto había admirado, era una suerte de rebelión edípica. Señalaba el final de su aprendizaje polar y su maduración como líder por derecho propio.

El cielo se abrió por fin el 27 de noviembre y reveló por primera vez el sol de medianoche. Fue una aparición extraordinaria y los miembros de la tripulación improvisaron una fiesta para darle la bienvenida. Somers, el ingeniero jefe, entonó en cubierta una versión conmovedora de «La Brabançonne». Su archienemigo en el castillo de proa, Van Rysselberghe, le acompañó con voz melodiosa. Knudsen se unió a ellos, pese a sus dolencias, y Johansen sacó el acordeón. Todos se unieron, salvo De Gerlache, que seguía enfermo en el camarote, desde donde ordenó que abrieran varias botellas. Antiguos rivales confraternizaban, belgas y noruegos cantaban como camaradas, los marineros y los oficiales entrechocaban sus copas; tal era el poder cohesionador del sol. La música se alargó toda la noche, indistinguible del día. Cook y Amundsen salieron a disfrutar de un paseo con esquís por la banquisa y tomaron fotos del barco bajo la luz de la madrugada. Mientras tanto, el resto de hombres continuaron bebiendo: la euforia dejó paso a las ensoñaciones melancólicas. Se acordaban de sus respectivos hogares. Somers —el único padre de familia a bordo del Belgica, y un gran contador de historias— les habló de su hija. Rompió a llorar al pensar en ella, preguntándose cuándo volvería a verla, si se acordaría de él, si creería que había desaparecido en alta mar.

Habían pasado el invierno soñando con el sol, pero la persistencia de la luz resultó tan perturbadora como la noche perpetua. Cuando el día estaba claro, no se veía una sola sombra en el hielo. El sol llevaba a cabo su asalto desde arriba y desde abajo, reflejado en la blancura prístina de la banquisa. Los que no tenían gafas protectoras se quejaban de que la nieve les cegaba incluso en días nublados. Las telas negras que los oficiales habían colgado en las portillas no lograban mantener la estancia a oscuras. Los hombres daban vueltas en la cama, obligados a enfrentarse a sus más profundas angustias a plena luz. «Hay demasiada luminosidad, lo que provoca insomnios por la noche», escribió Arctowski en su diario.

Sin embargo, no era solo la luz lo que les impedía dormir. Para Arctowski, «el hecho de que estemos hablando de invernar por segunda vez en la banquisa, pues el hielo no quiere dejarnos» resultaba igual de opresivo. Día tras día, y pese a los vientos favorables y al sol en el cielo, la banquisa permanecía intacta, la liberación se volvía cada vez menos probable. Había dejado de parecerles descabellado lo que Cook llevaba meses avisando: el hielo no se ablandaría y un segundo invierno a bordo resultaría fatal para muchos de los hombres. Al darse cuenta, en medio de la enfermedad que no conseguían erradicar y de la crisis de liderazgo que se desarrollaba en el barco, hasta los hombres más estables podían perder el juicio.

Cook había creído que el regreso del sol acabaría con los «síntomas mentales» que habían atormentado a la tripulación durante el invierno. Estaba equivocado. En algunos hombres, incluso, estos se agravaron. «Casi todos sufren insomnios, en mayor o menor medida», escribió Cook, «y quienes ya han sufrido algún trastorno muestran ahora nuevos indicios de perturbación mental».

Aunque no lo menciona por su nombre, Cook pensaba en un marinero en concreto, Tollefsen. El contramaestre era uno de los hombres más experimentados y fiables del barco. Estaba acostumbrado al frío y la oscuridad, pues había servido en el Ártico, y cumplía sus funciones con habilidad, inteligencia y entusiasmo. Amundsen era uno de los que más lo apreciaban. Sin embargo, el 28 de noviembre, el primer oficial reconocía en su diario que su compatriota «mostró hoy síntomas muy extraños que denotan

enajenación». Esa noche, Tollefsen le había preguntado si estaba de verdad en el Belgica. Cuando Amundsen le respondió que sí, Tollefsen le miró, perplejo, y le confesó que no recordaba haber embarcado.

El comportamiento paranoide de Tollefsen había empezado a perturbar a sus compañeros ese mismo mes, algunos días antes. Sus ojos, protuberantes, se agitaban veloces con cada crujido del casco y cada gemido del hielo. Experimentaba terribles dolores de cabeza y apretaba constantemente la mandíbula, tras la barba poblada, como si se preparara para una catástrofe inminente. Recelaba hasta tal punto del resto de la tripulación que pasaba el tiempo aislado en los rincones más oscuros del barco, igual que la gata Nansen había hecho antes de morir. Por la noche no acudía al castillo de proa. En su lugar, dormía en la gélida bodega, entre las ratas, sin mantas ni ropa adecuada. «Su espíritu está trastornado por ilusiones de grandeza y pavores enloquecidos», observó Lecointe. «Un misterio incomprensible: la palabra *chose* [“cosa”, en francés] le hace enfurecer. Cree que *chose* significa “matar”, pues no habla francés, y piensa que sus compañeros se intercambian señales para ejecutarlo».

Un hombre asustado es un hombre peligroso. Tollefsen debía ser vigilado en todo momento, pues podía intentar un ataque preventivo contra aquellos que, según creía, querían hacerle daño. Su amigo Jan van Mirlo, convaleciente aún de su propia crisis nerviosa, se ofreció a hacer de centinela. Se dio cuenta de que Tollefsen había empezado a actuar de manera extraña tras la muerte de Danco, en junio. «Se volvió retraído», recordaba el marinero belga, y «escribía cartas a su querida “Agnes” sin cesar, en las que le hablaba de lo miserable de la vida en el hielo y de la persecución que sufría por parte de sus compañeros». Según Van Mirlo, Tollefsen guardaba estas cartas en un pequeño montículo de hielo con forma de buzón de correos. «Para complacerlo, fuimos a recuperar las cartas y le dijimos que habían salido con el correo, que Agnes no tardaría en recibirlas».[31]

El estado mental de Tollefsen se deterioró drásticamente durante el mes de noviembre. «No habla, tiene la mirada vacía, la única tarea que se le puede encargar es la de raspar pieles de foca», escribió Lecointe. «Y ni siquiera es capaz de realizarla: a los diez minutos lo vemos golpeando la piel con el cuchillo, como si fuera un tambor, con aspecto desorientado, la mirada perdida en las crestas de presión, a lo

lejos». Cada vez que alguien se le acercaba, Tollefsen se estremecía e inclinaba la cabeza instintivamente, «como preparándose para recibir el golpe de gracia».

La espléndida tarde del 12 de diciembre, Cook y Amundsen emprendieron un largo viaje de esquí. Su destino era el mismo macizo tabular que se habían fijado como objetivo durante la excursión con Lecointe, a principios de agosto (y que, debido al movimiento constante de la banquisa, se había acercado al barco). No habían llegado muy lejos cuando encontraron a Tollefsen errando por el hielo «como un alma en pena». Considerando que el ejercicio podía beneficiarle, lo invitaron a que los acompañara.

Partieron a las cuatro de la tarde, sin una nube en el cielo. No se habían preocupado en llevar comida o agua porque el iceberg no parecía estar a más de tres horas de viaje por una zona llana y sólida. Al principio, los esquís se deslizaban suavemente sobre el polvo de nieve, ablandado por el sol. Tollefsen se movía a grandes zancadas, con facilidad: era la primera vez que se le veía disfrutar en varias semanas.

De camino, se cruzaron con una gran foca de Weddell, curiosa. Sin pensarlo dos veces, Cook sacó el revólver y le disparó a la cabeza. Le había parecido una buena idea matar al animal y dejarlo ahí, para, en caso de que el viaje se alargara más de lo previsto, tener comida de emergencia. Cuando vio a Cook empuñar el arma y acabar con el animal a sangre fría, Tollefsen sintió pánico: la creencia de que sus compañeros pretendían alejarse del barco todo lo posible para asesinarlo cobró más fuerza. Lo que había comenzado como una excursión de placer adquiría, de repente, una tensión palpable.

Al pie del iceberg, Cook, Amundsen y Tollefsen se quitaron los esquís, los cargaron al hombro y escalaron sin dificultad hasta la cima. Sintieron, en palabras de Amundsen, «un calor maravilloso» bajo los rayos del sol y un cielo clarísimo. Al contemplar la banquisa, distinguieron un pequeño punto negro en la distancia: el Belgica. Se levantó un viento frío mientras el médico sacaba varias fotografías. Amundsen echó un vistazo al sol, hacia el norte. En esa época del año, dibujaba breves círculos en el cielo, como si recorriera la esfera de un reloj de veinticuatro horas. A partir de su posición, Amundsen calculó que serían las diez de la noche; los excursionistas habían perdido la

noción del tiempo. De repente, se morían de hambre y sed. Desde lo alto del iceberg veían que el viento empezaba a cambiar la forma de la banquisa. Entre los témpanos de hielo aparecían aberturas y surgían columnas de vapor cuando el agua del mar se evaporaba. Era hora de regresar, pues corrían el riesgo de no encontrar el camino de vuelta. Descendieron a toda velocidad y volvieron a atarse los esquís.

Diez minutos después, Cook, Amundsen y Tollefsen estaban envueltos en una densa niebla. El Belgica se había esfumado. Los hombres seguían las huellas que habían dejado en el camino de ida y que no tardaron en conducirles directamente al agua. Las últimas horas habían transformado esa zona de la banquisa, desgajando y reordenando témpanos hasta volverla irreconocible. El primer oficial sacó una brújula del bolsillo y condujo al grupo en la dirección en que suponía que se encontraba el barco, sabedor de lo inconsistentes que las mediciones magnéticas pueden llegar a ser en esas latitudes.

Cook y Amundsen supieron controlar el pánico; habían vivido circunstancias semejantes durante el primer viaje fallido al iceberg, con la Orden del Pingüino. Su acompañante, en cambio, nunca se había visto en una situación similar. Mientras esquiaban, el médico y el primer oficial se giraban de vez en cuando para vigilar a Tollefsen, quien, visiblemente aterrorizado, tenía la mandíbula más apretada que nunca.

Bien entrada la madrugada, los tres seguían avanzando, sin ninguna señal a su alrededor de que estuvieran aproximándose al barco. De repente, Amundsen divisó huellas paralelas en la nieve.

—¡Aquí están nuestras huellas! —gritó, aliviado.

—¡Y ahí está la foca! —dijo Cook, señalando la foca de Weddell que había matado al poco de empezar el viaje.

Sin dudarlo, Amundsen se arrodilló, le hizo un corte al animal, se tumbó al lado del cadáver y puso la boca al borde de la herida para chupar la sangre caliente que manaba de ella. Hacía horas que lo habían matado y abandonado en el hielo, pero su densa capa de grasa había evitado que se le enfriaran las entrañas. Cuando terminó de beber, le dejó el sitio a Cook, que sintió el sabor metálico de la sangre bajando por la garganta reseca. Con la barba goteando, se volvió hacia Tollefsen. El contramaestre estaba aterrorizado: dirigía ansiosamente la mirada al cuchillo y a sus compañeros ensangrentados y dijo que

prefería morir de hambre a participar en tan espantoso festín.

Cook y Amundsen, hambrientos, cortaron algunas tiras de carne y las devoraron crudas. Según el primer oficial, estaban «deliciosas». Tollefsen, incrédulo, observó a Amundsen decapitar a la foca para guardar la cabeza de trofeo. Es muy probable que creyera que los dementes eran ellos.

Tuvieron que esperar hasta las cuatro de la mañana para que el hielo se cerrara y les mostrara un camino claro hacia el barco. Al ver la oportunidad de escapar de ellos, Tollefsen comenzó a esquiar tan rápido que Cook y Amundsen apenas podían seguirle. Cuando llegaron al Belgica, el contramaestre parecía a punto de perder el conocimiento. Para revivirle, Cook le pidió a Amundsen que le sirviera un poco de brandi de cerezas, que Tollefsen se bebió de un trago. Amundsen le dijo que se fuera a la cama y le prometió llevarle una taza de chocolate caliente. Mientras Cook y Amundsen esperaban a que el agua hirviera, Tollefsen entró en la cocina hecho una fiera, con la cara descompuesta por el miedo.

—¿Qué me habéis dado? —gritó—. Me siento fatal. Siento que me estoy muriendo.

No esperó a que le respondieran: salió corriendo y atravesó como pudo la cubierta blanca de nieve hasta las dependencias de los oficiales. Cruzó el pasillo en silencio y llegó al camarote de Lecointe. Abrió la puerta, caminó con sigilo hasta la cama y extendió una mano hacia el capitán, dormido. Lecointe se despertó sobresaltado y se quedó sin respiración al ver al marinero loco junto a su cama, medio oculto entre las sombras. *¡Cook y Amundsen han intentado envenenarme!*, dijo Tollefsen, delirando. El corazón del capitán latía a toda velocidad y tardó varios minutos en calmarse. Cuando lo hizo, le pidió a Tollefsen que esperara en el camarote mientras él averiguaba lo sucedido. Dejó al contramaestre acurrucado en una esquina. Regresó poco después con un trozo de pan con mantequilla, que Tollefsen aceptó comer, y le aseguró que no había nada de lo que preocuparse. El noruego abandonó el camarote para regresar a su litera.

Sin embargo, cuando Cook y Amundsen iban a salir de la cocina, se dieron la vuelta y encontraron a Tollefsen, inmóvil, de pie detrás de ellos, en calzoncillos y con la mirada vacía. «Parecía muy confuso»,

escribió Amundsen.

Con el paso de los días, el estado del contramaestre no hizo más que empeorar, lo que aumentó los temores del resto de la tripulación. «Era un hombre fuerte que había pasado muchos años en el mar; pensó que sería capaz de soportar el encierro en el hielo», observaría Arctowski, más tarde, en su diario. «Soy de la opinión de que ha habido numerosos casos de locura en viajes polares y que se ha puesto mucho cuidado en ocultarlos».

Cook atribuía la locura polar a una combinación de miedo, incertidumbre, monotonía, confinamiento y aislamiento extremos. Todas esas condiciones se exacerbaron cuando dejaron atrás el solsticio de verano, el 21 de diciembre. Ni siquiera en su máximo apogeo el sol conseguía romper la banquisa. Ahora, les avisó Cook, empezarían a «deslizarse cuesta abajo por la colina del invierno». Abandonados en el barco, inmóvil, a merced de las presiones del hielo en uno más de los muchos millones de témpanos indestructibles que se formaban en la blancura aparentemente infinita de un continente desolado en el fondo del globo, los hombres del Belgica empezaban a perder la esperanza.

---

[30] De Gerlache afirmaba que habían antedatado el contrato y que él y Lecointe lo habían firmado, en realidad, el 12 de agosto de 1897.

[31] Hay motivos para dudar de la fiabilidad de los recuerdos de Van Mirlo, pues el nombre de la prometida de Tollefsen no era Agnes, sino Alette.

16

El hombre frente al hielo

Las segundas navidades a bordo del Belgica fueron lúgubres. La enfermedad, la angustia y la hostilidad se habían adueñado del barco. Todo intento de celebración resultaba forzado, una pantomima que trataba de revivir, sin mucho entusiasmo, días más felices. Ya nadie se acordaba de los juegos de *whist*, ni de las fatuas obscenidades del concurso de belleza, ni de la emoción vertiginosa de los descubrimientos. En Nochebuena, los hombres se reunieron en la sala de oficiales a comer *roulade* de ternera y dar sorbos al brandi, huraños. «Hace tiempo que no nos queda un ápice de entusiasmo social», escribió Cook, «y aunque nada deseábamos tanto como una alegre cena de Navidad, no éramos capaces de desenterrar algo que pudiera infundirle vida al momento [...]. En cada rostro se leía la incertidumbre respecto al futuro».

Eran condiciones sombrías, en las que los movimientos del hielo de la semana anterior parecían solo una broma pesada. Desde el puesto de vigía se divisaban nuevas aberturas zigzagueando en la banquisa. Una laguna se había formado a pocos cientos de metros del barco. Sin embargo, el témpano de tres kilómetros de ancho que encarcelaba al Belgica seguía intacto y parecía inquebrantable. En Nochebuena, Arctowski había hecho un agujero en el hielo de una de las crestas de presión que cruzaban el témpano y había descubierto que este tenía más de ocho metros de grosor. Se había acumulado

tanto hielo alrededor del barco que resultaba inconcebible que se rompiera por sí solo. En ningún lugar del témpano había menos de un metro de hielo. La posibilidad de invernar de nuevo en la banquisa era cada día más real.

A todas estas preocupaciones había que añadir la presencia del marinero loco, que acechaba entre la tripulación. «El estado mental de Tollefsen empeora», escribió De Gerlache en su diario. «Sufre manía persecutoria. Apenas duerme y rehúye la compañía de sus camaradas, creyendo que son sus enemigos». En una ocasión, tras un día entero buscándolo sin cesar por la banquisa, los hombres lo descubrieron escondido tras una colina. Les inspiraba compasión, pero su estado era fuente de temor constante, siempre a punto de estallar: dónde se habría escondido, qué estaría haciendo, quién sería el siguiente en acompañarle en su camino hacia la locura.

Casi nadie tenía ganas de celebrar el Año Nuevo. El 31 de diciembre, poco antes de medianoche, reinaba en el Belgica una calma escalofriante. De Gerlache se había retirado pronto al camarote con una taza de cacao, aún con fuertes dolores. Algunos de los miembros de la tripulación se encontraban ya en las literas, mientras otros permanecían sentados en el castillo de proa, desanimados. Racovitza y Lecointe se fueron a dormir sobre las once. Cook se dirigió a su rincón y Arctowski se sentó al escritorio de su laboratorio, inundado de sol, para repasar viejos apuntes.

De repente, la puerta del laboratorio se abrió. Allí estaba Amundsen, blandiendo una botella de coñac que tenía reservada para una ocasión especial. Y dado que esa podía ser la última ocasión especial del Belgica, Arctowski y él la abrieron y echaron un trago para levantar el ánimo. Cuando Lecointe apareció en el laboratorio, algunos minutos después, quejándose de que no podía dormir, descubrió una escena de inesperada alegría. Cook no tardó en unirse a la fiesta. Lo que había sido una noche deprimente se convirtió en una juerga en pocos minutos. Amundsen llamó a los marineros para que fueran a ayudarles con la botella. Cuando esta se terminó, el grupo pasó al castillo de proa. Lecointe subió jamón, queso, galletas y varias botellas de vino de la bodega. Johansen sacó el acordeón. A medianoche, una oleada de auténtico gozo inundó el barco, la primera en muchísimo tiempo. «La tripulación nos recibió con canciones y

música, y nos contaron historias que ya habrían contado cien veces allí, en el castillo de proa, pero que nosotros desconocíamos», escribió Cook. «Por nuestra parte, pronunciamos algunos discursos y contamos también varias historias». Esa noche, el Belgica era un lugar tan acogedor que los hombres casi se olvidaron del hielo que les encerraba.

Los oficiales abandonaron los camarotes de la tripulación a la una y media y cruzaron la cubierta, vacilantes, hasta sus dependencias. La temperatura era de trece grados bajo cero y un viento gélido atravesaba el barco, pero la ebriedad era un fulgor que les protegía del frío. En ese estado, les pareció que los alrededores del Belgica resplandecían de manera especial. «Toda la masa de hielo temblaba con un brillo azulado», escribió Cook. Vieron la luna hacia el norte, blanca, pálida. Hacia el sur, el sol, un poco más bajo de lo que había estado el día anterior, un poco más alto de lo que estaría al día siguiente. Aún faltaba casi un mes para que volviera a ponerse. Una vez que lo hiciera, la noche no tardaría en recuperar su hegemonía.

Los hombres solo tenían un deseo de Año Nuevo: que el témpano se abriera. Descubrieron que el calor del sol estival no bastaba: las zonas que se descongelaban en las horas más cálidas habían vuelto a congelarse por la mañana. Creían que, si una violenta tormenta les había hecho entrar en la banquisa, solo otra igual de potente les permitiría salir de ella. La mayoría de la tripulación del Belgica, de ese modo, dejaba su destino en manos de los vientos de la Antártida.

No obstante, cada vez estaba más claro que ni siquiera así podrían escapar. Desde que entraran en el hielo el febrero anterior, el Belgica se había desplazado más de mil trescientas millas náuticas. Impulsada por los vientos cambiantes y las corrientes, la banquisa les había hecho dibujar un enrevesado bucle.[32] En Nochevieja, Lecointe situó la posición del barco en una latitud de 70°03’ sur y una longitud de 85°10’ oeste, aproximadamente la misma ubicación donde, el febrero anterior, De Gerlache había tomado la decisión de entrar en la banquisa. Casi un año después, en las mismas coordenadas, el hielo se extendía hasta donde alcanzaba la vista. No podían saber si terminaba al superar el horizonte o si aún continuaba cientos de kilómetros más hacia el norte. El témpano que les apresaba ahora era más denso y

resistente que el hielo por el que se habían abierto camino el marzo anterior.

«Me parece muy poco probable que salgamos de aquí de la manera en que llegamos», escribió Amundsen. Lecointe y De Gerlache estaban de acuerdo. Carecían de la seguridad que les había proporcionado la tonita y no veían más opción que empezar a preparar un nuevo invierno en la banquisa.

Para Cook, sin embargo, rendirse era impensable. Estaba convencido de que un segundo invierno tendría consecuencias catastróficas. Algunos días antes había repasado la lista de la tripulación y creía que al menos cuatro hombres fallecerían en seguida, y que varios más corrían grave peligro. De los que sobrevivieran, muchos perderían el juicio. Si el resto de oficiales no comprendían que era imprescindible escapar del hielo antes de que acabara el verano —o si no lo creían posible—, Cook se sentía obligado por el juramento hipocrático a hacerles cambiar de opinión.

El 4 de enero, durante una reunión con todos los oficiales, Cook se puso furioso. El barco estaba lleno de temperamentos irascibles, pero el médico nunca había llegado a perder los papeles. Insistía en la absoluta necesidad de salir de la banquisa y reclamaba el cese de todo trabajo científico hasta que no se diseñara una estrategia. El asombro de los oficiales ante el enfado de Cook dejó paso a la incredulidad. «Se rieron de la idea», escribió Cook. Si hubiera sugerido que agitaran los brazos y echaran a volar, el efecto habría sido el mismo. Incluso a Amundsen, que le profesaba la lealtad del alumno, le pareció que abandonar el hielo por sus propios medios era una pretensión absurda. La expedición, le aseguraron a Cook, carecía de control sobre su destino.

No consiguieron convencerle. Algunos días más tarde, Cook acudió a De Gerlache con un proyecto espectacular. En un nuevo capítulo de su culto al sol, el médico le propuso aprovechar el poder del astro para acelerar el deshielo. El plan consistía en cavar dos trincheras de un metro de ancho, dispuestas en forma de V, desde la proa del barco hasta la zona de aguas abiertas más próxima, a unos cuatrocientos metros. Quitarían a paladas las capas superiores de nieve dura y nieve granular para que los rayos del sol alcanzaran la capa intermedia de agua dulce, de unos treinta centímetros de grosor,

que se encontraba inmediatamente sobre el hielo marino. Cook creía que el agua conservaba el calor de manera más eficiente que la nieve y que, de este modo, podría transferirlo al hielo por debajo. Además, contaba con el efecto albedo, por el que las superficies más oscuras absorben más luz —y, por tanto, más calor— que las más claras. El hielo marino al fondo de la trinchera y las capas compactas de nieve en sus muros crearían una zanja azulada que reflectaría menos luz que la superficie blanca, impoluta, de neviza. Echar hollín negro en la trinchera aceleraría ese efecto. El proceso debilitaría el hielo y formaría dos fallas. Si una tormenta llegaba a sacudir la banquisa, lo más probable es que el témpano se abriera por esas fallas, y no por otro lugar, más lejos del barco, donde no les sirviera de nada. El Belgica podría navegar así por el canal recién formado y salir a una zona más despejada.

Tanto De Gerlache como Lecointe vieron en seguida que el plan presentaba varios problemas. En primer lugar, durante el tiempo en que el sol no se ponía, este permanecía en una posición baja en el cielo; la mayor parte del día, así, el ángulo de los rayos sobre la banquisa era demasiado oblicuo para iluminar el fondo de la trinchera. En segundo lugar, creían que el hollín no podría absorber demasiado calor, pues la luz del sol tendría que atravesar primero una gélida capa de nieve fundida, y el agua es mucho menos eficiente que el aire a la hora de transferir el calor. En tercer lugar, el médico no había tenido en cuenta que las paredes de la zanja no serían herméticas. La capa de nieve casi derretida en el fondo de la trinchera no evitaría que el agua se extendiera horizontalmente sobre el témpano. Todo el calor que absorbiera en la zanja se disiparía rápidamente.

Cook ya no podía soportar su implacable fatalismo. Tal vez su plan de huida era imperfecto, pero ¿qué iban a hacer, entonces? ¿Aceptar una muerte más que probable? Incluso hacer algo sin sentido, insistió, era mejor que no hacer absolutamente nada. Por fin entendían su razonamiento. «La inactividad es un peligro», concedió De Gerlache. «A corto plazo, puede llevar al desaliento y acarrear consecuencias muy graves para la salud de toda la tripulación». Quedó decidido que los hombres tratarían de excavar su camino a la libertad.

Empezaron a trabajar en las trincheras el 7 de enero, pero un

hígado de foca en mal estado provocó un brote de intoxicación alimentaria y hubo que parar casi inmediatamente. Mientras los hombres se recuperaban, Lecointe decidió darle otra oportunidad a la tonita. Nadie más que él conservaba la fe en los explosivos para abrir el hielo; además, era el único que tenía formación como artillero. El capitán descongeló más cartuchos de tonita y retiró meticulosamente las partes dañadas. Para su satisfacción, explotaron. Exultante, Lecointe reclutó a Amundsen, Melaerts y Johansen para que le ayudaran a construir una «máquina infernal», una bomba formada por quinientos treinta y cinco cartuchos de tonita dentro de un barril de aceite vacío, que sellaron e introdujeron bajo el hielo. Lecointe no solo esperaba que la explosión hiciera saltar por los aires el hielo que había sobre el barril, sino también que su onda expansiva provocara el resquebrajamiento de la banquisa.

Cuando el artefacto estuvo colocado, a más de doscientos metros del Belgica, Lecointe prendió las cinco mechas, conectadas a veinticinco detonadores de fulminato de mercurio. Murmuró una rápida oración a Santa Bárbara, patrona de los artilleros, y corrió de vuelta al barco para protegerse. Las mechas estaban tan frías que las llamas se apagaron. Lecointe tuvo que regresar cinco o seis veces para encenderlas de nuevo, cada vez más cerca de los explosivos.

La explosión fue espléndida. Bloques de hielo saltaron por los aires y se precipitaron en una granizada apocalíptica. La onda expansiva llegó hasta el Belgica. Lecointe estaba convencido de que la explosión habría desencadenado una red de fallas por todo el témpano, pero se llevó una nueva decepción: el agujero donde había estado la bomba no tenía más de diez metros de diámetro y estaba lleno de escombros, que no tardaron en congelarse de nuevo y formar una masa sólida. Fuera del agujero no había la menor grieta. El experimento de Lecointe podría haber tenido mayor efecto en un iceberg o en una masa de hielo de agua dulce, pero el hielo marino es mucho menos quebradizo. El capitán tuvo que reconocer que la tonita solo podría desempeñar un papel marginal en el plan de escape.

Mientras tanto, el resto de la tripulación seguía cavando con pico y pala en el hielo. «Llevamos trabajando tres días, más que como hombres, como perros en busca de su presa», escribió Cook el 12 de enero. Sus trincheras, sin embargo, no parecían surtir efecto. Aunque

las montañas de nieve que formaban a cada lado de la zanja les hacían creer que se aproximaban a la liberación, hasta Cook tuvo que admitir finalmente que el suyo era un trabajo de Sísifo. «A medianoche, el sol es tan débil que vuelve a formarse un hielo muy grueso, y al día siguiente no consigue fundirlo», escribió Cook. «Si hubiéramos hecho esto mismo en diciembre, el resultado podría haber sido satisfactorio, pero ahora es demasiado tarde». Pronto resultó obvio que el plan no alcanzaría su objetivo. Lo peor era que habían desperdiciado una semana de valioso calor estival en él. Cada nuevo día sería más oscuro, más frío, y las posibilidades de escapar se reducirían.

Aunque no hubiera tenido éxito, el plan de Cook no fue un fracaso absoluto. Gracias al trabajo, la tripulación se había despertado de la lasitud resignada que les impedía contemplar siquiera la posibilidad de escapar de la banquisa. Hizo que pensaran en otros medios. Abrir un camino para abandonar el hielo ya no parecía una proposición ridícula.

La experiencia transformó sobre todo al comandante, que trataba de encontrar nuevas soluciones con la fe del converso. La tarde del 11 de enero, De Gerlache reunió a los oficiales y les explicó su nuevo plan, uno cuya ambición eclipsaba al de Cook. En lugar de rezar para que una tormenta abriera el témpano, los hombres crearían su propia tormenta.

El Belgica disponía de cuatro viejas sierras para hielo, de los días en que era un ballenero. El comandante propuso a los hombres que las utilizaran para abrir un canal hasta el agua.

El plan de De Gerlache era lo más audaz que se le había ocurrido desde que concibiera la expedición. Sería una fuga sin precedentes en la historia de la navegación polar. Consistía en serrar cientos de metros de hielo, con varios metros de grosor, para formar dos orillas y, a continuación, cortar y retirar el hielo entre ellas para abrirle paso al Belgica. Las sierras que tenían que utilizar estaban diseñadas para trabajos de mucha menor entidad, como obtener bloques para refrigeración o, en casos de necesidad, abrir una pequeña ensenada donde atracar los botes balleneros. Cada hombre a bordo, sano o enfermo, tendría que trabajar sin descanso, hasta la extenuación. Y habría que terminar en unas pocas semanas, antes de que llegara el invierno.

¿El comandante había perdido la cabeza? Los hombres tenían motivos para dudar de su capacidad de juicio; para empezar, el hecho de que les hubiera conducido hasta la prisión de la banquisa. Esa era, sin embargo, la razón por la que De Gerlache necesitaba que el plan funcionase. No esperaba sobrevivir a otro invierno, Cook se lo había dejado claro. Más aún, se sentía responsable de la situación del Belgica y de la vida de cada hombre a bordo. Enfermo o no, haría todo lo que estuviera en su mano para redimirse, aunque muriera en el intento.

Hacía meses que no dejaba ver la seguridad en sí mismo y la agudeza mental que mostró cuando explicó el plan a los oficiales, contagiándoles su energía. Estos coincidieron en que merecía la pena tratar de abrir el canal (a excepción de Cook, quien se resistió en un primer momento a participar en un plan que no fuera suyo; no tardaría en sobreponerse al orgullo herido, poniéndose la medalla de haber inspirado a De Gerlache).

El borde más cercano del témpano, hacia el que se habían dirigido las trincheras de Cook, estaba a unos cuatrocientos metros de la proa del barco. Sin embargo, en el camino había una zona de hielo intermedia demasiado gruesa, que los hombres no podían serrar. De Gerlache propuso que abrieran el canal en la dirección opuesta, partiendo de popa y atravesando el área en que ese mismo invierno una abertura había dividido el témpano. Hacía tiempo que se había congelado, pero el comandante supuso que el hielo sería allí más fino que en otras zonas de hielo acumulado a lo largo de varios años.

Al día siguiente, Arctowski perforó una serie de agujeros en diversos lugares del témpano y confirmó la intuición de De Gerlache: la capa dura de hielo marino era más delgada sobre la antigua abertura: su grosor oscilaba entre un metro y poco más de dos. Estableció la ruta que el canal habría de seguir desde la popa del barco hasta la antigua grieta, donde se curvaría hacia estribor para continuar en dirección a una gran zona de aguas abiertas. En total, el canal ocuparía una superficie tres veces superior a la del hipotético pasaje a través las trincheras de Cook. Tendría setecientos metros de largo, cien metros de ancho en la embocadura y diez metros junto al barco. Entre las dos orillas, así, tendrían que serrar casi kilómetro y medio de hielo sólido y, previamente, retirar las capas superiores de

hielo y nieve de todo el recorrido, con pico y pala. A eso habría que añadir los cortes en zigzag a lo largo de la superficie para extraer y retirar el hielo en placas más pequeñas, que alcanzarían unos dos kilómetros y medio de longitud, y las áreas que habría que serrar de nuevo cuando se volvieran a congelar.

Dada la escasez de tiempo y de hombres disponibles, tenían por delante una empresa comparable a las mayores construcciones de la historia de la humanidad. Era aún más abrumadora al comprobar el lamentable estado en que se encontraban los trabajadores. Sin embargo, inspirados por el renovado vigor del comandante, los hombres se entregaron a ella por completo.

Las primeras sierras abrieron el hielo el 14 de enero. Para evitar que las secciones cortadas volvieran a fundirse por la noche, los hombres tenían que serrar las veinticuatro horas del día, bajo un sol que nunca se ponía. Formaron dos equipos. De Gerlache dirigía el turno de día, en el que se encontraban Melaerts, Racovitza, Van Mirlo, Johansen, Koren, Van Rysselberghe y el loco Tollefsen. Estos trabajaban de ocho de la mañana a seis de la tarde, con pausas para comer y tomar café en la banquisa. En el grupo de Lecointe, cuyo turno iba de las siete de la tarde a las cuatro de la mañana, estaban Cook, Amundsen, Arctowski, Somers y Dufour.[33] El único que se libraba de la sierra era Michotte, que tenía la cocina funcionando día y noche y hacía sonar la corneta desde cubierta cuando la comida estaba lista.

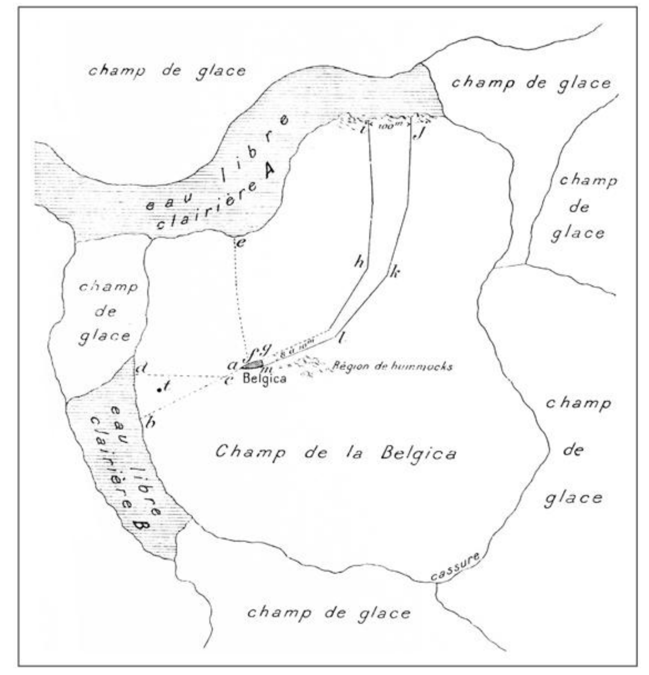


Diagrama de los dos caminos que probó el Belgica para escapar del témpano, según se muestra en *Au pays des manchots* (1904), de Georges Lecointe. Las líneas discontinuas que surgen de la proa del barco —señaladas por los puntos *a*, *b*, *c* y *d*— señalan las trincheras propuestas en el plan de Cook. Las líneas continuas que se dirigen desde la popa hasta las aguas abiertas en la parte superior del mapa indican las orillas del canal que propuso De Gerlache. La línea entre los puntos *e* y *f* indica la grieta que se abrió el 30 de enero de 1898.

Somers empalmó dos de las cuatro sierras, uniéndolas con láminas de hierro, para formar una sierra doble, de más de dos metros de largo. Los hombres trabajaban en grupos de tres. Los que utilizaban las sierras pequeñas hacían turnos: cada uno de ellos serraba cinco minutos seguidos y le pasaba la herramienta a su compañero (Cook y Amundsen se asociaron con Arctowski, contentos de escuchar cómo el distraído científico cotorreaba durante diez o quince minutos seguidos sin darse cuenta de que se había terminado su turno). Para la sierra doble, un hombre sujetaba la barra horizontal de madera que pasaba por el asa mientras otros dos tiraban de una cuerda, levantando la sierra y dejando que cayera por su propio peso. Al final del turno, los

brazos les temblaban y apenas podían levantarlos.

El primer día, la tripulación serró cuarenta metros de lo que serían las orillas del canal, partiendo de la zona libre de hielo a la que querían dirigir el Belgica. Al día siguiente, cortaron el hielo entre ambas orillas en forma de grandes triángulos engranados. En la embocadura, donde el canal era más ancho, cada una de estas secciones tenía la superficie de medio campo de fútbol. Los hombres fijaron cuerdas para sacarlas al agua, como caballos remontando barcazas por un río, mientras Dobrowolski entonaba el «Canto de los barqueros del Volga» y el resto le acompañaban. Separar de la orilla cada una de estas secciones, cuyo peso era varias veces superior al del Belgica, y moverla para que la inercia hiciera el resto del trabajo exigía un enorme esfuerzo conjunto por parte de un gran número de hombres.

El trabajo era agotador, pero tenía el beneficio de restañar las desavenencias del grupo. Las distinciones de clase, rango y nacionalidad desaparecieron en la búsqueda de un objetivo común. De Gerlache, pese a su enfermedad, serró igual que los demás. El trabajo les dio la sensación de que la liberación volvía a depender de ellos, y eso resultó fundamental. Hacía meses que, en general, el estado de ánimo no era tan elevado.

La única excepción —nada desdeñable— era Amundsen, que seguía siendo el miembro más pesimista —o realista, quizá— del grupo. «No creo que podamos sacar el barco de este modo», escribió. «En última instancia, serán las chalupas las que desempeñarán el papel principal», añadió el primer oficial, refiriéndose a los botes balleneros con que contaba el Belgica.

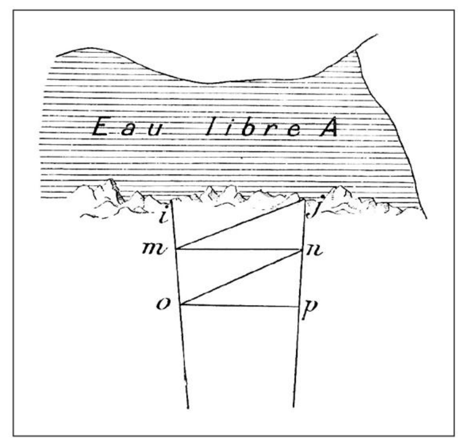
Incluso aquellos que ponían todas sus esperanzas en el plan de De Gerlache se dieron cuenta de que solo con las sierras no podrían liberar el barco. En el trazado propuesto para el canal había dos zonas en las que el grosor del hielo superaba varias veces la longitud de la sierra doble. La primera se encontraba al borde del témpano, junto al agua, donde una cresta de montículos se extendía a lo largo de la futura embocadura del canal. La segunda era la que sujetaba el barco. Allí, las nevadas de todo un año se habían acumulado y endurecido hasta formar un bloque de hielo cuya altura alcanzaba en varios puntos las regalas y se hundía casi hasta la quilla. Lecointe, tan

propenso como siempre a darle uso a la tonita, defendió que había que volar ambas zonas. Eso tenía el peligro de abrir un agujero en el barco, lógicamente, pero tal posibilidad daba ánimos a la tripulación, pues significaría que el canal estaba prácticamente terminado.

La mañana del 15 de enero, los explosivos dieron por fin una satisfacción a Lecointe. El capitán sacó una carga de cartuchos, los limpió minuciosamente y los colocó en las elevaciones cercanas a la embocadura. Explotaron todos. En las pruebas anteriores, la tonita había fallado en parte porque habían colocado los explosivos rodeados de hielo. Pero en esas colinas no había nada que absorbiera la onda expansiva por el lado del agua, de forma que el hielo quedó reducido a polvo.

Tal éxito hizo que el equipo de Lecointe se dedicara, en las horas de descanso, a preparar el resto de explosivos. «Llevan a cabo la tarea con temeraria imprudencia», escribió Lecointe. «Descongelan los cartuchos de tonita junto al fuego. A continuación, raspan las partes dañadas con cuchillos de cocina [...]. ¡Aparecen residuos de explosivos en la comida!». La sala de oficiales se convirtió en lo que Arctowski llamó «una fábrica de bombas». Cuando los cartuchos estaban descongelados y limpios, los metían en latas, con una mecha y un detonador, y los recubrían de cera para impermeabilizarlos. «No ha habido nunca una conspiración de anarquistas o de nihilistas con tanto fervor hacia la causa como Lecointe, Amundsen, Cook y yo», escribió Arctowski.

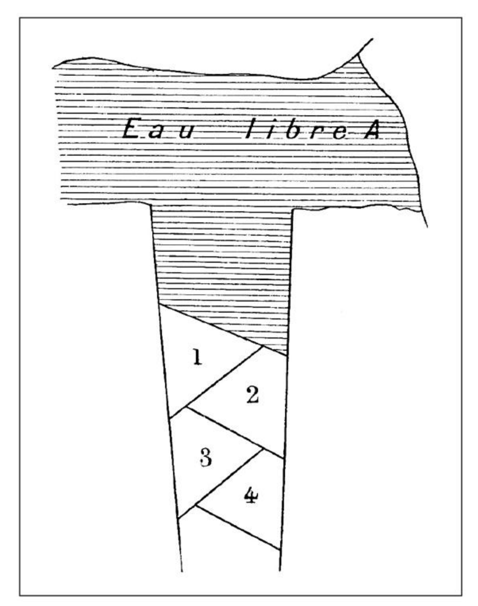
Sin embargo, aunque sus efectos habían quedado probados, los explosivos no podían sustituir a la sierra. Tras la explosión de los montículos, el viento empujó los escombros de hielo que flotaban en el agua hacia la orilla, donde volvieron a fundirse con la banquisa, rellenando la hendidura que acababan de crear. La tonita nunca sería la solución milagrosa que Lecointe había imaginado. Había que utilizarla estratégicamente, en pequeñas cantidades, para quitar los fragmentos de hielo más resistentes una vez que se hubieran serrado. La huida seguía dependiendo de la suerte y de los músculos atrofiados de una tripulación exhausta.



En un primer momento, el hielo comprendido entre las orillas del canal debía cortarse en triángulos gigantescos, para después empujarlos hacia la zona de agua en la parte superior.

Los hombres consiguieron sacar al agua las primeras placas de hielo triangulares, pero no pasó mucho tiempo antes de que una de ellas quedara encajonada entre las orillas, imposible de mover. Hicieron falta varias bombas para romperla, lo que provocó que el canal se atascara con nuevos escombros y los hombres desperdiciaran un día entero de trabajo. Comprendieron entonces que la manera en que cortaban las secciones no era la correcta: uno de los lados siempre se quedaría atascado entre las orillas. Había que repensar la configuración de las subdivisiones; de otro modo, nunca terminarían el canal a tiempo. La solución a este problema no dependía de la suerte o del trabajo, sino de la lógica.

Del castillo de proa y de los camarotes de los oficiales surgieron nuevas propuestas. Hubo quien sugirió serrar el hielo siguiendo un aleatorio patrón de cruces, lo que tendría la ventaja de crear placas fáciles de mover, lo suficientemente pequeñas para que no se quedaran atascadas, y el inconveniente de que llevaría mucho más tiempo y trabajo de los que la expedición disponía.



Nuevo patrón de serrado de las secciones, mejorado por Cook.

Otra propuesta consistía en cortar el hielo en segmentos más o menos cuadrados, con cortes perpendiculares a las orillas del canal, a una distancia uniforme. A continuación, una carga de tonita en el centro de cada sección lo desmenuzaría. Si bien la forma de las secciones minimizaría la cantidad de cortes necesarios, alguien señaló que la fricción en tres de los cuatro lados de cada placa complicaría la extracción y mitigaría el efecto de los explosivos.

Cada nueva propuesta presentaba una de esas dos dificultades, cuando no ambas: exceso de fricción o exceso de tiempo y esfuerzo.

Al final, como correspondía, fue el hombre de las grandes ideas quien solucionó el problema. Una vez revisadas a fondo las propuestas del resto de la tripulación, Cook presentó ante sus camaradas un diseño sorprendente.

El patrón de cuadriláteros asimétricos diseñado por Cook era tan simple y práctico que el resto de la tripulación no entendió cómo no se les había ocurrido antes. Los segmentos no eran tan grandes como para quedarse atascados entre las orillas y los ángulos de los lados permitían, con un poco de tonita, separar fácilmente cada sección de las orillas contiguas.

El plan del médico permitió vaciar los setecientos metros del canal

al asombroso ritmo de sesenta metros al día. Conforme avanzaban, las secciones resultaban más pequeñas y hacían falta menos hombres para sacarlas al agua. De vez en cuando, uno de los marineros saltaba al fragmento recién cortado y, sirviéndose de un palo largo, lo empujaba, como un gondolero. La parte más complicada era volver a saltar al témpano principal en el último segundo, a riesgo de alejarse a la deriva hacia aguas abiertas. Cook, que había pasado la infancia navegando en canoa por el río Delaware, «era un experto en esa clase de deporte», según Lecointe. El médico no hacía más que saltar de un lado a otro de la pista de hielo, imitando al resto de oficiales y dándose órdenes a sí mismo para entretener a los hombres. «Muchas veces parece a punto de caer al mar», escribió Lecointe, «pero siempre logra reponerse, con la agilidad de un mono».

El esfuerzo, hercúleo, no minó la energía de los hombres. Al contrario, se la repuso. Con el trabajo mejoró la salud de la tripulación, gracias en parte a la enorme cantidad de carne de foca y pingüino que ingerían para obtener las calorías necesarias, que les servía de remedio contra el escorbuto. De media, cada uno tomaba siete comidas al día (para entonces, los animales ya habían regresado a la banquisa y todos los hombres que no estaban serrando o durmiendo salían a cazar).

Habían pasado la mayor parte del año hundidos en un sopor apático, anhelando luz, alimentos frescos y algo de esperanza. Cook había tratado de satisfacer sus dos primeros deseos con el tratamiento de horneado y el régimen de carne de pingüino. También les había incitado a intentar un plan de fuga, confiriéndoles así algo por lo que trabajar. Las cosas volvían a la normalidad ahora que de los tres elementos tenían de sobra. «Estoy comiendo mucho; el doble que antes, como mínimo», escribió Dobrowolski, que poco antes había sido incapaz de salir de la cama. «Un apetito increíble […]. Ya no siento fatiga alguna. Duermo perfectamente, muchas horas. Cago regularmente».

También el cuerpo de los hombres empezaba a cambiar tras dos semanas de trabajo, primero en las trincheras de Cook y luego en el canal de De Gerlache, bajo un sol perpetuo. «El trabajo los ha endurecido y han desarrollado abundante musculatura», escribió Cook. «La piel se nos quema hasta adquirir la apariencia de la cara

interior del cuero. Las manos […] evitamos lavárnoslas, sobre todo si es con jabón, pues entonces se agrietan y nos duelen. El resultado es que tenemos un aspecto físico más salvaje que el de la mayoría de los indios. Pero eso no nos afecta demasiado. Aquí no hay mujeres para despertar la vanidad dormida que todos, en otra época, tuvimos». Colectivamente, los hombres formaban una escena extraña, incongruente: Arctowski, como un dandi de vuelta a la civilización, llevaba un abrigo raído y un sombrero de copa desastrado. Parecía un vagabundo polar. Otros se ponían gafas de nieve y se untaban la cara con vaselina para calmar las quemaduras de la piel; según Dobrowolski parecían un «grupo de submarinistas».

El 20 de enero habían terminado de vaciar la mitad de la superficie prevista. A las cinco de la tarde, los hombres contemplaron algo que redobló sus esperanzas: una ballena calderona curiosa se aventuró por el canal parcialmente vaciado. La visita fue como una bendición de la Antártida. Una cosa era contemplar el lento crecimiento de una avenida de aguas oscuras al retirar el hielo y otra era ver a un animal nadando por ella como por cualquier otra entrada de mar. Les hizo comprender cuánto habían avanzado. De repente, el canal se había vuelto real y, con él, por primera vez, la posibilidad de verse liberados.

Sin embargo, esa noche hubo que detener bruscamente el trabajo. Cerca de las nueve, Tollefsen salió de la cama y abandonó el castillo de proa sin decirle a nadie a dónde se dirigía. Hacía tiempo que había dejado de hablar y su paranoia se había agravado. Tres horas después, no aparecía por ningún sitio. Lo prolongado de la ausencia preocupó al resto de hombres, que dejaron lo que estaban haciendo para ir en su busca. No estaba en sus escondrijos habituales. Miraron en la bodega, en la sala de máquinas, en el mallete del bauprés, en los baúles, hasta en el agujero de la letrina. «Entre los hombres, miedo, incertidumbre, perplejidad […]. Al parecer, se le sospechaba paranoia suicida», escribió Dobrowolski. Otros compañeros temieron convertirse ellos mismos en sus víctimas.

Tollefsen sí mató algo esa noche, pero no a un ser humano. El loco regresó cerca de las dos de la mañana, esquiando, con tres pingüinos recién sacrificados tras de sí.

El 21 de enero, tras nueve semanas, se acabó el largo día. «Hoy nos despedimos del sol de medianoche», escribió Amundsen en el diario, bajo las hebras de luz gris azulada que entraban por la portilla del camarote. En los polos, la noche se come al día mucho más rápido que en las regiones templadas. En menos de una semana sería imposible leer por la noche sin la ayuda de una vela. A mediados de marzo, la oscuridad volvería a tomar la delantera. Las temperaturas caían a gran velocidad. Pese a los progresos de la tripulación, el primer oficial estaba convencido de que habían comenzado demasiado tarde.

Desde el principio, Amundsen se había mostrado pesimista respecto a la posibilidad de abrir un canal para escapar. Desde que entraran en el hielo, nadie había subido al puesto de vigía a observar el estado de la banquisa con tanta frecuencia como él. «Salvo en los meses de agosto, septiembre y octubre, no ha habido vías abiertas para ir a ningún sitio», escribió el primer oficial. «En agosto, septiembre y octubre aparecieron canales muy largos, completamente libres de nieve y escombros de hielo, pero, por desgracia, en esos meses no teníamos fuerzas suficientes para realizar el trabajo que ahora sí podemos llevar a cabo».

Amundsen era el que más fuerza tenía de todos ellos y, tal vez, el que serraba con más ahínco. Sin embargo, aunque la terminaran a tiempo, nunca creyó que fuera posible sacar al Belgica a aguas abiertas por esa vía. «Hacemos todo lo posible, pero no creo que tengamos la capacidad de salir de aquí por nuestros medios». Sabía que, una vez abierto el canal en la antigua abertura, donde el hielo era más fino, llegaría la parte más difícil.

Como imaginaba, los progresos se ralentizaron hasta detenerse casi por completo cuando los equipos alcanzaron las inmediaciones del Belgica. Las sierras se mellaban al tratar de entrar en el hielo antiguo y grueso formado junto al barco, o al golpear otros objetos, provocando chirridos insoportables y olores nauseabundos. Los dientes de la sierra se rompían contra las latas y el resto de basura que durante todo un año los hombres habían arrojado por la borda, incorporándolas a la banquisa. Este anillo de desperdicios —entre los que había cadáveres de animales y heces humanas— había absorbido los rayos del sol y fundido la capa superior de la nieve, formando una ciénaga pestilente sobre el bloque grueso y duro del hielo marino.

«¡Menuda imagen! Es horrible, por mucho que nos hayamos acostumbrado a ella. Estamos rodeados de montañas de basura y mierda, que forman charcos por culpa del calor del sol», escribió Dobrowolski. «Todo el barco se encuentra en medio de un charco hediondo, que se ha extendido por la capa superior de la banquisa». Los hombres siguieron serrando. La nieve medio derretida, pútrida, les llegaba hasta la rodilla. En ocho horas, no consiguieron avanzar ni dos metros. Estaban muy cerca. Se daban la vuelta para contemplar su obra. Habían logrado retirar inmensas cantidades de hielo y el largo canal de aguas abiertas que se extendía ante ellos les proporcionaba una alegría inconmensurable. Habían convertido la locura imaginada por De Gerlache en realidad.

Los hombres calculaban que tardarían tres días más en terminar el canal cuando el hielo tomó represalias. La primera señal de que se avecinaban problemas tuvo lugar en las primeras horas de la mañana del 30 de enero, cuando las presiones alrededor del barco aumentaron hasta el punto de que la sierra doble se quedó atascada en el hielo y resultó imposible sacarla de allí.

Entonces llegó el contrataque de la banquisa, devastador.

A las nueve de esa mañana, cuando solo les quedaban algunos metros para completar el canal, un estruendo reverberó por todo el témpano, como una sucesión de explosiones. Ante los ojos incrédulos de los hombres, junto a la proa del Belgica se formó una fisura que abrió el hielo, casi al instante, hasta la zona de agua libre, siguiendo un curso más o menos paralelo al del canal. Durante casi un año, los exploradores habían deseado que el hielo se resquebrajara. Por fin lo hacía, en el peor momento posible y de la peor manera imaginable. Si la grieta hubiera sido más ancha, les habría granjeado la libertad. En su lugar, amenazaba con destruir el barco.

La nueva abertura constituía uno de los lados de un gigantesco campo de hielo, más o menos triangular, bordeado de un segundo lado por el canal que los hombres habían abierto y de un tercero por el agua de la zona libre de hielo. El campo quedaba unido al resto del témpano por un vértice, donde se encontraba el Belgica. La grieta comenzó a ensancharse por el viento, empujando la nueva placa de hielo hacia la orilla opuesta del canal. Ese movimiento de vaivén ejerció una intensa presión sobre el barco, cuyas maderas crujieron

agónicas. Los hombres no daban crédito al observar las dos orillas del canal cerrándose lentamente, como mandíbulas monstruosas, sobre el gozne del Belgica. Semanas de trabajo desaparecieron ante sus ojos en cuestión de segundos. El canal se había vuelto tan estrecho que ni siquiera uno de los botes balleneros podría atravesarlo. Y la nueva fisura tampoco era lo suficientemente ancha como para dejarles paso.

Ver la desaparición del trabajo de todo un mes, la destrucción de lo conseguido con tanto sufrimiento, fue un golpe desolador para la moral de los hombres. No hacer nada habría sido mejor. No solo se había cerrado su hipotética ruta de escape, sino que el riesgo de que la banquisa hiciera añicos el Belgica era mayor que nunca. Mientras el barco se encontraba inmovilizado, el hielo había formado un cinturón protector a su alrededor. Ahora se encontraba atrapado entre dos campos de hielo engranados entre sí, como una almendra en un cascanueces.

«El hielo está más cerca; a veces, cuando hay un movimiento en la banquisa, notamos cómo el barco tiembla», escribió Amundsen el 1 de febrero. «Se hace pronto de noche. Son las diez y apenas hay ya luz suficiente para escribir». Los malos augurios del primer oficial se habían confirmado. El proyecto de abrir un canal estaba destinado al fracaso y lo más probable es que eso supusiera el fin del Belgica.

---

[32] Sobre el mapa, el itinerario resulta una confusa maraña de hilos que giraban sobre sí mismos y no revelan patrón alguno en el movimiento de la banquisa. Hacia el sur, el barco había alcanzado una latitud de 71°36’ sur (el 31 de mayo); hacia el oeste, una longitud de 92°22’ oeste (el 25 de abril); hacia el este, una longitud de 80°28’ oeste (el 22 de octubre), y hacia el norte, una latitud de 69°38’ sur (el 29 de octubre).

[33] En los registros no queda claro en qué equipo se encontraba Dobrowolski, pero el joven científico trabajaba tan duro como los demás. En ese momento, Knudsen se encontraba demasiado enfermo y no se levantaba de la cama, pero al final participaría con sus compañeros.

17

A la desesperada

Fue en ese momento cuando Roald Amundsen se dio cuenta de que los líderes de la expedición carecían de solución de emergencia en caso de que el hielo destrozara el barco. Dejó el lapicero y fue a buscar a Lecointe para avisarle de que era «un error imperdonable que los veleros y los trineos no estén listos». Muy oportunamente, él sí tenía un plan, y se lo explicó al capitán.

Con Amundsen, todo resultaba de una simplicidad asombrosa. Su propuesta consistía en colocar las provisiones y el equipo imprescindibles en dos trineos y dos pequeños botes balleneros y que los hombres se ataran y tiraran de ellos, como perros de tiro, unos mil doscientos kilómetros en dirección noreste, hasta alcanzar el estrecho del Belgica. Allí, mientras la expedición preparaba el campamento en tierra firme, un equipo se embarcaría en el bote que estuviera en mejores condiciones y cruzaría el paso de Drake hasta el cabo de Hornos para buscar ayuda.

Al noruego no le cabía duda de que esta era la opción más lógica, no solo porque la solución del canal no conducía a ningún sitio, sino también porque era el tipo de aventura que, en su imaginación, un auténtico héroe polar habría de llevar a cabo: una extenuante marcha por el hielo luchando contra los elementos. Llevaba toda la vida preparándose para ello, desde las frías noches de invierno en que dormía con la ventana abierta hasta la ruta imposible por la

Hardangervidda en compañía de su hermano Leon, que estuvo a punto de costarle la vida. Hacia ello se orientaba todo lo aprendido junto a Cook, el sentido último de sus expediciones por la banquisa. Cualquiera diría que Amundsen deseaba la destrucción del barco para poner en marcha su plan, salvar la expedición y demostrarle a De Gerlache que sí merecía el mando del Belgica.

Tras varios tira y afloja, y pese a que parecía una locura, Lecointe y los oficiales aprobaron el plan de Amundsen. Los puntos débiles eran evidentes. En primer lugar, durante las pruebas de tracción, en las que la tripulación recorría distancias cortas tirando de los botes balleneros vacíos, vieron que estos eran muy pesados e inestables sobre el hielo. Incluso si los hombres hubieran estado en buena forma, costaba imaginar de qué manera podrían arrastrarlos cientos de kilómetros, completamente cargados, hasta el estrecho del Belgica. En segundo lugar, estaba el hecho de que el viaje por el hielo no seguiría una línea recta por una superficie plana; los hombres tendrían que dar largos rodeos para evitar los obstáculos demasiado escarpados —las colinas, las crestas de presión—, por los que no podrían subir y bajar con los botes. Y había un tercer problema: la zona de la banquisa donde se encontraba el Belgica no había dejado de desplazarse desde principios de enero hacia el oeste. En las últimas semanas, incluso, había acelerado su ritmo, hasta recorrer una media de unos quince kilómetros al día en esa dirección. De continuar así, el movimiento de la banquisa anularía toda la distancia que la expedición pudiera avanzar diariamente hacia el este. Aun en el mejor de los casos, se entendía que muchos de los hombres no sobrevivirían al viaje hasta el canal, y mucho menos los mil kilómetros de navegación que habrían de realizar en bote ballenero hasta el cabo de Hornos, cruzando aguas que se contaban entre las más peligrosas del mundo.

El plan de Amundsen tenía pocos puntos a favor, pero si el hielo se llevaba por delante el Belgica, la idea de sentarse a esperar a la muerte en la banquisa a la deriva tampoco era muy halagüeña. Cook, Amundsen y De Gerlache se encargaron de preparar el equipo necesario para levantar un nuevo campamento: tiendas, sacos de dormir, trajes de piel de foca, macutos y raquetas de nieve fabricadas a partir de esquís rotos. Los marineros se dedicaron a reorganizar la bodega, facilitando el acceso a las provisiones y al equipo más

necesario.

Mientras trabajaban, realizaron un descubrimiento escalofriante: las ratas habían acabado con la ropa de invierno de la expedición. Un mes de marcha invernal por la banquisa de la Antártida con la ropa adecuada acabaría con los más débiles. Sin ella, el trayecto se cobraría la vida de toda la tripulación. Los roedores habían deshecho las últimas esperanzas de escapar de la Antártida sin el Belgica. Que los exploradores sobrevivieran dependía de la supervivencia del barco.

A esa constatación le siguió, dos días después, una imagen igual de aterradora. El canal —o, más bien, el estrecho paso que una vez lo fuera— había desaparecido. La superficie había vuelto a congelarse y desaparecido bajo un manto de nieve que, durante la noche del 3 de febrero, había formado una placa de hielo duro.

El comandante tuvo que reconocer la derrota. «Ya no parece posible evitar un segundo invierno en la banquisa», escribió.

De Gerlache tenía ante sí dos vías de acción igual de peligrosas: una marcha por el hielo, sin lugar donde refugiarse, sin suficiente ropa de invierno y sin, a decir verdad, perspectiva realista de llegar a tierra; u otro invierno a bordo, que, como Cook le había hecho comprender, provocaría múltiples bajas y quizá el fin de la expedición si el hielo hacía añicos el barco. El comandante decidió quedarse en el Belgica, donde al menos contaban con reserva de provisiones para tres meses. Para que durasen más, tomó la medida drástica de reducir las raciones, que consistían en ciento cincuenta gramos de mantequilla, ciento cincuenta gramos de azúcar, una rebanada de pan y una galleta al día para cada hombre. Sería suficiente, en teoría, para permitirles sobrevivir todo el invierno, siempre que el barco aguantara y pudieran procurarse carne fresca, lo que tampoco estaba garantizado. Como habían descubierto el año anterior, los animales desaparecerían de la banquisa cuando llegara la larga noche.

De Gerlache estaba convencido de que huir ya no era una opción, pero no mandó detener los trabajos en el canal, que habían impedido que la tripulación se hundiera en la desesperanza y resultaron beneficiosos para su salud.

No obstante, llegada la segunda semana de febrero, quedó claro que no podían ganar la batalla que libraban contra la naturaleza,

serrando las placas de hielo que se formaban la noche anterior y extrayendo fragmentos de las orillas para intentar ensanchar un paso que no dejaba de cerrarse. Los días previos, un viento incesante había vuelto a introducir trozos de hielo en la desembocadura del canal; estos se habían unido y congelado, formando una barricada sólida que bloqueaba la salida. De ese modo, los hombres cortaban secciones más pequeñas conforme se acercaban al barco, pero no podían conducirlas como antes hacia aguas abiertas: había que dividirlas aún más y hacer palanca para, con la ayuda de un plano inclinado, sacar los bloques del agua, cada uno de varios centenares de kilogramos.

El trabajo físico, que tanto los había animado, comenzaba a agotarlos. Cada vez era más duro y había menos para comer. Las limitadas raciones no les proporcionaban las calorías necesarias para llevar a cabo tales esfuerzos, y los cuerpos debían echar mano de sus propias reservas.

Con el martilleo constante del hielo contra el casco del Belgica y la reorganización de las provisiones en la bodega, los roedores que habitaban en las entrañas del barco empezaron a compartir la agitación y el hambre de los hombres. «Si éramos generosos, nos dejaban tranquilos», escribió Arctowski. «Pero ahora, con las cajas de alimentos cerradas y fuera de su alcance, sin nada que comer en la bodega, las ratas llevaban a cabo incursiones nocturnas por nuestras literas». Las acometidas que recibía el Belgica procedían tanto del interior como del exterior.

Al principio les pareció una ilusión, otro de los espejismos de la Antártida: desde el puesto de vigía, la banquisa parecía elevarse y caer, levemente, como si respirase. Entonces, la cubierta comenzó a balancearse. Hacía casi un año que los hombres no sentían el oleaje del océano. El descubrimiento trajo consigo miedo y esperanza: miedo porque el movimiento aumentaba la presión del hielo contra el barco, esperanza porque eso significaba que el límite septentrional de la banquisa no podía estar a más de algunas decenas de kilómetros. Con un poco de suerte, las olas desestabilizarían la banquisa y reabrirían el canal.

Los hombres serraban, atentos a los crujidos que se propagaban desde la popa del barco. La banquisa se agrietaba y reorganizaba de

forma impredecible. No levantaron la vista del hielo, buscando señales que indicaran nuevos peligros o, en el mejor de los casos, la apertura de una vía de escape. No tuvieron que esperar demasiado.

Gracias a la acción del viento y del océano, las orillas del canal comenzaron súbitamente a separarse a las tres de la mañana del 12 de febrero. Poco después, el canal alcanzó la anchura suficiente para permitir el paso del Belgica. Una oleada de emoción sacudió el barco cuando los hombres se pusieron a trabajar para aprovechar la oportunidad. De Gerlache ordenó a Somers que encendiera el motor.

Entonces, tan abruptamente como se había abierto, el canal volvió a estrecharse. Era ahora o nunca. Aunque el paso estaba casi despejado, un gran obstáculo les impedía salir: el barco seguía sujeto por un inmenso bloque de hielo, inmovilizado aún entre sus garras.

No tenían más remedio que emplear la tonita, pese a que una explosión a esa distancia del barco podía abrir fugas en el casco, inundando las bodegas del Belgica y condenándolo a hundirse en el lecho oceánico, a kilómetro y medio bajo sus pies. Lecointe, como artillero a bordo, fue el encargado de calcular a toda velocidad la cantidad de tonita requerida y la distancia exacta a la que habría que colocarla para romper el hielo sin dañar la embarcación. Durante los meses previos, había experimentado con diversas cantidades de explosivos, pero nunca tan cerca del Belgica. Se habían acabado los experimentos: las vidas de los hombres dependían de la precisión de sus cálculos.

Colocó las cargas en la masa de hielo. Es probable que murmurase otra oración a Santa Bárbara antes de prender las mechas, una tras otra. Los hombres que se encontraban en la banquisa se alejaron para ponerse a resguardo y respiraron hondo.

Las detonaciones sacudieron el barco. El ruido que lo recorrió no se parecía a nada que los hombres hubieran escuchado antes. Las ventanas temblaron, los utensilios del laboratorio tintinearon al chocar entre sí. El barómetro a bordo registró aumentos súbitos en la presión del aire, seguidos de caídas igual de pronunciadas y repentinas cuando el viento volvía al vacío generado por las explosiones. Fragmentos de hielo del tamaño de un bloque de hormigón volaron por los aires y se precipitaron sobre la cubierta, acompañados de restos de animales muertos y residuos humanos. Los sucesivos

estallidos desencadenaban nuevas oleadas de daños y una lluvia de hielo constante. Cada uno de ellos amenazaba con destrozar el timón, abrir el casco o hacer estallar la carga de tonita que permanecía aún en la bodega.

Las reverberaciones de la última explosión se desvanecieron. Durante unos segundos, resonó el confuso tintineo de diminutos cristales de hielo bailando en el aire, suspendidos. Se hizo entonces el silencio en la banquisa, roto únicamente por el suave susurro del canal. Los hombres se acercaron expectantes al barco, preguntándose qué encontrarían. Retiraron los fragmentos de hielo desperdigados y examinaron el revestimiento de palo verde del barco, temiendo lo peor: agujeros enormes, secciones enteras desgajadas, agua colándose en la bodega.

Pronto descubrieron que Lecointe había calibrado las bombas a la perfección. El hielo se había pulverizado y el casco se encontraba intacto. Por primera vez desde marzo de 1898, el Belgica podía zarpar.

Al día siguiente, el canal estaba despejado por fin, o, al menos, todo lo despejado que podía estar, pues la barricada de hielo se extendía aún en la desembocadura. De Gerlache sabía que su única opción era atravesarla, aunque pusiera en peligro el barco. Ese no era el único problema: dado que el canal comenzaba en la popa del Belgica, tenían que darse la vuelta, pero la anchura del paso no se lo permitía.

Durante las veinticuatro horas siguientes, los hombres redoblaron los esfuerzos con las sierras y la tonita para abrir una zona en el vértice del canal y que el Belgica pudiera maniobrar. En cuanto estuvo listo, el Belgica retrocedió para acceder a él y dirigir la proa hacia la barrera de hielo.

Sin embargo, mientras realizaba la maniobra —una vuelta de tres giros, ayudado de calabrotes y anclotes—, un súbito cambio en la dirección del viento hizo que las orillas del canal se acercaran y le cerraran el paso. El hielo no iba a rendirse. Poco después de su liberación, el Belgica se encontraba inmovilizado de nuevo, y en una situación aún más precaria, si cabe. Sus órganos vitales —la hélice y el timón, sin los cuales el barco era, en términos de control del rumbo, poco más que un trozo de madera a la deriva— eran los que

soportaban la presión. El hielo los destrozaría si empujaba más. La tripulación solo podía encomendarse a un poder superior. Algunos invocaron a Dios y otros no, pero todos rezaron cuando aumentaron los crujidos de la madera y el metal, que empezaban a ceder.

«No dejamos de observarlo, presos de la angustia», escribió el capitán Lecointe. «Con el pensamiento y con el alma, todos pedíamos que nos liberase».

De repente, como agotado por la batalla, el hielo aflojó ligeramente la presión, lo justo para que el Belgica completara la maniobra. De Gerlache no perdió un segundo: dirigió la proa hacia la embocadura del canal y, con vía libre, intentó una última carga. Somers llevó el motor al límite, aprovechando las reservas casi agotadas de carbón. El Belgica resopló como un toro iracundo. A las órdenes de De Gerlache, recorrió a toda máquina los cuatrocientos metros que lo separaban del muro de hielo, con las velas tensas y los pistones batiendo al máximo de su capacidad.

Los hombres contuvieron el aliento cuando el Belgica se lanzó contra la barricada. No había vuelta atrás: la victoria sería para el barco o para el hielo. La proa chocó contra la mole y la hizo añicos bajo su peso. «Sin más obstáculo, navega triunfante por aguas abiertas», informó Lecointe.

«No ha habido un grupo de hombres tan feliz como los oficiales y la tripulación del Belgica», escribió Cook, «cuando el buen barco rompió el hielo que lo había tenido prisionero durante casi un año».

Liberado del peso del carbón y la comida, el Belgica flotaba a mayor altura que cuando llegó a la Antártida, meciéndose y corcoveándose como un animal fuera de la jaula. Sin embargo, aún no había escapado de la banquisa. Desde el puesto de vigía comprobaron que la polinia a la que el barco había escapado estaba completamente cercada por el hielo, como el resto de canales y polinias de los alrededores. Un manchón oscuro en las nubes sobre el horizonte —que no podía ser sino un cielo de agua— les llevó a pensar que el océano se encontraba a unos veinte kilómetros hacia el norte, pero no había manera de alcanzarlo. A lo largo de la banquisa discurrían canales con dirección este-oeste, perpendiculares a la dirección del viento. La única opción del Belgica era seguir navegando hacia el oeste, dentro

de la banquisa a la deriva, y maniobrar entre los hielos para tratar de alcanzar el límite septentrional de la banquisa.

Con los tanques de lastre llenos de agua marina, el barco dirigía la proa hacia los istmos de hielo, deslizándose sobre ellos, haciéndolos añicos. Para eso lo habían construido. Se arrojaba contra las placas que lo encerraban con afán vengativo, dividiendo enormes campos de hielo con una única acometida allí donde estos eran más jovenes. De ese modo, el 1 de marzo había conseguido abrirse paso hasta encontrarse a solo ocho kilómetros del límite del océano. La tripulación trabajaba día y noche para evitar que el hielo volviera a encerrarlos. Sin embargo, no tardaron en encontrar una nueva amenaza.

Desde lo alto del palo mayor se divisaba una finísima línea negra bajo el horizonte. Con el catalejo, De Gerlache vio la espuma del mar rompiendo contra el borde de la banquisa.

«El peligro no ha desaparecido», escribió el comandante. «Ha cambiado». El Belgica ya no estaba atrapado en una única capa de hielo, sino en un denso mosaico de témpanos que se agitaban a merced del mar. Estaban tan cerca del borde de la banquisa que cada ola lanzaba grandes trozos de hielo contra el barco. Los hielos, que ya no podían asfixiar al Belgica hasta la muerte, parecían decididos a abrirle el casco a golpes.

«Recibimos un impacto tras otro», escribió Amundsen en su diario. «Afortunadamente, aún hay suficiente nieve y fragmentos pequeños, que absorben los golpes; sin embargo, los bloques grandes se acercan cada vez más».

El 5 de marzo, cuando el océano se había calmado, Amundsen y Cook bajaron hasta un bloque de hielo. Los témpanos estaban muy juntos y los hombres podían saltar de uno a otro. Amundsen y Cook recorrieron tres kilómetros sobre la banquisa, que se mecía suavemente, hasta un iceberg cercano, desde el que esperaban estudiar el hielo y, con suerte, encontrar aguas abiertas. Cook llevó la cámara para documentar la escena.

Mientras caminaban, oyeron un rugido lejano, procedente del norte, como el bramido de una catarata. De repente, vieron una ola de siete metros de alto que avanzaba hacia su posición como una carga de caballería y que golpeó los témpanos que encontró a su paso con

una fuerza extraordinaria, desgajándolos y levantando los fragmentos en la cresta, antes de apartarlos de la vista de los exploradores. En unos pocos segundos, estaría encima de ellos.

Sin tiempo para pensar, Cook y Amundsen se dieron la vuelta y corrieron en la dirección opuesta. Entre las grietas del hielo salían disparados chorros de espuma, aproximándose cada vez más. El rugido se incrementaba a sus espaldas mientras brincaban desesperadamente de un témpano a otro. La ola era más rápida que ellos; nunca llegarían a tiempo al barco. Al encontrar un témpano de hielo más antiguo, dejaron de correr y se aferraron a él como si se aferraran a la vida misma, mientras la inmensa ola continuaba bajo sus pies. Cook no había soltado la cámara.

Día y noche, bloques de hielo de varias toneladas molían a golpes el Belgica. «Sacuden con fuerza el barco», escribió Amundsen, «que tiembla como una hoja». Cada impacto dejaba restos de pintura y astillas en los témpanos mellados. De prolongarse demasiado el ataque, los tablones no aguantarían. A Cook, con el ingenio que le caracterizaba, se le ocurrió un método tan eficaz como macabro para proteger el casco. Ató restos de pingüinos a la borda y los dejó colgando allí donde el hielo golpeaba la madera, como defensas de carne y hueso. Estos mitigaron el impacto de los témpanos hasta que quedaron hechos puré. Meses después de que Cook descubriera sus propiedades antiescorbúticas, las aves volvían a salvarles la vida.

Sin embargo, no pudieron proteger el timón de los repetidos impactos de un gran bloque de hielo sobre la popa del barco. Y sin un timón que mantuviera el rumbo, el Belgica resultaría inutilizable y la tripulación podría darse por muerta. Varios hombres tuvieron que descender para romper el hielo con las sierras. Trabajaron con furiosa intensidad contra la banquisa, que pretendía reapropiarse del barco un nuevo invierno. Parecían soldados medievales luchando en la defensa de una fortaleza sitiada, blandiendo hachas para redondear los ángulos puntiagudos del hielo, volando los témpanos más amenazadores con tonita. Los explosivos, además, convertían el hielo en una masa flotante y espesa que les permitía amortiguar el impacto de los fragmentos más grandes.

Así, impulsado por la brisa que soplaba constante desde el sur, el

Belgica encontró la forma de alcanzar el límite septentrional de la banquisa. La tarde del 13 de marzo, el viento arreció e impulsó el conjunto de la banquisa hacia el norte, y con ella, al barco. Acorralado entre témpanos veloces, el Belgica se veía rodeado de una falange de icebergs de quilla profunda, que protegían el paso hacia el océano. Inmóviles y despreocupados del viento, como la dentadura de un gigante.

A la mañana siguiente, el Belgica navegaba rumbo a un colosal molar de hielo, un iceberg tabular de un tamaño varias veces superior al del barco. Estaban rodeados de grandes témpanos y tenían el viento del sur en la popa, de forma que la colisión parecía inevitable, fatal. El canal relativamente despejado que tenían ante sí llevaba directamente al iceberg. Por si no fuera suficiente, el espacio entre los icebergs estaba plagado de témpanos más pequeños, bloqueados al tratar de salir a mar abierto.

De Gerlache, aparentemente rejuvenecido por la emoción de la navegación de alto riesgo, se puso a los mandos del timón. Los hombres confiaban en su capacidad para, después de tanto tiempo, hacer lo que mejor se le daba. Si quería que el barco pasara junto al iceberg sin que las olas laterales lo estrellaran contra él, necesitaba tomar mucho más impulso y, para ello, le hacía falta un canal más largo. Ordenó a Somers que invirtiera el motor para avanzar hacia atrás. De Gerlache era consciente de que la maniobra podía romper el motor, pero, si funcionaba, le daría al barco el espacio suficiente para un último empujón.

Con la hélice invertida, el Belgica hizo uso de toda su potencia para navegar contracorriente. A la orden de De Gerlache, Somers, el ingeniero jefe, volvió a cambiar la dirección del motor y el barco salió disparado hacia el iceberg.

Somers dirigió vapor a los dos cilindros. Los pistones tiraron a toda velocidad del cigüeñal de la hélice. Los diales que medían la presión marcaban el nivel máximo. Los tornillos se aflojaron y las juntas traquetearon por la tensión. Somers salió a cubierta para informar a De Gerlache de que el motor no aguantaría más, pero cuando vio lo cerca que estaban de sortear el iceberg, bajó corriendo a la sala de máquinas y lo llevó al límite. «Nunca antes el motor había echado humo de esa manera», escribió Amundsen, «y probablemente

no volvería a hacerlo».

Somers era el único miembro de la tripulación que no se encontraba en cubierta cuando el Belgica aceleró hacia el iceberg y la masa de témpanos que lo rodeaban. El tiempo pareció detenerse. Seis metros para el impacto, cinco, cuatro. El motor hiperventilaba. Cuando la colisión no se produjo, los hombres comprendieron que eran libres.

A las dos de la tarde del 14 de marzo, dejaron atrás la placa más septentrional de hielo marino. Poco después, lo único que podía verse de la cárcel de hielo era un resplandor blanco en el horizonte, hacia el sur.

18

Extraños en el espejo «¡Cuántas y cuán diversas sensaciones acuden a nosotros, una tras otra, en estos primeros momentos de libertad!», escribió Lecointe. «En el fondo de nuestros corazones se revolvía algo infinitamente feliz y una tristeza y un lamento: ¡adiós a la banquisa, y al dolor y al sufrimiento que trajo consigo, la misma que, entre la amarga dicha del descubrimiento, nos dio un orgullo como no volveremos a experimentar! ¡Adiós a nuestros desgraciados compañeros Danco y Wiencke, que pagaron el precio de nuestra salvación! ¡Hurra por el océano inmenso, que nos lleva muy lejos, de vuelta a casa y a nuestros seres queridos! ¡Ah! ¿Volveremos a verlos?».

La tardía huida de la banquisa, junto a la endeble salud de los hombres, descartaba extender la misión un año más. El polo sur magnético quedaría sin reclamar, premio para futuros exploradores, y la disputa entre De Gerlache y la Orden del Pingüino acerca de la posibilidad de llegar a Tierra de Victoria había quedado prácticamente olvidada. Ahora que el Belgica abandonaba la Antártida, era el momento de que De Gerlache, como líder de la expedición, diera nombre a los lugares que habían descubierto, todos ellos en el

estrecho del Belgica. Las primeras menciones fueron para los dos tripulantes que habían perdido la vida. La primera víctima del Belgica dio su nombre a la isla de Wiencke, de veintitrés kilómetros de largo, y el comandante asignó el de su amigo de infancia a una inmensa extensión del continente antártico que aún se conoce como costa de Danco.

Al recurrir a los nombres de personas y lugares relevantes para De Gerlache y la expedición, el mapa del canal comenzó a remedar el mapa físico del campo belga (o lo habría hecho, en el caso de que Bélgica tuviera una topografía algo más accidentada): la isla de Amberes, la isla de Brabante, la bahía de Flandes, las montañas Solvay (que recibieron el nombre de Ernest Solvay, el primer mecenas y el más generoso de todos) o la cordillera Osterrieth (por la mecenas y confidente del comandante Léonie Osterrieth, también conocida como «Madre Antártica»). Bautizó una impresionante bahía con el nombre de la reina Guillermina de los Países Bajos, para agradecerle el gesto de enviar un barco que acompañara al Belgica por aguas neerlandesas cuando la expedición zarpó de Amberes. La inmortalidad era la única recompensa que De Gerlache podía ofrecer a quienes le habían apoyado, grabando sus nombres sobre un remoto litoral que probablemente nunca verían.

Cuando terminó la lista de personas a las que tenía que agradecer, De Gerlache permitió que los oficiales bautizaran el resto de accidentes geográficos menores, que dejaran su firma en el paisaje. Amundsen decidió honrar al explorador noruego Eivind Astrup, ya fallecido. Cook bautizó dos islas pequeñas con el nombre del primer alcalde de Nueva York, Robert Van Wyck, y con el de la ciudad donde naciera, Brooklyn.

Albatros y petreles gigantes los escoltaron mientras cruzaban de nuevo el paso de Drake. De Gerlache pretendía entrar en Tierra del Fuego desde el sur, cruzando el canal de Cockburn, azotado frecuentemente por tempestades y plagado de arrecifes. Era más arriesgado que entrar por las costas del Atlántico o del Pacífico, y, de hecho, todas las cartas de navegación recomendaban evitarlo, pero eso era justamente lo que le atraía: el peligro significaba que había menos probabilidades de encontrar un barco que les reconociera y anunciara prematuramente que se encontraban sanos y salvos. De Gerlache tenía

a Wiencke en mente: prefería correr nuevos peligros si eso le permitía comunicar la muerte del joven marinero a la familia (Danco no tenía familiares vivos). Sin embargo, navegando bajo cielos siempre cubiertos, Lecointe no conseguía fijar la posición exacta del Belgica y la navegación por estima solo les permitía hacerse una idea vaga de su ubicación. En el último momento, De Gerlache optó por el camino seguro, por el continente, doblando el cabo de Hornos y dirigiéndose a tierra por las aguas más tranquilas del lado argentino del estrecho de Magallanes.

Ludwig Johansen se encontraba al mando del timón la tarde del 26 de marzo cuando un cormorán voló sobre la proa del barco, hacia el norte. El marinero lo siguió con la vista hasta que desapareció en la niebla que los encerraba por babor. Entre la bruma, en el lugar en que lo había perdido de vista, no tardó en aparecer la silueta borrosa de una isla escarpada.

—¡Tierra! —gritó Johansen a sus camaradas, que se congregaron en la amura de babor para maravillarse ante una imagen que no habían visto en más de un año.

Algunos minutos después, el barco pasó ante un saliente puntiagudo de roca negra que se elevaba sobre las aguas agitadas. Estaba cubierto de cormoranes. De Gerlache y Lecointe consultaron el mapa del Almirantazgo británico en busca de una formación similar en las proximidades del cabo de Hornos. No encontraron ninguna. Confusos, examinaron la carta náutica más atentamente, pasando el dedo por los relieves fragmentarios de la costa de Tierra del Fuego, hasta determinar que esa aguja negra debía ser una de las rocas Tower, junto al extremo sur de la isla Noir: se hallaban unos quinientos kilómetros más al oeste de lo previsto, constatando así la fuerza de las corrientes de la zona, allí donde se revuelven y se mezclan las aguas de los océanos Pacífico y Atlántico. Al final, habían acabado en la embocadura del traicionero canal de Cockburn.

La noche no tardaría en ocultar el laberinto de arrecifes que protegían la entrada del canal, por lo que el comandante decidió echar el ancla al socaire de la isla Noir. Varios de los hombres ansiaban poner el pie en tierra firme, pero De Gerlache, preocupado por el viento que arreciaba y lo desconocido del terreno, prefirió esperar hasta que se hiciera de día para considerar el desembarco. Durante la

noche, soplaron ráfagas cada vez más violentas desde el oeste, que esquivaban las rocas para golpear de refilón el Belgica. Cada embate provocaba que el barco se escorase en un ángulo muy pronunciado y que los mástiles se balancearan hacia el agua. El viento cambió antes del amanecer: desde el suroeste, golpeaba el barco directamente.

Así comenzó la tempestad más furiosa y terrorífica que ninguno de los hombres había experimentado jamás. Digna, de acuerdo a la descripción de Dobrowolski, de las caóticas marinas de J. M. W. Turner: Bajo el cielo negro, tan bajo que las olas parecían salpicarlo de espuma: un regimiento difuso de poderosas pirámides, los colores del hierro fundido, flecos goteantes de espuma. Las crestas, cortadas por el temporal, humeaban de agua y polvo. Entre ellas, en inmensos valles, repentinos *staccatos* de viento lanzaban al aire una bruma espesa, que los densos vórtices de aire, girando sin cesar en espiral, absorbían de inmediato. Esta procesión de vórtices nebulosos, esta danza de monstruos que se agrupaban para volver a separarse entre los humeantes volcanes de olas, ¡parecía sacada de un cuento de hadas!

Los vientos huracanados lanzaban contra el barco, postrado, una ola tras otra, acercándolo cada vez más a una línea de rompientes que indicaba la presencia de un arrecife sumergido, a solo cuatrocientos metros a favor del viento. La sujeción del ancla era insuficiente contra la tempestad, y se arrastraba por el fondo arenoso conforme el Belgica se aproximaba peligrosamente al arrecife. Ni siquiera el motor funcionando a toda máquina les permitía progresar lo suficiente contra el viento para aflojar la cadena y que los hombres subieran el ancla a bordo. En lugar de evitar que el barco quedara a merced de los obstáculos, el ancla no hacía más que impedirles la huida, amarrándolos a un destino fatal.

Cuando parecía imposible que el viento pudiera soplar con más fuerza, un aguacero de magnitudes bíblicas azotó el Belgica desde babor y lo empujó con toda su furia contra el arrecife. El comandante solo tenía algunos segundos para evitar la catástrofe. Decidió abandonar el ancla: en cuanto la soltaron, la cadena saltó dando latigazos por la cubierta y desapareció en el océano. El Belgica, liberado, se escoró aún más hacia el arrecife. Aferrándose a la borda,

cubierto de espuma y tratando de hacerse oír a gritos contra el viento, De Gerlache ordenó a la tripulación que desplegaran la vela del trinquete, llevaran el motor a máxima potencia y giraran la rueda del timón a babor.

Dispuesto de ese modo, el barco podía aprovechar las mismas fuerzas que instantes antes amenazaban con destruirlo. Con un fuerte golpe, el viento tensó la vela e impulsó al Belgica, que rodeó los arrecifes y se dirigió a toda velocidad hacia el canal de Cockburn, al noreste. Según las cartas náuticas disponibles, la única manera de acceder a él era a través de un paso estrecho entre unas rocas conocidas como las Furias del Oeste y las Furias del Este, pero pronto comprobaron que los mapas no eran fiables. El comandante veía islas que no aparecían en ellos y encontraba zonas de aguas abiertas allí donde indicaban tierra. Tendrían que navegar a ciegas por una desconocida constelación de rocas, ocultas por la niebla, bajo una tempestad furibunda y guiados únicamente por la providencia y el renacido instinto de navegación del comandante.

Esa tarde, el vigía distinguió algunas siluetas que encajaban con la descripción de las Furias del Oeste, sobre las que, según anotó De Gerlache en el cuaderno, «la marejada rompía *con furia*» (las cursivas son suyas). El Belgica cruzó la entrada del canal de Cockburn milagrosamente indemne. Al adentrarse en él, entre la niebla, todos los que se encontraban en cubierta notaron que el viento amainaba de forma gradual hasta calmarse casi por completo. Los primeros destellos de verdor no tardaron en hacerse visibles. Fue suficiente para que algunos se echaran a llorar.

Al amanecer del 28 de marzo de 1899, el Belgica entró en el puerto de Punta Arenas. Había más barcos de los que recordaban, y mucho más grandes, de forma que, en un primer momento, el maltrecho ballenero pasó desapercibido. Los oficiales y varios marineros bajaron a los botes y remaron hasta la orilla. Uno a uno, pusieron pie en tierra firme por primera vez desde, al menos, febrero del año anterior.

Algunos miembros de la tripulación parecían desorientados por la sensación. «Hubo marineros que bajaron a tierra y se quedaron en la playa, dando patadas a la arena, lanzando guijarros», escribió Cook. «Hasta tal punto les cautivó ese primer rencuentro con la tierra firme

que pasaron horas jugando en la arena, exultantes, como niños en la orilla del mar».

Mientras el resto de la tripulación preparaba el barco para una larga estancia en el puerto, varios de los oficiales y científicos probaron a zambullirse de nuevo en la civilización. «Nuestras capacidades ambulatorias, al pasear por aquellas calles, parecían un experimento sobre el alcoholismo», escribió Cook. «Llevábamos tanto tiempo desplazándonos en esquís y raquetas de nieve, y el mar nos había zarandeado hasta tal punto, que nos habíamos olvidado de caminar con normalidad. Extendíamos las piernas, arrastrábamos los pies, hacíamos aspavientos y balanceábamos el cuerpo a cada paso; nuestro aspecto general era ridículo». Al dirigirse al hotel, les sorprendió cuánto había cambiado Punta Arenas desde la última vez que la vieron. Era como si hubieran viajado en el tiempo. Habían pavimentado los caminos de tierra, atestados ahora de gente, salpicados de tiendas elegantes. Sobre sus cabezas serpenteaban los cables y abundaban las farolas eléctricas. Por las ventanas y las puertas abiertas se oía el timbre de los teléfonos. La ciudad había crecido. Al mismo tiempo, era como si el mundo se hubiera vuelto más pequeño.

Entre los pastores de ovejas, los aventureros y los buscadores de oro había caballeros y damas adinerados, vestidos a la última moda de París. A los greñudos exploradores del Belgica, «hambrientos de amor», el murmullo de las enaguas de seda les parecía «música y poesía». La visión de dos jóvenes hermosas tenía el efecto electrizante, escribió Cook, de «una batería farádica», y despertó de su letargo la vanidad de los hombres. «No fue premeditado, pero nos las arreglamos para quitarnos la barba de un año y ponernos la corbata y cambiarnos el abrigo a la vez, todos a una; sin embargo, no tardamos en darnos cuenta de que teníamos un aspecto atroz. Las chicas se reían nerviosamente al vernos y volvían a la sala».

Solo cuando llegaron a las habitaciones del hotel entendieron por qué las mujeres se apartaban de ellos y volvían la mirada. Las adversidades que habían tenido que soportar estaban grabadas en la imagen que les devolvía el espejo. Estaban «demacrados, y el tono de su piel apenas se distinguía del de una tetera de cobre», escribió Cook; «teníamos la piel áspera, como un rallador de nuez moscada; el pelo

largo, indomeñable, generosamente atravesado por mechones grises, pese a que ninguno habíamos cumplido aún treinta y cinco años».[34] La ropa, remendada con parches de cuero y lona y adaptada a la forma de vida de la Antártida, era, de repente, motivo de bochorno.

Las visitas al sastre y al barbero mejorarían su aspecto, pero la prioridad de la tripulación era llenar el estómago. Tras meses comiendo alimentos enlatados, asquerosamente insípidos, y los animales que podían cazar en la Antártida, de un sabor demasiado intenso, necesitaban verdura fresca y carne de mamíferos alimentados con pasto. «Me da vergüenza confesar la cantidad de filetes de ternera que devoramos», escribió Cook.

Cuando se corrió la voz de que el Belgica había regresado, un grupo de dignatarios y diplomáticos locales se reunieron con los oficiales y les bombardearon a preguntas: ¿habían llegado al polo sur?, ¿se habían topado con pueblos nativos en la Antártida? Les informaron de lo ocurrido en el mundo durante todos esos meses: el caso Dreyfus en Francia; la guerra hispano-estadounidense, declarada, luchada y finalizada en su ausencia; la desaparición del aeronauta y explorador polar sueco S. A. Andrée en el Ártico; y el desarrollo de la telegrafía sin hilos por parte de Guillermo Marconi. «El descubrimiento de Marconi nos resulta especialmente interesante», escribió De Gerlache, «pues no cabe duda de que algún día servirá para que los exploradores polares contacten con los barcos de rescate que patrullarán los océanos».

La correspondencia dirigida a la expedición se había enviado a Melbourne, Australia, así que en Punta Arenas no les esperaban más que algunas cartas sueltas, de más de un año. Pasaron algunos días antes de que Henri Somers, el único de la tripulación que era padre, se enterara de que su hija había fallecido.

En cuanto tuvo la oportunidad, Tollefsen se escapó de Punta Arenas. Sus compañeros albergaban la esperanza de que su locura, nacida sobre la banquisa antártica, se apaciguara con el tiempo y la distancia, como parecía haberle sucedido a Van Mirlo, pero el estado del marinero noruego era cada vez más inestable. Desaparecía durante días y días. Cuando se quedaba sin comida, volvía a la ciudad y merodeaba junto a la puerta de la habitación de De Gerlache, en el

hotel. Le pedía al comandante algunas monedas para comprar alimentos y volvía a escabullirse a su escondrijo silvestre.

Tollefsen se negó a subir de nuevo al Belgica, ni siquiera para recuperar sus pertenencias. Parecía creer que el barco estaba maldito. Dejó un diario muy prolijo, pero nunca sabremos lo que escribió en él, pues el resto de marineros prefirió quemarlo a permitir que la posteridad conociera los horrores y alucinaciones que había consignado.

«Tales documentos habrían tenido cierto interés», escribió Lecointe. «Por mi parte, declaro que no tengo nada que ver con este acto y culpo a quienes directa o indirectamente participaron en él».

A principios de abril, sin fuerzas ni fondos para regresar a la Antártida, De Gerlache declaró el fin oficial de la expedición. Pidió a Amundsen que se quedara con Tollefsen y le acompañara de vuelta a casa en el próximo vapor que se dirigiera a Europa. Aunque Amundsen mantenía su frialdad hacia De Gerlache y nunca había retirado formalmente su renuncia al puesto, accedió, por responsabilidad hacia la tripulación. Al despedirse, Cook y él prometieron escribirse. Tenían la esperanza de volver a verse: si no en Noruega o en Nueva York, tal vez en algún rincón perdido del mundo, remoto y gélido.

Lecointe, Racovitza, Arctowski y Dobrowolski se quedaron en América del Sur varios meses para llevar a cabo diversos proyectos científicos, cada uno por su cuenta. Volverían a Europa por sus propios medios. Entretanto, De Gerlache llevó el Belgica hasta Montevideo y de allí, por fin, de vuelta a Bélgica, con una tripulación diezmada. En ella volvía a encontrarse Warzée, uno de los hombres amotinados, que no se había movido de Punta Arenas desde que abandonara el barco y había suplicado que lo readmitieran. El Belgica había gastado todas sus reservas de carbón y la expedición no tenía fondos para adquirir más, así que De Gerlache tuvo que depender de la fuerza del viento. Cruzar el Atlántico a vela les llevó dos meses y medio y acabó con las pocas fuerzas que les quedaban.

Desde Punta Arenas, Cook no tardó en partir hacia la estancia de Bridges, en Harberton, para terminar el estudio antropológico de los fueguinos. No tenía muchos motivos para regresar a Brooklyn. A los pocos días de que el Belgica entrara en el puerto, Cook conoció la

noticia de que su prometida, Anna Forbes, había fallecido el año anterior, en Pascua.

---

[34] En realidad, Henri Somers, el miembro de la tripulación de más edad, tenía treinta y seis.

Tras el Belgica

El domingo 5 de noviembre de 1899, con el frescor de la mañana, el Belgica entró en la desembocadura del río Escalda, rumbo a Amberes. Al acercarse a Doel, en la frontera entre Bélgica y Países Bajos, De Gerlache divisó una flota de yates doblando el meandro del río para recibirlo. Oyó el retumbar de los cañones sobre el agua y los compases lejanos de «La Brabançonne». Eran los mismos sonidos triunfales que le habían acompañado cuando la expedición zarpó, más de dos años antes. Aquel día del verano de 1897, para despedirse, De Gerlache había escalado por la jarcia con agilidad acrobática y había agitado la gorra, enérgicamente, desde el puesto de vigía. Hoy saludaba a la flotilla que salía a su encuentro un hombre muy diferente. El Belgica le había arrebatado la juventud. El barco lucía sus mejores galas para la ocasión, recién pintado, con una capa de blanco hielo, pero De Gerlache mostraba una apariencia rígida, exhausta, la expresión macilenta y el cabello más ralo y gris. Solo tenía treinta y tres años.

A la cabeza del convoy se encontraba el Princesse Clémentine, el yate real, que envió un bote para que De Gerlache subiera a bordo con Lecointe y otros oficiales y miembros de la tripulación del Belgica. En la cubierta les esperaba el recibimiento de ministros, senadores, diputados, representantes de la Real Sociedad Geográfica Belga, algunos de los principales mecenas de la expedición y las familias de varios de los hombres, junto a otras personalidades. Se escuchaban oleadas de vítores, bajo los cuales el rostro barbudo de De Gerlache esbozó un gesto torcido, una especie de sonrisa. Olvidaba el cansancio y el dolor lacerante en las sienes. Imaginaba su regreso glorioso a casa casi desde el mismo día en que empezó a soñar con la Antártida, pero la emoción le dejó sin palabras. Frente a él se encontraban las caras que en la desolación de la banquisa había imaginado tantas veces. Ahí estaba su padre, cuyo retrato había colgado sobre la cama; su madre, tratando sin éxito de contener las lágrimas; su segunda madre, Léonie Osterrieth, radiante de orgullo. Lecointe, por su parte, abrazó a su

prometida, Charlotte, a quien le había pedido matrimonio la noche anterior a la partida del Belgica.

El viento cortante les obligó a trasladar el recibimiento a los fastuosos interiores del yate, donde continuaron brindando a la gloria de los exploradores y de la patria. Era irrelevante que el Belgica no hubiera establecido un nuevo récord de latitud o alcanzado el polo sur magnético. La expedición había descubierto nuevas tierras, realizado más de un año de observaciones científicas al sur del círculo polar y sobrevivido a un invierno en la Antártida: todos ellos eran récords históricos, realizados en nombre de Bélgica. La Real Sociedad Geográfica de Amberes recompensó a De Gerlache y Lecointe con sendas medallas de oro. Los discursos que las acompañaban provocaron aplausos emocionados, que se convirtieron en vítores ensordecedores cuando Jules de Trooz, el ministro del Interior belga, anunció que el rey en persona había nombrado a los oficiales y científicos de la expedición caballeros de la Orden de Leopoldo, el mayor reconocimiento del país. Puede que Lecointe sonriera al recordar que ya formaba parte de otra hermandad sagrada, la Orden del Pingüino, y deseara que los otros dos integrantes de la misma, Cook y Amundsen, estuvieran con él para compartir el momento (ellos recibirían las medallas por correo). De Trooz le pidió a la madre de De Gerlache que hiciera el honor de prender la cruz en el pecho del comandante; ella se lanzó a los brazos de su hijo y lloró de alegría.

—No es la primera vez que el nombre de De Gerlache ocupa un lugar principal en la historia de nuestra nación —dijo De Trooz, dirigiéndose al líder de la expedición—. Era el mismo que llevaba uno de los padres de nuestra independencia. No me cabe duda de que su nombre y su reputación han pesado sobre sus hombros, comandante, pero ha demostrado estar a la altura de su familia.

Los asistentes se arremolinaron en torno a los hombres. Los rodeaban, casi asfixiándolos, como hicieran los hielos de la banquisa. Un periodista que cubría la celebración señaló que los aventureros parecían «desorientados» e «incómodos» por la atención. Tras la ceremonia, invitados y exploradores se relajaron en los lujosos salones del Princesse Clémentine, charlaron amablemente y comieron unos platos exquisitos, que casi les hicieron olvidar el sabor del pingüino semicrudo. El escenario no podía ser más distinto al de la Antártida, y

los hombres empezaban por fin a sentir que los horrores de la banquisa habían quedado atrás.

Al cabo de una hora, sin embargo, una conmoción recorrió el yate. Max van Rysselberghe, el segundo mecánico de la expedición, se había desmayado. Lo encontraron en el suelo, donde el corazón le palpitaba tan violentamente como en los días más oscuros del invierno. Los médicos se abrieron paso hasta él y ordenaron a todos que se apartaran. Lo levantaron y recostaron en un diván hasta que, poco a poco, recuperó el conocimiento.

Aún no se habían librado de la Antártida. Un periodista describió al conjunto de hombres como un grupo de «capitanes Hatteras de carne y hueso». Aunque la comparación pretendía ser un reconocimiento a sus hazañas, la mención al héroe de Julio Verne, que, en *Las aventuras del capitán Hatteras*, de 1866, regresa desquiciado del Polo Norte y pasa el resto de sus días en un psiquiátrico, resultó muy adecuada. Ese mismo mes, John Bryde, el diplomático noruego que había negociado la compra del Belgica, escribió a De Gerlache para informarle de la situación de Tollefsen, a quien el comandante había enviado una de las medallas del rey Leopoldo. «El pobre Tollefsen ha perdido la cabeza por completo», escribió Bryde. «Se está hablando de encerrarlo».

Tollefsen había tenido un hijo con su amada, Alette, con la que se había casado. Tras regresar a Noruega, había escrito a De Gerlache para contarle que se proponía establecer una colonia belga-noruega para extraer carbón en la remota isla de Spitsbergen, en el Ártico. Fantaseaba con una vida de provecho, pero ninguno de sus sueños vio la luz. Lo enviaron a una colonia muy distinta, un sistema de granjas a las afueras de Kristiania donde se empleaba y cuidaba a enfermos mentales. La ciudad de Lier, no muy lejos de allí, sería el emplazamiento de un famoso centro psiquiátrico, conocido por el empleo de terapias de choque y lobotomías, entre otros tratamientos polémicos. Allí pasaría Tollefsen el resto de su vida, junto a otros pacientes de las granjas.[35]

El informe oficial de la expedición, publicado en Bruselas en 1904, recoge una explicación para el trastorno mental de Tollefsen digna de Edgar Allan Poe: «Uno de los marineros [Van Mirlo] sufrió diversos ataques de histeria que le privaron de razón. Otro, ante la presión

constante del hielo, sucumbió al horror y enloqueció al contemplar el sobrecogedor espectáculo de lo sublime, aterrado ante el destino que no dejaba de acecharle».

Tres meses después de informar a De Gerlache de que el estado de Tollefsen había empeorado, Bryde se dirigió a él con noticias nuevamente sombrías. Engelbret Knudsen, el angelical marinero de veinticuatro años, uno de los que más enfermos habían estado durante el invierno en el Belgica, había fallecido. Su muerte causó estupor al comandante, pues lo tenía por un marinero ejemplar, y añadió nuevos motivos de remordimiento a los que probablemente ya le hacían sentir Tollefsen y la pérdida de Danco y Wiencke.

El día del regreso del Belgica a Amberes, De Gerlache intentó ocultar la angustia. Había superado el escorbuto, pero seguía gravemente enfermo, maltrecho por la fatiga, los implacables dolores de cabeza y lo que Cook llamaba «problemas nerviosos». Bajo el repicar de las campanas de la catedral de Nuestra Señora en honor a la expedición, el comandante avanzó fatigosamente por un mar de personas, exultantes, entre el pontón y el ayuntamiento, donde se celebraría una recepción formal. Ser el nuevo héroe nacional, el centro de atención de los amberinos que se agolpaban a su alrededor, le hacía sentir incómodo. El recorrido, que normalmente habría durado dos minutos, le resultó una eternidad.

En el ayuntamiento repartieron nuevas medallas, como harían días después en Bruselas. Una vez terminadas las ceremonias y la entrega de condecoraciones, De Gerlache se marchó con su madre a descansar a la Costa Azul, por orden del médico. Se instalaron en Niza, en el Grand Hôtel des Empereurs. Tardaría un año en recuperarse.

La enfermedad exacta que padecía sigue siendo un misterio. El escorbuto ya no era más que un recuerdo lejano. Durante el mes de noche absoluta, había sufrido insomnios y síntomas cardiacos, como todos los miembros de la expedición. Sin embargo, mientras que el resto de los marineros se había recuperado al regresar de América del Sur, las dolencias de De Gerlache continuaron hasta bien entrado 1900. Una posible explicación se encuentra en los baños de cianuro de hidrógeno utilizados por Cook en el cuarto oscuro del Belgica, que comunicaba con el camarote del comandante. La sustancia no se

encontraba en el barco para revelar fotografías —a Cook se le había ocurrido darle ese uso—, sino para sacrificar especímenes de animales. El cianuro de hidrógeno, conocido también como ácido prúsico, provoca la muerte al privar a las células de oxígeno (sería el ingrediente principal del Zyklon B, el gas que se utilizaba en los campos de exterminio nazi durante la Segunda Guerra Mundial), pero los síntomas más tempranos de envenenamiento leve son semejantes a los que experimentaron los hombres en el Belgica: dolores de cabeza, fatiga, ritmo cardiaco errático, falta de aire, confusión, vértigo. Quienes sobreviven al envenenamiento suelen mostrar efectos neurológicos prolongados.

Durante las primeras semanas de su convalecencia en Niza, De Gerlache recibió una carta que le levantó el ánimo. Era de Lecointe, que había asumido un puesto importante en la Comisión del Belgica, una organización cuyo objetivo era analizar y publicar los hallazgos de la expedición (debido al volumen de observaciones científicas y de tesoros biológicos recopilados, tardarían cuarenta años en completar la tarea). En esa carta, Lecointe le informaba de que iba a recomendar a la comisión que le pusieran el nombre del comandante al hallazgo más importante de la expedición, el estrecho del Belgica.

«Como sabe, soy un "gruñón", así que nadie pensará que hago esta propuesta por mera cortesía», escribió Lecointe. «Estoy convencido de que se trata de un acto de justicia». En la actualidad, el canal de doscientos kilómetros, de una hermosura espectacular, se conoce como el estrecho de Gerlache.

De Gerlache no solo había estado a la altura del apellido familiar, sino que se convertiría en el más famoso de sus portadores. Había alcanzado la gloria que tanto ansiaba, y no a pesar de las adversidades que él y sus hombres habían tenido que soportar, sino gracias a ellas. La temeridad de poner rumbo al hielo al término del verano austral había merecido la pena. Sin embargo, nunca olvidaría que había costado la vida de tres hombres y había acabado con su propia salud.

El comandante jamás volvió a la Antártida. Poco después de su regreso, llevaron el Belgica a Ostende, donde lo repararon y, por fin, acabaron con la plaga de ratas. En 1905, se lo vendieron al príncipe Felipe, duque de Orléans —aventurero y vividor, pretendiente al trono de Francia en caso de restauración de la monarquía—, que contrató a

De Gerlache para que le acompañara en varias expediciones por el Ártico, en calidad de capitán. Años más tarde, De Gerlache supervisó la construcción de un magnífico bergantín, el Mercator, que serviría de barco de prácticas para la nueva generación de marineros belgas: elevar el estatus marítimo de su patria fue la misión de su vida. A partir de entonces, se convertiría en una «eminencia gris» de la exploración polar, limitándose a aconsejar a los nuevos aventureros que participaban en la edad heroica de la exploración antártica, esa que el Belgica había inaugurado.

Su nombre resonaría una vez más en la historia polar. Poco después del estallido de la Primera Guerra Mundial, se asoció con Lars Christensen, el constructor naval de Sandefjord que había convertido el Patria en el Belgica, para construir un nuevo barco, el Polaris, con el que planeaban organizar cruceros de caza de osos polares para turistas adinerados. Era un bergantín de tres palos recubierto de palo verde, cuya apariencia guardaba una similitud fraternal con el Belgica. Se decía que el Polaris era uno de los barcos de madera más robustos jamás construidos. Sin embargo, De Gerlache terminó saliéndose de la asociación, por motivos financieros. Christensen vendió el barco, a pérdidas, al famoso explorador anglo-irlandés Ernest Shackleton, que lo rebautizó como Endurance. La banquisa antártica lo destrozó en noviembre de 1915, hundiéndolo en el fondo del mar de Weddell.[36]

Roald Amundsen comenzó a planificar su propia expedición desde el momento en que puso un pie en Noruega. La experiencia en el Belgica había sido un curso intensivo de exploración polar y ansiaba poner a prueba todo lo aprendido. «Durante este viaje maduró mi plan», escribiría más tarde. «Me propuse unir mi sueño de infancia, el del paso del Noroeste, con un propósito de gran importancia científica por sí mismo, *el de hallar la ubicación actual del polo norte magnético* [las cursivas son de Amundsen]». Este objetivo le reportaría el respeto de un pequeño círculo de académicos, pero la apertura de una vía desde el Atlántico al Pacífico por los traicioneros hielos del Ártico canadiense —una proeza que, desde el descubrimiento del Nuevo Mundo, ningún explorador había logrado— emocionaría al conjunto de la sociedad y le situaría en el escalafón heroico de Nansen, igualando tal vez a Cartier o a Colón.

Con el dinero de su herencia y el escaso crédito que consiguió reunir —que incluía una contribución de Léonie Osterrieth, el ángel de la guarda del Belgica— adquirió un aguerrido balandro de veintinueve años y veinte metros de eslora. El Gjøa fue uno de los barcos más enclenques de la edad dorada de la exploración polar. Zarpó de Kristiania en la madrugada del 16 de junio de 1903, con una tripulación de seis hombres, para alcanzar el norte de Canadá, congestionado de hielos, a principios de agosto. No existían mapas fiables de la zona. Amundsen optó por una ruta ligeramente distinta a la que había probado casi sesenta años antes su héroe de infancia, John Franklin, con el Erebus y el Terror. Sin embargo, el hielo los atrapó durante dos inviernos seguidos a orillas de la isla del rey Guillermo, no muy lejos de donde se habían hundido los dos barcos británicos. Franklin había tenido que seguir los protocolos de la Marina Real Británica, pero Amundsen estaba decidido desde el principio a sobrevivir cazando animales y a adoptar los modos de vestirse y de viajar de los inuits. Durante la expedición del Belgica, Cook le había hecho comprender las ventajas de aprovechar lo que la tierra ofrecía, a la manera de los nativos; además, eso resultaba mucho más sencillo con solo siete hombres a bordo (y un número no específico de *huskies*) que con los diecisiete del Belgica, o, por supuesto, los ciento treinta que acompañaban a Franklin.

Amundsen y su tripulación construyeron un refugio en la orilla de la isla del rey Guillermo. Permanecieron allí durante dos años, en los que mantendrían fructíferas relaciones con la tribu netsilik, cuyos hombres llevaron a los escandinavos de cacerías e intercambiaron artesanía, caza fresca y perros de tiro por productos occidentales. También les concedieron derecho a acostarse con sus esposas, a cambio de lo que los exploradores consideraron una nimiedad (más tarde, Amundsen afirmaría que había instado a sus hombres, algunos de los cuales tenían familia en Europa, a que se abstuvieran de tales actividades).

Durante el primero de esos años, los hombres del Gjøa realizaron varias expediciones fallidas en busca del polo norte magnético, siguiendo las indicaciones del delicado instrumental que les guiaba por el hielo. Siempre les detuvo el frío brutal y la inexperiencia viajando con perros. Durante las excursiones por la banquisa antártica,

años antes, Cook también había convencido a Amundsen de las ventajas del trineo tirado por perros como medio de transporte por el hielo. Sin embargo, fueron los netsiliks quienes les enseñaron a utilizarlos. Una vez que se acostumbraron a ellos, Amundsen y un compañero, Peder Ristvedt, lograron alcanzar en la primavera de 1904 las coordenadas en las que James Clark Ross había hallado el polo magnético por última vez, en 1831. Las agujas de sus instrumentos seguían apuntando al norte, demostrando así fehacientemente lo que se sospechaba desde hacía tiempo: que el polo magnético es un objetivo variable. Algunas semanas después, los dos hombres arribaron a las proximidades del polo real.

Aunque los aventureros se quejaron del aburrimiento y del aislamiento durante la larga noche ártica, no sufrieron igual que los hombres del Belgica. La proximidad de los asentamientos netsiliks —y, en particular, de sus mujeres— contribuyó a distraerles. Como líder, Amundsen era dominante, tiránico y, en ocasiones, petulante, en evidente contraste con el retraído e indulgente De Gerlache (sus hombres le apodaban, con cierta sorna, «el Gobernador»). Sin embargo, puede que la diferencia más pronunciada e importante de ambas expediciones se diera entre Louis Michotte, el cocinero del Belgica, tan bien intencionado como inepto, y Adolf Lindstrøm, el chef alcohólico del Gjøa, una suerte de Falstaff shakesperiano que, frente a los repugnantes platos de Michotte, cocinaba deliciosos guisos de carne de foca.

Las modestas dimensiones del Gjøa resultaron beneficiosas, pues le permitieron deslizarse sobre arrecifes y bancos de arena en los que otro barco habría encallado. El 17 de agosto de 1905, el barco cruzó el punto más oriental que ninguna embarcación hubiera alcanzado antes desde el estrecho de Bering hacia el este. Sin embargo, el deshielo no se prolongó lo suficiente. Unas pocas semanas después, la expedición se vio de nuevo atrapada y tuvo que pasar casi un año más en la banquisa. Uno de los hombres enfermó y falleció durante ese tiempo. El Gjøa no llegó al puerto de Nome, Alaska, hasta el 31 de agosto de 1906. En el mástil ondeaba orgullosa la bandera noruega.

Cuando Cook apareció en la estancia de Harberton, en abril de 1899, para completar sus investigaciones sobre los onas y los yaganes, a

Lucas Bridges le sorprendió que el Belgica hubiera sobrevivido a su periplo por la Antártida. El estanciero le informó de que su padre, Thomas Bridges, había fallecido durante ese tiempo, pero mantuvo la promesa del difunto misionero y le entregó a Cook el manuscrito de su diccionario yagán-inglés para que este lo publicara. Era todo un acto de fe: con más de treinta mil palabras registradas, constituía un testimonio de valor incalculable sobre una civilización en vías de desaparecer. Y Thomas Bridges no había hecho ninguna otra copia.

Cook se quedó en Argentina hasta finales de 1899. Cuando regresó a Nueva York, tenía la orden de entregar tres extensos trabajos monográficos a la Comisión del Belgica. El primero era un análisis de sus observaciones clínicas durante el invierno en el barco. El segundo, un informe antropológico sobre los pueblos onas. Y el tercero se titulaba «Una gramática y diccionario del Yagán». En la lista oficial de los informes pendientes —impresa en la contraportada de cada volumen que publicaba la comisión— Cook aparece como único autor del diccionario. En ningún momento se menciona a Thomas Bridges. Puede que el error de asignación fuera solo un descuido, pero años después se tomaría como el primer ejemplo de los tejemanejes fraudulentos de Cook. Lucas Bridges afirmó que el doctor había robado la obra a la que su padre había dedicado toda su vida y se la había atribuido.

Desconocemos si eso fue lo que Cook pretendía, pues no entregó ninguno de los informes que se le habían encargado. Al llegar a Brooklyn, tenía otras cosas en la cabeza. La muerte de Anna Forbes le había dejado tan desconsolado y solo como la de Libby, la hermana de esta y primera esposa de Cook, una década antes. Reabrió la clínica, pero en los dos años que había pasado fuera la mayoría de su clientela había cambiado de doctor. De nuevo, buscó en la aventura una vía de escape.

Su anhelo, como el de Amundsen, era convertirse en comandante de una gran expedición. Para ello le hacían falta fama y dinero. Todo el tiempo y el esfuerzo que tendría que dedicar a los tres informes encargados por la Comisión del Belgica no le reportarían ninguna de esas dos cosas. Lo que hizo, en su lugar, fue empezar a escribir el relato de lo sucedido durante la Expedición Antártica Belga. Terminó el manuscrito en unos pocos meses y lo publicó en 1900, con el título

de *Through the First Antarctic Night* [A través de la primera noche en la Antártida], demostrando su habilidad para la narración. Fue el primer texto sobre el viaje del Belgica en salir a la luz, lo que suponía una infracción del protocolo polar: años antes, Cook había reñido con Robert Peary por lo mismo, de modo que sabía perfectamente que la prerrogativa de publicar en primer lugar le pertenecía al líder de la expedición. De Gerlache tardó dos años en completar su relato, *Quinze Mois dans l'Antarctique* [Quince meses en la Antártida], que en su época se consideró una obra literaria magistral. Lecointe le siguió en 1904 con su libro sobre el viaje, *Au pays des manchots* [En la tierra de los pingüinos]. La obra de Cook se vendió excepcionalmente bien y le granjeó cierta fama en Estados Unidos.

Un año después de la publicación del libro, el médico conoció a una viuda rica de veinticuatro años, llamada Marie Hunt, y se enamoró de ella (sonaba el «Träumerei» de Schumann la primera vez que sus miradas se cruzaron). En abril de 1902, Cook le escribió a Amundsen para anunciarle su compromiso y, como pidiéndole disculpas, el final de su carrera de explorador: «Espero casarme a principios de junio; así terminarán mis aventuras polares. La futura señora Cook te invita a venir y quedarte con nosotros […]. Ven y deja que te enseñemos Nueva York».

Cook adoptó a la hija de Hunt, Ruth. Poco después, la pareja tuvo otra niña, Helen. Sin embargo, la vida doméstica no refrenó el deseo de exploración de Cook mucho tiempo. Hunt no solo apoyó las ambiciones de su marido, sino que las financió generosamente. En el verano de 1903, Cook regresaba a la aventura al mando de una expedición a Alaska cuyo propósito era escalar el Denali (conocido entonces como monte McKinley), la montaña más alta de América del Norte, algo que nadie había logrado aún. Durante tres horribles meses, Cook y su equipo viajaron a caballo por pantanos y territorios inexplorados, llenos de maleza, en los que el ritmo de los cascos se sincopaba con el sonido de los hombres al golpearse el cuello con la mano para matar mosquitos. Cuando llegaron a la base de la montaña, no encontraron una ruta practicable hasta la cima, pero se convirtieron en los primeros hombres en rodearla.

Tres años después, Cook volvería a intentar ascender la temible montaña, esta vez al mando de un equipo con alpinistas

experimentados. Afirmó haberlo logrado, y ese éxito le granjeó el reconocimiento que anhelaba desde hacía tanto tiempo. Al regresar a Nueva York, lo eligieron presidente del recién fundado Explorers Club. En su segundo libro, *To the Top of the Continent* [A la cima del continente], publicado en 1908, aparecía una fotografía del doctor agitando la bandera americana sobre lo que parece ser la cumbre de la montaña.

La vida del explorador está marcada por una sed insaciable. Los objetivos concretos pueden alcanzarse, pero el fin último —ese que no se encuentra en ningún remoto rincón del mundo, sino en el corazón de cada individuo— queda siempre un poco más allá. Cada hazaña ha de ser el precedente de una aún mayor, sin final. En 1907, Cook tenía claro cuál sería su siguiente proeza. No lo anunció ni lo compartió con nadie. Se limitó a poner rumbo a Groenlandia para, en teoría, acompañar a un amigo de caza. Una vez allí, levantó la vista hacia el norte.

*

Fue una de las mayores exclusivas de la historia, encabezada por uno de los titulares más largos: «EL POLO NORTE, DESCUBIERTO POR EL DOCTOR FREDERICK A. COOK, QUE ENVÍA AL *HERALD* EL RELATO EXCLUSIVO DE CÓMO LLEVÓ LA BANDERA ESTADOUNIDENSE AL PUNTO MÁS SEPTENTRIONAL DEL PLANETA». La mañana del 2 de septiembre de 1909, los repartidores de periódicos agotaron *The New York Herald* casi de inmediato. La mayor parte del periódico estaba dedicada a la apasionante hazaña de Cook: junto a dos cazadores inuits, se leía, había viajado en trineo tirado por perros hasta el polo geográfico, que había alcanzado el 21 de abril de 1908; por el camino, además, habían sobrevivido al ataque de un oso polar. El presidente Taft le transmitió a Cook su felicitación, igual que hizo Buffalo Bill. Muchos niños le mandaron cartas para preguntarle si había visto a Papá Noel.

La hazaña de Cook causó furor en todo el mundo, pero fue en Estados Unidos donde provocó mayor revuelo. En menos de veinticuatro horas había bares en el centro de Manhattan sirviendo el «cóctel de Cook» (ginebra, zumo de limón, clara de huevo,

marrasquino y mucho hielo). Un sombrerero de Chicago sacó a la venta el «sombrero del doctor Cook» para mujeres, una especie de domo de piel, de sesenta centímetros de alto, que evocaba la cúspide redondeada de la Tierra. Periódicos y revistas contactaron con el doctor y le ofrecieron sumas deslumbrantes a cambio de publicar el relato de su viaje por entregas. La revista *Hampton's* le ofreció 100.000 dólares.[37] La oferta subió rápidamente a 200.000 y, al día siguiente, a 250.000. En un momento dado, William Randolph Hearst le prometió doblar cualquier cantidad que le propusieran, para asegurarse la exclusiva. Sin embargo, Cook temía que incluir la narración entre los artículos sensacionalistas de las publicaciones de Hearst «abarataría» la magnitud de su proeza. Decidió rechazarlas, por el momento.

El explorador tardaría aún varias semanas en regresar a Nueva York. Tras zarpar del territorio danés de Groenlandia, hizo escala en Copenhague, donde le colmaron de agasajos. Después de meses de inanición, tenía los rasgos afilados y los dientes astillados. Apenas podía abrirse paso por el embarcadero, abarrotado de funcionarios con sombrero de copa y mirones con bombín. Durante la breve estancia, recibió un doctorado honorífico de la Universidad de Copenhague. El rey Federico VIII de Dinamarca le obsequió con una lujosa recepción, convirtiéndose así en el segundo monarca que le rendía homenaje, tras Leopoldo II de Bélgica.

Casi desde el momento en que la anunció, hubo quien puso en duda la proeza de Cook. Cierto nivel de escepticismo resultaba esperable, pues era prácticamente imposible demostrar que había llegado al polo. Sus únicos testigos eran dos jóvenes cazadores inuits que no habían recibido formación en observación astronómica y, por tanto, no podían confirmar que Cook hubiera hallado el punto en el que confluyen todos los meridianos. A eso hubo que añadir que le hubiera confiado a un amigo en el norte de Groenlandia las observaciones y mediciones que corroborarían su testimonio. Tenía miedo a morir en el viaje de vuelta a la civilización, aseguró. Este amigo, a su vez, había tenido que abandonar los apuntes, que nunca se encontrarían. Varios expertos en exploración polar manifestaron que el ritmo de avance por el hielo que Cook había comunicado al *Herald* parecía sobrehumano.

Sin embargo, el público en general aceptó y celebró con entusiasmo la consecución del logro geográfico más deseado del mundo. Fridtjof Nansen manifestó su confianza en Cook, igual que hicieron sus antiguos compañeros del Belgica. «Me indigna que se cuestione el descubrimiento del doctor Cook», declaró Lecointe, a la sazón director del Real Observatorio Belga, al *Herald*. «Conozco personalmente al doctor Cook y pongo la mano en el fuego por su sinceridad. Es la verdad personificada». Amundsen, por su parte, definió la expedición de su mentor como «el viaje en trineo más brillante de la historia de la exploración polar».

Solo pasaron cuatro días antes de que le discutieran la gloria de haber conquistado el polo norte. El 6 de septiembre, Cook asistía entre ovaciones a una cena en su honor en Copenhague cuando un hombre le entregó una nota que rezaba: «Peary dice: "Las barras y estrellas ondean en el polo"».

Si al médico le molestó que fuera su antiguo líder de expedición y actual archienemigo quien pretendía competir con él, no dejó que se notara. «Peary afirma haber llegado al polo», expresó Cook ante los periodistas, «¡y yo le creo!». Telegrafiaría más tarde al *Herald*: «Dos récords son mejor que uno». Cook estaba dispuesto a compartir los laureles, en particular porque su viaje se habría producido casi un año antes que el de Peary.

Tres días después, dos ilustres visitantes subieron a la habitación de Cook en el hotel Phoenix, en Copenhague. El primero era Otto Sverdrup, teniente de Nansen durante muchos años, que acababa de dirigir su propia expedición al Ártico a bordo del Fram. El segundo era Amundsen, que se hospedaba en el mismo hotel. Los dos antiguos camaradas del Belgica se abrazaron. Demacrado tras su viaje, Cook desapareció entre los brazos descomunales del noruego. Desde la última vez que se vieran, diez años antes, ambos habían alcanzado la fama con que soñaban en el Belgica.

Sverdrup y Amundsen habían acudido a felicitar al conquistador del polo norte. Cook, que desconocía qué consecuencias tendría el anuncio de Peary en las próximas semanas, recibió la visita como una muestra de apoyo y de aliento. Mientras la muchedumbre gritaba frente a la ventana de Cook, los tres hombres hablaron de viajes

pasados y futuros, en una improvisada reunión de leyendas de la exploración polar.

Tras conquistar el paso del Noroeste, Amundsen se situaba como el heredero más probable de Fridtjof Nansen. Desde entonces, había anunciado planes y recaudado fondos para una expedición que intentaría alcanzar el polo norte por el estrecho de Bering, emulando la histórica peripecia de Nansen a bordo del Fram a principios de la década de 1890. Como si quisiera pasarle el relevo, el propio Nansen le había permitido utilizar el mismo barco, robusto, con quilla en forma de cuenco. Con un poco de suerte, las corrientes en espiral que agitaban los hielos del Ártico dejarían a Amundsen lo suficientemente al norte como para recorrer el resto del camino con los perros que compraría en Alaska. Reconocía, no obstante, que los logros de Cook y Peary, tan próximos el uno del otro, habían desprovisto al polo norte de buena parte de su prestigio como trofeo geográfico. Estaría luchando por las sobras.

En la habitación del hotel, Amundsen interrogó a su antiguo maestro sobre las regiones más septentrionales de la Tierra, sobre las corrientes y el clima y las posibilidades de éxito. Cook estaba seguro de que su amigo lograría el objetivo, pero, percibiendo tal vez las dudas del propio Amundsen, le recomendó abandonar la idea. En el mejor de los casos, aspiraba a convertirse en el tercer hombre en llegar al polo. El doctor le instó a tomar una senda mucho más temeraria.

—El polo norte hay que descartarlo —le dijo, sin rodeos—. ¿Por qué no intentar el polo sur?

Amundsen no supo qué responder. Era una ideal que se le había pasado por la cabeza, pero no la había compartido con nadie. Sin embargo, llevaba tiempo flotando en el ambiente. A comienzos de ese año, Ernest Shackleton había establecido un nuevo récord de latitud meridional a menos de cien millas náuticas del polo sur, antes de darse la vuelta por falta de provisiones. La distancia relativamente corta que ningún humano había recorrido aún tentaba a Amundsen, pero todos sabían que Robert Falcon Scott, el compatriota y rival de Shackleton, estaba preparando una gran expedición para ser el primero en hacerlo.

Amundsen temía que, habiendo empezado antes y disponiendo de

una financiación generosa, Scott llevara las de ganar en una carrera desigual. Sin embargo, Cook le hizo ver a Amundsen que poseía una ventaja fundamental sobre el británico. «Scott no sabe viajar con perros», le dijo. «El exceso de carga será su perdición. Bien sabes que el polo sur solo puede alcanzarse con perros o con alas».

Había también un problema de protocolo. Amundsen sentía una deuda de honor —hacia los mecenas de la expedición, hacia el público en general y hacia Nansen— que le obligaba a cumplir la misión que había anunciado. Además, una vez declaradas sus intenciones, Scott debía tener prioridad en la carrera al polo sur, según las reglas no escritas del decoro polar. Sin embargo, Sverdrup defendía que la controversia reciente entre Cook y Peary, en la que ambos se adjudicaban la primera llegada al polo norte, había desbaratado los códigos. Una competición entre Scott y Amundsen fascinaría al público y traería aún más gloria al vencedor.

—Hagamos una carrera —dijo Sverdrup.

Amundsen sopesó el consejo de su amigo. Pronunció una última objeción, como si debatiera consigo mismo.

—El Fram no es un buen barco para los bravos mares del Sur —dijo—. Sin embargo, es lo que hay que hacer. Permitidme que lo piense.

Antes de partir, Amundsen arrancó un pedazo de papel con el membrete del doctor Cook, y allí, en su cuarto, le escribió una nota al administrador jefe danés para el norte de Groenlandia, al que le pidió cincuenta perros de tiro. Ya lo había decidido: no iría a Alaska.

Pese a estar dispuesto a compartir el honor del descubrimiento, Cook no logró evitar el conflicto con Robert Peary. Para este, que había hecho del polo norte la ambición de su vida, la gloria era un juego de suma cero. Su victoria dependía del fracaso de Cook. Que el doctor se hubiera atrevido siquiera a pretender el premio que Peary consideraba suyo por derecho suponía una afrenta imperdonable. Desde ese momento, Peary mantendría siempre que su antiguo compañero de viajes había mentido acerca de la llegada al Polo Norte. Cook, dijo, «solo había estafado al público».

Ninguno de los hombres ofreció pruebas incontestables de la conquista del polo, de modo que no resultaba posible contrastar datos

objetivos. La disputa se convirtió entonces en un agrio concurso de personalidad, celebrado sobre todo en las páginas de *The Herald* (que apoyaba a Cook) y *The New York Times* (que defendía la versión de Peary). Fue una guerra de desgaste de la que no salió indemne la reputación de ninguno de los dos. El ala de Peary —con mayores fondos, mejores contactos y más tenaz que la de Cook— terminó prevaleciendo. En un intento de exponer a Cook como un mentiroso compulsivo, los aliados de Peary localizaron a Ed Barrill, un guía de Montana que había acompañado a Cook en su segunda expedición al Denali. A cambio de una suma considerable, Barrill confesó que no habían alcanzado la cumbre. Afirmó que la imagen que adornaba el libro de Cook sobre esa expedición, *To the Top of the Continent*, era, en realidad, una fotografía recortada de un pico menor, a varios centenares de metros por debajo.

En diciembre de 1909, el geólogo, meteorólogo y oceanógrafo del Belgica —con frecuencia, el hazmerreír del barco—, Henryk Arctowski, intervino en la disputa publicando una serie de artículos devastadores en el periódico belga *La Métropole*. Pese a encomiar el ingenio de Cook, Arctowski ponía en duda su compromiso con la exactitud. «Más allá de sus innegables cualidades como explorador [...] Cook poseía una capacidad imaginativa decididamente excepcional», escribió el científico polaco, refiriéndose a las innovaciones médicas que se le habían ocurrido para combatir el escorbuto y la depresión a bordo del Belgica, así como a la audacia de su plan de huida de la banquisa antártica. No obstante, Arctowski se preguntaba si «Cook habría adquirido los conocimientos matemáticos y astronómicos necesarios para determinar correctamente la latitud y la longitud de un punto determinado del globo».

El honor de Cook recibió el golpe de gracia ese mismo mes en la Universidad de Copenhague. Al examinar las escasas pruebas astronómicas que el médico había entregado, las consideraron insuficientes para confirmar su llegada al polo norte. A Peary no se le sometió al mismo escrutinio, pero a esas alturas ya no importaba: para la historia, Cook quedaría retratado como un estafador. Y ese fue uno de los calificativos más suaves: también se dijo que era un «monstruo de la duplicidad» y un «farsante monumental». Los editores anularon las ofertas. El Explorers Club de Nueva York, del que Cook había sido

presidente, rescindió su membresía.

Con Amundsen al mando, el Fram zarpó de Noruega el 9 de agosto de 1910 y puso rumbo sur hacia Madeira. Era lo que todos esperaban, pues el noruego había declarado que su intención era doblar el cabo de Hornos para, desde allí, virar hacia el norte y entrar en el Ártico por el estrecho de Bering. Sin embargo, al llegar a Funchal, ya lejos de los prestamistas, se dirigió a sus hombres con un anuncio desconcertante. Se dirigirían al polo norte, sí, pero no sin antes tomar un desvío para alcanzar el polo sur. Iban a competir en una carrera contra Scott.

Los británicos no se esperaban ese cambio. Tampoco Nansen, quien, a sus cuarenta y ocho años, aún tenía la esperanza de conquistar el polo sur. Amundsen traicionaba a su héroe para lograr la gesta a la que se creía destinado, igual que doce años antes se había rebelado contra su admirado De Gerlache.

El Fram entró en el océano Antártico y llegó a la bahía de las Ballenas, en el mar de Ross, en enero de 1911. Había pasado más de una década desde que Amundsen contemplara el mar de hielo de la Antártida por última vez. Junto a sus hombres, construyó un refugio cerca del borde de la barrera de hielo de Ross. Permanecieron allí varios meses, alimentándose de los guisos de foca de Lindstrøm, deliciosos y antiescorbúticos, mientras se preparaban para el asalto al polo. El 19 de octubre, Amundsen, acompañado de cuatro hombres y cincuenta y dos perros, partió en dirección sur con trineo y esquís. Su objetivo se encontraba a mil trescientos kilómetros de distancia y una elevación de más de doscientos setenta metros. El camino lo bloqueaba una cresta de picos mucho más altos. En un primer momento, avanzaron a un ritmo cómodo de entre veinticinco y treinta kilómetros al día —unas cinco o seis horas de marcha— para dejar que los hombres y los perros se recuperaran por la noche. Su estrategia respecto a los trineos guardaba una gran semejanza con el plan que Cook trazara a bordo del Belgica, cuando la Orden del Pingüino pensaba alcanzar el polo sur magnético.

Pese a sentir un profundo afecto hacia los perros, Amundsen y su equipo sacrificaron regularmente a los más lentos, que servían de alimento al resto de la jauría, cuando no a ellos mismos. Este método,

tan eficaz como despiadado, que él mismo había concebido junto a Cook y Lecointe durante la expedición del Belgica, les permitió viajar ligeros de equipaje. De ese modo, cuando llegaron al polo sur el 14 de diciembre, se encontraban descansados, bien alimentados y sin síntomas de escorbuto.[38] Amundsen realizó una serie de observaciones con el sextante a lo largo del día, midiendo la altura del sol a medida que surcaba el cielo, y comprobó que habían alcanzado la latitud 90° sur.

«Resulta muy interesante ver cómo el sol recorre los cielos a la misma altitud, por decirlo de algún modo, de día y de noche», escribió. «Tengo la impresión de que somos los primeros en contemplar este curioso fenómeno». Esta apreciación, anotada en su diario, deja entrever que él también dudaba de que Cook o Peary hubieran llegado al polo norte, pues ambos habrían debido presenciar lo mismo. Puede que creyera que el polo norte seguía esperando a que alguien lo reclamara. La lista de récords polares que comenzara a bordo del Belgica había crecido considerablemente, y la hazaña que acababa de lograr le aseguraría un lugar permanente en el panteón de la exploración humana, pero en su contabilidad siempre había espacio para una nueva gesta.

Robert Falcon Scott se encontraba en ese momento a más de seiscientos cincuenta kilómetros por detrás de él, en dirección al polo por una ruta diferente. El testarudo capitán había decidido no utilizar —ni matar regularmente— perros de tiro en esas últimas etapas del trayecto, pues lo consideraba cruel y antideportivo. En su lugar, llevaba ponis siberianos (conocidos también como caballos de Yakutia) para transportar el equipo por las montañas transantárticas. Al contrario que los perros, que liberan la humedad al jadear, los ponis sudan abundantemente con el esfuerzo. Golpeados por el viento incesante de las montañas, a temperaturas bajo cero, el sudor de los animales se congelaba. Incapaces de dar un paso más, Scott se vio obligado a matar a los ponis que le quedaban, de forma que los cinco exploradores tuvieron que arrastrar unos trineos cargados en exceso a lo largo de cientos de kilómetros, un viaje extremadamente arduo que les dejó exhaustos y famélicos, con síntomas de congelación y de escorbuto incipiente. Scott y sus hombres llegaron al polo el 17 de enero de 1912. El lugar, un punto meramente teórico en esa extensión

de blancura infinita, inerte y anodina, estaba señalado por una imagen que les provocó escalofríos: una tienda de lona cónica sobre la que ondeaba la bandera roja, blanca y azul de Noruega.

«Lo peor ha sucedido», escribió Scott en su diario. «¡Dios mío! Es un lugar horrible».

En el interior de la tienda, encontró una nota de Amundsen:

> Querido capitán Scott:
>
> Como es probable que sea usted el primero en encontrar este lugar después de nosotros, me permito pedirle que envíe esta carta al rey Haakon VII. Si algo de lo que hemos dejado en la tienda pudiera serle de utilidad, no dude en tomarlo. Con mis saludos afectuosos, le deseo que regrese en las mejores condiciones.
>
> Sinceramente suyo,

Scott admiró, celoso, la tienda vacía, diseñada para esquivar el viento. Era el símbolo de su derrota. Su existencia, la nota y las provisiones que había en el interior le parecieron un gesto de cruel compasión por parte de su rival. No podía saber que se trataba del homenaje que Amundsen le brindaba a su amigo y mentor: el diseño de la tienda era de Cook, idéntica a la que habían fabricado para que la Orden del Pingüino atravesara el mar de hielo en el invierno de 1898. Era la manera en que el noruego llevaba a Cook al polo sur.

La expedición británica permaneció varios días en el polo antes de regresar. Azotados por las ventiscas, atormentados por la congelación y golpeados por un cúmulo de infortunios, el viaje de vuelta fue lento y penoso. Scott y sus compañeros murieron de frío y hambre a finales de marzo de 1912, a solo diecisiete kilómetros del lugar en que se encontraba la siguiente reserva de comida.

Cuando los periódicos y la comunidad científica se volvieron contra él, Cook decidió apelar directamente a la sociedad estadounidense. Se convirtió en un habitual en los circuitos del vodevil y recorrió el país entero para contar su versión de la conquista del polo norte. Ciudad tras ciudad, compartía el escenario con magos, bailarines exóticos, domadores de fieras y espectáculos de *minstrel*, realizando funciones muy entretenidas, remedos de conferencias científicas en las que animaba al público a silbar cada vez que se mencionaban los malvados embustes propagados por Peary y la prensa. Sin embargo, aunque la adulación le embriagaba, en algún momento debió comprender que muchos de esos aplausos eran irónicos. Se había convertido en el hazmerreír de la nación.

Los días de exploración habían terminado para él. Pocos mecenas se arriesgarían a financiar a un sospechoso de fraude y ya se había gastado gran parte de la fortuna de su esposa en las expediciones. A finales de la década de 1910, tentado por el *boom* del petróleo, trató de rehacer su vida dentro de la nueva industria, primero en Wyoming y después en Texas, afirmando que su experiencia como explorador polar le hacía experto en geología. Se encontró en Fort Worth, en un ambiente plagado de intrigantes, especuladores y artistas del engaño,

y se dio cuenta de que encajaba perfectamente. Aprovechó su notoriedad. En el negocio petrolífero había tanta incertidumbre y especulación que las empresas buscaban el prestigio de una figura respetable, o que, al menos, lo pareciera (por ejemplo, una empresa petrolífera de Texas colocó en un lugar destacado de sus folletos a un hombre que se hacía llamar general Robert A. Lee, un conserje de juzgado cuyo único mérito en el escalafón de la fama era el de parecerse ligeramente al auténtico general Robert E. Lee).

En 1919, Cook fundó la Texas Eagle Oil Company, convirtiéndose en el principal accionista y reinvirtiendo la mayoría de sus ganancias en ella, pero no halló petróleo en la zona, donde la competencia era feroz. Como siempre que encontraba obstáculos aparentemente insalvables, sin embargo, no se echó atrás y buscó formas ingeniosas —aunque no del todo honestas— de seguir adelante. Formó la Asociación de Productores de Petróleo (PPA por sus siglas en inglés), y adquirió por muy poco dinero más de trescientas empresas en bancarrota, esperando que alguna de ellas diera con un pozo y sufragara el conjunto. Hasta entonces, no obstante, necesitaba accionistas que le permitieran mantenerse a flote.

Cook y su equipo redactaron floridos anuncios prometiendo beneficios millonarios a los inversores. Enviaron cartas en su nombre a los accionistas de las compañías en quiebra o en graves dificultades de la PPA y les ofrecieron convertir sus acciones en participaciones en la empresa de Cook por veinticinco centavos el dólar, lo que uno de sus detractores describiría después como un «gigantesco esquema de manipulación de acciones». Para ganarse la confianza de los destinatarios, Cook mencionaba su experiencia en los confines de la Tierra:

> Mi vida no ha sido un camino de rosas; he soportado penurias desde el Polo Norte a los límites del hemisferio sur, duras pruebas sin premio, con el único objetivo de extender la civilización y ayudar al progreso de la humanidad; así me dirijo a usted, poniendo como garantía cierta las estadísticas mencionadas, mi palabra de honor y mi reputación como hombre. Mi propósito es el de ayudarle, consciente de que ningún hombre y ninguna mujer pueden construir el éxito financiero sin inversiones.

En un primer momento, la táctica funcionó, y a la PPA le llovió el

dinero. En diciembre de 1922, sus empresas se valoraban en 380.861.000 dólares. Sin embargo, Cook se gastaba el dinero más rápido de lo que lo conseguía, en gran medida para financiar las lujosas oficinas que la compañía había abierto en Fort Worth. Como apenas tenían ingresos petrolíferos, empezó a vender nuevas acciones para pagar los dividendos mensuales a los accionistas. Creía que los pozos de petróleo terminarían salvándole. La realidad era que ese proceder no se diferenciaba mucho de una de las mayores estafas financieras de la historia de Estados Unidos, conocida por el nombre de su creador, Charles Ponzi, que había sido condenado dos años antes.

En abril de 1923, Cook fue imputado por varios delitos de fraude. El fiscal federal esgrimió que el único propósito de la PPA era obtener el listado de los accionistas de las compañías petrolíferas en bancarrota, con el objetivo de engatusarlos para que invirtieran en una nueva empresa (se trataba de una técnica habitual durante la era del *wildcat banking*, en el siglo XIX: en aquella época, las llamadas «listas de inocentones» —datos de víctimas potenciales a las que los promotores petrolíferos enviaban una publicidad exagerada o, directamente, fraudulenta— eran tan valiosas como el oro negro).

El juicio tuvo a la nación en vilo varios meses. El argumento principal de la defensa de Cook fue que solo podían culparle de optimismo. Esa virtud, que le había resultado muy útil en la banquisa antártica, era hoy su perdición. Había puesto todas sus esperanzas en que la empresa encontraría petróleo en algún momento; había invertido en ellas, de hecho, todo el dinero que tenía. Sin embargo, no convenció al juez federal, John M. Killits, un hombre del Medio Oeste, serio e intransigente, que calificó a Cook de Maquiavelo del siglo XX, le multó con doce mil dólares (de los que Cook aseguró no disponer) y lo condenó a catorce años y nueve meses de prisión, la sentencia más dura jamás pronunciada para un delito de esta índole. La fama de Cook hizo que el juez utilizara su caso para dar ejemplo. Sin embargo, era como si se le estuviera condenando por un delito moral mayor. La sentencia de Killits parecía implicar que lo castigaba por burlarse del pueblo estadounidense durante tanto tiempo. La pena era tanto por el petróleo como por lo ocurrido en Denali y en el polo norte.

El 6 de abril de 1925 transfirieron a Cook de la cárcel de Fort

Worth al centro penitenciario de Leavenworth. Todos los testimonios coincidían en que se trataba de un preso modelo, salvo por la molesta costumbre de no bañarse más que una vez a la semana, afirmando que el baño abría los poros y favorecía las enfermedades, lo que en ningún caso estaba comprobado. Se aficionó al bordado y, como en todo lo que se proponía, llegó a dominarlo a la perfección. «El resultado de esta labor me resulta hoy tan valioso como mis mejores logros literarios», escribió (en una ocasión, el guarda envió los diseños florales de Cook, anónimamente, a un concurso estatal; ganó el primer premio, venciendo a las amas de casa de Kansas). Más tarde, se convertiría en el editor jefe y redactor principal del *Leavenworth New Era*. Bajo su dirección, el semanario de la prisión pasó a llamarse *The New Era* y obtuvo seguimiento nacional (uno de sus suscriptores fue el influyente editor y crítico literario de Baltimore H. L. Mencken). Los temas que trataba mostraban el alcance inagotable de su curiosidad, que se extendía de asuntos lingüísticos a la calvicie masculina. El periódico se convirtió en una plataforma desde la que Cook pudo difundir las múltiples teorías poco convencionales que había desarrollado a lo largo de su vida. En un artículo, por ejemplo, le daba una vuelta de tuerca a la idea de la «nueva arca» que Amundsen y él habían urdido a bordo del Belgica, y planteaba que había suficientes pingüinos en la Antártida para acabar con el hambre en el mundo, que su guano podía fertilizar los cultivos de todo el planeta y que cuidar de ellos daría trabajo a un gran número de personas.[39] En otro, el doctor sugería que la ropa era contraproducente, pues impedía a los habitantes del mundo civilizado absorber los nutritivos rayos del sol; había que aprender de las *flappers*, las jóvenes de la época con sus pronunciados escotes, cuyo estilismo iba en la buena dirección. O, más aún, de los pueblos que había estudiado en Tierra del Fuego muchos años antes, propensos a la desnudez.

Durante la condena, se le encargó que cubriera el turno de noche en el hospital de la prisión. No era el único médico encarcelado. Había muchos más, jóvenes y conocedores de los últimos avances clínicos, pero la mayoría tenían prohibido ejercer la medicina —incluso en prisión— tras violar la Ley Harrison de Narcóticos de 1914, que regulaba la distribución de opiáceos y cocaína y criminalizaba a los médicos que los recetaran irresponsablemente. Dado que los delitos de

Cook eran ajenos a la práctica médica, fue elegido médico residente nocturno, una posición que no le parecía a la altura de sus cualificaciones, pero que le permitía conservar un atisbo de dignidad.

A Cook se le daba muy bien su trabajo. Era el momento álgido de la Ley Seca, pero en Leavenworth los heroinómanos y los opiómanos superaban en número a los alcohólicos y los contrabandistas. En las paredes de la prisión resonaban cada noche los gritos agónicos de los adictos que soportaban a duras penas la abstinencia. Uno tras otro, los presos suplicaban al médico que les proporcionara un chute o, al menos, un sedante. Siguiendo la política de Leavenworth, Cook ignoraba sus ruegos. Entre los pacientes había también hombres que padecían un tipo de anemia que él llamaba la «palidez de la prisión». Las condiciones bajo el mando del alcaide William Biddle eran deplorables, y los prisioneros se quejaban de hacinamiento, abusos físicos y escasez de una comida que resultaba, además, incomestible. Muchos tenían las encías descoloridas, uñas quebradizas y dientes flojos, síntomas en los que el doctor reconocía perfectamente los efectos del escorbuto. El tratamiento que prescribía en tales casos era similar al que había recetado a la tripulación del Belgica: ejercicio regular, una dieta de alimentos sin cocinar (carne cruda incluida) y exposición prolongada a los rayos del sol. Como descubrieran los oficiales y la marinería del Belgica mucho antes, Cook poseía un efecto calmante, casi hipnótico, sobre la gente. Eso podía explicar por qué sus pacientes respondían tan bien a sus remedios heterodoxos.

Tras la experiencia en el Belgica, Cook seguía siendo un devoto del sol. Estaba convencido de que podía curarlo casi todo, de que era el mejor remedio contra la desolación provocada por el frío y la oscuridad. Y en su actual estado mental, Leavenworth era el lugar más frío de la Tierra.

El 19 de enero de 1926, informaron a Cook de que tenía visita. Hasta ese momento, el preso se había negado a recibir a familiares o amigos en la prisión, pero este no era un visitante cualquiera. Si el encarcelamiento representaba en el alma de Cook la larga noche polar, Roald Amundsen era el sol. El explorador noruego estaba de gira por Estados Unidos para preparar su próxima expedición, un vuelo en dirigible sobre el Polo Norte, y había hecho escala en Kansas

para abrazar a su antiguo camarada en esos momentos difíciles.

Se sentaron en un banco, uno junto a otro. Amundsen tomó la mano de Cook y no la soltó.

—Aunque el mundo entero esté en tu contra, yo tengo fe en ti como hombre —le dijo, para empezar—. Quiero que lo sepas.

Cook tampoco retiró la mano de la de Amundsen en toda la conversación. Hablaron de la época del Belgica, de qué miembros de la tripulación seguían vivos y cuáles habían muerto. Comentaron el vínculo entre las aventuras que corrieran juntos en la Antártida y la hazaña de Amundsen en el polo sur.

También hablaron de mujeres:

—Eres un soltero empedernido —bromeó Cook—. ¿No hay ninguna mujer en tu vida?

Cook esbozó lo que creía que era una sonrisa pícara, pero el rostro de Amundsen se volvió lúgubre.

—Supongo que tendría que casarme. Después de este viaje [...]. Me casaré y saldré de nuevo de exploración.

Cook comprendió que los años habían endurecido a Amundsen. La enemistad que le profesaba la prensa británica, propagando que había conseguido su victoria sobre Scott mediante engaños, había hecho mella en su reputación. Algún tiempo después, en 1913, se suicidó uno de los miembros de la expedición, Hjalmar Johansen, a quien Amundsen había impedido formar parte del equipo que se dirigió en trineo al polo sur como castigo por una supuesta insubordinación, lo que ensombreció aún más su gran logro. Su intento de alcanzar el polo norte a bordo del Maud, un barco diseñado especialmente para dejarse llevar por el hielo ártico, había resultado un fracaso humillante, como una secuela ridícula de su gloriosa expedición al polo sur.

En lo personal, esos años no habían sido mucho más felices. Los constantes problemas financieros le habían hecho enemistarse con grandes amigos, además de con su hermano y representante, Leon. Al regresar de la expedición del Maud, le acompañaban dos niñas inuits: Kakonita, de cuatro años, sin madre, a la que adoptó, y una niña algo mayor llamada Camilla. Se había encariñado con ellas y pretendía proporcionarles una vida mejor en Noruega. Sin embargo, tuvo que mandarlas a vivir con la familia de Camilla, en Rusia, debido a sus problemas económicos. Había sido una década de desengaños.

En 1925, no obstante, parecía que la suerte volvía a sonreírle. En la primavera de ese año, se había aventurado al Polo Norte, junto a un explorador y hombre de negocios estadounidense llamado Lincoln Ellsworth, con dos hidroaviones Dornier-Wal. Tras varias semanas sin contacto con ellos, el mundo se hizo a la idea de que los aviones y los seis hombres que los tripulaban se habían perdido en el Ártico. En realidad, los aparatos habían aterrizado en el hielo a doscientos cincuenta kilómetros del polo (lo que aún constituye la máxima latitud septentrional alcanzada por aire: Amundsen añadió ese a su lista mental de récords, que parecía ya infinita). La manera en que lograron que uno de esos aviones volviera a despegar se cuenta entre las proezas más admirables y desconocidas de la carrera de Amundsen: para abrir una pista de despegue, hubo que retirar unas seiscientas toneladas de nieve con unas palas muy pequeñas. En términos de trabajo invertido en relación a la escasa probabilidad de éxito, es probable que se trate de su segunda mayor proeza, solo por detrás de la épica huida del Belgica de la banquisa antártica en 1899.

Amundsen le relató esta aventura a Cook, que por unos instantes se encontró muy lejos de la prisión fría y húmeda de Leavenworth: en una cabina de mando, junto a su amigo.

—Ojalá pudieras acompañarnos en el próximo viaje. Vamos a cruzar el polo por aire —le dijo Amundsen.

Pese a que la experiencia de Amundsen en las regiones polares era ya más amplia y reciente que la de Cook, le pidió a su antiguo mentor opinión sobre la importancia científica de sobrevolar los polos. Era una forma de halago. El médico, que llevaba casi una generación sin acercarse a los círculos polares, prefería los métodos de su época.

—Cuando un hombre se acostumbra a volar, pierde la perspectiva bípeda —dijo Cook—. Que es la base para mirar el mundo.

En opinión de Amundsen, en cambio, la altitud podía proporcionar una visión general bastante útil y quizá permitiría confirmar la supuesta llegada de Cook al polo norte.

—En nuestro último vuelo, antes de descender —dijo—, tuvimos visión casi hasta el polo y pudimos evaluar las condiciones generales. Todo lo que vi confirma tu testimonio. La ausencia de tierra, el color particular del cielo y del hielo, la falta de icebergs, el carácter del mar de hielo y la dirección de la deriva.

Cook sonrió, compungido. La validación de Amundsen lo era todo para él. Nunca dejó de afirmar que había llegado al polo norte.

Hablaron del sufrimiento que ambos habían padecido a manos de una prensa sin escrúpulos y de un público voluble. Tal vez para evitar que les escucharan guardias entrometidos, Amundsen se dirigió al médico en francés.

—El destino se ha cebado con nosotros —le dijo—. De la más profunda pobreza a la cumbre de la gloria. De breves destellos de éxito gracias a esfuerzos enormes al flagelo de la condena. Durante años me he preguntado cómo lo soportabas. Yo he sufrido lo mismo, tal vez con menos puñaladas, pero con el mismo dolor de la envidia.

Amundsen prosiguió en lo que Cook describió como el idioma del Belgica, una mezcla, en este caso, de flamenco, alemán y noruego:

—Hay algo que une a la lengua y al arpón. Ambos pueden abrir heridas dolorosas. El corte de la lanza se cura. El de la lengua se pudre.

Cook se emocionó ante la fuerza de esos sentimientos. Viendo cómo a su compañero se le llenaban los ojos de lágrimas, lloró también.

—Los hombres te han apuñalado en las sombras —continuó Amundsen—. A mí me han apuñalado a plena luz.

Se quedaron en silencio. Amundsen apretó la mano de Cook y contempló por la ventana el cielo mustio del invierno.

—No soporto verte aquí —dijo—. Cuídate. Pon por escrito todos tus recuerdos y ordena tus notas. Ambos hemos visitado el infierno muchas veces ya. Es un lugar muy frío. Sin embargo, gracias a esa oscuridad, el brillo será mayor cuando salgas.

—Me hace muy feliz oírte decir eso —dijo Cook—, pero, Amundsen, ahora se me acusa de tener demasiada imaginación.

—No te vengas abajo. Solo los necios hablan así.

Una hora después, Amundsen se levantó, abrazó a Cook una última vez y se despidió en noruego.

Como un resplandor crepuscular, el recuerdo de esa visita templaría el alma de Cook el resto de su estancia en Leavenworth. El primer arrebol tras la larga noche antártica: Amundsen le había llevado esperanzas y fuerzas renovadas. Empezó a escribir sus memorias, en las que incluyó un largo capítulo dedicado por completo

a su camarada del Belgica. Tituló el manuscrito «El infierno es un lugar muy frío» y se lo dedicó a Amundsen.

Este diálogo pertenece a ese manuscrito no publicado. Hay en él algo extraño. Los largos soliloquios de Amundsen (se extienden durante varias páginas), llenos de metáforas, se parecen mucho más a la prosa florida de Cook que a la voz brusca y seca del noruego. Varios de los pasajes fuerzan el límite de lo creíble: ¿cómo podría Amundsen, por ejemplo, expresar una frase tan enrevesada como el aforismo lengua/arpón en tres idiomas, de los cuales Cook solo comprendía uno? ¿Por qué iba a hablar en francés si sabía que, tras veinte meses en una expedición belga, Cook apenas conocía un par de palabras? Más aún, la frase «el infierno es un lugar muy frío», que se le atribuye a Amundsen, aparece en diversas ocasiones a lo largo de las memorias de Cook, cada vez en boca de una persona diferente (el propio Lecointe la pronunció en una ocasión, presuntamente, durante los duros meses en el Belgica).

El lector no puede evitar preguntarse hasta qué punto los recuerdos de Cook sobre aquella visita son ciertos. Hay algo seguro: el profundo afecto que sentía hacia Amundsen —igual que Amundsen hacia él— queda fuera de toda duda. Sin embargo, como tantos aspectos de la vida de Cook en los años posteriores al Belgica, es casi imposible distinguir la realidad de la ficción, sobre todo en lo que respecta a sus supuestas hazañas.

Las pruebas parecen indicar que lo más cerca que Cook estuvo del polo norte fue a varios cientos de kilómetros.[40] Sin embargo, nunca podremos saberlo a ciencia cierta: resulta, en última instancia, indemostrable. Tampoco está claro hasta qué punto la relación escurridiza que Cook mantenía con la verdad es consecuencia de su malicia. Tal vez creía haber llegado al polo. Tal vez pensó que merecía haberlo hecho, tras el innegable heroísmo del trayecto.

Cook constituye la quintaesencia del espíritu estadounidense, siempre en los terrenos pantanosos que separan el optimismo del delirio, la osadía de la falsedad, la imaginación del embuste. Ese espíritu fue el que le permitió escapar de la miseria de su infancia y le infundió una curiosidad y un ingenio inagotables. El que le llevó a recetar tratamientos innovadores a la tripulación del Belgica, sin

ninguna prueba de su eficacia, y a imaginar una forma de huir de la banquisa jamás puesta en práctica. Y fue también el espíritu que le convenció de que podía alcanzar el polo norte y la cima del Denali y hacerse rico en Texas, hasta el punto de, tal vez, tergiversar los hechos cuando no lo consiguió.

Si no podemos fiarnos de la transcripción que hace Cook del encuentro con Amundsen, pues parece reconstruida caprichosamente para apoyar la tesis de su llegada al polo, sí podemos contrastarla con la versión del propio Amundsen. Varios días después del encuentro en Leavenworth, la gira de conferencias del noruego le llevó a Fort Worth, donde un corresponsal de *The New York Times* le entrevistó.

Las noticias nacionales se habían hecho eco de la visita de Amundsen al centro penitenciario. Que un explorador de su talla se dignara a encontrarse con el conocido farsante Frederick Cook abría de nuevo la controversia sobre el polo norte.

El periodista quiso conocer sus impresiones sobre Cook y de qué habían hablado.

—Pobre hombre, está mayor, está agotado —dijo Amundsen—. No me comentó nada sobre su condena, solo hablamos de los viejos tiempos y de mi reciente viaje en avión al Ártico. Me dijo que estaba feliz y que pasaba el tiempo haciendo bordados. ¡Qué pena! ¡Qué pena!

Amundsen añadió que no sabía si Cook merecía estar entre rejas, pues no había seguido el caso. Se explayó más, sin embargo, al referirse a la valía de Cook como explorador.

—Para mí siempre fue un genio. Cuando éramos jóvenes y viajamos juntos en una expedición belga a la Antártida, dije que el doctor Cook era el único hombre capaz de alcanzar el polo norte […]. Cook era el mejor explorador que he conocido.

¿Qué quería decir? ¿Que Cook había llegado al polo?

—En mi opinión, su versión es igual de plausible que la de Peary […]. Quizá ninguno de ellos alcanzara el polo; en todo caso, me parece que la afirmación del doctor Cook tiene tanto sentido como la de Peary.

Amundsen encontraría motivos para lamentar su imparcialidad casi de inmediato. Cuando afirmó que Cook y Peary tenían el mismo derecho

a reivindicarse descubridores del polo, la Sociedad Geográfica Nacional —que había apoyado a Peary en la controversia y siguió defendiéndole firmemente tras la muerte del explorador en 1920— retiró la invitación a Amundsen, que debía dirigirse a la organización para hablar de su próximo vuelo polar.

Amundsen arguyó que habían transcrito erróneamente sus palabras. Lo que preocupaba a la Sociedad Geográfica Nacional era la insinuación de que tanto Cook como Peary habían alcanzado su objetivo, lo que supondría que el médico lo había hecho en primer lugar. Sin embargo, la frase más relevante era la que planteaba la posibilidad de que «ninguno de ellos alcanzara el polo». No era una frase inocente. Al sembrar dudas sobre ambos, Amundsen aumentaba astutamente la expectación ante su próximo viaje.

En la primavera de 1926, Amundsen subió al dirigible Norge con un equipo de dieciséis hombres, entre los que estaban Lincoln Ellsworth y el piloto y diseñador de la aeronave, el italiano Umberto Nobile, que insistió en llevar consigo a Titina, su bulliciosa perrita faldera. El Norge alcanzó el polo el 12 de mayo de 1926 y se mantuvo sobre la zona el tiempo suficiente para que Amundsen, Ellsworth y Nobile dejaran caer, respectivamente, una bandera noruega, una estadounidense y una italiana.

Hacía solo tres días que el piloto estadounidense Richard Byrd había regresado de un vuelo sobre el Ártico en un monoplano trimotor, durante el que, según afirmaba, había sobrevolado el polo norte. Desde el momento en que aterrizó, se puso en duda su testimonio. Los últimos estudios de su diario han dado la razón a los escépticos, demostrando que Byrd intentó borrar los datos del sextante que contradecían el informe redactado posteriormente y que le ubicaban a gran distancia de su objetivo. Del mismo modo, ya en los años ochenta, la Sociedad Geográfica Nacional analizaría documentos recién descubiertos acerca de la marcha de Robert Peary por el Polo Norte en 1909 y concluiría que lo más probable es que él también hubiera falsificado los datos. Así, según el consenso general, ni Cook, ni Peary ni Byrd alcanzaron el polo. El honor le pertenece, por tanto, a Amundsen.

Él había ondeado la bandera noruega sobre los polos y abierto el paso del Noroeste. Sus logros habían superado hasta los sueños más

improbables de su niñez, sobrepasando las hazañas de sus héroes: Nansen, Franklin, su propio padre. Sin embargo, descubrió que la sed no se calmaba nunca. No lloró cuando ya no quedaron tierras que conquistar; en su lugar, se llenó de rabia. Se dio la vuelta, de espaldas al horizonte, y contempló la larga estela de enemigos que había dejado tras de sí.

En otoño de 1927, Amundsen publicó *My Life as an Explorer* [Mi vida de explorador], una obra desigual, cargada de rencor: más ajuste de cuentas que autobiografía. En ella, saca a la luz su desprecio hacia Nobile, al que considera un dandi vanidoso e imprudente que tuvo la osadía de pedir idéntico reconocimiento por el éxito del Norge. Arremetió contra la decisión de la Sociedad Geográfica Nacional al castigarle por su lealtad hacia Cook. Cargó también contra los británicos que le acusaron de haber vencido a Scott en el Polo Sur por medios deshonestos, calificándoles de «raza de malos perdedores».

La ira del noruego alcanzaba incluso los años de expedición del Belgica. Reservaba un rencor especial hacia De Gerlache, al que nunca perdonó el contrato que había firmado con la Real Sociedad Geográfica Belga excluyéndole de la sucesión del mando en caso de que los líderes fallecieran. Cuando De Gerlache y Lecointe decidieron adentrarse en la banquisa a principios del invierno, escribió, «no pudieron cometer un error más grave». Afirmaba que él se había opuesto desde el principio a la decisión de invernar en el hielo (las entusiastas entradas en su diario de aquellos días lo contradicen) y que había terminado por asumir el mando de la expedición cuando De Gerlache y Lecointe enfermaron de escorbuto (lo que tampoco es cierto, en ningún sentido).

El apoyo que Amundsen le había brindado a Cook, seguido poco después de la publicación de *My Life as an Explorer*, dañó aún más la reputación del noruego y, por extensión, la de todo el país. La furia de Mussolini por las palabras del explorador contra Nobile y el pueblo italiano era tolerable. Más problemática resultó la reacción de Gran Bretaña, uno de los aliados más próximos de Noruega. Pidieron al antiguo héroe de Amundsen, Fridtjof Nansen —a la sazón, respetado académico, hombre de Estado y ganador del Premio Nobel de la Paz—, que interviniera para suavizar las relaciones.[41]

«No entiendo la conducta general que ha mostrado Amundsen

últimamente; han sucedido cosas fuera de lo común y la única explicación que puedo suponer es que no se encuentre en las mejores condiciones», le escribió Nansen al vicepresidente de la Real Sociedad Geográfica, Robert Mill. «Mi impresión actual es que está fuera de sí y ya no es responsable de sus acciones [...]. Me parece que muestra varios e inequívocos signos de algún tipo de locura».

La evaluación no era un diagnóstico profesional (aunque Nansen poseía un doctorado en neurología), sino un intento de limitar daños. No obstante, dejaba claro que el Amundsen de 1927 era un hombre muy distinto —atormentado, paranoide— al joven aventurero que Nansen había conocido en la cubierta del Belgica treinta años atrás.

La locura polar que Amundsen podía padecer era de naturaleza muy distinta a la demencia que se había apropiado de Tollefsen y Van Mirlo y que afectaría a muchos otros exploradores y personal de bases científicas en los polos desde entonces. No venía provocada por las violentas fuerzas externas de esas zonas remotas, sino por las feroces pulsiones internas —ambición, competitividad, perseverancia, el deseo casi masoquista de ponerse a prueba— que le habían impulsado a conquistar tales lugares. Unas pasiones que no se sosegaron solo porque hubiera completado sus propósitos geográficos.

El comportamiento que Nansen calificaba de «locura» era lo que Amundsen habría descrito como mera defensa del honor. Su carácter frío y taciturno escondía una sensibilidad poética. Guiaba su vida por un código de honor prácticamente caballeresco, uno que quizá no concordaba con los estándares de la vida contemporánea. Poco después de que se publicara *My Life as an Explorer*, tendría la oportunidad de demostrar su compromiso con ese código. El 25 de mayo de 1928, le informaron de que el dirigible Italia, en el que Nobile quiso volver al Polo Norte, había desaparecido en el viaje de regreso. Sin pensarlo dos veces, Amundsen se ofreció a ir en busca de su archirrival. Mussolini le hizo saber que sus servicios no eran necesarios. Sin embargo, el gesto noble del noruego pretendía salvar a Nobile tanto como rescatar su propia leyenda. El hecho de que el italiano y él fueran enemigos solo añadía magnanimidad a su acción.

Dos semanas después, los supervivientes del accidente del Italia consiguieron establecer comunicación por radio con el barco de apoyo

italiano Città de Milano, que navegaba cerca de la bahía del Rey. Nobile y ocho hombres, la mayoría heridos, estaban atrapados en el mar de hielo al norte del archipiélago de Svalbard. Había siete hombres muertos o desaparecidos (Titina, la perra de Nobile, había salido indemne). Entonces, pese a que había varios intentos de rescate en marcha, Amundsen vio la oportunidad de elevar aún más su figura, a los cincuenta y cinco años. También, quizá, de contemplar el hielo por última vez. Antes de partir, le dijo a un periodista italiano:

—¡Oh! Si supiera lo maravilloso que es ese lugar. Es allí donde quiero morir y espero que la muerte me alcance de forma caballerosa, que me encuentre durante la ejecución de una gran hazaña de forma rápida, sin sufrimiento.

El 18 de junio, Amundsen y un equipo de cinco personas se subieron al hidroavión francés Latham 47, que les esperaba en Tromsø, en el Ártico noruego. El motor rugió al encenderse, la hélice giró y el avión comenzó a deslizarse sobre el agua. Se elevó en el aire y giró hacia el norte, en dirección al mar de Barents. Esa sería la última vez que el mundo contempló a Roald Amundsen.

Hasta el momento, no se han encontrado restos del avión ni de los hombres. A Nobile, al final, consiguieron rescatarlo.

Cook obtuvo la libertad provisional en 1930, cuando llevaba cumplida aproximadamente la mitad de su condena. A los sesenta y cuatro años, casi ciego de un ojo, no tenía el cuerpo para más aventuras. Poco después de salir, concedió una entrevista a un periodista independiente, llamado William McGarry. En un momento, McGarry le preguntó qué pensaba sobre el destino de Amundsen.

—Es muy posible —respondió Cook— que Roald Amundsen siga vivo. Puede que alcanzara la costa norte de Groenlandia, o la tierra de Francisco José. Si lo hizo, podría pasar allí el resto de sus días. A pie, era el mejor de todos los exploradores polares y, de haber acabado en una región donde hubiera suficiente caza, no tendría ninguna dificultad para sobrevivir por sus propios medios.

Al recordar los viajes con su amigo, el anciano se dejó ir, a la deriva, flotando en un témpano de la memoria, por la banquisa del mar de Bellingshausen.

---

[35] En 1981, una antigua auxiliar de enfermería llamada Ingvar Ambjørnsen publicó *23-salen*, un testimonio apenas encubierto donde explicaba lo que sucedía en el asilo, con vívidas descripciones de pacientes amarrados con cinturones a la camilla, desatendidos, revolviéndose entre sus propios excrementos; de los gritos espeluznantes que resonaban por los pasillos. Provocó un escándalo en Noruega y, poco después, varios edificios del hospital fueron clausurados. Las instalaciones abandonadas, decrépitas y morbosas, se convirtieron en un lugar de peregrinación para los amantes de las emociones fuertes y de lo macabro y lo paranormal. Hoy, la institución ha sido demolida, salvo por los dos edificios originales, que se han convertido en apartamentos de lujo.

[36] Cuando la banquisa arrastró a Shackleton y sus hombres hacia el norte, a la deriva, durante casi cinco meses, estos tuvieron que realizar un viaje de siete días hasta la isla Elefante a bordo de los botes salvavidas del Endurance. Desde ahí, Shackleton y cinco de sus hombres navegaron en busca de ayuda en el más resistente de todos, el James Caird, una distancia de setecientas veinte millas náuticas por aguas embravecidas, hasta la isla Georgia del Sur. Esos dieciséis días de viaje son una de las hazañas más impresionantes de la historia de la exploración polar.

[37] Al cambio de 2020, unos tres millones de dólares.

[38] Además, si Amundsen y sus hombres evitaron que la nieve les cegara, fue gracias a unas gafas similares a las que Cook había fabricado a partir de los diseños de los inuits, que utilizaban filtros fotográficos como lentes.

[39] Tiempo después, enviaría al primer ministro danés Thorvald Stauning una extensa propuesta para reubicar pingüinos en Groenlandia.

[40] Robert M. Bryce, autor de *Cook and Peary: The Polar Controversy, Resolved* [Cook y Peary: La controversia polar, resuelta], una obra extremadamente exhaustiva, es quien mejores argumentos ofrece para afirmarlo.

[41] Desde 1921 hasta su muerte en 1930, Nansen trabajó como alto comisionado para los refugiados en la Liga de Naciones. Durante ese periodo, organizó la distribución de los llamados pasaportes Nansen, un documento reconocido internacionalmente que permitió a cientos de miles de nuevos apátridas cruzar las fronteras nacionales para buscar asilo.

Nota del autor

La primera vez que oí hablar de la expedición del Belgica fue en la primavera de 2015, mientras perdía el tiempo sentado ante mi escritorio, en la redacción de la revista *Departures*. Hojeaba el último número de *The New Yorker* cuando un titular me sorprendió: «Moving to Mars» [Mudarse a Marte]. El texto hablaba de un experimento que estaba desarrollándose en el volcán Mauna Loa, en Hawái —con toda probabilidad, el lugar del planeta cuyas condiciones guardan más parecido con las de Marte—, que había confinado a seis voluntarios en un domo geodésico para estudiar dinámicas de grupo. Lo financiaba la NASA, como una preparación para futuras misiones al planeta rojo. El autor, Tom Kizzia, introducía la historia de manera insólita, algo habitual en *The New Yorker*. Empezaba hablando de una expedición que había tenido lugar ciento veinte años antes, la de los primeros hombres que sobrevivieron a un invierno en la Antártida. Kizzia mencionaba el «paseo de los locos» alrededor del barco, un calificativo que me llamó la atención de inmediato. Me interesó la posible conexión entre el Belgica y la exploración espacial, pero lo que realmente me fascinó fue el carácter del médico, Frederick Albert Cook —famoso por ser uno de los charlatanes con menos escrúpulos de Estados Unidos—, que había salvado de la catástrofe a la expedición gracias a un ingenio inagotable. Siempre me han atraído los antihéroes heroicos: Sherlock Holmes, Butch Cassidy, Han Solo. Tras investigar la historia de Cook y descubrir que había vivido sus

últimos años en Larchmont, Nueva York, en una casa por la que yo pasaba cada día al sacar al perro, sentí que era una señal: tenía que escribir este libro.

Así comenzó una obsesión que ha durado cinco años y me ha llevado por todo el mundo, de Oslo a Amberes y a la Antártida, siguiendo los pasos del Belgica y sus hombres. El relato que se revelaba ante mí, en diarios y otras fuentes primarias, resultó ser mucho más que una «buena historia», como había pensado al empezar. En la expedición aparecían dos de los grandes nombres de la exploración, el del idolatrado Roald Amundsen y el del ya mencionado Cook, caído en desgracia, injustamente. Terminaba con una extraordinaria huida de la tenaz banquisa antártica, que, en escala y ambición, estaba a la altura de las grandes batallas históricas y literarias del hombre frente a la naturaleza. Y su legado no se limitó a la mera supervivencia de (la mayoría de) la tripulación.

Uno de los desafíos a los que tuve que hacer frente para recrear un viaje ocurrido tanto tiempo atrás y en una situación de aislamiento tan extremo fue el de comprender el aspecto sensorial de la experiencia. No solo lo que sucedía cada día, ni las coordenadas que el barco alcanzaba en su tortuosa deriva, sino también lo que pudo suponer para la tripulación a bordo, cómo sería contemplar tales maravillas y soportar tantas adversidades. Para mi alegría, descubrí pronto que la misión del Belgica era una de las mejor documentadas de la edad heroica de la exploración, pues más de diez miembros de la tripulación habían escrito diarios o cuadernos de bitácora muy detallados (aunque uno de ellos sería quemado más tarde).

El primer gran avance en la investigación llegó en otoño de 2018, cuando el director de cine Henri de Gerlache, el apuesto bisnieto del comandante, y explorador él mismo, me invitó a la hermosa casa de campo de la familia, a las afueras de Gante.[42] Allí me enseñó cuatro grandes tomos encuadernados en tapa dura: el cuaderno de bitácora de De Gerlache durante la expedición. Como si estuviéramos ante una novela de aventuras, Henri y yo nos enganchamos en seguida a la lectura de esos volúmenes, ajados. A nuestra derecha, bajo una gran escalera, se encontraba uno de los trineos del Belgica. Pasé la mano sobre el borde astillado y me dije que tal vez fuera uno de los que Cook y Amundsen habían utilizado en sus excursiones a vida o muerte

por la banquisa. Ese fue el día en que la historia cobró vida ante mis ojos.

A la mañana siguiente, me dirigí a la sede del Real Instituto Belga de Ciencias Naturales, en Bruselas, un edificio prosaico, de mediados de siglo, que custodiaba gran parte de los archivos del Belgica. Tenía una cita con Olivier Pauwels, el conservador de la sección de vertebrados. Con un chaleco de punto azul marino, el científico rezumaba ironía y desengaño funcionarial, que no lograba ensombrecer del todo una larga pasión por el mundo animal. Se puso una bata blanca demasiado pequeña y me guio por pasillos desordenados y decrépitos hasta las entrañas de la enorme colección del instituto.

Los especímenes zoológicos acumulados a lo largo de los ciento setenta y cinco años de historia del instituto se encontraban repartidos por un laberinto aparentemente infinito de azulejos blancos, en cajones y compartimentos de madera, cada uno de los cuales contenía diversos individuos de una única especie, disecados, en frascos o reducidos a un montón de huesos, con su correspondiente etiqueta. En los pasillos se agolpaban piezas de taxidermia sobredimensionadas, una casa de fieras sacada de una obra de realismo mágico, sin orden ni concierto, como si los animales deambularan libremente. Pauwels giró al pasar junto a un yak y una bandada de flamencos y llegó por fin ante el artículo cuyo número había anotado en el portapapeles. Se puso un par de guantes de látex azul.

—En aquella época, los especímenes se preservaban en arsénico para alejar a los ácaros y a los insectos —dijo. Cien años después, el veneno seguía siendo letal.

Abrió un armario bastante grande y sacó un pingüino emperador capturado y sacrificado durante la expedición del Belgica, uno de los muchos que volvieron a bordo del barco. No tenía ojos y las plumas habían perdido el lustre, pero el pájaro, de 1,3 metros de altura, erguido en posición ejemplar, me dejó maravillado: era lo más cerca que estaría nunca de uno de los miembros de la expedición. Me pregunté cuál de los hombres del Belgica lo habría matado e intenté imaginarme cómo se habría sentido en ese momento. Me dije que su carne había contribuido a salvarles la vida.

En las horas que siguieron, Pauwels me enseñó muchos de los

tesoros del Belgica. Vimos una gran cantidad de pingüinos disecados —emperadores, juanitos, de Adelia—, además de huesos de foca y peces abisales preservados en frascos de etanol.

Pauwels me llevó a la planta de los invertebrados y me enseñó una lámina que contenía una única larva, apenas visible, de *Belgica antarctica*, el único animal estrictamente terrestre nativo de la Antártida, descubierto por Emile Racovitza, el naturalista rumano de la expedición. De inmediato, me imaginé sobre una orilla rocosa del estrecho de Gerlache, en enero de 1898. A mi lado, Racovitza se encorvaba para observar una mancha de liquen, el ceño fruncido, la lupa en la mano, atrapando insectos.

En su discurso ante la Real Sociedad Geográfica Belga, el 18 de noviembre de 1899, Georges Lecointe se aseguró de enfatizar que la expedición había regresado con mucho más que «un invierno en la banquisa y dos fallecidos». La contribución de los científicos del Belgica al conocimiento de la Antártida tuvo un valor inestimable. Racovitza había catalogado miles de especímenes de cientos de especies vegetales y animales —musgos, líquenes, peces, aves, mamíferos, insectos, organismos pelágicos—, muchos de ellos desconocidos para la ciencia. Documentó minuciosamente el comportamiento de pingüinos y focas. Su colega, el geólogo polaco Henryk Arctowski, descubrió la profunda fosa abisal entre Tierra del Fuego y Tierra de Graham. Y, junto a su compatriota Antoni Dobrowolski, recogió los datos meteorológicos y oceanográficos de todo un año al sur del círculo polar antártico, algo nunca antes realizado. La Comisión del Belgica tardaría más de cuarenta años en clasificar y analizar todas las observaciones de la expedición. En su conjunto, los hallazgos de los científicos constituyeron la base para nuestra comprensión del continente helado, y los tres hombres desarrollarían carreras muy distinguidas.

Además, el legado del viaje del Belgica va mucho más allá de sus resultados científicos. La misión fue una de las primeras expediciones auténticamente internacionales de la época moderna; desde luego, la primera que recorría las regiones polares. Ese hecho hay que atribuírselo a De Gerlache, que, pese a su patriotismo y a la tradición militar de su familia, era un pacifista convencido. Contravino las expectativas de sus compatriotas al no contratar solo a belgas: lo que

hizo fue reclutar a los mejores hombres que pudo encontrar, fuera cual fuera su nacionalidad. En una época en que las potencias occidentales competían y subdividían el mundo —un frenesí ultranacionalista que conduciría a una guerra mundial dos décadas después—, De Gerlache estableció un modelo de cooperación global que aún persiste en la Antártida, al contrario que en el Ártico, donde las reservas de petróleo son fuente de constantes disputas.

Resulta significativo que De Gerlache no quisiera declarar la soberanía belga sobre el estrecho que hoy lleva su nombre (al contrario que, por ejemplo, James Clark Ross, que en 1841 tomó posesión formalmente de Tierra de Victoria para Gran Bretaña). El comandante, creyendo que la ciencia trascendía la política y las fronteras, sentó las bases de más de un siglo de paz en la Antártida. Gracias a De Gerlache, y a su hijo Gaston, que realizó su propia expedición a la Antártida en 1957-1958, Bélgica es signataria del Tratado de la Antártida, de 1959, que prohíbe toda actividad militar en el continente. Un acuerdo posterior, el Protocolo de Madrid de 1991, protege los animales y los recursos naturales de la Antártida contra toda forma de explotación. El ejemplo antártico, a su vez, prefiguró grandes proyectos científicos, como la Estación Espacial Internacional, donde astronautas de naciones enfrentadas colaboran pacíficamente, ajenos a las disputas terrestres.

Ahora bien, puede que el legado más importante del Belgica para la posteridad fuera el registro de Frederick Cook sobre los devastadores efectos fisiológicos y psicológicos que provoca la exploración de lugares remotos. Los avances científicos de los últimos ciento veinte años han confirmado sus sospechas.

Los síntomas físicos y mentales recogidos en estudios acerca del personal científico y de apoyo que habita todo el año en las bases de la Antártida son semejantes a los que experimentaron los hombres del Belgica, aunque de distinta intensidad: ritmo cardiaco irregular, fatiga, hostilidad, depresión, pérdida de memoria, confusión y lentitud cognitiva. Con frecuencia aparecen testimonios que hablan de un estado de fuga disociativa: individuos que no responden a los estímulos y se quedan con la mirada vacía, perdida, o, como se conoce coloquialmente, la «mirada de la Antártida». Un médico la describió

como la mirada de quien observa algo «a cuatro metros dentro de una habitación que solo tiene tres». En los primeros compases de su locura, el semblante de Adam Tollefsen mostraba la misma sintomatología.

Cook se refirió al conjunto de estos síntomas con el nombre de «anemia polar». En la actualidad, los investigadores utilizan el término *winter-over syndrome* [síndrome de la invernación], pero es, en la práctica, lo mismo. Según la teoría dominante, se trata de una forma de hipotiroidismo asociado a la depresión y la fibrilación auricular, lo que podría explicar tanto los «síntomas cerebrales» como los «síntomas cardiacos» que tanto preocuparon a Cook antes de que el escorbuto se adueñara del barco.[43] Las hormonas tiroideas ayudan al cuerpo a regular la temperatura y equilibrar los ritmos circadianos. No resulta difícil imaginar que el frío extremo y la ausencia prolongada del sol puedan descompensar el sistema corporal.

Esta es solo una hipótesis. Más de un siglo después de que Cook lo describiera por primera vez, las causas del síndrome siguen siendo un misterio. Los científicos consideran que los factores psicológicos solo cuentan una parte de la historia. El estrés provocado por el aislamiento, el confinamiento, el aburrimiento, una alimentación invariable y las presiones psicosociales que surgen inevitablemente dentro de estos grupos aumentan considerablemente los síntomas psicológicos y cognitivos experimentados por el personal de la Antártida. Sin embargo, al referirse a una posible relación entre el síndrome de la invernación y lo que hoy se conoce como trastorno afectivo estacional —cambios en el estado de ánimo que coinciden con la variación de las horas de luz solar—, los médicos apoyan la hipótesis de Cook de que la luz también desempeña un papel esencial en el bienestar humano. Aunque pareciera una locura pedir a los miembros enfermos de la tripulación que se desnudaran frente al fuego, se trataba, en realidad, del primer uso documentado de la terapia lumínica, que hoy se utiliza para hacer frente a trastornos y depresiones, entre otros males.

Aunque a Cook se le recuerda hoy —si es que se le recuerda— como el charlatán que dijo haber llegado al polo norte, es posible que en las próximas fases de la exploración humana —las misiones tripuladas a Marte— el doctor encuentre su redención. Los retos psicológicos que exigen tales viajes son tan imponentes como los

técnicos. Como dijo Roald Amundsen, «el factor humano constituye las tres cuartas partes de cualquier expedición». Probablemente, una de las grandes amenazas a las que los futuros cosmonautas en Marte tendrán que enfrentarse será una versión interplanetaria del síndrome de la invernación. Los ignotos paisajes helados alrededor de los polos de la Tierra —y particularmente los de la Antártida— les parecían tan remotos e inaccesibles a los exploradores del siglo XIX como nos lo parece hoy Marte. No sorprende que la NASA haya buscado información en los testimonios de las expediciones polares para sus misiones: no hay nada en la historia de la humanidad que se aproxime tanto a un largo viaje espacial. Fue en este contexto donde el artículo de *The New Yorker* que leí en 2015 mencionaba al Belgica.

En las últimas tres décadas, la NASA ha trabajado en estrecha colaboración con Jack Stuster, un antropólogo y científico de la conducta conocido especialmente por un libro de 1996, *Bold Endeavors: Lessons from Polar and Space Exploration* [Empresas audaces: Lecciones de la exploración polar y espacial]. El Belgica constituye uno de sus principales casos de estudio. Las expediciones en las que todo el mundo muere no permiten extraer muchas lecciones prácticas. Tampoco aquellas que salen adelante sin complicaciones, como la carrera de Amundsen al polo sur en 1911. Las más instructivas son las que tuvieron que enfrentarse a importantes adversidades y consiguieron sobreponerse, como el caso del Belgica. Las observaciones de Cook, sus advertencias, sus remedios y recomendaciones improvisadas han tenido una influencia directa en los procedimientos operativos de la NASA.

En sus estudios sobre los astronautas, por ejemplo, Stuster descubrió que los viajeros espaciales se cansan fácilmente de la comida y ansían masticar algo crujiente.[44] Esto recordaba la queja de Cook, «¡Echábamos de menos utilizar los dientes!». Siguiendo el razonamiento del doctor, Stuster sugiere introducir la mayor variedad posible de alimentos entre las provisiones. En general, anima a aquellos médicos que investiguen la posibilidad de llegar a Marte que emulen a Cook, trabajando el ingenio y tratando de mantener una actitud positiva.

—Cuando escribo sobre el rol que ha de desempeñar todo doctor, es en él en quien pienso —me dijo Stuster—; pienso en Frederick

Cook.

Al menos en parte, el día que lleguemos Marte podremos darle las gracias al doctor Cook.

Cuando le comenté a un amigo, un editor cuyo consejo tengo en gran estima, que me proponía visitar la Antártida con motivo de este libro, me preguntó:

—¿Para qué? ¿Por qué no te sirves solo de los diarios?

No supe qué decirle. Este libro, al fin y al cabo, no es un diario de viajes. Mi amigo sospechaba que pretendía colar un viaje de ensueño como gasto profesional, y tenía razón, pero solo en parte. No sabía qué podría encontrar allí, pero sí era consciente de que, por muy detallados que fueran los diarios de la tripulación, nunca podría reconstruir satisfactoriamente los paisajes, los sonidos y los aromas de la Antártida si no los experimentaba por mí mismo. Me puse en contacto con la empresa chilena Antarctica21 y me gasté un dineral en un crucero de una semana que zarparía a mediados de diciembre de 2018. Como De Gerlache y sus hombres, me dirigí a Punta Arenas. Al contrario que ellos, crucé el paso de Drake, famoso por sus tempestades y sus mareos, en avión, un vuelo de dos horas que aterrizó en la base de investigación chileno-rusa de la isla del rey Jorge. Una vez allí, embarqué con el resto de pasajeros en el Hebridean Sky, un crucero con capacidad para setenta personas que nos llevaría por el estrecho de Bransfield hasta el canal descubierto en 1898 por los hombres del Belgica.

No se trataba de una consideración especial hacia mí. El tiempo en el continente helado es tan impredecible y potencialmente peligroso que las empresas de cruceros nunca confirman el itinerario con antelación, sino que aguardan a que el capitán del barco estudie los vientos y las corrientes del día y determine la ruta. En todo caso, el destino preferido de la mayoría de los cruceros que parten de América del Sur es el estrecho de Gerlache, uno de los lugares más sublimes y fotogénicos del planeta. Durante esa semana, me sorprendió lo familiar que me resultaba el paisaje. Salvo por el tenue azul del hielo, las imágenes eran prácticamente idénticas a las fotografías en blanco y negro de Cook. No obstante, pronto descubrí que el lugar que los hombres del Belgica habían explorado desaparecía a gran velocidad.

Una tarde brumosa, hacia la mitad del viaje, me uní a un grupo de pasajeros que cruzaron el canal en una Zodiac hinchable, atravesando la nieve. Llegamos al socaire de la isla de Danco, llamada así por la segunda víctima del Belgica, Emile Danco. Los pingüinos y las ballenas jorobadas desplegaron su espectáculo, igual que hicieran ante los hombres del Belgica. A primera vista, nada parecía haber cambiado aquí en ciento veinte años. La cosa era distinta cuando observábamos más de cerca.

Al timón de la Zodiac se encontraba Bob Gilmore, geólogo de formación y encargado de realizar las explicaciones científicas sobre la Antártida. Una de sus funciones era medir la temperatura, la salinidad y las poblaciones de fitoplancton en las aguas del estrecho de Gerlache, unos datos que comunicaba a las instituciones académicas y gubernamentales encargadas de controlar los cambios, que no podían visitar la zona con regularidad. Gilmore me dio un pequeño tubo y me indicó que lo llenara de agua marina. Me dije que eso, y en ese mismo lugar, era lo que Racovitza y Arctowski habían hecho en las dichosas primeras semanas de 1898. Con un cuentagotas, Gilmore vertió una disolución en la muestra para matar los organismos antes de que el zooplancton devorase al fitoplancton. Volvió a enroscar el tapón en el tubo, cuyo contenido analizaría al regresar al barco.

En los últimos años, Gilmore había observado alteraciones sutiles pero importantes en las muestras. El aumento de la temperatura del aire había acelerado el deshielo de los glaciares. Ese mayor aporte de agua dulce, a su vez, había reducido la salinidad del estrecho. En consecuencia, la estructura de las comunidades de fitoplancton había variado. Las grandes algas diatomeas que constituyen el alimento preferido del kril han sido sustituidas por diatomeas más pequeñas y mejor adaptadas a aguas menos saladas, una tendencia que presenta consecuencias potencialmente catastróficas: la pérdida de las diatomeas más grandes conlleva la de los bancos de kril que se alimentaban de ellas. Y, de ese modo, la desaparición del kril puede desencadenar la del resto del delicado ecosistema.

Durante el verano austral de 2018-2019, fui una de las más de cincuenta mil personas que visitaron la Antártida. Era consciente de que mi mera presencia allí —y, en particular, las emisiones del Hebridean Sky y de docenas de barcos como ese— contribuían

directamente a aumentar la degradación de ese lugar mágico. La creciente popularidad de la Antártida como destino turístico resulta comprensible: quienes tienen el privilegio de visitarla viven una experiencia que es, a la vez, fuente de asombro y lección de humildad. Es el último lugar realmente salvaje de la Tierra. Sin embargo, el concepto mismo de turismo antártico es, en diversos aspectos, descorazonador: todos los años, miles de personas beben martinis y se divierten en el karaoke de barcos que surcan las mismas aguas que De Gerlache y sus hombres navegaron, inquietos y emocionados, cuando eran las únicas personas en todo el continente.

La potencia de los rompehielos y de las tecnologías de la comunicación han facilitado el viaje. Ahora bien, es un error pensar que la Antártida se ha vuelto menos peligrosa. El peligro solo se ha transformado. El continente sigue siendo tan hostil para el ser humano como lo fuera en la época de De Gerlache, de Scott, de Shackleton. La diferencia es que ahora los peligros no solo amenazan a los exploradores que tienen el arrojo de aventurarse en el hielo.

A lo largo de millones de años, los glaciares de la Antártida se han incorporado al mar, en forma de icebergs que se desprendían a un ritmo lento y sostenible. En las últimas décadas, debido al alarmante incremento de las temperaturas, el ritmo ha aumentado rápidamente. Durante la ola de calor de febrero de 2020, las temperaturas en la isla Seymour, junto a la Tierra de Graham, alcanzaron los veinte grados y medio. El Ártico, menos aislado, es un heraldo de lo que podría suceder pronto en el continente meridional. En 2007, el paso del Noroeste, que Amundsen tardó tres años en cruzar a bordo del diminuto Gjøa, se hizo por primera vez navegable. Se espera que para 2050 el Polo Norte se quede sin hielo en verano.

El hielo de la Antártida contiene al menos un ochenta por ciento de las reservas de agua dulce del planeta. Si se fundiera, los niveles del mar aumentarían en todo el mundo hasta unos sesenta metros, redibujando drásticamente el mapa del globo. Puede que eso no suceda en el futuro cercano —la capa de hielo de la Antártida tiene más de dos kilómetros de grosor en muchos lugares—, pero todo calentamiento continuado provocará una subida del nivel del mar que se llevará por delante comunidades costeras y provocará un dolor sin medida. El continente es un muelle helicoidal con una tremenda

capacidad destructiva.

Estas serían las pesadillas que cautivarían hoy la imaginación de Poe y Verne. No les atraerían los confines de la Tierra, sino el fin del mundo. Igual que los hombres del Belgica respondieron a la llamada a esclarecer los misterios de la Antártida que les lanzaba la ficción, hoy los científicos y los exploradores son los encargados de abrir el camino. Ojalá tengan la audacia de Adrien de Gerlache, la fortaleza de Roald Amundsen, las agallas de Frederick Cook. Como el Belgica, nos hemos adentrado temerariamente en una trampa fabricada por nosotros mismos, pero si algo nos ha demostrado la expedición es que no podemos resignarnos nunca a la fatalidad. *¡Audaces fortuna juvat!*

---

[42] La exploración se convirtió en una tradición familiar entre los De Gerlache. Los nietos de Adrien, Jean-Louis y Bernard, participaron en diversas expediciones polares. El hijo de Bernard, Henri, ha viajado varias veces a la Antártida y ha ascendido a la montaña más alta de los siete continentes.

[43] El doctor Lawrence Palinkas, tras analizar datos clínicos de hombres y mujeres estadounidenses en la base McMurdo de la Antártida y en la base Amundsen-Scott del Polo Sur, propone específicamente que la pérdida de memoria y otros problemas cognitivos observados se relacionan con un descenso en los niveles de la hormona tiroidea T3, que ayuda a determinar la manera en que el cuerpo aprovecha la energía.

[44] Algo particularmente difícil de conseguir en entornos de gravedad cero, donde una miga flotante puede introducirse en la menor de las fisuras y averiar la maquinaria.

Agradecimientos

Cuando me embarqué en este proyecto, la Antártida era en mi cabeza idéntica a lo que aparecía en los mapamundis de finales del siglo XIX: un espacio en blanco. De su historia o geografía no conocía más que algunas trivialidades y los nombres de Amundsen, Scott y Shackleton. Menos aún sabía sobre cómo escribir un libro. Sin embargo, en mi optimismo gerlachiano, me dije que no podía ser muy difícil hallar el rumbo entre la niebla. Cinco años después, tengo claro que habría naufragado entre las rocas de no ser por toda la gente que me ayudó.

Nunca podré devolver lo que me dieron a quienes compartieron su tiempo, su saber o, simplemente, su pasión por el tema. En particular, mi agradecimiento es para el historiador del Belgica Jozef Verlinden, que desde el momento en que tomamos la primera cerveza en la Grand Place de Bruselas demostró una generosidad tenaz, y para Anne Melgård, de la Biblioteca Nacional de Noruega, cuyo olfato archivístico desenterró un tesoro tras otro. Agradezco también a Robert Headland, del Instituto Scott de Investigación Polar, por su paciencia al responder todas mis preguntas sobre historia y ciencia de la Antártida, y al resto de especialistas a los que consulté: Jack Stuster, Lawrence Palinkas, Susan Kaplan, Sarah Kennel, Kenneth LaMaster, David Rose, Dan Oren, Geir Kløver, Per Gisle Galåen, Athena Angelos, Mark Leutbecker y Carol Smith. *Veel dank* a Kurt van Camp, director del Proyecto New Belgica, por el viaje a última hora a Amberes. Sus favores, más grandes o más pequeños, fueron el viento que impulsaba

mis velas.

Siento un agradecimiento especial hacia Henri de Gerlache, Bernard de Gerlache y Jean-Louis de Gerlache por permitirme consultar los documentos y cuadernos de bitácora de su antepasado con tanta amabilidad; hacia Claude de Broyer, por darme acceso a los archivos de la expedición en el Real Instituto Belga de Ciencias Naturales; y hacia los descendientes de Georges Lecointe por tantas conversaciones animadas.

El tesoro de archivos multilingües que me ayudaron a desenterrar no habría sido de mucha ayuda sin los traductores; a saber, Sean Bye, Emma Pressley, Elin Melgård y Tomasz Poplawski. Me quito el sombrero ante Markus Voelker, que confirmó que el alemán que aprendí en el instituto (y Google Translate) no me había llevado por mal camino.

Solo empecé a colaborar con CB Owens, un brillante verificador de información, en la etapa de la revisión. Me salvó de múltiples errores vergonzosos, encontró documentos de hace ciento veinte años que yo buscaba desde hacía mucho tiempo y me reveló, cuando ya lo había contratado, que podía leer textos en noruego.

El proyecto no habría sido más que un destello helado en mis ojos de no ser por el equipo de Aevitas Creative Management y, en particular, por mis agentes incansables, Todd Shuster y Justin Brouckaert, y mi antiguo jefe en *Esquire*, David Granger, cuyo entusiasmo por la historia solo fue comparable a sus expectativas. Aún mayores fueron las de mi editor, Kevin Doughten, que se convertiría en mi colaborador más cercano. Él y el resto del equipo de Crown —de Lydia Morgan al equipo de publicidad, pasando por los directores artísticos Christopher Brand y Elena Giavaldi, el diseñador Simon Sullivan y la correctora Barbara Jatkola— dieron vida al libro que soñaba escribir desde hacía tanto tiempo.

Fueron muchos los amigos y colegas que me apoyaron y aconsejaron en el camino. Solo puedo mencionar a algunos: Alex Ros, de Open Sky Expeditions, que me ayudó a organizar mi viaje a la Antártida (y casi consiguió que un puma acabara conmigo en la Patagonia); Ed Couch y John Lopez, el ángel y el demonio —respectivamente— que leyeron los primeros borradores por encima de mi hombro; mis colegas en *Departures*, especialmente Jeffries

Blackerby, Maura Egan y Rebecca Stepler; y Justin Bishop, que me sacó la foto de autor y me hizo apreciar el frío.

Mi más profundo agradecimiento es para mi familia. A mi padre, que me enseñó el oficio. A mi madre, mi lectora más asidua. A Jessica Levine, mi compañera y gran amor. Y a mis hijas, Maya y Leila, que no tienen ni idea de hasta qué punto me inspiran.

Bibliografía escogida Fondos de archivo Archivos Nacionales de Noruega, Oslo.

Biblioteca Nacional de Noruega, Oslo.

Biblioteca y Archivos del Museo Marítimo de Noruega, Oslo.

Cook, Frederick A., Expediente del recluso en la Penitenciaría Federal de Leavenworth, Administración Nacional de Archivos y Registros, EE. UU., College Park, Maryland.

Cook, Frederick A., Documentos, División de Manuscritos de la Biblioteca del Congreso, Washington D. C.

Cook, Frederick A., Documentos, Colección Stefansson sobre Exploración Polar, Dartmouth College, Hanover, Nuevo Hampshire.

De Gerlache, Colección familiar, Zingem, Bélgica.

Expedición Antártica Belga, Archivos, Real Instituto Belga de Ciencias Naturales, Bruselas.

Frederick A. Cook Society, Registros, Programa de archivos del Centro Byrd de Investigación Climática y Polar, Universidad Estatal de Ohio, Columbus, Ohio.

Osterrieth, Léonie, Archivos de la Expedición Antártica Belga, FelixArchief Amberes.

Real Sociedad Geográfica Belga, Archivos, Universidad Libre de Bruselas, Bruselas.

Libros y artículos Amundsen, Roald, *My Life as an Explorer*, Garden City, Nueva York, Doubleday, Page & Company, 1927.

—, *The Northwest Passage: Being the Record of a Voyage of Exploration of the Ship «Gjöa»,* Nueva York, E. P. Dutton, 1908.

—, *The South Pole: An Account of the Norwegian Antarctic Expedition in the «Fram», 1910–1912*, dos volúmenes, traducido al inglés por A. G. Chater, Londres, John Murray, 1912.

Anthony, Jason C., *Hoosh: Roast Penguin, Scurvy Day, and Other Stories of Antarctic Cuisine*, Lincoln, University of Nebraska Press, 2012.

Arctowsky, Henryk, «The Antarctic Voyage of the Belgica During the Years 1897, 1898, and 1899», *The Geographical Journal*, n.º 18 (julio-diciembre de 1901).

—, Die antarktischen Eisverhältnisse: Auszug aus meinem Tagebuch der Südpolarreise der “Belgica”, 1898–1899, Gotha, Alemania, Justus Perthes, 1903 (traducciones del autor).

—, «Aurores australes», Résultats du voyage du S.Y. Belgica en 1897–1898–1899, Rapports scientifiques, Météorologie, 1901.

—, «Exploration of Antarctic Lands», *The Geographical Journal*, n.º 17 (enero-junio de 1901).

Astrup, Eivind, *With Peary Near the Pole*, traducido por H. J. Bull, Londres, C. Arthur Pearson, 1898.

Beattie, Owen y John Geiger, *Frozen in Time: The Fate of the Franklin Expedition,* Nueva York, E. P. Dutton, 1987.

Bergreen, Laurence, *Over the Edge of the World: Magellan’s Terrifying Circumnavigation of the Globe,* Nueva York, William Morrow, 2003.

Bomann-Larsen, Tor, *Roald Amundsen*, traducido por Ingrid Christophersen, Thrupp, Stroud, Gloucestershire, Reino Unido, Sutton, 2006.

Bown, Stephen R., *The Last Viking: The Life of Roald Amundsen*, Boston, Da Capo Press, 2012.

—, *Scurvy: How a Surgeon, a Mariner, and a Gentleman Solved the Greatest Medical Mystery of the Age of Sail*, Nueva York, Thomas Dunne Books, 2003.

Bridges, E. Lucas, *Uttermost Part of the Earth: A History of Tierra del Fuego and the Fuegians*, 1948, reimpresión, Nueva York, The Rookery Press, 2007.

Bryce, Robert M., *Cook & Peary: The Polar Controversy, Resolved,* Mechanicsburg, Pensilvania, Stackpole Books, 1997.

Chapman, Anne, *Hain: Ceremonia de iniciación de los Selk’nam de Tierra del Fuego. Santiago de Chile*, Pehuén Editores, 2009.

Cook, Frederick Albert, «The Antarctic’s Challenge to the Explorer», *The Forum*, n.º 17 (junio de 1894), pp. 505–512.

—, «The Great Indians of Tierra del Fuego», *The Century Magazine*, n.º 59 (marzo de 1900), pp. 720–729.

—, *My Attainment of the Pole: Being the Record of the Expedition That First Reached the Boreal Center, 1907–1909. With the Final Summary of the Polar Controversy. 1911*, reimpresión, Nueva York, Mitchell Kennerley, 1912.

—, «My Experiences with a Camera in the Antarctic», *Popular Photography*, febrero 1938, pp. 12–14, 90–92.

—, «A Proposed Antarctic Expedition», *Around the World*, n.º 1 (1894), pp. 55–58.

—, *Through the First Antarctic Night: A Narrative of the Voyage of the Belgica Among Newly Discovered Lands and Over an Unknown Sea About the South Pole*, 1901, reimpresión, Nueva York, Doubleday, Page & Company, 1909.

—, *To the Top of the Continent: Discovery, Exploration and Adventure in Sub-arctic Alaska. The First Ascent of Mt. McKinley, 1903–1906,* Nueva York, Doubleday, Page & Company, 1908.

Darwin, Charles, *Voyage of the Beagle*, 1839, reimpresión, Nueva York, Penguin Books, 1989. Trad. cast.: *Diario del viaje de un naturalista alrededor del mundo*, Madrid, Espasa, 2003, traducido por Juan Mateos.

Decleir, Hugo (ed.), *Roald Amundsen's Belgica Diary: The First Scientific Expedition to the Antarctic*, traducido por Erik Dupont & Christine Le Piez, Norfolk, Reino Unido, Erskine Press, 1999.

Decleir, Hugo y Claude de Broyer (eds.), *The Belgica Expedition Centennial: Perspectives on Antarctic Science and History*, Bruselas, Brussels University Press, 2001.

De Gerlache, Adrien, «Fragments du récit de voyage», Résultats du voyage du S.Y. Belgica en 1897–1898–1899, Rapports scientifiques, 1938.

—, *Quinze mois dans l'Antarctique*, Bruselas, Imprimerie scientifique Ch. Bulens, 1902 (traducciones del autor).

Dobrowolski, Antoni Boleslaw, *Dziennik wyprawy na Antarktydę (1897– 1899)*. Editado por Irena Łuka szewska & Janusz Ostrowski, Breslavia—Varsovia-Cracovia, Zakład Naro dowy im. Ossolińskich, 1968 (traducciones de diversos pasajes a cargo de Sean Bye y Tomasz Poplawski).

—, *Wyprawy polarne: Historja i zdobycze naukowe*, Varsovia, Henryka Lindenfelda, 1914 (traducciones de diversos pasajes a cargo de Sean Bye).

Dodds, Klaus, Alan D. Hemmings y Peder Roberts (eds.), *Handbook on the Politics of Antarctica*, Cheltenham, Gloucestershire, Reino Unido, Edward Elgar Publishing, 2017.

Drinker, Henry S., *Tunneling, Explosive Compounds, and Rock Drills*, Nueva York, John Wiley & Sons, 1882.

Du Fief, Jean (ed.), *Bulletin de la Société Royale Belge de Géographie*, n.º 24 (1900), pp. 1–531.

Dunn, Robert, *The Shameless Diary of an Explorer*, 1907, reimpresión, Nueva York, Modern Library, 2001.

Dyer, George L., *The Use of Oil to Lessen the Dangerous Effect of Heavy Seas*, Washington D. C., Government Printing Office, 1886.

Fletcher, Francis, *The World Encompassed by Sir Francis Drake,* Londres, Nicholas Bourne, 1652.

Freeman, Andrew, *The Case for Doctor Cook*, Nueva York, Van Rees Press, 1961.

Headland, Robert Keith, *A Chronology of Antarctic Exploration: A Synopsis of Events and Activities from the Earliest Times Until the International Polar Years, 2007–09*, Londres, Bernard Quaritch, Ltd., 2009.

Henderson, Bruce, *Peary, Cook, and the Race to the Pole*, Nueva York, W. W. Norton & Company, 2005.

Hochschild, Adam, *King Leopold's Ghost: A Story of Greed, Terror, and Heroism in Colonial Africa*, Nueva York, Mariner Books, 1999. Trad. cast.: *El fantasma del rey Leopoldo, Una historia de codicia, terror y heroísmo en el África colonial*, Barcelona, Península, 2020, traducido por José Luis Gil Aristu.

Huntford, Roland, *The Last Place on Earth: Scott and Amundsen's Race to the South Pole*, 1979, reimpresión, Nueva York, Modern Library, 1999.

—, *Two Planks and a Passion: The Dramatic History of Skiing*, Londres, Nueva York, Continuum, 2008.

Kløver, Geir O., *Antarctic Pioneers: The Voyage of the Belgica 1897–99,* Oslo, The Fram

Museum, 2010.

Lansing, Alfred, *Endurance: Shackleton's Incredible Voyage*. 1959, reimpresión, Nueva York, Basic Books, 2014. Trad. cast.: *Endurance. El legendario viaje de Shackleton al Polo Sur*, Madrid, Capitán Swing, 2015, traducido por Elena Grau.

Larsen, Carl Anton, «The Voyage of the "Jason" to the Antarctic Regions», *The Geographical Journal*, n.º 4 (julio-diciembre, 1894), pp. 333–344.

Lecointe, Georges, *Au pays des manchots: Récit du voyage de la «Belgica»,* Bruselas, Oscar Schepens & Cie, 1904 (traducciones del autor).

—, «Mesures pendulaires», Résultats du voyage du S.Y. Belgica en 1897–1898–1899, Rapports scientifiques, Physique du Globe, 1907.

—, *La navigation astronomique et la navigation estimée*, París, Nancy; Berger-Levrault & Cie, 1897.

—, «Travaux hydrographiques et instructions nautiques», Résultats du voyage du S.Y. Belgica en 1897–1898–1899, Rapports scientifiques, 1907.

Marinescu, Alexandru (ed.), *Belgica (1897–1899): Emile Racovitza— lettres, journal antarctique, conférences*, Bucarest, Fondation Culturelle Roumaine, Collection le Rameau d'Or, 1998.

Marinescu, Alexandru, *Le Voyage de la «Belgica»: Premier hivernage dans les glaces antarctiques,* París, L'Harmattan, 2019.

Martin, Stephen, *A History of Antarctica*, Kenthurst, New South Wales, Australia, Rosenberg Publishing Pty Ltd, 2013.

Nansen, Fridtjof, *Farthest North*, Londres, Archibald Constable and Company, 1897.

Oren, Dan A., Marek Koziorowksi y Paul H. Desan, «SAD and the Not-So-Single Photoreceptor», *The American Journal of Psychiatry*, n.º 170 (diciembre, 2013), pp. 1.403–1.412.

Palin, Michael, *Erebus: The Story of a Ship*, Londres, Hutchinson, 2018.

Palinkas, Lawrence A., «Psychological Factors and the Seasonal Affective Disorder», *Reports on the Conference on Polar and Alpine Medicine*, celebrada en el Explorers Club, Nueva York, 25 de septiembre de 1999, pp. 11–22.

Palinkas, Lawrence A. y Peter Suedfeld, «Psychological effects of polar expeditions», *The Lancet*, n.º 371 (12 de enero, 2008), pp. 153–163.

Peary, Robert E., *Northward Over the «Great Ice»: A Narrative of Life and Work Along the Shores and upon the Interior Ice-Cap of Northern Greenland in the Years 1886 and 1891–1897*, Nueva York, Frederick A. Stokes, 1898.

Pergameni, Charles, *Adrien de Gerlache: Pionnier maritime—1866–1934*, Bruselas, Editorial-Office H. Wauthoz-Legrand, 1935.

Poe, Edgar Allan, *The Narrative of Arthur Gordon Pym of Nantucket*, Nueva York, Harper & Brothers, 1838. Trad. cast.: *Narración de Arthur Gordon Pym*, Madrid, Alianza Editorial, 2006, traducido por Julio Cortázar.

Poplimont, Ch., *La Belgique héraldique: recueil historique, chronologique, généalogique et biographique complet de toutes les maisons nobles reconnues de la Belgique*, vol. 4, París, Imprimerie de Henri Carion, 1866.

Pyne, Stephen J., *The Ice: A Journey to Antarctica*, Iowa City, University of Iowa Press, 1986.

Racovitza, Emil, «Cétacés», Résultats du voyage du S.Y. Belgica en 1897–1898–1899. Rapports scientifiques, Météorologie, 1903.

—, «Vers le Pôle Sud: Conférence faite à la Sorbonne sur l'Expédition Antarctique Belge, son but, ses aventures et ses résultats», *Causeries Scientifiques de la Société Zoologique de France*, n.º 7 (1900), pp. 175–242.

Schelfhout, Charles E., *Les Gerlache: Trois générations d'explorateurs polaires*, Aix-en-Provence, Editions de la Dyle, 1996.

Sides, Hampton, *In the Kingdom of Ice: The Grand and Terrible Polar Voyage of the USS Jeannette*, Nueva York, Doubleday, 2014. Trad. cast.: *En el reino del hielo. El terrible viaje polar del USS Jeannette*, Madrid, Capitán Swing, 2017, traducido por Miguel Marqués.

Smith, Percy S., «Hawaiki: The Whence of the Maori», *The Journal of the Polynesian Society*, n.º 8 (1899), pp. 1–48.

Stuster, Jack, *Bold Endeavors: Lessons from Polar and Space Exploration,* Annapolis, MD, Naval Institute Press, 1996.

Verlinden, Jozef, *Discovery and Exploration of Gerlache Strait*, Brujas, 2009.

—, *Poolnacht: Adrien de Gerlache en de Belgica-expeditie*, Tielt, Bélgica, Lannoo, 1993.

Verne, Jules, *Le sphinx des glaces*, París, Bibliothèque d'éducation et de récréation, 1897. Trad. cast.: *La esfinge de los hielos*, Barcelona, Nauta, 1971.

—, *Vingt mille lieues sous les mers,* París, Bibliothèque d'éducation et de récréation, 1870. Trad. cast.: *Veinte mil leguas de viaje submarino*, Madrid, Gaviota, 1984.

Walke, Willoughby, *Gunpowder and High Explosives,* Washington D. C., Government Printing Office, 1893.

Wharton, Charles S., *The House of Whispering Hate*, Chicago, Madelaine Mendelsohn, 1933.

Nota acerca de las fuentes

Desde que partieran de la isla de los Estados el 14 de enero de 1897 y hasta que regresaran a Punta Arenas el 28 de marzo, los hombres del Belgica no tuvieron forma de contactar con otros seres humanos. En consecuencia, las fuentes que he utilizado para el grueso de este relato presentan ciertas limitaciones. Por suerte, muchos de los aventureros guardaban registro de lo que sucedía y la mayoría de los testimonios que nos han llegado son ricos en detalles y matices.

Para los capítulos que narran el propio viaje, me he apoyado, sobre todo —aunque no exclusivamente—, en fuentes primarias: el amenísimo texto de Frederick Cook, *Through the First Antarctic Night*; el diario de Roald Amundsen, cuya prosa austera y viril recuerda casi al estilo de Hemingway; *Quinze Mois dans l'Antarctique*, el elegante relato de Adrien de Gerlache; y *Au pays des manchots*, de Georges Lecointe, una obra pícara, burlona y, en ocasiones, bastante emocionante. Todos los textos en francés los he traducido yo.

Muchos detalles proceden de los diarios de los tres científicos de Europa del Este que se encontraban a bordo. Henryk Arctowski escribió sobre el viaje, sobre todo en *The Geographical Journal*, una vez que regresó. Emile Racovitza nos dejó una serie de escritos y conferencias, con los que el lector actual puede aún partirse de risa. Los recuerdos de Antoni Dobrowolski resultan especialmente

reveladores, pues contienen momentos de lirismo profundo y otros de una vulgaridad sin adornos.

Por desgracia, el punto de vista de la marinería no está tan documentado como el de los oficiales y los científicos. Tuve suerte de encontrar el diario de Carl August Wiencke, que, hasta donde yo sé, nunca antes se había citado. Es un documento conmovedor, lleno de esperanza y hondas reflexiones, cuyo abrupto final el 22 de enero aún me provoca un nudo en la garganta. Johan Koren también tenía un diario, pero dejó de escribir en él poco después de que la expedición llegara a la Antártida: su mayor valor se encuentra en los excelentes dibujos que contiene.

Y luego está el cuaderno de bitácora del comandante, cuya desnudez deja momentos muy poéticos, pese a ser un texto aséptico y descriptivo, como suele ocurrir con tales documentos.

La mayoría de los archivos del viaje se encuentran en el Real Instituto Belga de Ciencias Naturales, en Bruselas. Allí hay documentos relacionados con el origen de la expedición, además de la extraordinaria colección de cartas y circulares que la tripulación se intercambió con De Gerlache cuando el barco estaba encerrado en el hielo y el comandante, en buena medida, en su camarote. Esa correspondencia se trata en detalle en el capítulo 14.

De Gerlache mostraba una sinceridad especial cuando escribía a Léonie Osterrieth. Sus documentos, en el Felix Archief de Amberes, arrojan luz tanto sobre los antecedentes de la expedición como sobre la convalecencia del comandante.

Cook era un escritor compulsivo. Redactó varios intentos de memorias, voluminosos, sin orden alguno, que no llegaron a publicarse. Se conservan en la Biblioteca del Congreso, en Washington D. C. Entre ellos está «El infierno es un lugar muy frío», sobre la experiencia en los polos; «Fuera de la selva», sobre la vida en el centro penitenciario de Leavenworth; y «Una mirada hacia la lejanía», ideas etnográficas y metafísicas basadas en sus diversos viajes. En la colección Cook de la Biblioteca del Congreso hay también notas biográficas escritas por su hija, Helen Cook Vetter, que pasó gran parte de su vida tratando de restaurar la reputación de su padre.

Durante décadas, la Frederick A. Cook Society tuvo el mismo propósito. Sus registros —legados al Centro Byrd de Investigación

Climática y Polar, en la Universidad Estatal de Ohio— contienen múltiples documentos valiosos. Me resultaron de particular utilidad las notas que tomó el biógrafo de Cook, Andrew Freeman, durante sus entrevistas.

El libro de Freeman, *The Case for Doctor Cook*, de 1961, fue uno de los diversos libros en los que me basé al reconstruir la vida y el contexto de los tres personajes principales. Algunos detalles de la vida de Cook antes y después del Belgica proceden de *Cook & Peary: The Polar Controversy, Resolved*, de Robert M. Bryce, una de las obras de no ficción mejor documentadas que he encontrado nunca. Para reconstruir a Amundsen, he recurrido sobre todo a dos grandes obras biográficas: *The Last Place on Earth*, de Roland Huntford, y *Roald Amundsen*, de Tor Bomann-Larsen. Por su parte, el retrato del comandante bebe en parte de *Les Gerlache*, un hermoso volumen a cargo de Charles Schelfhout, que contó con la ayuda de Gaston, el hijo de De Gerlache.

Asombra la escasez de libros dedicados en exclusiva al viaje. En inglés no hay ninguno. El mundo de los entusiastas del Belgica es tan reducido como pasional y me he aprovechado en particular del trabajo de dos historiadores. El primero es el difunto académico rumano Alexandru Marinescu, cuya obra sobre la expedición, *Le voyage de la «Belgica»*, se publicó cuando yo terminaba el manuscrito. El otro es el autor flamenco Jozef Verlinden, que ha escrito diversos libros al respecto.

Leí detenidamente cientos de periódicos de ambos lados del Atlántico. Los belgas, como De Gerlache sabía bien, cubrieron la expedición en profundidad. Sus notas me sirvieron para describir el momento en que el barco partió de Amberes, así como su regreso. Hasta los artículos publicados durante la ausencia del Belgica, algunos de ellos inventados, fueron de utilidad. En la primavera del 1898, periódicos de todo el mundo publicaron que el Belgica se había perdido para siempre: los apuros en el canal de Beagle se habían transformado, merced al teléfono estropeado de la comunicación internacional, en una catástrofe (la prometida de Cook, Anna Forbes, falleció en Brooklyn menos de una semana después de que *The New York Herald* anunciara el naufragio del Belgica).

Todos los diálogos que se citan textualmente se encuentran en las

fuentes primarias. En cursiva aparecen aquellos que son aproximados o parafraseados. Los pensamientos internos se basan en los escritos de quien los piensa. Las escasas ocasiones en que me vi obligado a especular están indicadas claramente: al hacerlo, me he apoyado en una investigación escrupulosa o en la lógica.

Tengo que explicar algunos pasajes en los que aparecen detalles que no se encuentran en otras fuentes secundarias de la expedición. El incidente, a principios del capítulo 3, en el que Van Mirlo blande un arma en cubierta, procede de la entrada del 3 de septiembre de 1897 del diario de Wiencke. La pelea del castillo de proa en el puerto de Montevideo la describen Wiencke y Dobrowolski en sus diarios, aunque es posible que la neblina de la ebriedad filtrara los recuerdos. La confrontación entre De Gerlache y Van Damme que casi provoca un motín en Punta Arenas aparece en la entrada del 9 de diciembre de 1897 en el cuaderno de bitácora del comandante. La escena del 2 de enero de 1898, en la que Danco llora mientras ondea una bandera belga en lo alto del mástil, se basa en el relato de Dobrowolski en *Wyprawy polarne: Historja i zdobycze naukowe*, que contradice los recuerdos de Lecointe. El aviso de Cook, falso, de que la larga noche antártica dejaría impotentes a los hombres, aparece en su obra «Una mirada hacia la lejanía». En *Au pays des manchots* y «El infierno es un lugar muy frío» se menciona la cercanía de Lecointe a la muerte. Los detalles del terrible destino de Adam Tollefsen tras la expedición, que se cuentan en el epílogo, proceden de registros públicos en los Archivos Nacionales de Noruega. El encuentro de Cook y Amundsen en el hotel Phoenix de Copenhague, en septiembre de 1909, entrevera secciones de «El infierno es un lugar muy frío» y fragmentos de las entrevistas de Cook con Freeman.

La historia, como la memoria individual, es, por naturaleza, inexacta. Allí donde hay un conflicto entre fuentes primarias, yo recurro a una jerarquía de credibilidad: las fuentes escritas más cerca de los eventos descritos —como las entradas en el cuaderno de bitácora de De Gerlache— tienen primacía sobre otros textos escritos meses o años después. De los miembros de la expedición, tengo la impresión de que De Gerlache y Lecointe son más fiables que Cook, que no podía resistirse a adornar de vez en cuando el relato y no tomaba notas con especial diligencia, como el mundo no tardaría en

descubrir. El verificador de información con el que trabajé, CB Owens, lo expresó de forma sucinta: «Entre Cook y Cualquier Otro, tiendo a creer a Cualquier Otro».

No saber cuándo podía fiarme de Cook y cuándo no me atormentaba. Parece ser que con el paso de los años se volvió más laxo en su aproximación a la verdad. Nunca sabremos a ciencia cierta si mintió sobre el ascenso al Denali o la llegada al polo norte, pero, tras leer miles de páginas de sus fantasiosos escritos desde la cárcel, tiendo a pensar que tergiversó la realidad de muchos de sus logros posteriores al Belgica. En lo que respecta a esta expedición, sin embargo, uno de los capítulos de su vida de los que más orgulloso podía estar, hay pruebas de que Cook era un narrador bastante fiable. Al contrario que en el Denali o en el Polo Norte, a su alrededor había muchos testigos que pudieron dar fe de los eventos que describía, y varios de ellos publicaron sus propios libros. *Through the First Antarctic Night* fue la primera memoria del Belgica que salió a la luz, y ninguna de las que siguieron contradicen aspectos fundamentales de la versión de Cook.

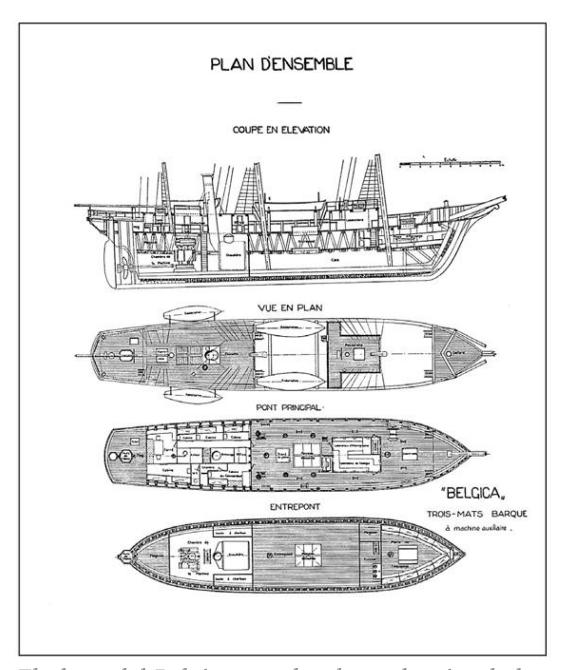
No, en todo caso, hasta 1909, cuando Arctowski escribió una serie de artículos en *La Métropole* donde cuestionaba la conquista del polo norte por parte de Cook y su honestidad general. Entre otras cosas, acusó al doctor de inventar la historia de la muerte de la gata Nansen en *Through the First Antarctic Night*. Según Arctowski, Cook nunca conoció a Nansen, a la que habían tirado por la borda antes de que el médico se uniera a la expedición. Este dato me perturbó. Al menos, hasta que leí el diario de Wiencke, en el que se mencionaba el incidente con el pobre gato, salvo que, según Wiencke, se trataba de Sverdrup. Nansen era un gato distinto, que había sobrevivido. ¡El honor de Cook quedaba restaurado!

No, no tan rápido. Es posible que no debamos fiarnos nunca de sus recuerdos. Sin embargo, hay algo en lo que todos los hombres del Belgica, incluso Arctowski, estaban de acuerdo: probablemente, ninguno de ellos habría sobrevivido al invierno antártico sin Cook. La lealtad inquebrantable de Amundsen hacia el doctor es, a mi juicio, la prueba última de que, al menos en lo que respecta al Belgica, Cook merece el beneficio de la duda.



El Belgica en el puerto de Amberes, en el río Escalda, antes de levar anclas en agosto de 1897.

COLECCIÓN LIMBURGENSIA, BIBLIOTECA HASSELT LIMBURG.



El plano del Belgica, con las dependencias de los oficiales a popa, los laboratorios en el centro del barco y las dependencias de la tripulación en el castillo de proa, bajo cubierta.

DE «FRAGMENTS DU RÉCIT DE VOYAGE», DE ADRIEN DE GERLACHE DE GOMERY, INCLUIDO EN *RÉSULTATS DU VOYAGE DE LA BELGICA EN 1897-99 SOUS LE COMMANDEMENT DE A. DE GERLACHE DE GOMERY*.



En el sentido de las agujas del reloj, empezando arriba a la izquierda: el comandante Adrien de Gerlache de Gomery; Frederick Albert Cook, médico, etnólogo y fotógrafo de la expedición; el capitán del Belgica, Georges Lecointe; y el primer oficial Roald Amundsen.



La ceremonia de cruce del ecuador a bordo del Belgica, el 6 de octubre de 1897. Albert Lemonnier, el cocinero de la expedición, empuña una «navaja» de madera para afeitar a los novatos.

MUSEO FOLLO — MIA.



Tres mujeres onas, que Cook fotografió en Tierra del Fuego.

BIBLIOTECA DEL CONGRESO, FREDERICK A. COOK SOCIETY.



El marinero noruego Carl August Wiencke, de diecinueve años.

COLECCIÓN LIMBURGENSIA, BIBLIOTECA HASSELT LIMBURG.



El Belgica, fondeado en lo que más tarde se conocería como estrecho de Gerlache, en las primeras semanas de 1898.

© COLECCIÓN DE LA FAMILIA DE GERLACHE.



Desde el trinquete se aprecia cómo se solidifica la banquisa alrededor del Belgica, febrero de 1898.

© COLECCIÓN DE LA FAMILIA DE GERLACHE.



El Belgica atrapado en la banquisa, 1898.

BIBLIOTECA DEL CONGRESO, FREDERICK A. COOK SOCIETY.



Los científicos en los laboratorios.
ARRIBA: El naturalista rumano Emile Racovitza.
ABAJO: El geólogo y meteorólogo polaco Henryk Arctowski.

ARRIBA: © COLECCIÓN DE LA FAMILIA DE GERLACHE; ABAJO: BIBLIOTECA DEL CONGRESO, FREDERICK A. COOK SOCIETY.





Las viñetas de Racovitza tomaban la vida diaria en el Belgica como objeto de burla. Aquí, Arctowski admira una aurora austral en la que puede leerse *mierda*.

BIBLIOTECA NACIONAL DE NORUEGA.



El segundo ingeniero Max van Rysselberghe funde nieve para obtener agua potable bajo el refugio construido en el centro del barco.



Día de baño para Lecointe.

MUSEO FRAM.



De Gerlache y un pingüino emperador atrapado en la banquisa.

© COLECCIÓN DE LA FAMILIA DE GERLACHE.



Amundsen con esquís y unos pingüinos de Adelia recién sacrificados.

BIBLIOTECA NACIONAL DE NORUEGA.



El marinero Johan Koren disecciona un pingüino emperador en la sala de oficiales.

© COLECCIÓN DE LA FAMILIA DE GERLACHE.



Excursión a un iceberg atrapado en la banquisa, no lejos del Belgica.

CORTESÍA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE NORUEGA.



El castillo de proa, visto desde un extremo. ARRIBA: Desde la izquierda: Engelbret Knudsen, Jan van Mirlo (mirando a cámara), Gustave Dufour (en el extremo de la mesa). SIGUIENTE IMAGEN: Ludvig Johansen tocando el acordeón y Adam Tollefsen (el último a la derecha) sentado a la mesa. Se ha identificado a los otros tres hombres como Jules Melaerts, Antoni Dobrowolski y Johan Koren, aunque su aspecto descuidado tras todo un invierno no permite distinguir quién es quién.



La «obra maestra» de Cook, tomada bajo la luz de la luna el 3 de junio de 1898, con un tiempo de exposición de una hora y media.



Teniente Emile Danco, amigo de la infancia de De Gerlache, experto en magnetismo de la expedición.



De Gerlache en su camarote, donde pasaba la mayor parte del tiempo cuando la enfermedad se apoderó de él.



Cook y Amundsen, que solían salir juntos de expedición.

BIBLIOTECA DEL CONGRESO, FREDERICK A. COOK SOCIETY.



Material de acampada y de expedición en trineo, incluida la ingeniosa tienda cónica diseñada por Cook para evitar el viento.

BIBLIOTECA NACIONAL DE NORUEGA.



Cena en la sala de oficiales. Desde la izquierda: Arctowski, Amundsen, Lecointe, Racovitza y De Gerlache.

MUSEO FRAM.





Los efectos de la larga noche invernal. IZQUIERDA: De Gerlache, con la cara hinchada por el escorbuto. DERECHA: Cook, que se negó a cortarse el pelo durante todo el viaje.

IZQUIERDA: © COLECCIÓN DE LA FAMILIA DE GERLACHE; DERECHA: BIBLIOTECA NACIONAL DE NORUEGA.



El loco Adam Tollefsen.

BIBLIOTECA NACIONAL DE NORUEGA.



El plan desesperado que la expedición ideó para escapar consistía en abrir un camino de dos kilómetros en el hielo de más de un metro de grosor con una sierra.

© COLECCIÓN DE LA FAMILIA DE GERLACHE.



Amundsen, a la izquierda, y Arctowski preparan cartuchos de tonita en la sala de oficiales del Belgica.



Los hombres despejan el camino que, pensaban, podría permitirles escapar del hielo. El peso de algunas placas era varias veces superior al peso del barco.

BIBLIOTECA DEL CONGRESO, FREDERICK A. COOK SOCIETY.

Índice

Un manicomio en el fin del mundo



En agosto de 1897, el joven comandante belga Adrien de Gerlache partió para una expedición de tres años a bordo del barco Bélgica con sueños de gloria. Su destino era el extremo inexplorado de la Tierra: el continente helado de la Antártida. Pero los planes de Gerlache de ser el primero en llegar al Polo Sur magnético se torcerían rápidamente. Tras una serie de costosos contratiempos, el comandante se enfrentó a dos malas opciones: dar marcha atrás derrotado y evitar a sus hombres el devastador invierno antártico, o perseguir temerariamente la fama adentrándose en las gélidas aguas. De Gerlache siguió navegando y pronto el Bélgica quedó atrapado en las heladas aguas del mar de Bellingshausen. Cuando el sol se puso por última vez sobre el magnífico paisaje polar, los ocupantes del barco fueron condenados a meses de noche interminable. En la oscuridad, acosados por una misteriosa enfermedad y asediados por la monotonía, descendieron a la locura.

En *Un manicomio en el fin del mundo*, Julian Sancton despliega una historia épica de aventuras y horror para la posteridad. Mientras los hombres de la Belgica se tambaleaban al borde del abismo, de Gerlache se apoyó cada vez más en dos jóvenes oficiales cuya amistad había florecido en cautiverio: el único estadounidense de la expedición, el Dr. Frederick Cook -mitad genio, mitad estafador-, cuya infamia posterior eclipsaría su brillantez en la Belgica; y el primer

oficial del barco, el que pronto sería legendario Roald Amundsen, incluso en su juventud la imagen de un marinero de libro de cuentos. Juntos planearían una huida del hielo a la desesperada, casi segura de fracasar, que grabaría sus nombres en la historia o los condenaría a un terrible destino en el fondo del océano.

Basándose en los diarios y crónicas de la tripulación del Bélgica y con acceso exclusivo al diario de a bordo, Sancton aporta un toque novelesco a una historia de extremos humanos, tan extraordinaria que aún hoy la NASA la estudia para investigar el aislamiento en futuras misiones a Marte. A partes iguales thriller marítimo y horror gótico, *Un manicomio en el fin del mundo* es un inolvidable viaje a las profundidades.

"*Un manicomio en el fin del mundo* es un relato exquisitamente investigado y profundamente absorbente de la desastrosa expedición antártica del Bélgica."- ***The New York Times***

"*Un manicomio en el fin del mundo* es un relato de supervivencia fascinante y un thriller psicológico aterrador a la vez. Merece un lugar junto al clásico inmortal de Alfred Lansing, Endurance" - **Nathaniel Philbrick**

"La lectura de este libro es una aventura tan apasionante como la propia historia que cuenta" - **Walter Isaacson**

"Con una investigación meticulosa y la aguda mirada de un novelista, Sancton ha escrito una de las historias de aventuras más apasionantes y angustiosas de los últimos años" - **Scott Anderson**

Julian Sancton. Ha sido redactor en *Vanity Fair, Esquire* y *Departures*, y ha escrito para publicaciones como *The New Yorker, Wired* y *Playboy*. Ha realizado reportajes en todos los continentes, incluida la Antártida, que visitó por primera vez mientras investigaba para este libro. Sancton se topó con la historia de *Un manicomio en el fin del mundo*, su primer libro, al leer un artículo del *New Yorker* hace siete años. "Se trataba de los planes de la NASA para una misión tripulada a Marte y de los estudios que habían realizado sobre el efecto que el confinamiento y el aislamiento prolongados en circunstancias extremas podían tener en los astronautas", recuerda. "Parte del trasfondo de la historia mencionaba esta expedición polar de 1897 en la que todo lo que podía salir mal, salió mal. Me sonaba a Edgar Allan Poe o a [Samuel Taylor] Coleridge. Algo encajó". Vive en Larchmont, Nueva York, con su pareja, Jessica, y sus dos hijas.

Título original: *Madhouse at the End of the Earth: The Belgica's Journey into the Dark Antarctic Night* (2021)

Edición en ebook: noviembre de 2023

c/ Rafael Finat 58, 2º 4 - 28044 Madrid Tlf: (+34) 630 022 531
28044 Madrid (España)
contacto@capitanswing.com www.capitanswing.com

ISBN: 978-84-127563-2-6

Diseño de colección: Filo Estudio - www.filoestudio.com Corrección ortotipográfica: Rafael Díaz Composición digital: leerendigital.com